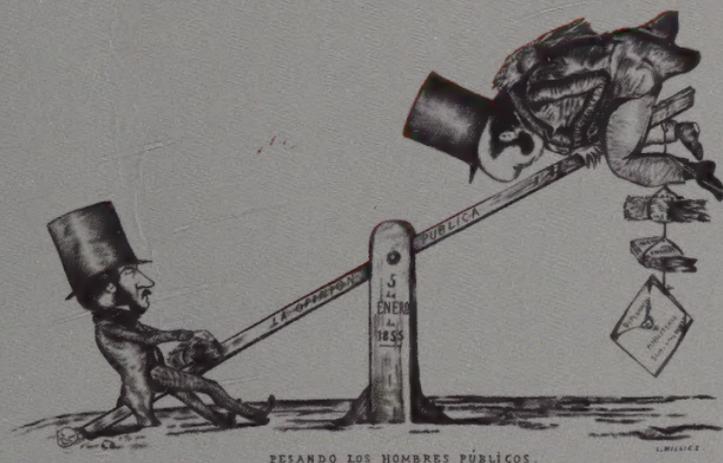


RUMBO AL BICENTENARIO
COLECCIÓN LITERARIA EDICIONES CRÍTICAS
COLECCIÓN SIGLO XIX

NOVELA DECIMONÓNICA

Mercedes Cabello de Carbonera



El Conspirador

(Autobiografía de un hombre público)

EDICIÓN CRÍTICA DE
MÓNICA CÁRDENAS MORENO

 EDICIONES
MYL



MERCEDES CABELLO DE CARBONERA
(Moquegua, 1842 - Lima, 1909)

Novelista, articulista y ensayista peruana. Nace en la provincia sureña de Moquegua el 17 de febrero de 1842. Incansable lectora de estudios filosóficos, científicos y obras literarias de distintas tradiciones. Fue una de las mujeres más eruditas de su tiempo. Incansable defensora de la educación científica para la mujer, crítica del matrimonio por conveniencia y de otras prácticas que sometían a las mujeres de clase alta al encierro y la marginación. Fue la primera escritora de su generación en publicar en un medio transatlántico. Aparece, en las páginas de *El Correo de Ultramar*, en 1884, su primera novela, *Los amores de Hortensia*. En los siguientes años publica las novelas *Sacrificio y recompensa*, *Eleodora*, *Blanca Sol*, *Las consecuencias* y, en 1892, *El Conspirador*, punto culminante de su proyecto de novela realista y detallado análisis de los vicios que pervierten la política peruana. Muere el 12 de octubre de 1909.



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

8

RUMBO AL
BICENTENARIO
[COLECCIÓN LITERARIA
EDICIONES CRÍTICAS]

II

COLECCIÓN SIGLO XIX
(NOVELAS DECIMONÓNICAS)



EDICIONES
MYL

EL
CONSPIRADOR

(AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE PÚBLICO)

NOVELA POLÍTICO-SOCIAL

Mercedes Cabello de Carbonera

EL
CONSPIRADOR

(AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE PÚBLICO)

NOVELA POLÍTICO-SOCIAL

Edición crítica de Mónica Cárdenas Moreno



EDICIONES
MYL

COLECCIÓN SIGLO XIX

COLECCIÓN SIGLO XIX
NOVELAS DECIMONÓNICAS, 8

El Conspirador.
(Autobiografía de un hombre público)

© Mercedes Cabello de Carbonera, 2021

Edición crítica

© Mónica Cárdenas Moreno

© Ediciones MyL S.A.C.

Pasaje Agustín Gamarra

Mz. W19A, Lt. 08, Lima 35

Teléfono: 983435834

E-mail: edicionesmyl@gmail.com

DISEÑO DE LA CARÁTULA

María Joanna Yamanija Ishikawa

IMAGEN DE LA CARÁTULA

León Williez. «Pesando los hombres públicos» (1855)

Litografía sobre papel, medidas 31 x 43,7 cm.

DIAGRAMACIÓN DE INTERIORES

Miguel Ledezma Aysa

CORRECCIÓN DE ESTILO

Karen Huachaca Avendaño

Primera edición: julio de 2021

Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la

Biblioteca Nacional del Perú n.º 2021-06165

ISBN: 978-612-5013-07-1

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por cualquier medio sin la autorización previa de los editores.

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 05 - Perú

Proyecto ganador de Estímulos
Económicos para la Cultura 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura

Impreso en Perú - Printed in Peru

ÍNDICE

[ESTUDIO PRELIMINAR]

Autopsia de la política peruana en clave de género:
El Conspirador. (Autobiografía de un hombre público) (1892)
de Mercedes Cabello de Carbonera

Mónica Cárdenas Moreno
Université de La Réunion

Introducción	XIII
Mercedes Cabello de Carbonera: novelista moderna	XVII
<i>Vida, formación y carrera literaria</i>	XVII
<i>La Generación de 1870 o la primera generación</i> <i>de mujeres ilustradas en el Perú</i>	XXVI
<i>Intelectual positivista</i>	XXXVII
<i>El proyecto de novela moderna</i>	XLI
<i>Imaginerías de Lima a finales del siglo XIX</i>	XLIII
<i>El Conspirador</i>	LV
<i>Autopsia de la política peruana en clave de género</i>	LVIII
<i>Lecciones de política</i>	LXVI
Bibliografía	LXIX
Bibliografía primaria	LXIX
Bibliografía secundaria	LXXI
Bibliografía complementaria	LXXIV

[CRITERIOS DE EDICIÓN]

Criterios para la edición de
El Conspirador. (Autobiografía de un hombre público)
de Mercedes Cabello de Carbonera

El Conspirador. (Autobiografía de un hombre público)
de Mercedes Cabello de Carbonera: breve historia.....LXXIX
Nuestra edición..... LXXX

[EL TEXTO]

EL CONSPIRADOR
(AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE PÚBLICO)
NOVELA POLÍTICO-SOCIAL

Texto establecido por Mónica Cárdenas Moreno

I..... 1
II..... 19
III..... 28
IV..... 36
V..... 48
VI..... 67
VII..... 81
VIII..... 92
IX..... 103

II

La caída

I..... 109
II..... 121
III..... 130
IV..... 158
V..... 172
VI..... 177
VII..... 190
VIII..... 194

[ESTUDIO PRELIMINAR]

AUTOPSIA DE LA POLÍTICA
PERUANA EN CLAVE DE GÉNERO:
*EL CONSPIRADOR. (AUTOBIOGRAFÍA DE UN
HOMBRE PÚBLICO) (1892) DE MERCEDES
CABELLO DE CARBONERA*

Mónica Cárdenas Moreno
Université de La Réunion

Y de tal suerte nos hemos acostumbrado a esas ficciones, que se llaman «mentiras sociales», que hemos concluido por mentirnos a nosotros mismos. Creemos estimar al hombre honrado y no estimamos sino al hombre rico. Enaltecemos las virtudes cívicas, y desestimamos al que las posee. Pedimos abnegaciones honradas y rendimos culto al banquero fraudulento. Teorizamos admirablemente y luego, en la práctica, desmentimos todas nuestras bellas teorías.

Mercedes Cabello de Carbonera, *El Conspirador*, 82

INTRODUCCIÓN

La literatura, así como la historia o las ciencias sociales, tiene mucho que decir sobre la comprensión de uno de los problemas más severos de la política: la corrupción, entendida como el mal endémico de la política peruana o, en términos de Alfonso Quiroz, como «un elemento sistémico, enraizado en estructuras centrales de la sociedad» (31). El proyecto de novela realista que

emprende Mercedes Cabello, y del que forma parte *El Conspirador*, propone una mirada sociológica sobre las primeras décadas de vida republicana, años marcados por el caudillismo y la conformación de círculos de poder en torno al comercio exportador. Desde esta época, la administración del Estado se alía con intereses económicos personales, y se crean falsos prestigios políticos con ayuda de la letra (el periodismo, la publicación de libros). La novela muestra, de esta manera, al lector del siglo XXI su sorprendente actualidad como lo podemos verificar en la siguiente afirmación del narrador protagonista donde utiliza, por lo demás, una metáfora médica propia de la época: «[...] un país, donde el cohecho y el vil soborno ganan las altas y luminosas esferas en que el talento y la ilustración hacen imposibles toda disculpa, o atenuación de ciertas prevaricaciones, es un país cancerado hasta la médula de los huesos, y condenado a ser castigado con tremendas convulsiones sociales» (86).

Para indagar en el funcionamiento de un sistema político corrupto y vicioso como el que la escritora moqueguana pretende denunciar, no solo es necesario observar las prácticas públicas, sino también las relaciones que sustentan la vida privada¹: las reuniones de salón, los matrimonios, relaciones sentimentales, etc. *El Conspirador* es la autobiografía ficticia de un hombre público que penetra en las pasiones de sus protagonistas, en sus historias familiares, tanto en Lima como en Arequipa y, en este sentido, explora las prácticas políticas en medio del vaivén de la vida privada y doméstica de sus protagonistas.

En este estudio proponemos, a través del uso de la metáfora fisiológica, no solo representar el cuerpo social peruano a través de la debilidad o de la enfermedad, sino explicar la voluntad de la escritora por refundar la política para lo cual se necesita una

¹ Tanto desde una aproximación histórica como desde la literatura, el análisis social requiere la atenta mirada de lo público y lo privado. Como ejemplo de lo primero, recordemos la afirmación de Alfonso Quiroz: «La corrupción constituye, en realidad, un fenómeno amplio y variado, que comprende actividades públicas y privadas» (38). Desde la literatura, hemos escogido un ejemplo mayor, la célebre afirmación de Balzac: «Il faut avoir fouillé toute la vie sociale pour être un vrai romancier, vu que le roman est l'histoire privée des nations» (205-206) en *Petites misères de la vie conjugale*. («Para ser un verdadero novelista, se debe haber escarbado en toda la vida social, ya que la novela es la historia privada de las naciones», traducción nuestra).

declaración de muerte. Mercedes Cabello ejecuta perfectamente lo que González Prada demandaba a los escritores en su célebre ensayo «Propaganda y ataque»: «Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto [...] La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco» (174). Esta novela es un ejemplo, por un lado, del proyecto de novela moderna que la autora teoriza y, por otro lado, un balance del estado social de la república del Perú, relato urgente *ad portas* del bicentenario de la proclamación de su independencia.

No obstante, *El Conspirador* no es solo una incisiva novela que aborda el tema político, sino que une a este la problemática de género en la que la autora se concentró en sus cinco novelas anteriores. La influencia de la mujer detrás del poder político tiene muchas aristas en la novela. La voz de la autora, articulista e importante positivista de su tiempo, aflora constantemente detrás de la del personaje narrador, Jorge Bello, lo que nos lleva a pensar en que a pesar de que Cabello de Carbonera fue una de las novelistas más importantes de su generación, no siempre su voz fue escuchada y tuvo que crear una serie de estrategias de validación de sus propuestas frente a los ataques y la censura. Esta novela nos habla pues, en palabras de Mannarelli, de «protagonismos poco atendidos» (2018, 13): el de la mujer escritora en el periodo finisecular y el de la invisibilización de la mujer peruana en política.

La visión de género atraviesa toda la obra de Mercedes Cabello no solo por el protagonismo de la mujer en sus relatos, artículos, poemas y a lo largo de las seis novelas que publica entre 1884 y 1892, sino por su forma de comprender la subordinación femenina libre de esencialismos y como parte de prácticas sociales e instituciones caducas: el matrimonio por conveniencia, la vida de los salones, el privilegio de las apariencias, etc. En esta novela se logra tender puentes entre la problemática femenina y los principales escollos de la política peruana que otras ficciones, como *Blanca Sol* (1888), habían solo atisbado: en el contexto peruano, ¿se puede hablar de una política femenina o afeminada? ¿Cuál es el rol de la mujer en el ejercicio del poder político? La primera pregunta no es una simple metáfora, sino que también puede entenderse como una lectura de la historia: en doscientos

años de vida republicana, en Perú, ninguna mujer ha dirigido el gobierno central; sin embargo, muchas de ellas han ejercido el poder desde la sombra: desde la Mariscala hasta parejas presidenciales de la historia peruana reciente². Flora Tristan, cuyo relato de viajes se ha convertido en una referencia indispensable de la participación de las mujeres en política, propone la excepcionalidad de la peruana como causa de este fenómeno: «Cependant les femmes de Lima gouvernent les hommes, parce qu'elles leur sont bien supérieures en intelligence et en force morales»³. *El Conspirador* insiste obsesivamente en esta misma superioridad como veremos más adelante.

Leer hoy esta novela, no solamente nos recuerda las tareas inconclusas de refundación de la república peruana, los ideales de formación de una nación dentro del horizonte de progreso y modernidad, sino que coloca en agenda otras: repensar la democracia y el pacto social en un contexto en que el disfuncionamiento del Estado y la corrupción de la política (de quienes la ejercen más allá de una clase política o de la organización de partidos) han traído como consecuencia una mortalidad alarmante en el contexto de pandemia (2020-2021). En este sentido, las ficciones pueden ser una manera de afrontar el «duelo inconcluso» como le llama José Carlos Agüero (2021) a la mortandad provocada por la crisis sanitaria reciente que prolonga el proceso de duelo abierto por el conflicto armado interno (1980-2000). Como parte de esta refundación de la democracia, se hace necesario repensar el civismo frente a una hipocresía política que atraviesa la sociedad entera.

Como se indica en el epígrafe que abre este estudio, quienes reclaman honestidad son quienes alaban a los ricos sin formación en el poder; esta idea se repite de varias maneras en la novela y aunque fuera solamente por estas lecciones de urgente civismo, vale la pena leerla. Aquí otro ejemplo: «Parece que todos hubiéramos convenido en que aquella desaprobación al

² Ver el libro de Marco Sifuentes, *H&H. Escenas de la vida conyugal de Ollanta Humala y Nadine Heredia*, que analiza las intrigas de poder durante el gobierno de Ollanta Humala (2011-2016). Se propone un paralelo entre vida conyugal y vida nacional: el ritmo vital de la política peruana se dirige desde el *living* de la esposa del presidente.

³ «Sin embargo, las limeñas mandan sobre los hombres, porque ellas los superan en inteligencia y fuerza morab» (traducción nuestra).

civismo sea tan solo en nuestro fuero interno; en cuanto a lo exterior y público, allá nos peleamos por ser de los primeros en rendirle el homenaje de nuestros respetos a aquel que, se nos impone con la lógica de una sólida fortuna» (83).

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA:
NOVELISTA MODERNA

*VIDA, FORMACIÓN Y CARRERA LITERARIA*⁴

Con el nombre de Juana Mercedes Cabello Llosa nace en la provincia sureña de Moquegua el 17 de febrero de 1842, y no en 1845 como ella declaraba, quien iba a ser conocida tras su matrimonio como Mercedes Cabello de Carbonera. Ismael Pinto comprueba la fecha exacta de su nacimiento gracias a la partida de bautizo. Mercedes fue la cuarta de ocho hermanos de la familia formada por Gregorio Cabello Zapata y Mercedes de la Llosa Mendoza.

Desde las luchas por la independencia, Moquegua estuvo involucrada en los debates y conflictos políticos del país. En 1823, en las batallas contra el ejército realista (batallas de Torata y Moquegua). Luego, entre los años de 1836 y 1839, en el proyecto de Confederación Peruano-Boliviana, integró los estados sud peruanos. Posteriormente, formó parte de las fuerzas oligarcas del sur y fue centro de revueltas y sublevaciones⁵ contra el poder central limeño.

La familia de Mercedes Cabello gozó de un estatus social y económico privilegiado. Fueron importantes hacendados y cuando años más tarde se trasladan a Lima, algunos de los hijos mayores se siguen encargando de la administración de

⁴ Para reconstruir los datos biográficos de la autora, hemos tomado en cuenta y contrastado la información proporcionada por Tamayo Vargas, Ismael Pinto, Manuel Zanutelli Rosas y Patricio Ricketts.

⁵ Por ejemplo, las disputas entre el mariscal Domingo Nieto (moqueguano) y el general Vivanco (quien inspira al primer conspirador, maestro y ejemplo para el personaje central en la novela de Cabello) quien prometía un gobierno fuerte y aristocratizante. Posteriormente, la familia de Cabello apoyó la facción de Vivanco contra Castilla y contra Echenique. En 1854, Moquegua se subleva contra Echenique apoyando a Castilla.

sus propiedades, de la compra y venta de terrenos, así como de la producción y comercialización de vino. Por lo tanto, ni el matrimonio ni la escritura le generaron a Mercedes Cabello el sustento económico necesario que le proveía su patrimonio familiar. Patricio Ricketts (2010) afirma que la pequeña Mercedes, contra la idea de autodidacta que se ha difundido, recibió instrucción privada en su hogar con algunas institutrices. Sin embargo, Ismael Pinto se inclina por la idea de que la biblioteca familiar, el ejemplo de su padre Gregorio y de su tío Pedro Mariano⁶, así como la cercanía con su hermano David⁷, garantizaron suficientemente la completa instrucción que poseía. Tanto Gregorio Cabello como Pedro Mariano realizaron sus estudios en París entre las décadas de 1820 y 1830. Sin duda, uno de los miembros más ilustres de la familia fue don Pedro Mariano Cabello, quien llegó a ser cosmógrafo mayor de la República. Él fue uno de los primeros difusores de las ideas de Auguste Comte⁸ en el Perú.

De la juventud de Mercedes Cabello en Moquegua se sabe poco, Ismael Pinto ha rastreado indicios de su participación en tertulias acompañada por sus amigas Elvira y Rosalía Zapata. Es probable también que, gracias a esta actividad social, haya conocido a Urbano Carbonera Villanueva quien, natural de Ilaya (Tacna), se había trasladado a Moquegua para culminar sus estudios secundarios. Urbano Carbonera era hijo natural, su familia no gozaba del estatus socio-económico de la familia Cabello Llosa.

Tamayo Vargas e Ismael Pinto coinciden en afirmar que la familia de Mercedes Cabello se pudo haber trasladado a Lima entre los años de 1864 y 1865. La joven ya vivía en esta ciudad en 1866 cuando estalla la guerra contra España, año que coin-

⁶ Ismael Pinto afirma que la familia de Mercedes Cabello perteneció a la «tradición masónica libertaria» (82), ya que su hermano Gerardo fue miembro destacado de la Logia Honor y Progreso N.º 5 del Valle del Rímac y su hermano Carlos participó de la teosofía.

⁷ A su muerte en 1875, Mercedes le dedica un sentido y extenso poema publicado en *El Correo del Perú* y en *La Alborada* titulado «El desengaño».

⁸ Padre del positivismo en Francia en el contexto del socialismo utópico. Una de las principales fuentes filosóficas que influyó sobre todo en las propuestas éticas (la religión de la humanidad) de Mercedes Cabello.



Retrato de Mercedes Cabello de Carbonera del archivo
fotográfico de la Biblioteca Nacional del Perú.

cide con su matrimonio con el doctor Urbano Carbonera (26 de abril de 1866). Urbano Carbonera era a la fecha un médico reconocido en el medio limeño⁹. En 1861, fue elegido catedrático auxiliar de Ciencias Quirúrgicas de la Facultad de San Fernando: «posteriormente, y en esa calidad, desempeñó la docencia interina en otras asignaturas: clínica quirúrgica en 1862, medicina legal en 1867, patología general y nosografía quirúrgica en 1871 y medicina operatoria y anatomía topográfica y fisiología el año 1872» (Pinto 130).

En 1875, el mismo año de la muerte de su hermano David, el matrimonio se aleja físicamente, no sabemos si esto supone una separación sentimental¹⁰. En 1876, deja de figurar en la prensa el anuncio a través del cual el doctor Urbano Carbonera publicitaba su consulta en la capital. Este mismo año se traslada a la provincia sureña de Chíncha Alta donde abrió una farmacia que él mismo administraba y atendía. Residió allí hasta el final de su vida en 1885.

En 1872, vemos los primeros escritos de Mercedes Cabello en la prensa limeña. En el segundo número de *La Bella Limeña* firma con sus iniciales las breves escenas literarias que reciben el título de «Linterna mágica». Desde esta primera entrega, observamos su preocupación por tres temas que desarrollará en sus artículos y en sus novelas: la crítica contra la banalización de las creencias religiosas, la conducta nociva de las beatas y el matrimonio como una trampa social para las mujeres. La colaboración está dividida en cuatro escenas y nos parece signi-

⁹ Se había graduado con una tesis titulada «La incineración de los cadáveres es preferible a la inhumación». Tesis que pone de relieve la importancia de los adelantos científicos sobre las creencias o prácticas religiosas de la época. Defendió la idea de abolir los cementerios para privilegiar la higiene pública de la cremación de los cadáveres. Se graduó en la Facultad de Medicina de San Fernando en 1861.

¹⁰ Podemos por lo menos afirmar que no estaban enemistados, pues en 1881, Juana Manuela Gorriti narra la manera cómo ella se refugió junto con su amiga Mercedes Cabello en Chíncha Alta en momentos en que el ejército chileno desembarcaba en las costas de Lima. Ambas escritoras fueron acogidas por Urbano Carbonera. Ver Mónica Cárdenas, «Cocinando la paz. Afectos y sororidad en *El mundo de los recuerdos* de Juana Manuela Gorriti». Francesca Denegri (ed.), *Ni amar ni odiar con firmeza. Cultura y emociones en el Perú postbélico (1885-1925)*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2019, 153-170.

ficativo que, en la primera, uno de los personajes es una joven pobre llamada Josefina que, por la descripción de su carácter, su desventura y su condición social se asemeja bastante al personaje del mismo nombre que conoceremos, en 1888, en la novela *Blanca Sol*.

En 1874, publica en *El Álbum. Revista Semanal para el Bello Sexo*, en cinco entregas, el artículo que le da reconocimiento y le permite ingresar al grupo de las mujeres de letras que se formaba por aquellos años en Lima: «Influencia de la mujer en la civilización». El éxito de la publicación se comprueba por sus múltiples apariciones en otros medios como *El Correo del Perú* y *Perlas y Flores*. Al año siguiente, nuevamente en un periódico dirigido por Juana Manuela Gorriti: *La Alborada*, se publicará otro de sus importantes artículos: «Necesidad de una industria para la mujer» que la lleva al terreno del ensayo, de la reflexión sociológica y deja ver su erudición.

En 1876, Mercedes Cabello había sido invitada a participar, con la lectura de uno de sus ensayos (discurso patriótico), en la ceremonia de celebración de los diez años del Combate del 2 de Mayo organizada por el Club Literario. Será esta ocasión la primera en que se presenta públicamente. Esta actividad se anuncia en *El Nacional* donde se indica que la escritora, a la fecha, ha colaborado con las siguientes publicaciones extranjeras: *El Correo de Ultramar*, *La Ondina del Plata* y *El Eco de Córdoba*.

La consagración de su ingreso en la sociedad letrada peruana vendrá gracias a su participación en las veladas literarias de Juana Manuela Gorriti (1876 y 1877). Como ejemplo, indicaremos solo las intervenciones de Cabello en las veladas de 1876: lee «Importancia de la literatura» en la primera velada (19 de julio de 1876), interpreta al piano variaciones de Weber en la tercera velada (2 de agosto de 1876), lee su ensayo «Estudio comparativo de la inteligencia y la belleza de la mujer» en la sexta velada (26 de agosto de 1876), lee el poema dedicado a la memoria de su hermano «El desengaño» e interpreta al piano «Variaciones Americanas» en la séptima velada (30 de agosto de 1876), finalmente, interpreta al piano un vals de salón en la novena velada (13 de septiembre de 1876).

En abril de 1877, con motivo del décimo primer aniversario del Combate del 2 de Mayo, la municipalidad del Callao convoca a un concurso tanto de poesía como de ensayo. El

texto de Cabello, «Cuba», es premiado en esta última categoría. En aquella ocasión, fueron jueces del certamen: Ricardo Palma, Numa Pompilio Llona y Ricardo Rossel. Tras este triunfo, Juana Manuela Gorriti le dedicó la siguiente velada no solo al combate, sino a reconocer (coronar) a la escritora galardonada. El día de la reunión, Mercedes Cabello, además de «Cuba» (en el que lanza un llamado por la causa independentista de este país hermano, uno de los últimos bastiones de lucha contra el sistema colonial español), leyó un texto dedicado a Gorriti en el que destaca su labor como escritora y ejemplar patriota.

Bajo el seudónimo de Estela de la Llosa, en 1877, se presenta a un concurso literario organizado por el Concejo Provincial de Lima con motivo de las fiestas patrias. No resulta ganadora de la medalla de oro (que no se otorga a ninguno de los participantes), pero el jurado decide la publicación de su trabajo en el *Boletín* y diarios de la capital. La obra reconocida lleva por título: «La influencia de las bellas artes en el progreso moral y material de los pueblos».

En 1884, publica su primera novela, *Los amores de Hortensia*, en *El Correo de Ultramar* de París, en ocho entregas entre los meses de marzo y mayo. Posteriormente, será difundida, también en folletín, en las páginas de *La Nación* para finalmente editarse en libro, en 1887, por la imprenta de Torres Aguirre. A pesar de este inicio en la prensa transatlántica, será su segunda novela la que goce de mayor fama en el medio nacional: *Sacrificio y recompensa* (1886) gana la medalla de oro en el concurso del Ateneo de Lima donde Teresa González de Fanning obtuvo el segundo lugar con su novela *Regina*. Dicho reconocimiento muestra que ambos textos respondían a las expectativas que la escritura de mujeres despertaba.

En 1887, aparecen sus primeras colaboraciones en *El Correo de París*, y un año más tarde, se hace corresponsal de dicho semanario en el que escribirá crónicas sobre la actualidad cultural y política del Perú¹¹. Paralelamente, publica su tercera novela, *Eleodora*, que aparece por entregas. En 1888, se produce

¹¹ Ver Mónica Cárdenas, «Mercedes Cabello de Carbonera en *El Correo de París*: Lima en la prensa internacional decimonónica», en *Travaux et documents hispaniques*, ERLAC - EA 4705, 2019, *Femme en mouvement: histoires, conflits, écritures (Pérou, XIXe-XXIe siècles)*, 2019.

un cambio importante en la manera de estructurar sus novelas, ya no le interesará representar personajes ejemplares, sino que adoptará como protagonistas más bien a antiheroínas al estilo de las novelas realista-naturalistas. Dentro de esta nueva propuesta, que intenta poner en práctica su propia teoría de novela moderna, se encuentran: *Blanca Sol* (1888) y *El Conspirador* (1892). También reescribe *Eleodora* bajo el título de *Las consecuencias* (1889) con cambios importantes que muestran las nuevas directivas estéticas que rigen su escritura.

La novela moderna es un proyecto literario ecléctico (a medio camino entre el romanticismo y el naturalismo) como la escritora afirma y que no solamente toma en cuenta una tradición filosófica que va desde la Antigüedad hasta el positivismo, sino también la tradición literaria europea e hispanoamericana que conoce bastante bien. Desarrollará esta teoría en dos importantes ensayos: *La novela moderna* (1892) y *El conde Leon Tolstoy* (1893). Estas publicaciones terminan de colocarla en el bando de los radicales, de los liberales positivistas que no tienen concesiones ni con las instituciones estatales ni con las académicas. Es interesante el paralelo que podemos trazar entre Mercedes Cabello y la escritora española Emilia Pardo Bazán, ya que ambas defendieron la novela realista a pesar de las críticas moralistas de los escritores contemporáneos frente a los límites de la escritura femenina. Frente a ello, ambas se acercaron peligrosamente también al naturalismo e introdujeron, desde el ensayo, el nuevo camino del relato y la novela gracias al ejemplo de autores rusos.

A lo largo de la década de 1890, Cabello se irá acercando al grupo de intelectuales librepensadores como Christian Dam y Federico Flores Galindo. Esto le crea enemistades y duras críticas dentro del grupo de literatos que la había respaldado durante los primeros años de su carrera de escritora. Es en 1898 cuando se produce la caída de la escritora y su alejamiento de los aplausos del gran público. El 9 de enero de 1898 habían empezado los exámenes públicos del Liceo Fanning que dirigía Elvira García y García. A ellos, como era costumbre, asistían importantes personalidades del mundo intelectual, así como autoridades. Mercedes Cabello fue la invitada de honor y dio una charla que generó polémica al atribuirse a sí misma el liderazgo de la reforma educativa del país y afirmar su intención

de acabar con la perniciosa educación promovida por monjas y curas. Elvira García y García, al día siguiente, hace pública su distancia de las opiniones de su invitada y reafirma el compromiso católico de la formación que brinda a sus educandas. De igual manera, Lastenia Larriva de Llona aprovecha el contexto para atacar a Cabello y salir en defensa de la religión católica. Los principales defensores de las propuestas de Cabello fueron quienes se encontraban detrás del periódico *El Libre Pensamiento*: los miembros de la Gran Logia del Perú.

Ismael Pinto especula acerca de la posibilidad de que se haya instituido en el Perú, en las últimas décadas del siglo XIX, una logia de mujeres. *El Libre Pensamiento. Órgano de la Gran Logia del Perú* nos confirma esta hipótesis: en el número 44 del 3 de abril de 1897 se inserta un artículo sobre las Logias de Adopción junto con un discurso de Margarita Práxedes Muñoz leído ante la logia «8 de marzo» a la cual pertenecía en Argentina. En segundo lugar, tras el discurso se anuncia la creación de las logias de adopción en el Perú aprobada en sesión del 29 de marzo de 1897. En posteriores colaboraciones, como la del 19 de junio de 1897, la chilena Ana María Belmonte escribe «La mujer, factor de moralidad» donde expone la necesidad de otorgar formación científica a la mujer responsable del progreso de los pueblos para sacarla del oscurantismo al que la ha sometido la Iglesia, ideas afines a las desarrolladas por Cabello de Carbonera.

A diferencia de otras escritoras contemporáneas, Mercedes Cabello no fue ni educadora ni viajera. Los libros y lo observado de la sociedad limeña fueron sus mejores herramientas de aprendizaje. A lo largo de su vida solo hizo un viaje fuera del país. Ella había planeado un viaje extenso que empezaría con su visita a Buenos Aires, le seguiría Europa y, finalmente, los Estados Unidos donde quería recoger las nuevas técnicas pedagógicas que se podrían implantar en el Perú. El viaje lo hizo como miembro de la Liga de Librepensadores del Perú. Ellos publican una nota en *El Comercio*, el 5 de enero de 1898, anunciando el viaje y comunicando que le otorgarán a la escritora un diploma para que se le reconozca como integrante de la Liga, como hermana formada en la Religión de la Humanidad, en todos los países que visite. Sin embargo, las gestiones para su llegada a los Estados Unidos no llegan a buen término, y

finalmente, decide hacer el viaje solo hasta Argentina pasando por Chile.

El 22 de enero de 1898 los familiares de Cabello se dirigen al Callao a despedirla. Antes de llegar a Buenos Aires, pasa por Valparaíso y Santiago de Chile, desde allí enviará cartas que ocasionalmente se publican en *El Libre Pensamiento*, estas revelan un cambio en el tono de su expresión, se muestra enfática, demasiado agresiva y directa, lo que es interpretado como una pérdida progresiva de razón. Mercedes Cabello vuelve a Perú en diciembre de 1898.

El 27 de enero de 1900, los doctores David Matto (hermano de Clorinda Matto) y Corpancho, conocidos y amigos de Mercedes Cabello, la reciben y firman su boleta de ingreso al Manicomio del Cercado de Lima. Su ingreso se produce tras un ataque de piromanía al que se suman síntomas como el delirio de grandeza y el exceso de trabajo que la conducía a argumentaciones un poco fantasiosas¹². Ismael Pinto nos proporciona información adicional valiosa: el deterioro físico y mental estaría ocasionado por la sífilis (tesis corroborada por Patricio Ricketts) y no excluiría la presencia de intereses familiares. Es posible que detrás de este encierro haya habido intereses económicos, específicamente, la intención de su hermano Gustavo de apoderarse de las propiedades de la escritora sin descendientes. Casi nada se sabe de los años que pasó Mercedes Cabello en el manicomio. Ismael Pinto ha recogido una crónica periodística donde se narra una visita a este centro. A decir del periodista Carlos Sánchez Gutiérrez, Cabello daba la impresión de una vi-

¹² El trabajo de Augusto Ruiz acerca de la locura, su establecimiento y tratamiento en Lima, arroja luces acerca de las circunstancias que rodearon a Mercedes Cabello. Ya que las definiciones médicas están supeditadas a la cultura y al tiempo, Ruiz intenta explicar lo que en la época se entendía por locura: «Los alienistas actuaron pensando que el encierro no solo era meritorio para quien alterase el orden público: era pasible de secuestro todo aquel que estuviera en contra del orden lógico, aquel cuya conducta o pensamientos manifestara discordancia con la racionalidad, gente con una conducta o ideas raras» (391). Señala este mismo autor que en la época era posible encerrar a una persona solo acusándola de padecer monomanía, es decir, una alteración que consiste en percibir de manera distorsionada la realidad acerca de un tema en particular.

sionaria o pitonisa que lucía una poblada barba que le «otorgaba un aspecto hombruno»¹³.

Mercedes Cabello muere en el manicomio el martes 12 de octubre de 1909. Su familia publica en *El Comercio* una breve nota necrológica. En Moquegua, se hace algo parecido en el diario *La Reforma*. Coincidentemente, días más tarde, el 25 de octubre de 1909 muere en Argentina Clorinda Matto de Turner. En el caso de la escritora cusqueña, que había permanecido, aunque exiliada, activa intelectualmente, se informa en la prensa limeña de su deceso, por ejemplo, en *La Opinión Nacional* y en *Varietades*. Solo en esta última publicación, al final de la nota sobre Clorinda Matto, se indica la «muerte reciente» de Cabello de Carbonera.

LA GENERACIÓN DE 1870 O LA PRIMERA GENERACIÓN DE MUJERES ILUSTRADAS EN EL PERÚ

En 1989, Isabelle Tausin defiende una tesis doctoral sobre un conjunto de escritoras peruanas entre las que se incluye a Mercedes Cabello. En 1996, producto también de una investigación universitaria, Francesca Denegri publica *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú* con el objetivo de comprender el fenómeno estético cultural que protagonizó un grupo de escritoras peruanas durante las tres últimas décadas del siglo XIX. A partir de estos trabajos, los esfuerzos por indagar en la producción y en las redes de sociabilización que les permitieron a estas escritoras tener un lugar predominante en el campo literario peruano decimonónico no han hecho sino crecer y mostrar elementos novedosos. Esta generación está integrada por Teresa González de Fanning (1836-1918), Manuela Villarán de Plascencia (1840-1888), Mercedes Cabello de Carbonera (1842-1909), Carolina Freyre de Jaimes (1844-1916), Margarita Práxedes Muñoz (1848?-1909), Lastenia Larriva de Llona (1848-1924) y Clorinda Matto de Turner (1852-1909). Además, debemos reconocer el madrinazgo literario de la escritora argentina, y residente en Perú durante varias décadas, Juana

¹³ La crónica fue publicada en *Ilustración Peruana* el 17 de junio de 1909 y se titula «Una visita al manicomio».

Manuela Gorriti (1816-1892). La presencia de Juana Manuela Gorriti dentro de la escena cultural limeña donde prevalece la estética romántica (Ricardo Palma y Luis B. Cisneros) se había producido por lo menos desde 1851 en que *El Comercio* publica su leyenda «La quena».

Dos elementos nos parecen importantes para reflexionar acerca de esta generación de escritoras sobre la base de una apertura cronológica que nos permita pensar la generación de acuerdo a condiciones socio-culturales compartidas. En primer lugar, un trabajo colectivo formado por proyectos de edición, organización de veladas literarias, publicaciones en la prensa nacional y establecimiento de un circuito internacional de redes entre escritoras. En segundo lugar, el compromiso ideológico por la transformación del lugar de la mujer en la sociedad a través de la educación y la afirmación del rol de la mujer de letras en el proceso de construcción de la identidad nacional, en términos generales; y específicamente, en la labor de reconstrucción nacional tras la guerra del Pacífico.

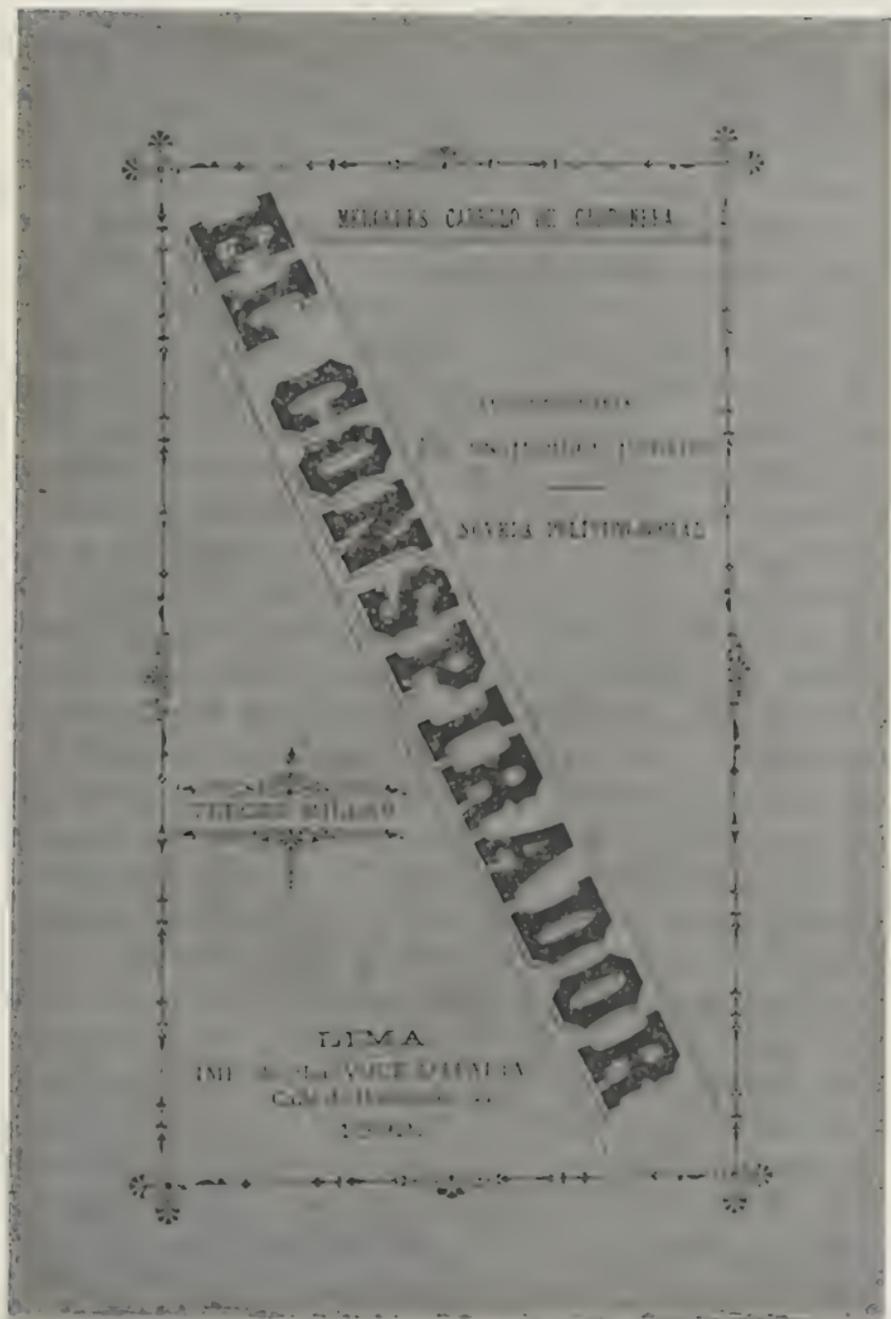
El primer gobierno civil de 1872 de Manuel Pardo, a pesar de la crisis económica en relación a los problemas de administración de la riqueza del guano, la caída de su comercialización y los problemas sociales, pone en práctica una política educativa y promueve, a través de premios literarios y de la creación de una institucionalidad, la publicación de textos con una temática patriota. En este contexto, las asociaciones literarias y los proyectos de prensa viven un momento de apogeo: en 1886, El Club Literario se transforma en El Ateneo de Lima y se crea el Círculo literario. Posteriormente, por ejemplo, en 1887, varios de estos mismos intelectuales van a fundar la Academia Peruana de la Lengua. Cada uno cuenta con su propio medio de difusión y todos tiene algo en común: en mayor o menor medida abren un espacio a las mujeres de letras que antes les era negado. Junto con este espacio en el que ellas mismas toman la palabra, se discuten las tesis acerca de la importancia de la educación de las mujeres, se incrementa la escolarización, se transforma y moderniza la medicina, gracias a la introducción de la obstetricia y a los avances de la ginecología, que abrirá debates en base a los nuevos conocimientos del cuerpo femenino. En suma, el surgimiento de la mujer de letras forma parte de un

fenómeno mucho más amplio de modernización de la sociedad y de reubicación del nuevo rol de la mujer en ella.

Lima fue, durante la segunda mitad del siglo XIX, un centro cultural importante en América del Sur. La prosperidad económica y la modernización comercial, urbanística y cultural atrajeron a muchos extranjeros que se integraron al periodo próspero que vivía la literatura. Citaré algunos ejemplos seguidos de los años que residieron en el Perú: en los años de 1840 llega el pintor Rugendas (1842-1845), el poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona (1846-1881) quien se casa con la escritora peruana Lastenia Larriva, el escritor español Fernando Velarde (1847 y 1855). En las dos décadas siguientes: el escritor chileno Manuel Bilbao (1851 y 1865), el venezolano Juan Vicente Camacho (1853-1867), el editor francés Carlos Prince (quien se instala en Lima a partir de 1862), la pareja colombiana Soledad Acosta y José María Samper (1862-1863), este último estuvo a cargo de la dirección de *El Comercio* y ambos fueron los responsables de la creación del suplemento cultural *La Revista Americana*, del mismo diario. En general, la representación de una ciudad de Lima contemporánea y en vías de modernización (o las contradicciones de su imaginada modernización) aparece en el discurso de ficción, pero también en el ensayo, la historia, y en la prensa a través de la crónica, el artículo, etc.

Las escritoras que forman esta generación comparten la misma condición social. El acceso a la educación formal universitaria fue posible únicamente para Margarita Práxedes Muñoz; sin embargo, las otras escritoras tuvieron acceso a la instrucción: lectura, formación autodidacta, bibliotecas familiares, ya que pertenecieron a familias de la élite intelectual. No fue extraño que las mujeres de letras durante el siglo XIX pertenecieran a familias patriotas, es el caso, en América del Sur, de Juana Manuela Gorriti y de Soledad Acosta de Samper (hijas de héroes de la Independencia: el general José Ignacio Gorriti y Joaquín Acosta, respectivamente). En el caso peruano esto ocurrirá principalmente en una generación posterior, con las hijas de los héroes de la guerra del Pacífico entre quienes destaca Zoila Aurora Cáceres (hija del mariscal Andrés A. Cáceres).

A partir de la década de 1870, pero sobre todo en el periodo posbélico, la escritura de mujeres intenta validar su propio quehacer, ya sea del lado romántico, transponiendo la noción de



Carátula de *El Conspirador*. (*Autobiografía de un hombre público*),
3.^{er} millar, publicada por la Imp. de la Voce d'Italia, Lima,
E. Sequi y Co. Editores en 1892.

ángel del hogar a la esfera pública de la escritura; o asumiendo una posición crítica frente a la sociedad, es decir, cuestionando la identificación entre mujer y maternidad, mujer y universo sensible, mujer y sexo débil. Hay que recordar que el trasfondo ideológico de este debate tiende sus raíces, por un lado, en los postulados de la Ilustración (sobre todo en la filosofía de Rousseau), y por el otro, en el legado de los socialistas utópicos de los que nace el positivismo, que trazan sus teorías sociales con la elaboración de religiones humanas en las que se defiende una transformación social reasignando una nueva función a la mujer. De aquí surge, por ejemplo, el proyecto de Flora Tristan, tan importante en las letras peruanas, cuyo viaje (entre 1833 y 1834) y pensamiento fue conocido en líneas generales por algunas de las escritoras de esta generación.

Las diferencias ideológicas y las distintas concepciones estéticas al interior de la generación son evidentes. Los poemas y la exaltación de la maternidad de Villarán de Plascencia no corresponden con la voz crítica y enérgica de Clorinda Matto o de Mercedes Cabello quienes representan además de la mujer en su rol de madre, a la educadora, a la trabajadora, pero también a la coqueta y la prostituta. Esto no niega, sin embargo, que compartan una idea de grupo y que en la mayoría de casos conserven un vínculo de amistad. En este sentido, cabe recordar que Mercedes Cabello escribió un artículo elogiando a Villarán de Plascencia, en él la llama «noble escritora, galana poetisa» y luego dice: «si la señora Villarán hubiera podido consagrar tiempo y tranquilidad al cultivo de su fecunda musa, no libros, sino bibliotecas hubiera podido llenar con sus versos». Por su parte, Clorinda Matto la incluye en su célebre discurso pronunciado en Buenos Aires «Las obreras del pensamiento». Así también, a pesar de que Gorriti intentó corregir la pluma atrevida de Cabello y le escribió dándole recomendaciones que no fueron atendidas por la escritora peruana, esto no impidió que su colaboración y el recuerdo de su amistad aparecieran hasta el final de las publicaciones de la escritora salteña (Cabello colabora en *Cocina ecléctica* con cuatro recetas y, en *El mundo de los recuerdos*, Gorriti nos narra el viaje que hizo con Cabello a Chíncha Alta cuando Lima fue tomada durante la guerra del Pacífico).

A diferencia de las propuestas ficcionales de Juana Manuela Gorriti, Teresa González de Fanning y Carolina Freyre, por ejemplo, Mercedes Cabello, Margarita Práxedes y Clorinda Matto participaron ideológicamente de registros más próximos al realismo y al positivismo y desarrollaron una crítica del funcionamiento de la Iglesia católica. Mercedes Cabello explora otras formas literarias en su novela *Blanca Sol* que confirma a través de la reescritura de *Eleodora* transformada en *Las consecuencias*. Podemos constatar el mismo fenómeno en Clorinda Matto que titula *Cruz de Ágata* a su última novela, pero que antes de su publicación cambia por el título de *Herencia* poniendo énfasis en la transmisión genética de las taras morales como lo defendía la novela experimental. Las dos comenzaron sus carreras próximas a las ideas de Gorriti y de Palma, y a los escritores del Club Literario, pero más tarde creyeron importante ocuparse de los vicios de la educación religiosa y sus consecuencias en el destino de las jóvenes, los abusos de la Iglesia hacia el pueblo y no dudaron en criticar esta institución. Para ello no tuvieron que abandonar su propia formación cristiana: Cabello se acercó a la Religión de la Humanidad (la moral del positivismo); y Matto a los principios del protestantismo. Ambas utilizan metáforas y referencias cristianas para construir una nueva ética femenina en el Perú.

Por otro lado, los salones literarios han sido considerados espacios híbridos a medio camino entre el público y el privado, sobre todo cuando eran promovidos por mujeres que abrían sus casas a sus amigos: hombres y mujeres de letras que discutían, leían, tocaban el piano, comentaban piezas de arte, etc. Las reuniones promovidas por Juana Manuela Gorriti en su casa de la calle Urrutia en el centro de Lima y las veladas organizadas por Clorinda Matto de Turner son las más conocidas. En el salón de Gorriti, por ejemplo, se encontraron los intelectuales ya consagrados con los más jóvenes: desde alumnas destacadas de la propia anfitriona, hasta escritoras de fama como Clorinda Matto que fue presentada a su llegada del Cusco. El ambiente familiar, en comparación con espacios formales como las reuniones del Club Literario. Estas veladas se hicieron famosas internacionalmente entre otros factores gracias a que al día siguiente se publicaba en la prensa una nota que resumía la reunión en *El Nacional*, *La Opinión Nacional* o *El Comercio*.

Muestra de esta fama es el artículo «Mme Gabriela Mistral et la littérature féminine en Amérique du Sud» aparecido en *Le Gaulois* (París) el 18 de octubre de 1922 en la sección *Littératures étrangères* donde se lee:

Le mouvement littéraire féminin, dans ces pays ensoleillés, est né d'un raffinement mondain, à l'instar de la préciosité française qui s'épanouit au dix-septième siècle. Il semble bien que l'on puisse situer dans la vile de Lima l'origine de cette éclosion littéraire. C'est en cette capitale péruvienne que, il y a cinquante ans environ, dans ses salons de la rue Urrutia, Mme Juana Manuela Gorriti créa des veillées littéraires qui demeureront fameuses dans l'histoire de l'intellectualité féminine sud-américaine. Au souvenir de ces réunions rattache le nom célèbre de Mme Mercedes Cabello de Carbonera, l'auteur de fortes études sur «le roman moderne», «la religion de l'humanité», «le comte Léon Tolstoï», et c'est déjà une caution fort bourgeoise ; au même cercle d'ailleurs appartient Mme Clorinda Matto de Turner, qui fut directrice, à Lima même, du journal littéraire *El Perú Ilustrado*, du journal politique *Los Andes*, et, plus tard, à Buenos-Ayres, du *Bucaro Americano*, et laissa plusieurs drames et romans de mœurs incaïques.

Les soirées de Mme Carolina Freyre de Jaimes, où fréquentait Maria Natividad Cortes, vinrent bientôt s'opposer, émulation courtoise, à celles de la rue Urrutia [...]

C'est après l'apparition de ces salons littéraires que nous voyons grandir au Pérou l'activité intellectuelle féminine¹⁴.

¹⁴ «En estos países soleados, el movimiento literario femenino nació del refinamiento cosmopolita como el que se desarrolló en Francia y floreció en el siglo XVII. Parece que el origen de este florecimiento literario puede situarse en la ciudad de Lima. Fue en esta capital peruana donde, hace unos cincuenta años, en sus salones de la calle Urrutia, Juana Manuela Gorriti creó unas tertulias literarias que se han hecho célebres en la historia de la intelectualidad femenina sudamericana. Al recuerdo de estas reuniones se une el famoso nombre de Mercedes Cabello de Carbonera, autora de notables estudios sobre “la novela moderna”, “la religión de la humanidad”, “el conde León Tolstoï”, muy recomendados; al mismo círculo pertenece la señora Clorinda Matto de Turner, que fue directora, en la misma ciudad de Lima, de la revista literaria *El Perú Ilustrado*, de la revista política *Los Andes* y, más tarde, en Buenos Aires, del *Búcaro Americano*, y dejó varios dramas y novelas de costumbres incaicas.

Lamentablemente no tenemos noticias de las veladas de Carolina Freyre de Jaimes de las que aquí se hablan, aunque también cabe la posibilidad de que el autor de la nota las confunda con las veladas que organizó Clorinda Matto de Turner diez años más tarde, en 1887. Como en muchos de los proyectos de Juana Manuela Gorriti, también en las veladas mezcla familia y trabajo intelectual: su hija Mercedes Belzú participa en estas reuniones como poeta, además su hijo Julio Sandoval será el editor de la versión en libro de estas reuniones bajo el título de *Veladas Literarias en Lima* recopila las notas de prensa, así como los textos que fueron leídos en cada una de estas reuniones. Durante las veladas, el tema de la educación femenina tuvo especial importancia, así, se presentaron los trabajos: «La educación social de la mujer» de Abel de la E. Delgado, «Condición de la mujer y el niño en los Estados Unidos del Norte» de José Arnaldo, «La instrucción de la mujer» de Mercedes Eléspuru y Laso, «Estudio comparativo de la inteligencia y la belleza de la mujer» de Mercedes Cabello, «Trabajo para la mujer» de Teresa González.

Otro espacio de hibridez donde participaron estas escritoras fue promovido igualmente por Juana Manuela Gorriti, se trata del libro *Cocina ecléctica* (1890) donde mediante la forma de la receta literaria Clorinda Matto critica a los sacerdotes de la Iglesia, y Mercedes Cabello el funcionamiento del matrimonio. En él encontramos también entregas de Teresa González y Lastenia Larriva de Llona. Este fue un texto colectivo en el que se intentó unir los saberes «privados» y la escritura para la construcción de la identidad americana, uno de los proyectos que interesó a la mujer de letras que no solo tuvo conciencia de su pertenencia a un espacio nacional, sino que se identificaba con una comunidad lingüística afín en un territorio más amplio como el suramericano o el hispanoamericano.

Volviendo a la unidad de grupo y a su reconocimiento internacional, podemos citar las palabras de Emilia Pardo Bazán

Las veladas de doña Carolina Freyre de Jaimes, frecuentadas por María Natividad Cortés, pronto rivalizaron, en cortés emulación, frente a las de la calle Urrutia [...].

Fue tras la aparición de estos salones literarios que vemos el crecimiento de la actividad intelectual femenina en el Perú» (traducción nuestra).

en el prólogo de *Lucecitas* de Teresa González: «[...] nuestra prensa elogia, de tiempo en tiempo, a Juana Manuela Gorriti, a Clorinda Matto de Turner, a Mercedes Cabello, a Lastenia Larriava de Llona, a la simpatiquísima Amalia Puga, y otras damas americanas dedicadas a las letras con mayor o menor suerte, pero siempre con sinceridad, cultura y entusiasmo» (VI-VII).

En lo que concierne a la prensa, *La Bella Limeña* (1872) es el primer semanario dedicado a la mujer y a las familias, en la editorial del primer número, escribe su propietario y editor el poeta romántico Abel Delgado: «se hacía sentir la necesidad de una publicación dedicada a las encantadoras hijas del Rímac». En sus páginas publicaron Manuela Villarán, Leonor Saury, Carolina Freyre, desde luego Juana Manuela Gorriti, pero también escritoras españolas como Ángela Grassi, Faustina Saenz y María del Pilar Sinués. El objetivo de la socialización de la escritura femenina fue seguido por *El Álbum* fundado por Gorriti y Carolina Freyre, y posteriormente por *La Alborada* dirigida por la misma autora argentina y el poeta Numa Pompilio Llona. Durante los años 80 del siglo XIX una exitosa publicación como *El Perú Ilustrado* (1887- 1892) estuvo dirigida por la escritora cusqueña Clorinda Matto. Hacia mediados de esta misma década, el *Boletín* del Ateneo de Lima publicó por entregas la novela *Fleodora y Sacrificio y recompensa* de Mercedes Cabello, así como *Regina* de Teresa González, ambas premiadas en el concurso de la misma institución. Por otro lado, el Círculo Literario en estos mismos años crea como órgano de prensa *La revista social* donde se publicarán varios artículos de estas escritoras. Como complemento de estos medios de difusión, se encuentra la prensa no específicamente literaria, la prensa cotidiana que también, de acuerdo a las consignas comerciales de la época, van a dedicar la parte inferior de sus páginas a la publicación de novelas de folletín, entre ellas, *El Comercio* y *La Nación* empiezan publicando folletines extranjeros en traducción y poco a poco introducirán novelas nacionales.

El acceso restringido a la educación científica, el poder de las comunidades religiosas en el terreno educativo y en la dirección de las costumbres de las mujeres, la identificación de la limeña con la banalidad y la superficialidad, los matrimonios por conveniencia, la estigmatización de las mujeres trabajadoras, la falta de lugar en la sociedad para las mujeres solas (viudas,

solteras, mujeres que viajaban solas, etc.) son todos ellos problemas sociales abordados, en mayor o menor medida según cada caso, por las escritoras de esta generación. Mostraremos a continuación a manera de ejemplo, tres formas en que se abordó esta problemática.

Margarita Práxedes Muñoz llamada «la limeña científica» publicó un artículo dedicado a Trinidad María Enríquez (1848-1891), estudiante de derecho que había iniciado un proceso judicial para reclamar su derecho a graduarse con un título universitario y poder ejercer su profesión de abogada. En 1874, el gobierno de Pardo da su acuerdo para que ella pueda seguir sus estudios, pero la sentencia final llega quince años más tarde (tras la muerte de la querellante) y será negativa respecto a la posibilidad de ejercer su profesión. Cito a Margarita que se identifica con esta marginación:

Siempre hemos lamentado ver a nuestra juventud femenina entregada en manos de congregaciones de institutrices importadas del extranjero, educadas ellas mismas en las ideas monárquicas incapaces por consiguiente de inspirar a sus educandas el amor a la república, pero jamás creímos que pudiesen conquistar adeptos; por desgracia hoy palpamos esta triste realidad.

Sin embargo, la iniciativa está ya dada para combatir estos malos elementos; la mujer peruana no se avergüenza hoy de ilustrar su inteligencia, y no está lejano el día en que a la propaganda del error y del anti republicanismo, pueda oponer con acierto el apostolado de las luces y de la democracia, en cuya noble lucha esperamos desempeñe un importante papel nuestra simpática compatriota del Cuzco (52).

En segundo lugar, en 1893, Mercedes Cabello de Carbonera publica una carta dirigida a uno de los más conocidos divulgadores del positivismo en América, el chileno Juan Enrique Lagarrigue. La carta, hoy bastante difundida, se titula *La religión de la humanidad* y en ella su autora explica por qué no podía adherirse a un positivismo universal, sin adaptarlo de acuerdo a las condiciones de su patria. La escritora peruana insiste en el hecho de que el positivismo de Auguste Comte diviniza a la mujer al punto de desatender las demandas reales que ella requiere para salir de la condición de esclavitud en la que se

encuentra y esta es la razón fundamental por la que la autora no forma parte oficial de dicho movimiento: «[...] Es que hay en esa doctrina un punto... no, que es una muralla levantada para condenarla a eterna minoría y a eterna esclavitud. ¡El positivismo le veda a la mujer todas las carreras profesionales y todos los medios de trabajar para ganar por sí misma la subsistencia!» (132). Trataremos con más detalle esta particular adhesión al positivismo en la siguiente sección de este estudio.

Un tercer texto emblemático de esa generación es un discurso pronunciado el 14 de diciembre de 1895 por Clorinda Matto de Turner en el Ateneo de Buenos Aires titulado «Las obreras del pensamiento en la América del Sud» donde crea una genealogía de escritoras americanas y reivindica el trabajo solidario de las mujeres de letras en el continente contra las barreras que en el espacio masculino de las letras deben enfrentar. El título sigue siendo hasta hoy una hermosa metáfora del esfuerzo mayor y del talento que deben demostrar las escritoras para conseguir la justa valoración de su trabajo.

La enumeración, aunque incompleta, que he hecho, sirva de recuerdo agradecido para las obreras del pensamiento en América del Sur; verdaderas heroínas, repito, que no solo tienen que luchar contra la calumnia, la rivalidad, el indiferentismo y toda clase de dificultades para obtener elementos de instrucción, sino hasta correr el peligro de quedarse para tías, porque, si algunos hombres de talento procuran acercarse a la mujer ilustrada, los tontos le tienen miedo.

¡Ah, no es tan desgraciado el ciego de nacimiento, sin idea de luz y color, como aquel que, en hora triste, sintió hundirse en la noche eterna la vida de las pupilas! Consideremos por este símil la situación de la mujer que está en lucha abierta, entre la ceguera, que amenaza y la luz que es preciso dilatar (7-8).

A pesar de la heterogeneidad en la evolución de sus planteamientos y a la dificultad por construir universos ficcionales más modernos, ellas construyeron proyectos de publicación, vínculos de amistad, trabajo intelectual en común y reivindicaron el nuevo rol de la mujer en el espacio público resignificándolo. Esta generación está relacionada con una feminización de la ciudad como parte del proyecto liberal y luego como conse-

cuencia de la guerra y de la invasión chilena. En este contexto, las mujeres patriotas harán suya la tarea de reconstruir la ciudad y de diseñar la nueva cartografía de la nación peruana. En consecuencia, las nociones de patria e inserción de la mujer en la organización social y cultural tienen gran importancia en los escritos próximos a una estética tanto romántica como realista.

INTELECTUAL POSITIVISTA

Mercedes Cabello adhirió progresivamente al positivismo comtiano. El positivismo se entiende como la culminación del proyecto racional que exalta la razón instrumental desde Bacon y Descartes. Surge en la tercera década del siglo XIX impulsado por el particular contexto que vive Europa: el desarrollo de la ciencia, la transformación del medio por el trabajo industrial y las revoluciones sociales. El positivismo fue heredero, además, de la idea ilustrada de progreso.

Tanto la Revolución francesa, como la Revolución de 1830, constituyen para Auguste Comte los síntomas de una sociedad enferma que hay que empezar a curar. La fuente de dicha enfermedad se encuentra, para él, en la «metafísica espuria» que domina la filosofía de aquel tiempo, y que está representada por el pensamiento kantiano. Para justificar el paso superior que dejaría atrás esta filosofía, establece su Ley de la evolución intelectual de la Humanidad o ley de los tres estados: el estado teológico, el estado metafísico y el estado científico o positivo que representa la verdadera filosofía donde las facultades racionales del ser humano se encuentran en su expresión máxima. El estado positivo se propone lanzar al hombre a un desarrollo irrefrenable, ya que es en esta etapa que él es consciente de que lo más importante son los actos de la realidad concreta. Se armoniza así el pensamiento y la vida práctica tanto en la esfera pública (donde rige la labor del hombre) como en la privada (donde actúa la mujer, máxima personificación de la virtud).

Para el positivismo, las ciencias que nos han acompañado en la comprensión del mundo son las matemáticas, astronomía, física, química, biología; y recientemente, la sociología. Ha sido la última en aparecer, pero ella garantiza el correcto funcionamiento de todo el sistema, ya que se ocupa no solo de las leyes

que rigen la sociedad y la conducta del hombre, sino que busca transformarla a través de la moral positiva. Esta se erige sobre la siguiente idea: «Vivir para los demás: la familia, la patria y la humanidad». El individuo no puede ser entendido sino en su conjunto como integrante de una sociedad que se dirige hacia el progreso y, por lo tanto, los individuos que participen de ella desarrollarán el sentimiento de solidaridad que tiene como objetivo el bien público.

Existe una evolución en el pensamiento de Cabello si comparamos su artículo «El positivismo moderno», donde antepone la importancia del plano espiritual e ideal, con *La religión de la humanidad* donde adhiere al positivismo en sus postulados radicales de ateísmo, materialismo, científicismo, aunque expone discrepancias al aplicar esta teoría al caso particular de la sociedad peruana. Para Mercedes Cabello, la religión de la humanidad, la doctrina moral positiva basada en la abnegación y el altruismo, tiene por fin último al Gran Ser o la Humanidad, es decir, el bienestar individual se supedita al colectivo y se defiende la paz en contra de la guerra. Así como en el sistema positivista, las matemáticas y las ciencias naturales están supeditadas a la sociología, de igual manera, todas ellas dependen de la moral, base del progreso. Mercedes Cabello defiende la necesidad de desarrollar esta nueva religión con ideales de justicia y bienestar social a diferencia de otros positivistas como Emilio Littré quienes ponen atención, principalmente, al desarrollo material de las ciencias. De esta manera, ella considera a Comte como «el verdadero mesías del positivismo».

En contra de la idea de Juan de Lagarrigue (positivista chileno), Cabello pensaba que para los pueblos católicos del mundo hispano es difícil la asimilación de esta nueva doctrina y religión, ya que el catolicismo otorga muchos tipos de consuelo al hombre y abriga esperanzas de redención para quienes procuran su bienestar personal. Estos elementos son ajenos al positivismo donde el perfeccionamiento y el progreso se ponen al servicio de la colectividad. Sin embargo, el mestizaje hispanoamericano hace que estas tierras sean más adaptables y acepten más fácilmente una nueva doctrina como la positivista.

Por otro lado, uno de los elementos que une a Mercedes Cabello con el positivismo es la importancia de la fisiología dentro de esta teoría o más bien la importancia de la relación entre

cuerpo y alma. A propósito de ello, Jean-François Braunstein, en *La philosophie de la médecine d'Auguste Comte*, afirma que Comte logra unir el plano subjetivo con el objetivo a través de su «filosofía del cerebro» según la cual este «órgano» se identifica con el alma y, por tanto, posee algunas cualidades de aquella. Se une, de esta manera, materialismo y espiritualismo.

En 1846, Comte elaboró un «cuadro del cerebro o del alma» donde se establecen dieciocho facultades divididas en tres grandes grupos: diez afectivas, cinco intelectuales y tres activas. La preponderancia de las facultades afectivas es un intento por validar la naturaleza altruista del ser humano de acuerdo al segundo principio positivista: «vivir para el otro». El cerebro, por tanto, es un «cerebro social», ya que recoge elementos no solo individuales, sino del medio que lo rodea, siendo capaz de aprehender las variaciones sociales y recoger elementos del pasado como herencia de los antepasados.

Si la fisiología es la ciencia que tiene por objeto el estudio de las funciones de los seres orgánicos, durante la segunda mitad del siglo XIX, en medio del lenguaje científico y médico trasladado a la literatura, muchos se acercaron al análisis de la sociedad en clave fisiológica. El Perú, dentro de esta lógica, será pensado como un cuerpo enfermo. Así, el famoso párrafo que Manuel González Prada escribió en 1888: «...hoi el Perú es un organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus» (93) es la más clara evidencia de cómo este discurso había calado en el pensamiento y el lenguaje de los más destacados intelectuales.

El pensamiento de Mercedes Cabello se desarrolla en torno a la fusión entre intelecto y sentimiento. La nueva fe que ha creado el positivismo reemplazando la fe cristiana alienta no solo el intelecto por ser lógica, sino los corazones por su componente pasional y su demanda de acciones nobles para el bien común. Utilizando la naturaleza como metáfora, indica: «La Religión de la Humanidad ha venido pues a llenar inmensos vacíos, aportando elementos poderosos de vida y sentimientos delicadísimos; ella puede ser cual la lluvia fecundante después que el hacha experimentada del leñador ha segado los troncos añosos e inútiles que roban la savia al nuevo brote, destinado a dar el sabroso fruto» (*La religión...* 446).

Como complemento de estas propuestas, realiza la autora una defensa del ateísmo positivista justificando la antigua

creencia en Dios como parte de una necesidad motivada por la ignorancia, pero que en la actualidad la nueva ciencia ha reemplazado. Este rechazo al cristianismo se hace necesario tras una evaluación de la situación concreta de la religión en el Perú donde esta se convierte, por un lado, (para los hombres) en falsedad y «tartufismo»; y por el otro, en práctica irreflexiva (para las mujeres).

Las ideas positivistas de Cabello están estrechamente relacionadas con la construcción de su teoría o proyecto de novela, así lo concibe ella misma: «Y puesto que el naturalismo se dice corolario de la escuela científica de Claudio Bernard, el realismo debe acogerse a la doctrina positivista de Augusto Comte; de ese genio extraordinario, que en su teoría positiva del alma, ha deslindado asombrosamente los tributos propios de ella, y los motores afectivos que son su expresión» (*La novela moderna* 51). Más adelante, señala: «...hagamos que la escuela realista sea la expresión de la filosofía positiva, cuya fórmula se adapta admirablemente al ideal del arte, pues se dice: El amor por principio, el orden por base y el progreso por fin» (*La novela moderna* 51). El desarrollo de las ideas de Cabello se desenvuelve en un contexto cada vez más afín a esta filosofía; sin embargo, esto no impide que la autora sepa también tomar distancia sobre todo en lo que concierne a su defensa por la liberación de la mujer del yugo patriarcal como lo vimos en el apartado precedente.

La influencia del positivismo, en general, en el contexto hispanoamericano de la época es notable. Recordemos algunas de las publicaciones más representativas en el Perú que tienen como base esta teoría: Carlos Lisson, *Breves apuntes sobre la sociología en el Perú* de 1886, Javier Prado Ugarteche, *El método positivo en el Derecho Penal* de 1889, y desde luego escritos de Margarita Práxedes Muñoz y Manuel González Prada. Además, se crea la cátedra de sociología en San Marcos y se empiezan a aplicar las nuevas leyes deterministas y naturalistas en el campo de la medicina, la fisiología y el higienismo. En este contexto, surge en la intelectualidad peruana, un sector anticlerical del cual participaron algunas mujeres de letras.

EL PROYECTO DE NOVELA MODERNA

Mientras que, en su ensayo *La religión de la humanidad*, la autora se encarga del aspecto ético de la nueva sociedad a la que aspira, construida dentro la lógica ilustrada de exaltación de la civilización, progreso y modernidad eurocentristas; en *La novela moderna* (1892), se concentra en el aspecto literario. En este ensayo, defiende su posición ecléctica de la novela como parte del imaginario simbólico que contribuiría a la construcción de dicha sociedad utópica. Cabello admira el legado de los escritores románticos tanto en Europa como en América, así como el aporte de los escritores naturalistas (como Zola y Cambaceres), pero reconoce también los límites de ambas: la escuela romántica pecaría de idealista y la naturalista de pornográfica. La escritora realiza un examen de la literatura europea e hispanoamericana entre 1820 y 1890. Explica este período marcado por la revolución literaria del naturalismo que aparece tras la caída del segundo imperio francés en 1870. Compone los quince capítulos en torno a la oposición entre dos escuelas antagónicas: romanticismo y naturalismo. En su concepción teleológica de la sociedad (35) y de la mano con un tono argumentativo cercano al sermón y a la lección (25 y 29) propone construir la novela moderna dentro de la escuela realista, justo medio entre los dos extremos peligrosos. Afirma la autora que esta escuela tiene ya importantes representantes y tiene como maestros a Honoré de Balzac en Francia y a Emilia Pardo Bazán en España.

El realismo para Cabello es ético gracias a su aproximación a la realidad, es decir, gracias a su pretendida objetividad (utiliza la conocida metáfora del espejo en detrimento de las miradas telescópicas y microscópicas de las escuelas antes mencionadas): «la moral solo llega al alma por la ancha puerta de lo posible y natural» (42) o cuando afirma: «la realidad tiene su moral propia y es la que se desprende de toda verdad» (49). Un año después, en *La religión de la humanidad*, reafirma su propuesta ecléctica: «La novela del porvenir se formará sin duda con los principios morales del romanticismo, apropiándose los elementos sanos y útiles aportados por la nueva escuela, y llevado por único ideal la verdad pura, que dará vida a nuestro arte realista; esto es humanista, filosófico, analítico, democrático y progresista» (65). Para ella, el eclecticismo está justificado en el estado de pro-

greso de las sociedades americanas en las que los vicios aún no están anclados en el sistema hereditario y, por lo tanto, los principios de la novela experimental zoliana no tendrían por qué aplicarse. Además, su proyecto ético-estético es liberal, porque no debe encontrarse sometido a doctrinas religiosas.

Su conocimiento de las corrientes literarias fue amplio tanto de la tradición clásica como de la moderna. Respecto a la tradición moderna, sus referencias se nutren sobre todo de la escuela francesa: Victor Hugo, George Sand, Chateaubriand, Lamartine, Octave Feuillet, Alexandre Dumas, Stendhal, Gustave Flaubert, Emile Zola, Huysmans, Daudet, Paul de Kock, Lemoonnier, Richepin, Paul Bourget; sin embargo, su principal referente se encuentra en la obra de Honoré de Balzac. Considera que Balzac logra el eclecticismo necesario para crear la verdadera novela realista: no perder de vista el sentimentalismo, pero observando los aspectos negativos de la sociedad. Otro de los elementos balzacianos con que se identifica es la intención de retratarlo todo, de construir un panorama amplio de la sociedad de su tiempo. La novela debe abrir muchas ventanas hacia la realidad que permita ver lo más extensamente posible. Este tipo de literatura, según Cabello, es moralista en sí misma.

Siguiendo el modelo de la *Physiologie du mariage* de Balzac, Mercedes Cabello reflexiona y examina constantemente esta institución. En este texto, el novelista francés, bajo la forma de meditaciones y axiomas, indaga en la patología de la sociedad francesa a través de la vida íntima, de las relaciones de pareja y de los malestares de la institución matrimonial. Su estudio, dirigido a los hombres casados, trata de prevenirlos del adulterio femenino. Por su parte Cabello, seducida por dicho método analítico observa con detenimiento la conducta de la clase alta limeña, y advierte más que la infidelidad femenina, como elemento recurrente, las posibilidades moralizadoras de la mujer.

Respecto a la literatura española reconoce el aporte de López Bago, Benito Pérez Galdós, Jorge Onhet, Leopoldo Alas, Concepción Gimeno, Juan Valera, Fernando Caballero y Emilia Pardo Bazán a quien tiene como maestra. La obra de la escritora gallega es también, para Cabello, la perfecta conjunción entre sentimentalismo y naturalismo, la síntesis de lo que todo

novelista realista debe aspirar. Su admiración por Pardo Bazán va mucho más allá de sus novelas, ya que se identifica con las dificultades que ella vivió como mujer de letras en un medio hostil para las escritoras que se colocan a la vanguardia de los movimientos estéticos.

También revela su conocimiento de la literatura anglosajona en la que destaca las novelas de Walter Scott y Charles Dickens. Por otro lado, uno de los últimos giros que sufre la novela de cambio de siglo, tras el naturalismo, vino desde Rusia y Mercedes Cabello es consciente de ello. Fue una de las primeras en leer, suponemos en traducción francesa, a Fedor Dostoievsky y Leon Tolstoy. El nuevo espiritualismo que revela la novela rusa la lleva a reforzar su teoría de novela ecléctica donde el alma de los personajes aún permanece viva con sus pasiones y creencias. Este espiritualismo no podía, sin embargo, derivar en una visión negativa ni nihilista de la realidad y esta es la crítica que les hace: Cabello nunca perdió la fe en el progreso de la humanidad a través del desarrollo científico y material, siempre y cuando, estas obedecieran también a leyes morales. Entre los escritores peruanos destaca el trabajo de Fernando Casós y Luis Benjamín Cisneros, y en la producción hispanoamericana reconoce la importante obra de Juana Manuela Gorriti, Alberto Blest Gana, José Marmol, Riva Palacios, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Soledad Acosta de Samper, Vargas Vila y Eugenio Cambaceres.

IMAGINERÍAS DE LIMA A FINALES DEL SIGLO XIX

Y puedo decir que aquí en Lima fue donde se decidió mi porvenir.

Mercedes Cabello, *El Conspirador*, 34

Yo no encontré en Lima más atmósfera moral que, de una parte, el movimiento político con todo su séquito de perfidias e infidencias, de la otra, esa vida ligera, pueril, que lleva todos los gérmenes para el mal y tan pocos para el bien.

Mercedes Cabello, *El Conspirador*, 35

Para acercarnos a los elementos que Cabello recrea de la sociedad limeña de mediados del siglo XIX, vamos a echar mano

de la historia cultural¹⁵ gracias, principalmente, a la crónica sobre la llamada Lima antigua, la ciudad que se empieza a transformar con los procesos de modernización impulsados hacia mediados del siglo.

En cuanto a su demografía, según Ricardo Tizón y Bueno, en base al censo de 1876, la población de Lima era de 100 156 habitantes de los cuales 42 694 eran blancos, 23 120 mestizos, 19 630 indios, 9088 negros y 5624 asiáticos. Dentro de la población blanca se registraban europeos de distinta nacionalidad: italianos, alemanes, españoles, franceses e ingleses. Velázquez Montenegro afirma que la población italiana fue el grupo extranjero más importante después del español. Dos rasgos importantes nos informan sobre el tradicionalismo de la ciudad: la importancia de la religiosidad y el predominio de las apariencias en una sociedad de mentalidad aún colonial al punto de utilizar corrientemente el término «aristocrático» para referirse a sus elites.

Sobre lo primero, según Atanasio Fuentes, Lima fue una ciudad muy religiosa. Registra 77 templos (entre catedral, parroquias, conventos, congregaciones, monasterios, beaterios, capillas e iglesias). Alrededor de estos templos se han establecido cofradías y hermandades que celebran anualmente 459 fiestas y 39 607 misas. Más allá de estas hermandades y cofradías a las que pertenecían los pobladores comunes, existían en la ciudad 1736 personas dedicadas al culto y cuidado de los templos incluidos los sacerdotes y las monjas.

A pesar de que los títulos nobiliarios se extinguieron con la independencia, los afanes aristócratas persistirán junto con esta denominación que se adjudican familias de clase alta

¹⁵ Hemos construido un corpus de textos publicados en las últimas décadas del siglo XIX o a principios del XX que dan cuenta de la ciudad de Lima en transformación. La mayoría de estos textos se caracteriza por la nostalgia de las costumbres perdidas. Para ello hemos utilizado las siguientes fuentes: *Lima de ayer y hoy* (1912) y *Cosas Limeñas* (1919) de Ismael Portal, *Una Lima que se va* de José Gálvez, *Lima de Antaño* de Ricardo Dávalos y Lissón, la columna «Revista de modas» de *La Bella Limeña*, los tres tomos de *Lima Antigua* de Carlos Prince. Además, hemos completado y cotejado la información con referencias obligatorias acerca del siglo XIX peruano: el *Diccionario de peruanismos* de Juan de Arona y la *Estadística General de Lima y Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* de Manuel Atanasio Fuentes.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

LA

NOVELA MODERNA.

ESTUDIO FILOSOFICO

PREMIADO CON LA ROSA DE ORO

(PRIMER PREMIO)

En el certamen Hispano Americano de la Academia Literaria de
Buenos Aires

LIMA

TIPO-LITOGRAFIA BACIGALUPI & Co., ESPADEROS 257

1892

Portada de *La novela moderna* (1892),
ensayo premiado con la «Rosa de Oro» en el certamen
promovido por la Academia Literaria de Buenos Aires.

que gozaron de influencia y poder desde el periodo colonial. Fuentes nos dice que «todos en la ciudad de Lima se empeñan en ser descendientes de príncipes o emperadores, todos quieren además ser blancos y tener la nariz delgada» (*Lima...* 89), para ello deben mostrar holgura, comodidad y lujo. En la época, la mejor manera de hacerlo era a través de un empleo o una comisión del Estado.

No resulta extraño en la literatura, sobre todo en la ficción decimonónica, la metaforización de la ciudad a través del cuerpo o de la imagen femenina. Este podría ser un eje importante de lectura de las novelas decimonónicas y lo es, desde luego, para el caso de Cabello cuyas novelas están concentradas en la ciudad de Lima y en las que las protagonistas son las mujeres, incluso en *El Conspirador* subtitulada «autobiografía de un hombre público», la mujer ocupa un lugar central en la representación de la ciudad al punto que muchas prácticas sociales terminan siendo dirigidas por mujeres, como la política, por ejemplo.

Fuentes señala, en su *Estadística*, que el amor al lujo es una de las pasiones favoritas de la limeña y que estos rasgos no son exclusivos de las mujeres de las clases altas, sino que son repetidos por las mujeres de la «plebe». Esta situación limita sus posibilidades de desarrollo, de esta manera, ella «[...] debía pasar su infancia entre negras y muñecas, su juventud entre frailes y el resto de su vida con el marido que le dieran sus padres o sirviendo a Dios en un monasterio» (144). Además, controla sus deseos y expectativas, por ejemplo, en lo concerniente al matrimonio. Las mujeres tenían como principal expectativa conseguir un buen marido: «Nada valen las buenas cualidades de un caballero, su amor al trabajo, sus sentimientos nobilísimos: tiene que acreditar cuantiosos capitales, grandezas y maravillas para pretender la mano de la señorita. Como él no sabe trabajar, el dinero se va rápidamente y la mujer pasa al cabo de unos años de “Mercaderes” a “Huaquilla”»¹⁶ (123). En este contexto, el

¹⁶ La antigua calle Mercaderes (hoy el jirón de la Unión) fue una de las más distinguidas, céntricas y donde se encontraban los mejores comercios de la ciudad, por lo tanto, por donde transitaban las mujeres elegantes, a diferencia de Huaquilla (actual jirón Ayacucho) que se encuentra en los límites de la ciudad dentro de un barrio más bien popular.

destino de la mujer y, por tanto, también su movilidad social, dependen del matrimonio.

La belleza de la limeña está asociada al particular atuendo que llevó durante gran parte del periodo colonial y las primeras décadas del republicano: la saya y el manto. Esta vestimenta iba unida a su coquetería, pero también al misterio en que quedaba encerrada su identidad. La tapada limeña aprendió a utilizar las prendas que ocultaban su cuerpo y gran parte de su rostro no solo para atraer, sino para disimular. Disimulaba el color de su piel, su extracción social, etc.

La desconfianza que generó el uso de este atuendo provocó que en muchas ocasiones las autoridades lo prohibiesen. A pesar de que la saya y el manto dejaron progresivamente de usarse, primero en las clases altas a causa de la adopción de la moda francesa, la manta (llamada también manta chilena) se siguió usando sobre todo para gran parte de los recorridos callejeros. La mujer observa, pero oculta su identidad de la opinión pública. La capacidad de disimulo, de esta manera, se entiende como una estrategia de libertad en medio de una sociedad que controla la conducta y el cuerpo femeninos.

Una de las instituciones que ejerció mayor control sobre la mujer fue la Iglesia. Este hecho, por ejemplo, hace que uno de los personajes femeninos más representativos de la época sea el de la beata. Todos los cronistas del periodo nos hablan de ella, de la importante cantidad de beatas en Lima y de los diversos tipos que de ellas se podían encontrar. José Gálvez nos presenta seis tipos diferentes: las beatitas genuinas, las místicas, las caritativas moralizadoras, las institucionales, las chismosas y las curanderas. Sobre la primera, nos dice: «La beatita genuina, es la que usa manta, está siempre vestida de negro, camina sin garbo, como distraída, cruza las calles muy temprano, mirando sin ver, eludiendo las ojeadas pecadoras de los hombres» (99). Todas ellas en mayor o menor medida cumplen con las siguientes características: madrugan, tienen una iglesia y un cura predilectos, solo se ocupan del rito, no se involucran en cuestiones de teología, visitan conventos, no cosen para los pobres sino para los padres misioneros, dirigen el rosario de la servidumbre, son supersticiosas, no tienen hijos, son egoístas y rígidas.

La religiosidad hace que las procesiones sean una de las actividades más importantes para las limeñas. Así, nos dice el

mismo autor, acerca de la caridad de las limeñas: «En pocas partes, podemos sostenerlo con orgullo, hay tanta caridad como en Lima, y más que en Lima, ninguna» (158). Hubo además instituciones de caridad como la Beneficencia Pública que, entre otras cosas, se encargaba de administrar hospicios como la casa destinada a las viudas o mujeres que habían caído en desgracia económica, allí se veían: «resignadas damas que fueron opulentas y en los jardincillos modestos se cultivaron flores de humildad y religiosa fragancia» (1).

A pesar de no haber recibido una educación esmerada en ciencias y conocimientos que las preparen para la vida práctica, hay muchas referencias a sus dotes intelectuales naturales que se ponen de manifiesto en su capacidad de organización y en el ingenio de sus palabras. Así, por ejemplo, Fuentes señala: «La mujer en Lima es, sin duda, la que merece mayores elogios por las dotes naturales que ha querido prodigarle la Providencia; suave, amable, y llena de ternura, ofrece rasgos de inteligencia y de imaginación tanto más notables cuanto que la educación femenina ha estado, hasta ahora pocos años, casi totalmente descuidada» (*Lima...* 71). Otro elemento que se repite en todas las descripciones que se hacen de la limeña es su don de mando y su poder en la sombra de importantes cargos públicos. La afición de la mujer por el poder y la política le permite escapar de los lugares que le eran «naturalmente» propios. Al respecto, Fuentes nos dice: «En la política de esta tierra, la mujer ocupa muy culminante lugar, no sólo hace ministros y prefectos, sino que ella abre prisiones para que se escapen los detenidos; ella remueve las autoridades que no convienen a sus intereses; ella proporciona disfraces, conduce comunicaciones, municiones y, si se ofreciera, hasta cañones; ella es, en suma, un prodigio de actividad en esta materia» (*Estadística...* 173).

Modernidad y moda van de la mano en el siglo XIX. En «Le peintre de la vie moderne» Baudelaire dice: «La modernité c'est le transitoire, le fugitif, le contingent, la moitié de l'art, dont l'autre moitié est l'éternel et l'immuable»¹⁷ (518). La moda comparte el mismo rasgo de transitoriedad que va estable-

¹⁷ «La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte cuya otra mitad es lo eterno e inmutable» (traducción nuestra).

ciendo, sin embargo, un estilo propio, algunas características de época. En la medida que la modernidad impregna la vida cotidiana, ciertas prácticas pasan a convertirse en un signo de estos nuevos tiempos: los viajes (el uso de medios de comunicación cada vez más veloces), la lectura de prensa (también efímera), etc. Del mismo modo, se vuelve imprescindible, para las clases acomodadas, el uso de ciertos objetos: el telégrafo, el teléfono, la máquina de escribir, la bicicleta, etc. Estos cambios repercuten en las prácticas sociales, en el aspecto de los interiores y en el de la ciudad gracias a su nuevo trazado. Como señala Philippe Hamon, las calles se llenan de imágenes (que él llama *imaginerías*) que desarrollan un discurso sobre este nuevo estilo de vida: la publicidad, el anuncio de espectáculos, entre otros. En medio de este panorama, los habitantes de las ciudades serán ellos mismos, en su aspecto físico, signo de estas transformaciones a través de la moda: no solamente por la manera de vestir, sino también por la preocupación y el cuidado que inviertan en su aspecto.

La moda es un signo de distinción: ser un hombre o una mujer a la moda es ir de acuerdo a los nuevos tiempos: a través de ella se establece la posición que una persona ocupa en la sociedad. El desarrollo de lo visual, en la época, va de la mano con la moda, esta necesita verse y enseñarse, por ello, abundan los grabados, las fotografías, los moldes y figurines que la prensa incorpora en sus páginas para aleccionar a sus lectores.

Lima se adhiere a este paradigma de la moda que envía sus pautas desde París. Para las damas limeñas será importante lucir sus trajes, sombreros y accesorios en paseos, teatros, bailes y demás reuniones sociales, para ello, se alimenta de imágenes (revistas y periódicos) y, a la vez, produce imágenes propias que circulan, por ejemplo, en álbumes o tarjetas de presentación.

Así, por ejemplo, a partir de las columnas de la «Revista de moda» publicada en *La Bella Limeña* a lo largo de 1872, podemos establecer algunas pautas generales de la moda femenina tal y como era presentada en la prensa limeña de la época. A lo largo de estas columnas se reafirman tres rasgos: en primer lugar, la moda tiene un centro europeo (París). A pesar de la diferencia de estación, de describir las particularidades del vestir limeño, en todo momento el paradigma estará marcado por las transformaciones de la moda francesa. En este sentido, leemos

la desconfianza frente a usos que no se hayan adoptado en París: «Sobre las peinas que en España han empezado a renacer, nada digo, porque en primer lugar, en Francia ni se usan ni se usarán, y en segundo porque conceptúo que este adorno no representa otra cosa que el capricho de algunas señoras» (N.º 5, 5 de mayo de 1872, 39).

El consumo de la moda parisina obligó a importar sus productos: telas, bordados, accesorios. Estas columnas están plagadas de alusiones al bordado inglés, la blonda española, los broches alsacianos lorena, la lencería extranjera, etc. La mayor cantidad de objetos suntuosos provino de Francia y de Inglaterra. En este sentido, también fue importante la presencia de modistas francesas que ofrecían sus servicios a las clases acomodadas de la ciudad. En la época, fueron famosas las modistas Dancourt y Andrea Laroche. Esta última tenía un anuncio en el mismo semanario donde se presentaba de la siguiente manera: «Discípula de la casa de Worth de París, trabaja toda clases de vestidos para señoras y niños, conforme a los últimos figurines de Europa, con prontitud, elegancia y esmero» (N.º 3, 21 de abril de 1872, 24). La presencia de modistas extranjeras en Lima se remonta a mediados del siglo XIX. Oswaldo Holguín, citando a Palma, destaca la presencia de la modista Emilia Dubreuil en la introducción de la moda francesa, en 1853, como la única modista francesa que se encontraba en la afamada calle Mercaderes. Ella, nos dice, junto con sus seis costureras arreglaba a las damas de clase alta para las principales fiestas y bailes y se encargaba también de la venta de productos importados.

Además de leer y coleccionar revistas y figurines, de comprar telas y productos importados, las mujeres invertían tiempo acudiendo a las costureras y modistas. Se podían comprar trajes ya elaborados, pero siempre estaba mejor visto que se confeccionara uno a la medida. Por esta razón, la columna reemplazaba su carencia de imágenes y figurines con detalladas descripciones que pudiesen servir para reproducir el modelo.

Si el centro de la moda se encuentra en París, ¿quiénes crean las tendencias en esta ciudad? La Vizcondesa de Castelfido coloca su columna cerca del relato de costumbres y señala que todos quienes escriben sobre moda lo único que hacen es recoger los caprichos del uso, aquello que imponen las señoritas de París, son ellas las que marcan la pauta de lo que es elegante

y no. Si bien las columnistas peruanas se someten a estos modelos, también es cierto que suelen admirar las originalidades que observan en algunos trajes que se lucen en los paseos y las reuniones de Lima y Chorrillos: «La señorita *** se presentó anteayer en la Alameda de los Descalzos con un elegantísimo vestido que llamó la atención por su sencillez y su buen gusto» (N.º 4, 28 de abril de 1872, 31). No hace falta recordar la importancia que la moda tiene para uno de los personajes más famosos de Mercedes Cabello: Blanca Sol, pero quizá haga falta señalar que el personaje femenino de *El Conspirador*, Ofelia Olivas, no solamente es también muy aficionada a la moda, sino que el narrador la describe como una «limeña parisina».

En segundo lugar, la moda es prescriptiva, es decir, establece normas y pautas que hay que obedecer, por esta razón, muchas veces se dice que la moda es caprichosa o que se vive bajo el imperio de ella. Su carácter prescriptivo, obliga a las mujeres a estar atentas a sus órdenes. En tercer lugar, la moda implica cambio y rapidez. La moda es siempre novedad: «Un suceso importante tengo que anunciar a mis lectoras. Las telas de dibujos vuelven a estar a la moda. Las muselinas de lana y las lindas persas de otros años todo se hace este año con flores, ramos grandes o pequeños, y caprichos de toda suerte» (N.º 5, 5 de mayo de 1872, 39). La moda exige pensar en el futuro, estar un paso adelante de lo que se usa actualmente para pensar en lo que se usará en la siguiente temporada e ir preparándolo.

Efectivamente hasta mediados del siglo XIX, las mujeres acostumbraban cambiar el color de sus sayas y mantos de acuerdo al caudillo de moda. A partir de esta fecha, Basadre también advierte un cambio en un sector más amplio de la población: «Cuando en años posteriores se entroniza en las mujeres la crinolina, para seguir todas las otras oscilaciones del vestido del Segundo Imperio y de la corte isabelina y luego de Europa en general, puede decirse que Lima se ha orientado definitivamente hacia Ultramar, que se convierte o pretende convertirse en una provincia europea» (182).

Como hemos señalado anteriormente, el atuendo de la tapada¹⁸ no corresponde a los tiempos modernos. La saya era

¹⁸ Carlos Prince describe a la tapada limeña, nos dice que es un traje de paseo hecho de seda muy fina de varios colores, la cintura se ajusta

una falda con abundantes plisados muy bien cosidos que se ceñían al cuerpo de la mujer y que no le permitían caminar con comodidad. Caminar rápidamente o cruzar una acequia eran actividades bastante incómodas con estas prendas que no dejaban sino la posibilidad de un paso muy corto. Junto con la saya eran muy importantes los accesorios: los zapatos y las medias de seda y, desde luego, la manta. Incluso cuando esta moda empieza a cambiar y se adoptan los vestidos y las normas venidas desde Francia, las mujeres limeñas continúan utilizando ciertos elementos que las singularizan. Según Atanasio Fuentes, se adoptó la «manta chilena» (*Lima...* 72).

A pesar de la desaparición de este elaborado traje, ha conservado la limeña su gusto por el cuidado de su aspecto personal y su vestido. Suele educársele desde muy joven en la afición al lujo, por lo que invierte gran parte de su tiempo escogiendo las prendas y los accesorios que llevará en cada ocasión. Son además aficionadas a los perfumes y a las flores y se suelen hacer baños con ellas (Fuentes, *Lima...* 74). Por otro lado, la limeña solía llevar zapatos de badana o raso bordados con suelas con menos de una pulgada de grosor y hebillas de oro o piedras. Esto hacía su andar frágil por lo que no era extraño ver a muchas de ellas detenidas en medio de la calle haciendo remendar su zapato antes de volver a casa.

El cambio de moda no solamente implicó burlas al estilo francés (el uso de la crinolina) sino a la creciente preocupación de la mujer por la moda, por copiar los cambios que se producían en el extranjero. A la mujer aficionada a la moda se le considera una coqueta y, por tanto, se le coloca en los límites de la moralidad. De esta manera, Fuentes llama a los afeites de una mujer: irónicamente «las paletas de pintor» y dice en el mismo tono: «Muy cerca de dos horas ha permanecido Victoria delante de esa instalación de armas y laboratorio de química; sale, adelanta, consumado ya el crimen, y se entrega a la opinión pública» (*Estadística...* 111). Si bien muchos de los cronistas citados pueden ser acusados de misóginos, desde otro punto de

con un cinturón de manera que las formas resaltan como en una escultura: «La limeña con saya y manto era una mujer sumamente interesante, pues lucía su garbo, su torneado brazo, su diminuto pie, su bien formado cuerpo, su salero andaluzado y su ojo picaresco» (8).

vista, también podemos citar críticas ante el extremo cuidado de la apariencia física por parte de las mujeres de letras. Recordemos, en este sentido, el cuento «El corset» de Clorinda Matto de Turner donde la escritora cusqueña critica la manera en que esta prenda perjudica la salud de las jóvenes (presiona el hígado y esto provoca malestares como el mal aliento). Mercedes Cabello, por su parte, también criticó a las mujeres que descuidan la formación de su intelecto por el cuidado de su belleza exterior. El ejemplo más conocido se encuentra en la novela *Blanca Sol* donde la protagonista pone en riesgo su salud y la de su hijo (se desmaya al probarse un vestido a la moda con cinco meses de embarazo) con tal de lucir un vestido entallado.

De esta manera, la moda se va convirtiendo en una segunda naturaleza. Se adhiere a las personalidades imponiendo una manera de conducta. El mostrar o no las pantorrillas, el dejar ver «los perfiles y las prominencias de su cuerpo» (Fuentes, *Historiética...* 162) convierte a la coquetería y a la seducción en rasgos típicamente femeninos.

Pasemos a otro aspecto importante respecto a la representación de la ciudad y de la mujer en la época en que se sitúan las novelas de la escritora moqueguana. Uno de los temas por lo que sus dos últimas novelas causaron escándalo fue el de la prostitución. Aparece solo tangencialmente en las novelas *Eleodora* y *Las consecuencias* a través del personaje de Rosita que acompaña al marido jugador de la protagonista; sin embargo, en *Blanca Sol* y *El Conspirador*, el tema cobra aún más importancia ya que son las protagonistas, Blanca y Ofelia, las que se ven obligadas a prostituirse para poder mantener a sus hijos y a sus parejas.

Como parte de una campaña de salud pública, y en el marco de una política higienista en el campo de la medicina, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX se empieza a estudiar con aproximaciones científicas la prostitución desde un punto de vista médico y sociológico. La moral, sin embargo, no estaba ausente de estas reflexiones. Uno de los estudios más completos sobre el tema fue realizado por Pedro Dávalos y Lissón en 1909: *La prostitución en la ciudad de Lima*¹⁹, en una época en que la

¹⁹ Pedro Dávalos y Lissón, *La prostitución en la ciudad de Lima*, Lima, Imprenta La Industria, 1909. Al inicio del texto se inserta la carta donde

sífilis ya no solo era un problema médico o policial, sino social. En su estudio, primero nos advierte acerca de lo urgente que se hace una reglamentación, en este sentido, señala que: «Lima es la única ciudad civilizada en el mundo, entre todas las que tienen más de 150 000 habitantes, que directa o indirectamente no ha reglamentado su prostitución; y donde públicamente, una mujer reparte, sin que nadie se lo impida, las enfermedades venéreo-sifilíticas que posee» (40-41).

Sobre las escasas medidas que el gobierno ha tomado, se señala que las persecuciones por parte del Estado han sido arbitrarias y casi siempre se han organizado planes que no se han desarrollado hasta el final, por lo tanto, el autor recomienda ordenar el ejercicio de la prostitución y preocuparse por el óptimo tratamiento de los ya contagiados. En este sentido: «[...] La hospitalización debe ser respetuosa, tolerante, ilustrada y caritativa» (48).

Dávalos basa sus recomendaciones en las reglas del doctor Fournier, donde se describe un chalet retirado donde se debería albergar a las contagiadas de sífilis. El dispensario para hombres, en cambio, debería situarse, afirma, en un lugar céntrico de la ciudad, aunque no se señala cuál es la razón de esta diferenciación. El autor, así como años antes lo hace Mercedes Cabello en sus novelas, insiste en las razones sociales que han empujado a las peruanas a realizar esta actividad, intentando salvar su naturaleza moral y abriendo la posibilidad hacia una regeneración que creemos es también la intención de la escritora moqueguana: «La meretriz peruana, en su inmensa mayoría, no es una mujer abyecta. Está en el vicio porque la pendiente la ha conducido allí. Posee elementos de resurrección moral. No considera la vida como el término de su carrera, y aspira a la rehabilitación, al perdón. [...] El Estado está obligado a regenerarla y en caso de que esto no sea posible, velar sobre la incorregible a fin de que haga el menor daño posible a la sociedad» (46).

Por su parte Manuel Muñiz²⁰ desarrolla una idea también importante en la época: por ser la nación peruana una nación

el Ministerio de Gobierno (Dirección de la Policía) le encarga este estudio, de fecha 2 de diciembre de 1907.

²⁰ Para graduarse de doctor en la Facultad de Medicina de Lima presentó una tesis en higiene pública titulada *Reglamentación de la prostitución* (Lima, 6 de diciembre de 1887, 16 p.), donde desarrolla la problemá-

joven, la proliferación de estas enfermedades venéreas y las atroces condiciones en que se practica la prostitución, no se encuentran arraigadas aún genéticamente en la población, por lo que es el momento de iniciar una reforma de esta práctica tanto a nivel médico como social. Esta es la misma teoría que se suele utilizar en la literatura para no hacer uso de descripciones más crudas y degradadas que no se corresponden, como en sociedades más modernas, con la realidad. La prostitución se presenta por los investigadores sociales de la época como un mal necesario. Basados en la noción de impulsos masculinos irrefrenables. Así, le otorgan una función social y no pretenden erradicarla, sino organizarla. Frente a estos estudios, Mercedes Cabello nos entrega una mirada de la prostitución practicada por mujeres de una pretendida clase alta. La prostitución en sus novelas puede ser la visibilización de otro malestar social: el deterioro de las condiciones económicas de las familias acomodadas que empuja a mujeres sin formación para el trabajo a recibir favores económicos de sus amantes.

EL CONSPIRADOR

No conocemos ninguna edición por entregas de esta última novela de la autora. A pesar de la polémica que había generado *Blanca Sol*, o precisamente por ello, *El Conspirador* tuvo tres ediciones publicadas por E. Sequí y Co. Editores en la imprenta La Voce d'Italia, cada una de ellas con el sorprendente tiraje, para el medio editorial peruano, de mil ejemplares. Una nueva edición se publicó en México, en 1898, por la Imprenta de Ireneo Paz y con el prólogo de Jesús Ceballos Dosamantes. No conocemos reediciones en el siglo XX y, en lo que va de este, fue reeditada en 2001 por Kavia Cobaya Editores con un prólogo de Oswaldo Voysest. Por lo tanto, a pesar del éxito editorial de la novela en su tiempo, la atención de la crítica desde finales del siglo XX y el siglo XXI no se compara con el interés suscitado por *Blanca Sol*.

tica, en el contexto europeo y americano, luego hace un estudio de Lima y de las necesidades de reglamentarla de cara a la prevención de la sífilis de la cual también se ocupa.

El Conspirador no solamente es atractiva por poner al centro el tema de la participación femenina de la política, sino que indaga en el funcionamiento del poder desde la esfera privada. Todos los elementos textuales y extratextuales que explican el éxito de *Blanca Sol* se encuentran en *El Conspirador* y justifican ampliamente una reedición cuidada y una atención especial por parte de la crítica para reevaluar el corpus decimonónico.

Lo político en la obra de Cabello de Carbonera debe seguir siendo estudiado. Sus ensayos y artículos, pensados en un periodo de postconflicto y en el contexto de reconstrucción nacional, permanecen marginados, por ejemplo, si los comparamos con el alcance de los ensayos de Manuel González Prada cuando se trata de analizar críticamente la política del periodo o la respuesta de los intelectuales peruanos frente a las consecuencias de la guerra. En el plano estético, los recursos estilísticos de lo cómico y del humor que encontramos en esta última novela, suelen atribuirse casi exclusivamente a la obra de Ricardo Palma y, por lo tanto, no han sido tampoco suficientemente explorados en la obra de Cabello encasillada en una versión tradicional, primero, del romanticismo y luego del realismo decimonónicos.

La crítica literaria sobre esta novela se ha interesado principalmente en dos aspectos: por un lado, en las estrategias que ponen en perspectiva las identidades de género que van desde estudios acerca de los dos personajes principales de la novela, sus historias familiares y sus vínculos con la política decimonónica peruana (Tauzín), pasando por el análisis de la metáfora de la orfandad en el origen del personaje narrador que le permite una mayor libertad en la construcción de su propia subjetividad (Lewis). Desde esta perspectiva no resulta difícil estudiar a Jorge Bello desde el punto de vista de las masculinidades (Porcheron) lo que enriquece la metaforización del personaje con la endeble nación que la autora imagina construir desde la ficción (Denegri, Westphalen). Por otro lado, este evidente juego y reconstrucción de identidades de género que libera a Cabello de las imposiciones ideológicas de su tiempo, como la visión misógina del positivismo, supone una narrativa *sui generis* que ha sido estudiada en términos de mascarada (Mathews) y del uso del registro subversivo de la parodia y del humor (Morales, Cárdenas), por ejemplo.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

EL
CONSPIRADOR

(AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE PÚBLICO)

NOVELA POLÍTICO-SOCIAL.

LIMA
E. SEQUI Y Co., EDITORES|
Bodegones 24.

Contraportada de *El Conspirador*. (Autobiografía de un hombre público).

Este breve balance del estado de la crítica se amplía significativamente si tomamos en cuenta los varios estudios (muchos de ellos tesis universitarias) que analizan en paralelo esta novela con *Blanca Sol* (Porcheron, por ejemplo) en la que también la autora rebasa los límites de la representación de personajes dentro de moldes tradicionales de feminidad y a través de esta estrategia imagina una nueva sociedad.

AUTOPSIA DE LA POLÍTICA PERUANA EN CLAVE DE GÉNERO

El Conspirador nos cuenta, bajo la forma de una autobiografía ficticia, las memorias de Jorge Bello, un militar y político arequipeño que se encuentra recluido en prisión y desde ella reflexiona acerca de su vida pasada. Su relato evoca sus primeros aprendizajes en el seno de una familia tradicional arequipeña que impregnó en él la «tradición» de conspirar contra el poder oficial (asentado en la capital, Lima). Desde su prisión en Lima, Bello recuerda sus primeros años: su niñez bajo la influencia de su tía (viuda de un antiguo conspirador), y su juventud en un seminario y en un colegio militar en Lima. Joven, se deja seducir por un conspirador que le dará las primeras lecciones de política: formar un partido político sin programa, nutrido de apariencias y apasionamientos, una empresa quijotesca donde no importen las ideologías sino las utopías personalistas.

La novela se encuentra dividida en dos partes, la segunda, lleva el título de «la caída». En esta segunda parte, el narrador protagonista nos presenta su encuentro con Ofelia Olivas, una limeña de familia recientemente adinerada gracias a la exportación del guano, y cuyo matrimonio con un francés había sido una farsa. Ofelia y Jorge se hacen amantes y, tras el peligro de captura que recae sobre él, ella asume la dirección del partido: atrae con su belleza y elocuencia a más simpatizantes y transforma las reuniones del partido político en veladas de salón. Cuando el proyecto fracasa, ella decide prostituirse para mantener a Bello. Finalmente, él es capturado y ella enferma. Jorge Bello reflexiona y escribe en prisión antes de salir al exilio: tradicional pena que reciben los conspiradores.

El título marca la intención de la autora respecto a la temática «novela político social», pero también en relación con la estrategia discursiva al utilizar una autobiografía ficticia. Sin embargo, al insertarse en el género de la novela político social a través de un personaje que encarna lo contrario a un líder político: ineficiente, falso intelectual y falso ideólogo, en realidad, se termina reescribiendo el género. Hemos propuesto en otro trabajo (Cárdenas 2021) que la autora desarrolla este relato bajo una estrategia paródica como lo han señalado también otros críticos (Morales Pino), en efecto, Jorge Bello acumula una serie de defectos: arribismo, el matrimonio por conveniencia, el tráfico de influencias, el personalismo, el dandismo, el idealismo ingenuo, etc. Entonces es como si no se pudiese narrar la política peruana sino a través de la subversión del orden o el ideal, como si no existiese género serio para un estado social tan caótico o fuera de norma.

Sin embargo, la autora no solamente dialoga con la novela político social, sino que interviene y echa mano de varios otros géneros. En las primeras páginas, el personaje narrador se aproxima al texto autobiográfico de Rousseau, es decir, expone una intención expiatoria y didáctica, para presentar su propósito de escritura: «Quizá si después de la unánime y general confesión, yo podría decir, como Juan Jacobo Rousseau: “ningún hombre es mejor que yo”» (7). Por otro lado, si tomamos en cuenta la primera parte de la novela donde se narra su nacimiento, orfandad y educación tanto formal como familiar, así como algunas anécdotas representativas de su adolescencia, la novela termina pareciéndose mucho más a una picaresca: «así terminó mi primera y desgraciada conquista amorosa, y semi-picaresca» (48). Más adelante, el capítulo IV de la primera parte está dedicado a un descubrimiento sociológico involuntario. Jorge sale del círculo social privilegiado al que pertenecía, y a través de jóvenes amigos, conoce otras formas de diversión en un barrio marginal de Lima. Este capítulo se narra siguiendo el código costumbrista: personajes estereotipados, descripción detallada de una anécdota, incorporación de frases de un sociolecto en particular, barbarización del otro, y mirada nostálgica de costumbres pasadas: «Todos estos tipos, son hoy todavía de actualidad; pero el tiempo y las costumbres, hanlos degenerado, y casi podríamos decir despoetizado» (53). Finalmente, sobre

me era forzoso llevar, predispuso mi ánimo para cierta clase de impresiones amorosas» (149) y completa: «El trabajo, ya sea físico o intelectual, es el mejor preservativo contra todo género de impresiones amorosas» (149). Este aspecto es sumamente interesante, ya que cuestiona la naturalización de las conductas diferenciadas entre géneros. En oposición, la autora propone un determinismo social (aunque no puede dejar de aludir a influencias heredadas —o aprendidas por el ejemplo— de la generación precedente). El desplazamiento de un personaje masculino dentro de un entorno íntimo en el que se encuentra librado a sus emociones, a la falta de información y a la exageración de sus sentimientos, permiten también poner en duda el amor romántico: «El amor es una manifestación de la actividad del alma, y es posible neutralizar su ardor con la actividad corporal o la ocupación intelectual» (150).

Francine Masiello ha señalado que el protagonismo que tienen las mujeres en algunas ficciones decimonónicas corresponde al protagonismo fáctico que muchas de ellas asumieron frente a la prisión o desaparición de sus pares masculinos. En primer lugar, se les otorga a ellas el rol de cuidado y de sacrificio que guarda relación con el ideal ilustrado, es decir, la mujer como madre y protectora de la familia. Pero, en segundo lugar, hay una iniciativa de transgresión, ya que ella pasa de cuidadora a protagonista. En la novela de Cabello, el narrador insiste en la excepcionalidad de la mujer peruana inmiscuida en política. El modelo para Jorge Bello no será su tío, sino su tía viuda que se presenta como la verdadera representante de lo que se llama «fiebre revolucionaria» (17). Aparecen en la novela, también, elementos de determinismo geográfico que relacionan el carácter revolucionario o conspiracionista de las y los arequipeños con la presencia de un volcán (Misti).

Dicho esto, nos concentraremos en el travestismo de los personajes a través del análisis de dos aspectos: la masculinización monstruosa de la mujer limeña que Ofelia representa; y la feminización victimista de Jorge Bello.

Ofelia Olivas de Vesale pertenecía «a una familia rica y noble; rica oliendo a salitre y guano, y noble con bahos de cuarto de Abajo el Puente» (161), es decir, recientemente enriquecida con los negocios y el tráfico de influencias que significó la consignación y la explotación de estos recursos durante la

segunda mitad del siglo XIX. Por lo tanto, de extracción popular, «abajo el puente» alude a un barrio tradicional, refugio de viudas y migrantes. Allí, la madre de Ofelia, como en la novela anterior, la madre de Blanca Sol, «enseña» a su hija a traficar con su belleza. Ofelia se habría interesado en uno de los amantes de su madre, un extranjero que se aprovechó de la buena situación económica de la familia presentándose como un conde, cuando era en realidad un cochero francés. Consumado el negocio matrimonial y cobrada la dote, este extranjero abandona a Ofelia. Ella se presentará en adelante como una viuda y a pesar de esta experiencia su belleza e inteligencia seguirán presentándola como una mujer atractiva. En estas circunstancias, conoce a Jorge Bello.

En el mejor periodo de complicidad entre los dos amantes, Ofelia se convierte en una mujer política, la coronela Bello, o más bien la coronela Bella, como también se hace llamar, feminiza el apellido de Jorge y su partido político pasa a llamarse el bellismo, es decir, el partido del «bello sexo». Pronto se ve que la pasión amorosa no era más que una careta de su verdadera pasión, la política: «Ah! ¡Si supiera usted cómo me entusiasma la política, cuando se divide en partidos! Yo me muero por esas agitaciones, esas impresiones de los partidos en lucha; y si conspiran contra el Gobierno, mejor; así hay lugar a mayores impresiones» (181).

La ambivalencia de Ofelia se deja ver hasta el final, ya que aún cuando ha tenido que prostituirse para mantener a Jorge y subvencionar su proyecto político, en su lecho de muerte es capaz de revelar ciertas verdades: «Te asombrarás de que yo te hable este lenguaje impropio en los labios de una mujer; es que hace años, desde que tú me lanzaste en el torbellino de tus partidarios, he observado mucho y he aprendido mucho más» (280).

Por su parte, la belleza física de Ofelia, una mezcla entre limeña y parisina, se opone a la debilidad física de Jorge debido a los problemas de su nacimiento (su padre muere durante el embarazo de su madre, esta da a luz a los siete meses de gestación y muere días después del parto). La escasa experiencia sentimental de él contrasta también con la fortaleza de Ofelia quien ya había sufrido el desengaño de casarse con un hombre que la abandonó. Así, cuando Jorge permanece encerrado, sin tener noticias de lo que Ofelia hace fuera del hogar, llora ten-

dido sobre su cama. En él se reproducen todos los defectos que se advierten en las castas heroínas románticas a causa de una idealizada educación sentimental: «Yo pensaba en Ofelia, no con las intenciones malévolas de un seductor, sino con la sana intención del que, ha encontrado una mujer virtuosa y bella, que merece ser amada y admirada» (168).

En estas circunstancias, Jorge cambiará pronto sus prioridades. Ya no pensará en el éxito de alguna nueva conspiración contra el gobierno, ni en algún plan para escapar, sino que se concentrará en conocer y dominar los sentimientos de una Ofelia cada vez más independiente y huidiza. De tal manera que cuando está cerca de ella el orden se restablece: «Y allá a su lado, olvidaba los partidos, olvidaba las conspiraciones, y hubiera renunciado a todos mis sueños y a todas mis aspiraciones, para vivir así, en la extática contemplación de la mujer amada» (200). Pero cuando se encuentra solo, las angustias vuelven a surgir: «Esperar quizá diez, quince, veinte minutos... quizá media hora más, ¡oh! Esta idea me exasperaba, y acrecía mi angustia. Y entonces presa de violenta desesperación, corrí a tirarme sobre el lecho, para hundir mi cabeza entre las almohadas» (235).

Respecto al segundo aspecto, hay tres elementos que acercan al narrador personaje a la autora: la voluntad de publicación de su texto en tanto memorias o confesiones, es decir, libro ejemplar que sirva para moralizar y enseñar a los demás a partir de su propia experiencia y la actitud que acompaña su propósito: «Cuando no escriba, pensaré» (6). En segundo lugar, no solamente nos habla de las faltas de un militar, de un político conspirador peruano sino de un sociólogo a la manera en que la autora concebía el rol del escritor. Finalmente, la defensa de la superioridad femenina por parte del narrador personaje, tal como lo había hecho, en anteriores novelas de la autora, el narrador omnisciente. De acuerdo con la estrategia narrativa que propone esta novela, podemos pensar que incluso en los pasajes en que Ofelia no toma la palabra, hay una influencia determinante de este personaje sobre las opiniones y puntos de vista de Jorge.

La publicación del texto tiene múltiples intenciones que se manifiestan al inicio: «estas páginas escritas con sinceridad y recta intención...» (7) y, tras ello, hace una larga enumeración de todos los elementos positivos para los que puede servir su

escrito: para conocer el pasado, para crear un nuevo conocimiento (una especie de investigación en ciencia política), para redimirse, para ocupar el tiempo, para enseñar. Por otro lado, tiene conciencia del estilo que va a emplear y este se acerca a los postulados de la escritora acerca del realismo, escribir con poco artificio, intentando copiar del natural: «no me propongo escribir, una obra de arte, ni de alta literatura; no, cuando se trata de decir, la verdad, es preferible el estilo natural y sencillo, que retrate fácilmente los sucesos de la vida cotidiana» (8).

Jorge Bello va relatando los episodios más importantes de su vida e intenta sacar una lección de cada uno de ellos, pero en ocasiones lanza ideas sobre la organización social que nos hacen pensar en los ensayos de la autora: «quizá también una nueva doctrina sociológica, que cambie los ideales egoístas del mundo moderno, será la que llegue a moralizar estas sociedades» (38) como si fuese capaz de salir del universo representado en la novela que se limita a su tiempo y experiencias. Ha habido una transformación significativa entre el Jorge que empieza a escribir y que no comprende completamente su castigo y el narrador con el que nos encontramos algunos capítulos después, en cuanto a su análisis de la sociedad. Por ejemplo, cuando dice: «en el Perú no existe, como en Europa, la lucha del capital y el trabajo; pero sí existe, la lucha del trabajo de unos, contra la holganza de otros. Aunque por entonces no alcancé a darme cuenta cabal de todas estas anomalías» (36).

Finalmente, se insiste en la superioridad de las mujeres como una especie de colofón de todo el proyecto novelístico e ideológico de la escritora. Por ejemplo, en el siguiente fragmento: «Con la veracidad que acostumbro, diré solo, que ellas me parecieron superiores a ellos. Verdad que por regla general, paréceme que en el Perú, acontece la singular anomalía de ser, no solo en cualidades morales e intelectuales, sino también en condiciones físicas, muy superiores las mujeres a los hombres» (189). En este sentido, la mujer en la política no es una deformación del género femenino, sino de toda la práctica política que se conserva en la capital, pero también en ciudades más tradicionales como Arequipa. Nos podría sugerir esto que en cuanto la realidad política cambie, las mujeres podrán participar del debate. Es decir, el problema no se encuentra en los roles de

género sino en la manera cómo las sociedades han deformado el ejercicio público.

Mercedes Cabello se oculta bajo la imagen del personaje que intenta criticar. La autora le da la palabra a Jorge Bello o se desdobra en él para parodiar el propio ejercicio de reflexión. Nos encontramos frente a una escritura que abre nuevas posibilidades a un realismo serio. No se trata solo de criticar vicios como la mujer política, la prostitución, la relación extramatrimonial o al mal político, sino de verificar los límites del discurso moralizador en una sociedad de mascaradas.

LECCIONES DE POLÍTICA

Jorge Bello por influencia familiar y la de su propio medio se encuentra impregnado de la atmósfera conspirativa. Es cierto que con esto la autora defiende el determinismo social, pero a la vez pone énfasis en la importancia de la educación familiar e institucional. Así como Jorge está llamado a repetir la historia del tío conspirador y de la de su maestro, también conspirador, la propia tía es ya un ejemplo de mujer detrás del poder que empuja a su marido a acciones irresponsables y arriesgadas, la misma actitud temeraria que vemos más adelante en Ofelia. La feminización de la política hace mucho más evidente la crítica en términos de quijotización de la administración pública: «Para dar idea de los desaciertos del Conspirador, bastará decir que, estando frente al enemigo, y en víspera de una gran batalla, se ocupaba, ¿en qué creen ustedes?... pues se ocupaba en cambiar los vivos rojos de los vestidos oficiales por vivos azules. Y esto cuando faltaba el dinero para forjar balas y vestir a la tropa» (64).

La educación institucional también es deficiente tanto en el seminario como en la escuela militar. El conocimiento se convierte en apariencia, no hace falta saber, sino parecer que se sabe, en este sentido, Jorge Bello está convencido que la publicación de una obra le dará la legitimidad que necesita y por ello publica *El Estado y sus deberes* que prepara solo en tres meses. La prensa es otra forma letrada que se corrompe en este juego de intereses que moviliza la política: «No necesito decir, que fue

necesario fundar un periódico. Un candidato sin periódico es como santo sin devotos o muchacha sin piquines» (132).

La torpeza de Jorge Bello y el infortunio que rodea, por ejemplo, su nacimiento y que luego sigue en su incapacidad por seducir mujeres, llegan a la inverosimilitud y nos delinea un personaje grotesco, no un político, sino el síntoma de la política peruana, una caricatura como único retrato posible de una clase viciada.

La política caricaturizada es aquella que ha perdido ideales nobles, como el de la independencia, y no ha logrado formar una ideología, sino que ha dado a luz a los personalismos y, como consecuencia, la aparición de tantos partidos como caudillos. La política se representa como el mundo al revés en relación con lo que indica su propio significado (la búsqueda del bienestar y de la administración de los intereses públicos y colectivos), es decir, el favorecer a un grupo mientras se miente al colectivo: «se me juzgó un pícaro de alto rango, y debido a esa suposición, llegué al Ministerio de Hacienda» (80). En el cargo, mantiene su propósito de servir a sus propios intereses y a los de quienes estaban cerca de él: «Firmé más de un contrato ruinoso para el país, sin tener en cuenta más que la utilidad que a mí me reportaba» (81).

Frente a esta caricaturización, el momento serio de la reflexión llega en voz de Ofelia quien en su lecho de muerte revela, en una especie de visión, la deontología del hombre público: «¿Sabes acaso que, sin ser más que el arte de gobernar, y dar leyes y decretos para la seguridad pública, puede ser también, una lucha noble, sublime, si es que defiende un ideal o un principio; así como es ruin e infame, si solo simboliza la ambición de un conspirador?» (281).

El tema político en la escritura de mujeres formó parte de la agenda literaria de la segunda mitad del siglo XIX y en él observamos un proceso evolutivo que va de la exaltación de la madre republicana que acompaña, abnegada y heroicamente, al líder de la civilidad; a la mujer con cualidades de mando, con una especial fascinación e interés por la política, pero que falla al no haber recibido formación. Uno de los puntos culminantes entre las estrategias de escritoras para hablar de lo político es la propuesta de Cabello de Carbonera: una de las mujeres más eruditas de su tiempo en Perú. Se convierte en la principal no-

velista peruana de la segunda mitad del siglo XIX, pero también la que más reflexiona desde el artículo periodístico y el ensayo en su propia práctica de escritura.

Cabello de Carbonera fue, como ella misma se presentó, una escritora filósofa, este rasgo autorreflexivo nos remite a Jorge Bello. *El Conspirador*, al parodiar la reflexión, la arenga directa en un discurso objetivo, abre la posibilidad a la risa y la burla no solo como eficaz mecanismo de crítica de ciertas prácticas, sino de malestares estructurales que se encuentran en los cimientos de la República. La parodia pone en evidencia una serie interminable de falsedades, engaños y espejismos que coexisten y que impiden la consolidación de una ciudad letrada.

Este ejercicio paródico deja, sin embargo, un espacio para la ambigüedad. La risa perturba y descentra de manera que no sabemos con certeza cuál es el terreno de lo bueno y admirable (elementos fácilmente identificables por lo menos en sus cuatro primeras novelas). Jorge Bello y algunos de los personajes que lo rodean nos muestran nuevas formas de masculinidad, mientras que Ofelia Olivas insiste en las posibilidades de la mujer en la política. Se ha dado una vuelta de tuerca en la novela peruana, no solo porque se supera al héroe romántico, sino también porque se aleja del antihéroe de las novelas sociales como en la novela más comentada de la autora (*Blanca Sol*) y como en la contemporánea *Aves sin nido* (1889) de su compañera de generación Clorinda Matto de Turner.

Los personajes mueren o parten al exilio, abandonan el cuerpo nacional que queda maloliente y putrefacto, metáfora alucinada, pero muy elocuente de la severa crisis de la política peruana: «Y me imaginaba verlos, como se ven las figuras de cera de una sala de anatomía; y hasta me parecía, sentir los miasmas pestilenciales, de aquellos seres putrefactos, que en su empeño de lucrar, y aguijoneados por la fiebre homicida de los políticos ambiciosos de los hombres del poder, sin conciencia ni patriotismo, se disputaban una presa... ¡ah!, ¡y esa presa era la patria enflaquecida, aniquilada, vendida, hecha girones por esos que se llaman políticos, jefes de partido, caudillos revolucionarios!...» (286-287). Si la toma de consciencia y la verificación de los malestares de la realidad a través de la ficción no se llevó a cabo, en su tiempo, como la autora lo hubiese querido, una relectura de la novela hoy puede saldar cuentas. En todo caso, *El*

Conspirador forma parte de esas ficciones que luchan por comprender las raíces, los nudos de los principales problemas que aquejan a buena parte de la sociedad y sobre todo de la política peruana.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

- CABELLO DE CARBONERA, Mercedes. «Linterna mágica», *La Bella Limeña. Periódico Semanal para las Familias*, Lima, N.º 2, 14 de abril de 1872, 13.
- _____. «Influencia de la mujer en la civilización», *El Álbum*, Lima, 8 de agosto 1874 - 31 de octubre de 1874, cinco números.
- _____. «El desengaño», *La Alborada*, Lima, 27 de febrero de 1875.
- _____. «En la tumba de mi hermano», *La Alborada*, Lima, 25 de octubre de 1875.
- _____. «Necesidad de una industria para la mujer», *La Alborada*, Lima, 6 y 13 de marzo de 1875.
- _____. «El patriotismo de la mujer», *El Correo del Perú*, Lima, 14 de mayo de 1876.
- _____. «Importancia de la literatura», *La Perla del Rímac*, Lima, 18 de enero de 1878.
- _____. «Estudio comparativo. De la inteligencia y la belleza en la mujer», en Juana Manuela Gorriti, *Obras Completas. Veladas Literarias en Lima. 1876-1877* [1892], tomo V, Salta, Instituto Berta Vidal de Battini, 1998.
- _____. «La influencia de las bellas artes en el progreso moral y material de los pueblos», *El Nacional*, Lima, 18 de agosto de 1877.
- _____. «Cuba» [1877], en Ismael Pinto, *Sin perdón y sin olvido: Mercedes Cabello de Carbonera y su mundo, biografía*, Lima, USMP, 2003, 395-398.
- _____. «Sobre el Dos de Mayo», *El Nacional*, Lima, 3 de mayo de 1877.
- _____. «Emancipación de la mujer», *El Progreso*, Lima, 19 de abril de 1884.

- _____. *Los amores de Hortensia. Historia contemporánea*, *El Correo de Ultramar. Periódico Universal Literario Ilustrado*, París, N.º 1624, marzo de 1884 - N.º 1631, mayo de 1884.
- _____. *Los amores de Hortensia. Historia contemporánea* [Lima, 1887], Claire Martin y Nelly Goswitz (eds.), Doral, Stockcero, 2011.
- _____. *Sacrificio y recompensa*, Lima, Torres Aguirre, 1887.
- _____. «La novela realista», *La Revista Social*, Lima, 28 de julio de 1887.
- _____. *Eleodora*, *Ateneo de Lima*, N.º 36, julio de 1887 - N.º 42, octubre de 1887.
- _____. *Eleodora. Las consecuencias*, Mónica Cárdenas Moreno (ed.), Doral, Stockcero, 2012.
- _____. «Manuela Villarán de Plascencia», *El Perú Ilustrado*, 27 de octubre de 1888.
- _____. *Las consecuencias*, Lima, Torres Aguirre, 1889.
- _____. *Blanca Sol. Novela social*, Lima, Carlos Prince, 1889.
- _____. «Crónica americana», *Correo de Paris. Quincenal Ilustrado*, París, abril de 1888 - diciembre de 1890.
- _____. *El Conspirador*, Lima, Tipografía de la Voce d'Italia, 1892.
- _____. *La novela moderna. Estudio filosófico*, Lima, Ediciones Horas del Hombre, 1948.
- _____. *La religión de la humanidad. Carta al señor D. Juan Enrique Lagarrigue* [Lima, 1893], Pinto Vargas, Mercedes Cabello de Carbonera. *Artículos periodísticos y ensayos*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2017, 428-468.
- _____. *El conde Leon Tolstoy* [1894], Lima, El Diario Judicial, 1896.
- _____. «Los exámenes. En el colegio de la señorita Elvira García y García», *El Comercio*, Lima, 15 de enero de 1898.
- _____. «El besuqueo», *El libre Pensamiento*, Lima, 3 de febrero de 1900.
- _____. *Mercedes Cabello de Carbonera. Artículos periodísticos y ensayos*, Ismael Pinto Vargas (ed.), Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2017.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- BATTICUORE, Graciela. *La mujer romántica. Las lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- CARAZAS, Milagros. «Mercedes Cabello, una escritora peruana del siglo XIX», *Escritura y Pensamiento*, Año IV, N.º 8, 2001, 214-220.
- CÁRDENAS MORENO, Mónica. «Parodia y política en *El Conspirador. Autobiografía de un hombre público* (1892) de Mercedes Cabello de Carbonera», *América sin Nombre*, Lise Segas y Félix Terrones (dirs.), Universidad de Alicante, 2021.
- _____. «Cocinando la paz. Afectos y sororidad en *El mundo de los recuerdos de Juana Manuela Gorriti*», Francesca Denegri (ed.), *Ni amar ni odiar con firmeza. Cultura y emociones en el Perú postbélico (1885-1925)*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2019, 153-170.
- _____. «Mercedes Cabello de Carbonera en *El Correo de París*: Lima en la prensa internacional decimonónica», *Femme en mouvement: histoires, conflits, écritures (Pérou, XIXe-XXIe siècles. Travaux et documents hispaniques)*, ERLAC, Lissell Quiroz y Mónica Cárdenas (dirs.), 2019.
- _____. «El feminismo liberal en el Perú decimonónico: Manuel González Prada y la Generación de escritoras de 1870». *Revue Amerika*, Université de Rennes 2, 2018.
- _____. «Periodismo y problemática femenina en la generación de escritoras peruanas del siglo XIX», *Les générations dans le monde latino-américain*, Isabelle Tauzin (ed.), Pessac, Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, 2017.
- CORNEJO QUESADA, Carlos. «El pensamiento educativo en Mercedes Cabello de Carbonera», en *Primer Simposium Internacional Mercedes Cabello de Carbonera y su tiempo (1909- 2009)*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2010, 105-120.
- CUNHA DA, Gloria. *Pensadoras de la nación*, Madrid, Iberoamericana, 2006.

- DENEGRI, Francesca. *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*, Lima, Instituto Riva-Agüero/IFEA, 2003.
- LEWIS, Armanda. «Mercedes Cabello de Carbonera's otra moral: Positivism and the parentless figure in *El Conspirador*», *Hispanic Review*, vol. 80, N.º 3 (summer 2012), 427-444.
- MANNARELLI, María E. *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del Novecientos*, Lima, Centro de la mujer peruana Flora Tristán, 1999.
- MASIELLO, Francine. *Entre la civilización y la barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997.
- _____. *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria Editora, 1994.
- MATAIX, Remedios. «Mercedes Cabello de Carbonera, una escritora en la encrucijada finisecular», *Introducción a La novela moderna. Estudio filosófico*, Clásicos Hispánicos Ebook, 2016, 5-24.
- MATHEWS, Cristina. «The Masquerade as Experiment. Gender and Representation in Mercedes Cabello de Carbonera's *El Conspirador. Autobiografía de un hombre público*», *Hispanic Review*, vol. 73, N.º 4 (Autumn, 2005), 467-489.
- MORALES PINO, Luz. *Éticas y estéticas de la profanación: redes y tensiones en la literatura peruana y venezolana del entre siglos (1880- 1910)*. Tesis Romance Studies, University of Miami, 2017, https://scholarlyrepository.miami.edu/oa_dissertations/1875
- PINTO, Ismael. *Sin perdón y sin olvido: Mercedes Cabello de Carbonera y su mundo, biografía*, Lima, Universidad San Martín de Porres, 2003.
- PORCHERON, Sarah. «Du caudillo à l'homme au foyer : la déconstruction de la virilité dans le roman *El Conspirador* (1892) de Mercedes Cabello de Carbonera», *Itinéraires*, 2019-2 y 3, 2019, 11 Dic 2019. <http://journals.openedition.org/itineraires/6404>. Consultado el 30 Ene 2020.
- _____. *La construction du sujet féminin dans les romans de Mercedes Cabello de Carbonera et de Clorinda Matto de Turner*, Thèse de Doctorat, Université de Poitiers, 2019.

- RICKETTS REY DE CASTRO, Patricio. «Rescate de Mercedes Cabello», en *Primer Simposium Internacional Mercedes Cabello de Carbonera y su tiempo (1909-2009)*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2010, 171-187.
- TAMAYO VARGAS, Augusto. *Perú en trance de novela: ensayo crítico-biográfico sobre Mercedes Cabello de Carbonera*, Lima, Baluarte, 1940.
- TAUZIN-CASTELLANOS, Isabelle. «De la educación de las mujeres a la emancipación femenina. Las peregrinaciones de un rebelde: Manuel González Prada», en *Mujeres, familia y sociedad en la historia de América Latina, siglos XVIII-XXI*, Lima, CENDOC/ PUCP/ IFEA, 2006, 635-650.
- _____. «El positivismo peruano en versión femenina: Mercedes Cabello de Carbonera y Margarita Práxedes Muñoz», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 27, 1996, 79-100.
- _____. «Politique et hérité dans *El Conspirador* de Mercedes Cabello de Carbonera». *Bulletin Hispanique*, Année 1993, 95-1, 487-499.
- _____. *Le roman féminin péruvien pendant la seconde moitié du XIX^e siècle*, Thèse de Doctorat, Université de Poitiers, Faculté des Lettres et des Langues, 1989.
- TORRES-POU, Joan. «Positivismo y feminismo en la producción narrativa de Mercedes Cabello de Carbonera», en *Estudios en honor de Janet Pérez: El sujeto femenino en escritoras hispánicas*, Potomac, Scripta Humanistica, 1998, 245-256.
- VARILLAS MONTENEGRO, Alberto. «Mercedes Cabello de Carbonera y los salones literarios limeños en las últimas décadas del siglo XIX», en *Primer Simposium Internacional Mercedes Cabello de Carbonera y su tiempo (1909-2009)*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2010, 55-64.
- VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel. «Género, novelas de folletín e imágenes de la lectura en la Ilustración y el Romanticismo peruanos», *Mora*, N.º 11, 2005, 7-23.
- WARD, Thomas. *Buscando la nación peruana. Matto de Turner, Cabello de Carbonera, González Prada, Riva-Agüero, Ricardo Palma, José Carlos Mariátegui, José María Arguedas*, Lima, Hori-

- zonte/ Universidad Nacional Mayor de San Marcos/ Loyola University Maryland, 2009.
- _____. «Feminismo liberal vs. Anarquismo radical: obreras y obreros en Matto de Turner y González Prada, 1904-1905», *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 7, N.º 1, 2009, 188-210.
- WESTPHALEN, Yolanda. «Imaginaciones», *Patio de letras*, vol. 1, N.º 1, julio de 2003, 27-37.
- _____. «Mercedes Cabello de Carbonera: entre la novela de folletín y la ficcio[nación]alización letrada», *Escritoras del siglo XIX en América Latina*, Lima, CEMHAL, Sara Beatriz Guardia (ed.), 2012, 111-124.
- ZANUTELLI ROSAS, Manuel. «Viaje a la locura», *El Sol*, 31 de enero de 1999.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- AGUERO, José Carlos. *Cómo votan los muertos*, Lima, La siniestra ensayos, 2021.
- ARONA, Juan de (Pedro Paz Soldán y Unanue). *Diccionario de peruanismos*, Lima, Peisa, 1974.
- BALZAC, Honoré de, *Petites misères de la vie conjugale*, illustrées par Bertall, Paris, Chlendowski, 1846.
- BAUDELAIRE, Charles. «Peintre de la vie moderne» [1863], en *Ecrits sur l'art*, Paris, Folio, 1999.
- MATTO DE TURNER, Clorinda, «Las obreras del pensamiento en la América del Sur», *Búcaro Americano*, 1 febrero de 1896, vol. 1, N.º 1, 6-8.
- CARRERA VERGARA, Eudocio. *La Lima criolla de 1900*, Lima, Sanmartí, 1954.
- DÁVALOS Y LISSÓN, Pedro. *Lima en 1907*, Lima, Gil, 1908.
- _____. *La prostitución en la ciudad de Lima*, Lima, La Industria, 1909.
- DÁVALOS Y LISSÓN, Ricardo. *Lima de antaño: cuentos y tradiciones, críticas literarias, artículos de costumbres y de índole narrativa*, Barcelona, Montaner y Simón, 1925.
- FUENTES, Atanasio. *Estadística General de Lima* [1857], Paris, Lainé et Havard, 1866.
- _____. *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* [1866], Lima, E. Moreno, 1925.

- GRUPOZ, José. *Una Lima que se va* [1921]. Lima, PTCM, 1947.
- GONZÁLEZ PÉREZ, Manuel [1913]. *Página libre*. Madrid: Sociedad Española de Librería [1.^a ed. 1894].
- GONZÁLEZ, Juana Manuela. *Obras completas. Veledad literaria en Lima 1876-1877* [1892], tomo V, Santa, Instituto Berra Vidal de Battini, 1998.
- _____. *El mundo de los recuerdos*, Mónica Cárdenas (ed.), Buenos Aires, Eudeba, 2017.
- HENRIOT, Philippe. *Imágenes: littérature et image au XIX^e siècle*, Paris, José Corti, 2001.
- MARINICHA, Maximiana. *La domesticación de las mujeres. Patriarcado y género en la historia peruana*, Lima, La sinisterra en sayos, 2018.
- MUNIZ, Manuel. *Reglamentación de la prostitución en el Perú*, Lima, texto de higiene pública, Facultad de Medicina, Imprenta de El Comercio, 1887.
- HENRIOT, CÉSAR, Gonzalo. *Cavé y jonca: en Lima ilustrado y romántico*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2013.
- LEONASSIS, Jorge. «Positivismo y catolicismo», en *Penamiento y protesta latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, 407-427.
- PAEZ BIZZO, Emilia. *La cuestión palpitante*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- _____. «Prólogo» a *Laucuta* de Teresa González de Fanningo, Madrid, Ricardo Fe, 1893, v-ix.
- PEREZ, Isaac. *Lima de ayer y hoy*, Lima, Horacio La Rosa, 1912.
- _____. *Casa limeña. Historia y costumbres*, Lima, Unión, 1919.
- PEREZ MORA, Margarina. «Algo sobre la señora Enriqueza», *Mi primera enayo* [1902], Lima, Centro de la mujer peruana Flora Tristán, UNMSM, Hipocampo Editores, 2012, 49-52.
- _____. *Mi primera enayo*, Christian Fernández (ed.), Lima, Centro de la mujer peruana Flora Tristán, UNMSM, Hipocampo Editores, 2012.
- PEREZ, Carlos. *Lima Antigua: tipo de antaño con numerosas vietas* [1890], Lima, La Casa del Libro Viejo, 2011.
- QUEROZ, Alfonso W. *Historia de la corrupción en el Perú*, Lima, I.P. Instituto de Defensa Legal, 2013.

- RIVA-AGÜERO, José de la. «Añoranzas», en *Monografía histórica sobre la ciudad de Lima*, Lima, Gil, 1935, vol. 2, 225-258.
- SIFUENTES, Marco. *H&H. Escenas de la vida conyugal de Ollanta Humala y Nadine Heredia*, Lima, Planeta, 2018.
- TRISTAN, Flora. *Pérégrinations d'une paria (1833-1834)*, Paris, A. Bertrand, 1838.

[CRITERIOS DE EDICIÓN]

CRITERIOS PARA LA EDICIÓN DE
*EL CONSPIRADOR. (AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE
PÚBLICO)* DE MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

*EL CONSPIRADOR. (AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE
PÚBLICO)* DE MERCEDES CABELLO DE CARBONERA:
BREVE HISTORIA

Para 1892, la escritora moquehuana Mercedes Cabello de Carbonera ya había publicado sus más destacadas novelas que habían remecido el ambiente cultural de la Lima decimonónica. Mencionamos, por ejemplo, la recepción de la novela *Blanca Sol* (*novela social*), en 1888, que se vio envuelta en un escándalo que acompañó la popularidad de la novela, motivo por el cual la novelista tuvo que incorporar el texto «Un prólogo que se ha hecho necesario» en la segunda edición editada por la Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince en 1889.

El Conspirador. (Autobiografía de un hombre público) representa la culminación del proyecto novelístico de Mercedes Cabello de Carbonera iniciado en 1884 con *Los amores de Hortensia*. Esta novela fue publicada en 1892 por la Tipografía de la Voce d'Italia y contó con tres ediciones de un millar cada una, lo que permite indicar que tuvo un peculiar éxito editorial no registrado con otra novela de la autora y otras novelistas de la época. Una cuarta edición apareció en 1898 en México publicada por la editorial del escritor y periodista Ireneo Paz, que contó con un prólogo del filósofo Jesús Cevallos Dosamantes. Más de cien años después, se vuelve a publicar en Lima una quinta edición por

la editorial Katvia Cobaya Editores con prólogo de Oswaldo Voyset, pero con letra cursiva y párrafos sin sangría diferente a todas las ediciones anteriores.

NUESTRA EDICIÓN

La presente edición de *El Conspirador. (Autobiografía de un hombre público)* se realizó a partir del cotejo de las tres ediciones publicadas en 1892 en Lima por la Tipografía de la Voce d'Italia. Como texto base hemos escogido la tercera edición (tercer millar) existente en la Biblioteca Nacional del Perú, pues consideramos que las ligeras variantes con respecto a la primera y segunda edición debieron ser revisadas por Mercedes Cabello de Carbonera a raíz del éxito de la novela. Hemos corregido las erratas (tipográficas) que aparecen desde la primera edición y que se repiten en las siguientes. Por ejemplo: «mimilir» en lugar de «militar» o «alredor» en lugar de «alrededor». También se han corregido aquellas frases en que la autora olvida la preposición, por ejemplo: «alcanzaré disipar» por «alcanzaré a disipar»; se han colocado los signos de exclamación y admiración de apertura cuando no existían, se han corregido las apócopas como en «gran escala» en lugar de «grande escala»; se ha corregido igualmente la presencia de dos adverbios «muy más» por «mucho más». También hemos corregido las palabras de origen compuesto como «semi-andaluz» por «semiandaluz». Del mismo modo, se ha actualizado la escritura de las palabras con «x» intermedia que la autora escribe con doble «c», como «reflección» donde hemos puesto «reflexión». Hemos modernizado, además, el uso de la «j» y de «g» tan variables en la escritura decimonónica.

Se han dejado algunas mayúsculas que no se usan en el castellano actual pero que la autora utiliza para enfatizar la importancia de una palabra como Coronel, Ministro Plenipotenciario o Conde. También se han dejado en el castellano de la autora el uso del pronombre átono «la» en el complemento directo, por ejemplo: «causarla».

Asimismo, hemos corregido la puntuación y actualizado la tildación en algunas palabras que, en las últimas décadas del siglo XIX, aún estaban vigentes; así se eliminó la tilde en las

preposiciones y conjunciones («a», «e» y «o»); así como en algunas palabras («vé», «fué», «dió», entre otras). Adicionalmente, hemos corregido la numeración de los capítulos existente desde la primera edición: la primera parte, presenta nueve capítulos y la segunda, ocho capítulos. De igual manera, hemos optado por conservar las cursivas existentes en todas las ediciones y hemos corregido el uso de los puntos suspensivos a tres cuando en las ediciones consultadas aparecían con seis o más puntos.

[EL TEXTO]

Mercedes Cabello de Carbonera

EL
CONSPIRADOR

(AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE PÚBLICO)

NOVELA POLÍTICO-SOCIAL

Texto establecido por Mónica Cárdenas Moreno

I

¡Dios mío!, ¡seis meses ha que vivo encerrado en esta prisión!... ¡Seis meses bajo la vigilancia de estos gendarmes que me miran de reojo y me atisban sin cesar!... La inacción me está matando... ¿Qué haré para ocupar mi espíritu?... Esta vida monótona, inactiva, en completa oposición con mi carácter y costumbres, se me hace cada día más insoportable. Días ha que se me presenta un proyecto con halagadoras esperanzas de libertad. ¡Fugar!... pero una fuga me colocaría en la necesidad de huir de Lima, de alejarme de mi centro de acción, y quedar más tarde a merced de mis enemigos.

No, no debo fugar, es necesario esperar el resultado del juicio iniciado.

Mientras tanto, quiero ocupar las pesadas y largas horas de mi prisión, escribiendo la historia de mi vida. Así al menos alcanzaré a disipar este hastío que me corroe hasta la médula de los huesos.

Trataré de recopilar los acontecimientos más notables y trascendentales de mi vida. El esfuerzo de la memoria me ocupará a todas horas, y cuando no escriba pensaré.

Felizmente mis carceleros no me niegan pluma y papel, y puedo dedicar todas las horas del día, a escribir o meditar.

Soy un hombre que se ha sentido halagado por las auras de la popularidad, y embriagado por el néctar de la adulación. Y por más que mis enemigos se obstinan con ahínco en empequeñecerme, no negarán que, en el Perú, nadie conquistó tantos partidarios ni alcanzó tantas simpatías.

Más ¡ay!, ¡que aquellas prosperidades, solo me han servido para hacerme mucho más cruel mi actual situación!... ¡Después de tantas glorias, hoy me encuentro sin amigos, sin partidarios, preso y olvidado!

¿Cuál es la causa de mi ruina? ¿Por qué he caído desquiciado, como una estatua sin base? ¡Mi gloria ha sido como la pasajera luz de esos manojos de paja, que presto se apagan sin dejar más que un poco de ceniza que el viento se lleva!...

¡Ah!, ¡mi cabeza se pierde en un mundo de deducciones, sin alcanzar a darme explicación cabal de los sucesos que fueron causa de mi ruina!

Mis faltas como hombre político son muy graves: ¿pero soy yo el único que las ha cometido?

A veces creo, que un ciego destino me ha condenado a descender tanto más abajo, cuanto fue alta la ascensión, que me llevó a las cumbres de la gloria.

Estas páginas escritas con sinceridad y recta intención, tal vez derramen luz sobre mi conciencia y me ayuden a guiarme en el cúmulo de tristes deducciones que confunden mi razón; quizá también sean de alguna utilidad para mis contemporáneos; y aunque, por el momento, solo me propongo buscar lenitivo a mis males, diré sin embijes ni atenuaciones aquello que yo juzgo censurable en mi conducta, esperando que los corazones honrados que lean estas páginas, me concederán su generoso perdón. Propóngome ser tan veraz y sincero cuanto me sea posible, no solo en la confesión de todo lo que pueda servir de ejemplo a mis conciudadanos, sino también, cuando necesite decir lo que pienso y creo de los hombres y los acontecimientos, que me han rodeado.

Y después de todo, ¿cuál es el hombre público que puede escribir sus memorias al lado de las mías, sin resultar manchado mucho más que yo? Quizá si después de la unánime y general confesión, yo podría decir, como Juan Jacobo Rousseau: «ningún hombre es mejor que yo»¹.

¹ Es difícil determinar con certeza de qué parte de la prolífica obra de Rousseau se extrajo esta cita debido a su brevedad y al hecho de que se trata de una traducción que la autora debió efectuar libremente de un texto en francés, ya que sabemos que era una lengua que ella leía habitualmente. Sin embargo, nos parece importante detenernos en su importancia, debido a su intención por delinear al personaje principal y sobre todo por mostrar el valor de su escrito autoconfesional. La cita revela la ejemplaridad de las confesiones escritas por un hombre singular y nos hace pensar en el espíritu de *Las confesiones*, del filósofo ginebrino, donde también podemos leer: «Je veux montrer à mes semblables un homme dans toute la vérité de la nature; et cet homme,

Dejar a la generación que nos sucede el ejemplo de una vida, que sea un aviso para precautelarse contra las sirtes² y escollos que en el mundo encontramos, debe ser el móvil de este género de publicaciones³.

Hasta hoy no fueron más que desahogos de la vanidad que se complace en almacenar o enumerar grandezas y méritos al lado de culpas muy veniales.

¿Tendré yo la suficiente entereza para ser sincero y verídico, aunque deba confesar culpas gravísimas?...

Probemos si es esto posible...

Ganoso de algunos momentos de solaz⁴, quiero hacer una larga excursión por los plácidos horizontes de mi juventud; quizás las risueñas y gratas reminiscencias del pasado amenicen las tristes horas de mi vida presente, donde solamente encuentro las infidencias que rodean al hombre público, las negruras del corazón, puestas, para él más que para ningún otro, en descarnada realidad.

No me propongo escribir una obra de arte, ni de alta literatura; no, cuando se trata de decir la verdad es preferible el estilo natural y sencillo, que retrate fielmente los sucesos de la vida ordinaria.

Creo que si todos los hombres, por oscuros y humildes que fuesen, se propusieran escribir las impresiones y acontecimientos, que han agitado su vida, mostrando con entera franqueza los errores que cometieron, y los pesares que, por falta de conocimiento del mundo, arrostraron⁵; si todos expusieran con la lealtad y franqueza con que yo me propongo escribir estas memorias, el lado escabroso y difícil de la vida, entonces,

ce sera moi» (Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda su natural verdad; y este hombre, seré yo). De esta manera, Jorge Bello aparece como el representante de la clase política peruana de su tiempo.

² *Sirte*: elevación de arena en el fondo del mar.

³ El narrador personaje, Jorge Bello, no solamente narra su historia pública y gran parte de su vida privada, sino que reflexiona acerca del género su propio escrito. En estos pasajes, por lo tanto, resulta difícil distinguirlo del autor implícito. En las anteriores novelas de Mercedes Cabello, esta función metareflexiva la cumplía el narrador omnisciente.

⁴ *Solaz*: esparcimiento y descanso de los trabajos.

⁵ *Arrostrar*: resistir a las dificultades o peligros.

lo que se llama *experiencia del mundo*, ese tesoro inapreciable que solo lo poseen los que han terminado el drama de la vida y se hallan a las puertas de la muerte, asemejándose a un actor que solo hubiera llegado a aprender y conocer su papel, cuando el telón ha caído y el drama ha terminado; esa experiencia, decía, podríamos adquirirla con la meditación y el estudio, antes de llegar a la vejez.



Nací en la ilustre ciudad de Arequipa, en una noche del mes de marzo.

Mis nombres de pila son Jorge, Diego, Miguel, nombres que me pusieron en recuerdo de mis dos abuelos paternos, y que yo he simplificado, aceptando solo el primero, que fue el de mi padre. Me llamo pues, Jorge Bello.

He sido hijo póstumo. Mi padre murió quince días antes que yo naciera, y mi madre le siguió al sepulcro, víctima de agudas fiebres puerperales⁶, según el decir de los médicos; pero en realidad, víctima del inmenso pesar de la viudez.

Y, como si mi vida estuviera destinada a llevar la muerte y exterminio, donde quiera que yo aliente, murieron también dos muchachos por causa mía la noche que fui bautizado. Mi padrino que era mi tío, queriendo solemnizar el bautizo del huérfano, que desde ese momento quería tomar bajo su protección, arrojó, después de salir del templo, gran cantidad de monedas menudas, que los pilluelos y mataperros corrían a recoger, agrupándose los unos sobre los otros; bien pronto la cantidad de hombres y muchachos, atraídos por el sonido de la plata, fue creciendo, creciendo a tal punto que, convertida en una masa compacta, se empujaba y comprimía, agolpándose de un punto a otro como si fuera un solo cuerpo.

Al siguiente día, el único periódico, que entonces había, dio cuenta como de la cosa más natural del mundo, del suceso que fue causa de esas dos muertes.

Yo nací tan débil y raquítico, que nadie esperaba verme cumplir ni aún una treintena de días. Es que la muerte de mi

⁶ *Puerperah*: relativo al puerperio, periodo postparto.

padre, había precipitado la época de mi nacimiento, y las violentas y dolorosas impresiones sufridas por mi madre, arrancáronme de su seno, antes de tiempo.

Cuando llegué a los cinco años, mi tía (luego hablaré de ella) refiriéndose a mi endeble constitución física solía decir: — Como el pobrecito es sietemesino, es natural que sea delicado y enfermizo.

Mi raquitismo, lejos de ser corregido por una educación vigorizante y de continuo ejercicio, fue fomentado por el excesivo mimo y el cariño tolerante de mis tíos⁷.

Perdónenme mis buenos parientes; pero yo por experiencia propia creo que, la mayor desgracia que a un hombre puede acontecerle, es el haberse educado rodeado de una familia de solterones y mujeres sin hijos⁸ que, para amenizar sus ocios y dar pie a la hilaridad de los amigos, buscan niños y los colocan en la misma condición de los muñecos que deleitaron su infancia; y excitando su tierna inteligencia, los exponen a caer en el idiotismo y la imbecilidad, que son el resultado del excesivo ejercicio intelectual en la temprana edad.

Además, el mimo excesivo y blandura de cariño, que no llevan por guía la razón ilustrada por el conocimiento de la higiene física y moral de la infancia, lejos de ser un bien, es altamente perjudicial y de resultados contraproducentes.

Sucede que, familias pobres educan a los niños como si hubieran de ser toda la vida algo así como príncipes, halagados por todos los dones de la suerte, cuando en realidad deben ser pobres ciudadanos, que habrán de necesitar vivir de su trabajo⁹.

⁷ La educación moderna, impulsada durante las últimas décadas del siglo XIX dentro del auge del higienismo como política de salud de los cuerpos y de los espacios, le daba importancia a la educación física como parte del desarrollo integral del niño y del adolescente.

⁸ Tanto Mercedes Cabello de Carbonera como Teresa González de Fanning, una de las principales educadoras peruanas de la segunda mitad del siglo XIX, defienden la educación laica en contra del monopolio de la educación dirigida por congregaciones religiosas, ya que estas se encuentran al mando de monjas y religiosos que no tienen experiencia como padres y, por lo tanto, no saben cómo educar a los niños. Ver, por ejemplo, Teresa González de Fanning, «Educación femenina», Lima, *El Comercio*, 29 de enero, 1898.

⁹ Muchos escritores progresistas y liberales que publicaron durante las últimas décadas del siglo XIX se ocuparon de defender la necesidad

La empleomanía¹⁰, esa plaga social, esencialmente peruana, toma su origen, único e inevitable, en la pésima educación que en el Perú se da a los niños. Educados para vivir al calor del hogar, y en las blanduras del cariño, son inhábiles para arrostrar las rudezas de la vida campestre, o las duras tareas de la vida comercial e industrial.

¡Yo mismo, cuánto no he ansiado alcanzar la fortaleza corporal que, muchas veces, en mi activa vida política, faltome, con grandes daños de mis planes y empresas de hombre público! Aún en mi carrera militar, me ha perjudicado grandemente mi pequeña estatura, y mi débil y delicada constitución física.

La familia, de la cual era yo uno de sus miembros, estaba compuesta de la viuda del Coronel Espoleta, y dos hermanos de esta; uno era el solterón, mi padrino, del que ya he hablado; el otro un sacerdote de buena salud, de buen apetito y magnífico carácter. Y digan lo que quieran, mi tío era un sacerdote moral¹¹, que jamás anduvo en amoríos de contrabando, ni ocultando sobrina, ni ama de llaves, ni cosa que revelara haber alguna vez olvidado los sagrados votos pronunciados.

Jamás consintió él, en decir una misa después de las ocho, por ser esta la hora de su desayuno, y él no era hombre de decir misa después de haber comido.

de un trabajo industrial para lo cual se requería una educación técnica y científica. Podemos citar: Teresa González de Fanning, «La educación femenina» (cita 6); Mercedes Cabello de Carbonera, «Necesidad de una industria para la mujer», *La Alborada*, Lima, 6 y 13 de marzo de 1875; Manuel González Prada, «Discurso en el Politeama», *Páginas Libres* [1894], «El intelectual y el obrero», *Horas de Lucha* [1908].

¹⁰ Ricardo Palma en su famosa tradición «Historia de un cañoncito» (séptima serie) nos da su propia definición de esta mentada «empleomanía» a través de la acción de Ramón Castilla, el personaje central: «Si ha habido peruano que conociera bien a su tierra y a los hombres de su tierra, ese indudablemente fue don Ramón. Para él la empleomanía era la tentación irresistible y el móvil de todas las acciones en nosotros, los hijos de la patria nueva». Barcelona, Montaner y Simón, 1896, tomo IV, 191.

¹¹ Sin tener el valor de un oxímoron, la frase «sacerdote moral» revela una excepción a la norma y, en este sentido, es una crítica al clero de la época que nos lleva a establecer una comparación con la propuesta de la escritora cusqueña Clorinda Matto de Turner (ver *Aves sin nido*, 1889).

Hombre sano, tranquilo, de constitución linfática y carácter apático, fácilmente se doblegó a las imposiciones de su ministerio, sin hacerles más que, modificaciones poco sustanciales, como las que hacemos en un traje cortado en molde o patrón, que no nos viene del todo bien.

Mi tía, la que quiso reemplazar a mi madre en los cuidados de la niñez, era viuda de un famoso coronel que, en las tumultuosas épocas que siguieron a la Independencia, figuró por su infatigable tesón revolucionario.

Su hermano, mi tío y padrino, había llegado a ser uno de esos políticos platónicos, si así puede decirse, a la manera de politiquear que algunos manifiestan, cuando ya los años y las impotencias, físicas y morales, no les permiten hacer otra cosa. Por lo demás era hombre tranquilo sin ambiciones, de gustos sibaríticos que le llevaron a no tener otra preocupación, que la de comer bien, dormir tranquilamente y darse regalada vida.

—A bien que yo no necesito de la política para medrar —solía decir, dándose palmaditas en el abdomen, después de haber, según costumbre, dádoles furiosa tunda desde el presidente y los ministros para bajo, en largas tiradas referentes al comento¹² de tal o cual decreto o disposición gubernativa.

Mi tío era hombre amable, de esos que gastan atinadamente su dinero en obsequiar y agasajar a sus amigos y que, con no abundantes bienes de fortuna, aparecen cual si gozaran de pingües rentas. También es cierto que, por aquella época, el título de *rico* era bien fácil merecerlo en Arequipa, pues que, las fortunas particulares eran sumamente pequeñas y los hábitos de economía estaban tan arraigados en las costumbres, que el fausto y el lujo de mi buen tío hubiesen pasado desapercibidos en Lima, como la fortuna más insignificante.

Por lo demás, Arequipa es un gran pueblo; se le culpa de fanático e intolerante; pero esto es propio de su espíritu vehemente, apasionado y belicoso. No se puede tener grandes cualidades, sin que de allí resulten también grandes defectos.

Arequipa es uno de los pueblos del Perú, que mayor número de hombres ilustres le ha dado a la patria; verdad también que después de Lima, es la ciudad que cuenta mayor número de pobladores, y por su topografía y sus condiciones de vida,

¹² Comento: comentario.

la más importante del Sur. Situada al pie del Misti, que con su penacho de nubes la domina, diríase que sus hijos llevan en su alma el sello de su volcánico suelo, donde las pasiones políticas después de fermentar en su seno, corren desbordadas llevando el grito de guerra y sedición a los pueblos que se le avecinan, tranquilos e industriosos, como lo es Moquegua¹³, que muchas veces se vio contagiada con la misma fiebre revolucionaria de su hermana y vecina.

¡Cuán inconscientes son las impresiones de la infancia, y cuán hondamente quedan impresas en la memoria humana!...

¡Oh! Paréceme estar viendo aquellos lugares embellecidos con todos los recuerdos de la niñez; veo los grandes y solitarios patios con sus altos muros formados de piedra de sillar, como allá se llama la piedra volcánica de construcción, con la que están fabricadas las sólidas casas de la ciudad; veo el alto y corpulento *pisanay*, cuyas consistentes y rojas flores venían a recoger los pilluelos de la vecindad, para con ellas simular jugadas y riñas de gallos, representando cada flor, a uno de esos valerosos animales; veo las techumbres de blanquísimas bóvedas, con sus ventanas desiguales, parecidas a estrechos agujeros, donde anidaban gorriones y golondrinas y también formaban allí sus panales las avispas; veo el huertecillo con sus árboles raquíticos, torcidos y mal cuidados, y sus avenidas nunca limpias, como que la escoba andaba lerda por allá, la veo con sus bancos de piedra, toscos y ennegrecidos, asemejándose a viejas tumbas, resquebrajadas y carcomidas por el tiempo...



Bien quisiera prescindir de esta historia de mis primeros años, pero la juzgo necesaria para explicar las mil anomalías, que hay en mi vida; y también el lado algo dramático que en ella se ha de encontrar; y luego, las primeras impresiones, los pri-

¹³ Este dato biográfico de la autora empalidece la identidad de su personaje Jorge Bello: se advierte una clara mezcla entre las voces del narrador y del autor implícito. Cabello de Carbonera nace en Moquegua en 1842. Crece y se educa en esta ciudad que abandonará entre 1864 o 1865 (Tamayo Vargas y Pinto) para instalarse en Lima junto con su familia.

meros acontecimientos, que nos han rodeado, son casi siempre el origen de poderosas tendencias y fuertes pasiones que parecen inexplicables.

En la vida de los hombres hay siempre reflejos de las impresiones de su niñez, y la atmósfera moral en la que se forma su espíritu prevalece en todas las situaciones de la vida.

Siguiendo este principio, creo un deber dar¹⁴ a conocer a las personas que concurrieron a mi educación, por más que ellas no representen papel alguno en el curso de esta historia.

Años y años han trascurrido, todo lo que yo he amado, todo lo que ha embellecido mi vida, ha muerto o desaparecido; hasta los sitios han sido destruidos por el cataclismo de 1868¹⁵, que estremeció la tierra y derrumbó todas las poblaciones del Sur.

La casita, que habitaba mi tía, fue destruida por el terremoto, y en su lugar álzase hoy una moderna construcción, azas sencilla para evitar que nuevos temblores de tierra la destruyan.

Mi tío Juan, como yo le llamaba entonces, había vivido allí en sus mocedades, envuelto en la política militante y tempestuosa de esos tiempos, y parece que mi padre no fue menos adicto a embarcarse, impelido por los fuertes vientos revolucionarios de aquella época.

Hasta mi tía, la viuda del coronel Espoleta, solía decir, con lágrimas en los ojos, que si su esposo no hubiera muerto, ella estaba segura¹⁶ de que él hubiera llegado a ocupar la *silla*. Con este vocablo designaba¹⁷ la presidencia de la República¹⁸.

¹⁴ En la primera y segunda edición: «Siguiendo este principio, daré».

¹⁵ El terremoto de 1868 tuvo su epicentro en la ciudad de Arica y remeció gran parte del sur del Perú, principalmente: Arequipa, Moquegua, Tacna, Islay, Iquique. Fue uno de los más destructivos que asoló Arequipa. En la escala sismológica actual de Richter se calcula que estuvo cerca de los 9°.

¹⁶ En la primera y segunda edición: «estaba segurísima».

¹⁷ En la primera y segunda edición: «Así designaba».

¹⁸ En la tercera edición se omite el siguiente párrafo que aparece en la primera y segunda edición: «Mi tío Juan, con su sátira de *cuñado*, y apoyando esos humillos de la viuda del coronel, decía: —Tiene razón mi hermana, su marido hubiera llegado a la presidencia de la República; él tenía todas las condiciones requeridas para ser el sucesor de otros muchachos; era militar, ignorante, bruto y porfiado».

Los amigos íntimos de mi familia decían que las desmedidas ambiciones de la excoronela fueron causa de la muerte de su esposo.

Parece que ella, con ese ineludible dominio que la mujer peruana ejerce, tanto sobre su amante, como sobre su esposo, habíale planteado tiránica disyuntiva, diciéndole: —*La silla o el patíbulo*; —esto como quien dice: arrostra¹⁹ los peligros y desafía la muerte, con tal de llegar allá, donde llegan en este país, los ambiciosos y atrevidos. Y el buen hombre, obedeciendo, con la sumisión del soldado que recibe la consigna, lanzose espada en mano a conquistar el puesto señalado por su ambiciosa esposa²⁰, precipitándole así la muerte segura. Los amigos y compañeros del difunto coronel mirábanla con cierto secreto rencor, diciendo a sus espaldas, que ella había sacrificado a ese buen militar que murió de cuatro balazos bien dirigidos, descargados por sus guardianes, una noche que, estando prisionero y conducido a Lima, por orden de las autoridades de Arequipa, intentó fugarse con otros dos compañeros suyos.

Parece que los repetidos conatos de revolución y asonadas, en que fue sorprendido, habían de tal suerte preparado adversamente para él el ánimo del Gobierno que, como a incorregible perturbador del orden público, se le hubiera condenado a alguna pena más grave que la del destierro, con la que hasta entonces se castigaba a los conspiradores de esa época²¹.

Los enemigos del Gobierno comentaron el suceso de la muerte del coronel Espoleta, atribuyéndole a las malévolas intenciones de algún ministro su rival²², que había pretendido

¹⁹ En la primera y segunda edición: «habíale compelido con ahínco e incesantemente, diciéndole: —Arrostra».

²⁰ En la primera y segunda edición la oración culmina en esta palabra.

²¹ Se anuncia desde aquí el destino del personaje protagonista, quien seguirá o repetirá los pasos de los conspiradores de una generación precedente. Su vida se entronca en una genealogía de conspiradores lo que ayuda a valorar esta novela como una exploración no de un caso singular, sino de toda una clase política.

²² En la primera y segunda edición: «Los amigos y compañeros del difunto coronel mirábanla con secreto rencor, diciendo a sus espaldas, que ella había sacrificado a ese buen militar que murió, victimado por sus mismos soldados, en una de las muchas sublevaciones de cuartel que, siguiendo inveteradas prácticas, había él intentado, con el fin de proclamarse jefe del *pronunciamiento* de Arequipa.

suprimir a un prestigioso caudillo; no así las gentes sensatas y enemigas de motines y revueltas: esas, diz²³, que manifestaron su contento, diciendo que jamás hubieron desde que se inventó la pólvora, balas mejor empleadas que aquellas, destinadas a dar fin, con la vida de un pobre diablo, sin mérito ninguno, que era ya «un conspirador de oficio».

Yo que no hago más que consignar aquí las versiones llegadas hasta mí, no puedo juzgar hasta qué punto serían ciertos estos ofensivos juicios.

Mi tío, contagiado también por la fiebre revolucionaria, que por largas épocas ha reinado en Arequipa, parece que había sido en sus mocedades partidario, ora de Gamarra, ora de Sala-

Susurrose entre las personas más caracterizadas de la sociedad arequipeña, que los asesinos del coronel Esposito habían sido gentes pagadas por el Gobierno, que, no pudiendo de otra suerte suprimir a ese infatigable amotinado, hizo organizar una sublevación, con el intento de hacerlo asesinar».

Mercedes Cabello, en la tercera edición de *El Conspirador*, omite los hechos relacionados al «Pronunciamiento de Arequipa»: tras la llegada del general chileno Ventura Blanco Encalada al mando de una expedición militar el 12 de octubre de 1837 que buscaba impedir el establecimiento de la Confederación Peruano-Boliviana, Chile vuelve a enviar una segunda expedición esta vez al mando del general Bulnes para apoyar a Ramón Castilla (caudillo contrario a Santa Cruz). Tras estos hechos, se siguen una serie de pronunciamientos militares insurreccionales. El 20 de febrero de 1843 se proclamó ahí como supremo director de la República el general Manuel Ignacio de Vivanco, cuyas ambiciones concluyeron con la batalla de Carmen Alto el 22 de julio de 1844. El 14 de abril de 1854 juramentó desde Arequipa como presidente provisorio el general Ramón Castilla, quien logró hacerse del poder. Contra este gobierno de facto, el 1 de noviembre de 1856 se alzó en armas, nuevamente en Arequipa, el general Vivanco. Tras fracasar sus expediciones militares a Lima y Trujillo, tuvo que regresar a Arequipa a fines de 1857 para organizar su defensa. Las fuerzas comandadas por Miguel de San Román se enfrentaron a Vivanco en el combate de Yumina el 29 de junio de 1857. Tras ocho meses de asedio, la ciudad fue asaltada por el ejército de Castilla. Después de la Toma de Arequipa finalizó la guerra civil peruana de 1856-1858.

²³ *Diz*: (dizque) presuntamente.

verry²⁴, hasta que a la vejez llegó a ser uno de esos *vivanquistas*²⁵, fanático y emperrechinado²⁶, y tan ciego en su cariño cual lo son esos mahometanos que viven creyendo en las relaciones del ángel Gabriel; pero es el caso que, dadas las leyes del atavismo²⁷, mi buen tío no debía tener más que una opinión, y esta infaliblemente debía inclinarse a favor del caudillo que con más frecuencia hubiera levantado la bandera de la rebelión.

Yo me eduqué y crecí, alimentado y nutrido en aquella atmósfera, impregnada de ideas subversivas y principios revolucionarios, dirigidos todos en contra de cuanto tuviera visos de gobierno constituido, el cual, por el hecho de serlo, siempre aparecía tiránico y abusivo. En cambio, todos los caudillos se me aparecían como redentores que se elevaban cual celeste promesa de futuras prosperidades.

Principiaba apenas mi razón a discernir, y ya escuchaba las interminables narraciones referentes a ponderar las aventuras encantadoras y alucinantes de cuantos revolucionarios habían subido, como por arte de encantamiento, a ocupar altísimos puestos, labrándose la más brillante y segura posición social. Y estos afortunados mortales, salidos de entre los más *arrancados*

²⁴ Agustín Gamarra (1785-1841), caudillo peruano conocido por su convulsa e inestable participación (en su vida política se cuentan exilios y conspiraciones), primero en el bando realista y luego en el patriota, en el contexto de la guerra de Independencia. Más adelante, también cambió de posición respecto al proyecto de la Confederación Peruano-Boliviana. Fue presidente del Perú en dos oportunidades, entre 1829-1833 y 1839-1841. Felipe Salaverry (1806-1836), caudillo arequipeño, conspiró contra Luis José de Orbegoso y llegó a la presidencia de la República en 1835, sin embargo, su gobierno duró solo un año, ya que fue derrocado por Santa Cruz y Orbegoso que, luego de fusilarlo en la plaza de armas de Arequipa, lograron establecer la Confederación Peruano-boliviana.

²⁵ Manuel Ignacio de Vivanco (1806-1873), caudillo peruano. Fuertemente vinculado a la llamada «aristocracia» limeña de origen colonial, encarna al político ilustrado con poco sentido práctico en la política y en el gobierno. En base a conspiraciones, obtuvo el poder central del país en dos cortos periodos: en 1841, en tanto jefe supremo de la Revolución Regeneradora; y entre 1843 y 1844, se proclama supremo director de la República. Entre otras acciones, conspiró desde su exilio en Chile contra la Confederación Peruano-Boliviana. Tuvo como enemigo político más acérrimo a Ramón Castilla.

²⁶ *Emperrechinado*: que está encaprichado por alguien o algo.

²⁷ *Atavismo*: pervivencia de las ideas o comportamientos del pasado.

de la clase media, la clase revolucionaria, no descollaron²⁸ más tarde ni por su talento ni por su patriotismo.

Y mi tío siguiendo estas deducciones se preguntaba: —¿Cuáles han sido los méritos de estos, entre los que se cuentan por centenas abogaditos de ciento en carga²⁹, tinterillos y olfateadores de los que viven pescando pleitos para enredar a los incautos y confiados?; ¿cuáles son los méritos de esos que han llegado a los primeros puestos de la República?... —Mi tío se encargaba de contestarse a sí mismo y decía—: Han sido revolucionarios, y esto es suficiente.

Y citaba, hasta faltarle los dedos de las manos, a los que habían vivido holgazaneando, en completa haraganería, y luego con el triunfo del caudillo revolucionario, llegaron a la más alta posición social. Muchos de ellos —decía mi tío— desechados por el Gobierno, debido a sus malos antecedentes, fueron a plegarse a la revolución para entrar más tarde, triunfantes a la capital con las insignias de altas graduaciones. Esto después de haber salido de su casa, de simples ciudadanos, sin más mérito que el carecer de *oficio conocido*.

No faltaba en esta relación, alguno de quien decía mi tío, que le constaba que, habiéndose dirigido al Gobierno, en demanda de algún destinillo de menor cuantía, y no habiendo alcanzado nada con que matar el hambre de su mujer y sus ocho hijos, despechado y furioso, habíase partido a engrosar las filas de los revolucionarios, y de allí databa y procedía toda la prosperidad de su vida.

Y mi tío, moviendo con sorna su blanca cabeza, agregaba: —Nada menos que hoy es todo un personaje, un Ministro Plenipotenciario, cuando nunca supo hacer un escrito de *a Ud. pido y suplico*, y solo hace cuatro años que hubiera vendido su alma al diablo, como Esaú³⁰ su primogenitura, por un plato de lentejas.

Y en este punto mi tío soltaba estrepitosa risotada que terminaba por fuerte acceso de tos. Esta era con pocas variantes, la historia de todos los hombres de aquella época, improvisados

²⁸ *Descollar*: sobresalir.

²⁹ *De ciento en carga*: ordinario y de poca estimación.

³⁰ Según la historia bíblica (Génesis, 25), Esaú, hermano de Jacob le vendió a este su primogenitura a cambio de un plato de comida. Ambos eran hijos de Isaac y Rebeca.

por el espíritu revolucionario, y levantados desde las últimas esferas sociales, a la más alta posición social, a semejanza de esas briznas de hierba, llevadas en alas del viento, sobre la cabeza de los hombres más eminentes.

Ser revolucionario, era a mi concepto ser hombre de acción, ser todo poderoso; era poseer la fuerza de seres sobrenaturales, que podían crear y también destruir, derribar y también construir.

El tema sobre el cual versaban las conversaciones y comentarios en casa de mis tíos era siempre el mismo: eran las depredaciones, los robos, las especulaciones en gran escala.

La revolución era esperada y deseada como la bienvenida, como la redentora de cuantos abusos y latrocinios³¹ debíamos presenciar, tan solo mientras llegaba la que, por lógica natural de los sucesos, debía aparecer de un día a otro; y todos esperaban confiados en la Providencia, que no podía negarles el advenimiento del Mesías, que debía aparecer encabezando un movimiento revolucionario.

Estas ideas encontrábamos tan arraigadas en todas las clases sociales, que no había quisque³² ni pilluelo, que no estuviera afiliado a un partido, convirtiendo así sus juegos y diversiones, en batallas encarnizadas, en las que, de un lado Arequipa y del otro Lima, es decir, la revolución y el gobierno, representados por esas dos agrupaciones, libraban luchas reñidas y furiosas. Por supuesto que el partido del gobierno era el derrotado por ser ese el único débil y antipático.

Y si de los pilluelos y mataperros³³ pasamos a la alta clase social, allí las cosas se sucedían *a lo serio*.

Los odios de partido eran los más intransigentes y exaltados de cuantos nacer pudieran en el corazón de esas gentes; las familias vivían divididas en dos bandos bien marcados, y tan recalcitrantes en sus opiniones, que ni santa Rita, abogada de imposibles, hubiera realizado la reconciliación entre dos

³¹ *Latrocinio*: hurto o fraude.

³² *Quisque* (origen latín): «cada uno, cada cual».

³³ *Mataperro*: muchacho callejero y travieso. «El gamín de París y el pilluelo o granuja de España [...] Por extensión, se llama mataperro al arrastrado, al cochambroso, al maltraído y a todo ente despreciable; y también al badulaque, al haragán» (Juan de Arona, *Diccionario de peruanismos* 278-279).

opuestos partidos. Y no se diga que cuando no era «*tiempo de balas*» se dormían ni amainaban sus rencores; que entonces *la sin hueso*³⁴ desempeñaba a maravilla su cometido; y para el opuesto bando jamás hubo en su contrario hombre de talento, ni menos honrado, que ambos se miraban, tras el tupido velo de sus pasiones políticas. Y conste en desagravio de la culta sociedad arequipeña, que estos no son defectos inherentes a un solo pueblo, sino que son el resultado de las conmociones políticas por las que atraviesan todas estas repúblicas de América, y por consiguiente son extensivas no solo a todos los pueblos del Perú, sino también a todos aquellos en los cuales se ha levantado más de una vez la bandera de la rebelión, que engendra los odios de partido.

Mi tía había residido largas temporadas en Lima, cuando su esposo, poseído de la ambición de llegar a la *silla*, merodeaba en los campos de la política, sin imaginar que en la disyuntiva planteada por su esposa, había de dar con la muerte, antes que con la *silla*.

Ya se colige que con tales ambiciones, debía ser la excoronela, más que otras, intransigente en sus opiniones.

Y considerándose con derecho a todos los fueros de viuda de coronel y caudillo revolucionario, hablaba con la autoridad que tales títulos le daban.

—Mire Ud. —decía— venir a hablar en contra de las revoluciones, ¿se habrá olvidado que mi marido fue revolucionario como el que más?...

Y a pesar del tiempo trascurrido desde la muerte de su esposo, ella jamás transigió con los que fueron enemigos políticos del coronel.

Para ver a mi tía radiante de alborozo, bastaba anunciarle desgracias o fracasos acaecidos a algunos de los hombres notables del bando opuesto al de su difunto marido.

Su espíritu inquieto y apasionado por natural constitución, encontraba en los partidos la válvula por donde dejaba escapar una parte del calor moral que en su vida tranquila y honrada no hubiera sabido en qué emplear.

³⁴ *La sin hueso*: coloquialismo, la lengua en cuanto órgano muscular de la boca y por asociación de la palabra.

Por más que mi tío el solterón fuera hombre honrado, incapaz de robar un cabello, ni de forjar el más inocente fraude, complaciase con cierta deleitación en comentar los que en el campo de la política, y agrandados por la distancia, llegaban allá, para servir de cominillo³⁵ a los politiqueros *pasivos*, en cuyo número se contaba, en primer término, mi buen tío. Un día, después de una larga tirada referente a depredaciones y fraudes de ministros, mirome cariñosamente, y luego dijo:

—¡Ay!, ¡hijito, tú llegarás a figurar tarde, cuando no haya huano³⁶ ni especulaciones que puedan enriquecerte!...

Y estas palabras de mi tío quedaron grabadas por muchos días en mi memoria, e imaginábame, que yo era algo así, como un convidado que llega, cuando el banquete ha terminado, y ya no hay más que migajas y desperdicios.

Y bajo la impresión de este triste concepto de mi tío, quedeme pensativo y preocupado.



Los viejos amigos y contertulios³⁷ de mis tíos habían sido también revolucionarios, de aquel tiempo en que, este título simbolizaba patriotismo, valor y grandeza de miras; cuando se conspiraba para conquistar la independencia de la patria, dando fin, con la dominación española.

Quizá si los peruanos nos hemos quedado contaminados de aquellas grandes conspiraciones que tanta gloria y renombre dieron a los que las llevaron a término.

Y yo con la inconsciencia propia de mi edad, y en fuerza de escuchar las interminables historietas de todos los revoluciona-

³⁵ *Cominillo*: cizaña, cosa que hace daño a otra.

³⁶ *Huano*: según Juan de Arona, proviene del «quechua *huanu* que significa estiércol», se le llama así «al que a manera de finísimo y rubio polvo cubre en fabulosas cantidades desde tiempo inmemorial, varios puntos del litoral peruano, y que es exclusivo producto de los pájaros marinos [...] El huano empezó a contribuir desde hace cosa de cuarenta años a la grande y *sui generis* riqueza fiscal del Perú, llamada a fertilizar y fecundar las tierras del universo, y a esterilizar y quemar la raíz de todo progreso sólo en la tierra que lo exportaba» (*Diccionario de peruanismos* 238).

³⁷ *Contertulio*: persona que participa en una tertulia.

rios, tanto pasados como presentes, concluí por imaginarme, que conspirar era simple y llanamente, como el reverso de una medalla; es decir, que si por un lado había un presidente, investido con toda la autoridad de tal, por el otro debía haber, indefectiblemente, una larga legión de conspiradores. Esta suposición, o deducción, que se diría absurda, y demasiado premeditada para un niño de doce años como era yo entonces, aparecerá lógica y natural, si se considera la atmósfera revolucionaria en que se desarrollaron y formaron mis ideas.

Hoy que considero el pasado con toda la severidad de mi sereno juicio, debo hacer constar, que las culpas cometidas en mi vida de hombre público, más que mías, son de mi época, de esta generación a la que pertenezco, y que, como fatal herencia, lleva el espíritu subversivo y revolucionario de los ínclitos conspiradores, que también fueron los grandes patriotas, los beneméritos que derrocaron el poder de la dominación española en el Perú.

Para dar idea, hasta qué punto debía estar arraigado en mi conciencia, el convencimiento de ser la aparición de las revoluciones, tan naturales y corrientes, como son en Arequipa los temblores de tierra; bastará apuntar aquí que en la casa que habitaban mis tíos, había habitaciones destinadas exclusivamente a dar asilo «*en los días de balas y cierra puertas*», a la gente pobre de la vecindad. De suerte que, con las primeras detonaciones, de las descargas de los sublevados, y a la vez que en la calle se agitaban y bullían los curiosos y espectadores, veía yo llegar a mi casa larga ringlera³⁸ de colchones arrollados, y traídos en hombros, por sus propios dueños; los cuales eran, en su mayor parte, mujeres y niños, manifestando la precipitación y susto de su huida, en aquellos fardos, semejantes a animales destripados.

Un detalle muy importante en las sublevaciones de los pueblos del Perú es el toque de «*arrebato*»³⁹ de la iglesia matriz; nada tan aterrador e imponente como aquel ¡*ton!... ¡ton!... ¡ton!*, bronco, pausado, terrible, como que es la voz sonora de un pueblo sublevado. Toda vez que la gran campana sola, sin el alegre acom-

³⁸ *Ringlera*: fila de cosas colocadas unas tras otras.

³⁹ Error en lugar de «toque a rebato»: «se empleaba para expresar el peligro de una incursión repentina del enemigo sobre el pueblo, al cual se avisaba tocando aprisa las campanas para que se pusiese en defensa» (DRAE).

pañamiento de sus compañeras menores, sonaba; quería decir que silbarían balas, y correría sangre; y con esto basta para dar idea de la pavora⁴⁰, que del ánimo se apoderaría, cada y cuando el tañer de la gran campana hacía saltar hasta las piedras de las calles de Arequipa.

Y entonces yo corría a una de las ventanas que daban a la calle, para ver los semblantes de los transeúntes, no con el espíritu observador del fisonomista, sino con la curiosidad juvenil de mi edad; y llamaban mi atención las caras alborozadas de los que eran adictos a la revolución, sin duda por serme ellos más simpáticos que los otros; los que, con rostros compungidos y desconcertados (estos eran pocos y mal vistos) llevaban desde el primer momento, aires de vencidos y derrotados.

¡Qué días tan alegres y hermosos eran aquellos, de los comienzos de una revolución! Como si vientos de vida corrieran por la población, los ancianos hablaban con mayor animación, los jóvenes nos frotábamos los manos entusiasmados, y hasta las mujeres, si viejas, veían romperse la monotonía de su vida, y si jóvenes, alguna esperanza para el amante o el novio.

Las revoluciones, aunque por malas causas, son siempre sacudidas que cambian el aspecto de las sociedades. Solamente que, en este caso, en vez de ser el cambio progresando, se opera retrogradando, como le ha sucedido al Perú.

⁴⁰ *Pavora*: temor o pavor.

II

Un día se trató de saber a qué carrera se me destinaría o, mejor dicho, qué carrera cuadraría mejor, atendidas mis condiciones físicas e intelectuales. Mi tía, la viuda del coronel, fue de opinión que yo abrazara la carrera de las armas; y a favor de esta su bélica afición, argumentaba citando nombres propios de todos los militares que, sin talento ni mérito alguno, han llegado a figurar en alta escala.

—Los militares —decía— van derechito a la presidencia de la República, y sin calentarse los sesos ni envejecer libros, pasan de coroneles a presidente... Y ¿qué cosa mejor podemos apetecer para nuestro sobrino?...

Mi tío, el canónigo, se sulfuraba contra esta opinión, y para rebatirla argumentaba trayendo a cuento lo mal opinados que todos los militares están en el Perú, y los daños gravísimos que el militarismo trae a las naciones:

—¿De qué le sirve al Perú —decía— tener un escalafón militar, comparativamente más numeroso que el de cualquier otra nación europea? Los militares peruanos —agregaba— no sirven más que para las formaciones de corpus, o para los entierros de ministros y presidentes; lo que es en Arequipa, no han servido sino para hacerles revoluciones a los gobiernos.

Y después de esta furiosa tunda, dirigida contra los hijos de Marte, concluía opinando porque su sobrino, aunque era algo «*ojo vivo*» y poco reposado, debía entrar a formar parte del clero peruano.

La carrera eclesiástica —decía— es la más honrosa, la más noble, la más... ¡pues! y mi tío tosía limpiando el pecho, como si se le atragantasen las palabras.

Supongo que querría decir, que también era la más *socorrida*⁴¹, pues este calificativo, se lo oí aplicar más de una vez, hablando de su carrera.

Mi tío el solterón, o don Juan, daba al traste con militares y *frailes*⁴², como decía él, aplicando este despreciativo título, a cuantos llevaban hábito talar⁴³; y con sólidos argumentos, opinaba que yo debía seguir la carrera de letrado para que así llenara el vacío que mi abuelo paterno, hombre de grandes luces, dejara en el foro peruano.

—¡Puf! —exclamaba mi tío el canónigo—. ¡Uno más cuando no sabemos qué hacernos con tantos abogaditos que son capaces de ponernos pleito hasta por el aire que respiramos!

—Sí, uno más —agregaba mi tía— que se coma los codos por no tener clientes a quien comerse.

Y su hermano abogando por la opinión emitida, replicaba colérico: —¡Qué es eso de comerse los codos, cuando en el Perú hay jurisconsultos⁴⁴ que por unos enredos testamentarios se han ganado muchas libras esterlinas!

—Alto ahí con eso de ganar —argumentaba enérgicamente mi tío el canónigo—, se gana con el trabajo, se pillá con los fraudes; y luego que no todos los días han de haber muertos a quienes hacer testar.

Mi tía sin atender a este sólido argumento, llevábase las manos a la cabeza en señal de asombro y luego decía:

—¡Pero por Dios!, ¡cómo es que ustedes no me reconocen las ventajas de la carrera militar! Vengan ustedes aquí —y llevándolos por la mano, los obligaba a sentarse cerca de ella—, hablemos claro y franco: ¿quién fue mi marido?, ustedes lo saben muy bien: un capitancito que, cuando se casó conmigo, pidió prestados cincuenta soles a un amigo; pues bien, si él no hubiera sido un derrochador, me hubiera dejado millonaria. ¿Saben cuánto ganaba cuando estuvo de prefecto en el Cuzco?... Cien soles diarios: esto solo de las listas supuestas del

⁴¹ *Socorrida*: «dicho de una cosa en que se halla con facilidad lo que es menester» (DRAE).

⁴² *Dar alguien al traste con algo*: echarlo a perder.

⁴³ *Talar*: referido a la vestidura que llega hasta los talones.

⁴⁴ *Jurisconsulto*: «persona dedicada al estudio, interpretación y aplicación del derecho» (DRAE).

cuartel, sin contar otras *buscas*⁴⁵, como multas, impuestos y otras tantas que calculábamos en otros cien soles diarios. Y ahora les pregunto yo, ¿qué carrera puede dejar sesenta mil... (mi tía no era fuerte en cuentas y después de meditar un momento rectificó) quiero decir lo que resulta mensual fuera del sueldo que, en esos casos, es siempre bien pagado? Y no me vengán ustedes a decir que mi esposo no gozaba de buena reputación; la prueba es que murió por haber encabezado una revolución que debía proclamarlo presidente de la República.

Mis tíos encogieronse de hombros y uno de ellos dijo:

—Todo eso es muy cierto, pero yo detesto a los militares y no me resignaré a que un Bello vista de militar.

Lo cierto es que aquel día se suspendió la discusión como muchos otros, sin haber llegado a un acuerdo definitivo, respecto a mi porvenir.

Este eterno disputar sobre si sería más ventajoso que yo llevara espada y quepí, según la opinión de mi tía, o vistiera sotana y cuello de mostacillas, según el deseo de mi tío el canónigo, o mejor me matriculara en el ilustre colegio de abogados, según el sentir de mi tío el solterón, parecía no tener fin, y más de una vez convirtiose en serios altercados.

Y es el caso que, hasta que yo hube cumplido los catorce años, a ninguno se le había ocurrido el preguntarme, cuál era mi opinión sobre este punto que me tocaba a mí más de cerca que a ninguno de los que, tan acaloradamente lo debatían.

Al fin un día, mi tía (siempre las mujeres atinan en todo, mejor que los hombres) quiso consultar mi parecer, y con gran asombro de mis dos tíos, partidario el uno de la carrera eclesiástica y el otro de la del foro, me decidí por la milicia.

—Yo quiero ser militar —dije con la más enérgica resolución.

Mi tía batió palmas y corrió hacia mí para darme un beso, entusiasmada por el tono y la actitud con que yo había manifestado mi voluntad.

En cuanto a mis tíos, ellos se contentaron con decir que yo era todavía un mocoso que no tenía el seso maduro, y que maldito el caso que ellos hacían de mis incautas opiniones.

⁴⁵ *Buscas*: trabajo extra.

Resolvieron pues que en tanto se me *asentaba* el juicio me matricularía en el Seminario de Arequipa donde mis compañeros de infancia cursaban sus primeros estudios.

Mi tío el canónigo creyó haber puesto una pica en Flandes⁴⁶, considerando asegurada mi carrera eclesiástica.



Siempre que mi tía argumentaba a favor de la carrera militar, traía a cuento las gollorías⁴⁷ de los prefectos, pues que son siempre militares los elegidos para tan delicados puestos.

—¡Un prefecto!... ¡Ah! —exclamaba—, ¡no saben ustedes lo que es eso! Yo después de haber sido mujer de prefecto, me río de las mujeres de los presidentes... ¡Eso sí que es mandar!

Un día la famosa disputa se verificó estando yo aquejado de una pasajera dolencia, mas no por eso dejaron de obligarme a guardar cama, y llamaron al doctor, y vime precisado a tomar muchas drogas desagradables; y en consecuencia de estos cuidados, la tertulia de mis tíos entablose cerca de la cabecera de mi lecho.

Recuerdo que mi tía, dando pábulo a su locuacidad, relató un suceso, que por trágico y extraordinario, ha quedado hondamente grabado en mi memoria.

Referíase a la época en que su esposo fue prefecto de Trujillo, y decía: —Mi marido fue allí todo un autócrata⁴⁸. Y no pasamos malos sustos con sus temerarios abusos. Imagínense: un día tuvo conocimiento de que un coronel fraguaba una revolución, y sin más datos, lo hizo tomar preso; lo natural era que lo hubiese mandado a Lima; pero él decía: —Los presidentes mandan obedeciendo las leyes, y los prefectos mandan obedeciendo... su propia voluntad.

Para castigar con toda severidad al coronel en cuestión... ¿qué creen ustedes que hizo? Pues le aplicó tormento. Y no así

⁴⁶ *Poner pica en Flandes*: lograr algo muy meritorio.

⁴⁷ *Golloría*: también gollería, coloquialmente significa «delicadeza, superfluidad» (DRAE).

⁴⁸ *Autócrata*: «persona que ejerce por sí sola la autoridad suprema en un Estado. Se daba especialmente este título al emperador de Rusia» (DRAE).

como quiera, sino tormento verdadero, y tan verdadero fue, que el hombre no lo pudo resistir y se quedó muerto.

Esta última palabra de mi tía prodújome involuntario estremecimiento de susto; y ella al notarlo llevose una mano a la boca, cual si quisiera recoger esa comprometedora palabra, y muy quedo⁴⁹ exclamó:

—¡Estaba despierto!... ¡Me ha oído!...

Entonces yo respiré fuertemente, y me volví al otro lado, continuando siempre como había estado, con los ojos cerrados.

Mi tío Juan, mirándome la cara afirmó:

—No, está bien dormido.

Después de un momento de silencio, mi tía continuó:

—¡El hombre estaba muerto y bien muerto, y aquí sí que principiaron los trancos largos del señor prefecto! ¡Pues hijo!, no hubo más remedio que llevar el cadáver a un lugar donde apareciera muerto a causa de un desafío a pistola, cuidando por supuesto de llenar todas las apariencias. Felizmente el presidente y los ministros eran muy amigos de mi marido, que de otro modo ¿quién sabe todo lo que nos hubiera venido? Así y todo, buenos sustos que pasamos al principio; porque en Lima, los periódicos de oposición armaron la de Dios es Cristo⁵⁰, pidiendo que se investigara y se buscara al autor de aquel asesinato; pero sucedió... ¡lo de siempre!... ¡El coronel se quedó muerto y nadie volvió a pensar en él!...

—¡Pero ese fue un crimen horrible!... —dijo indignado mi tío el canónigo.

—Así lo creía yo al principio, y he pasado horas bien amargas. Cuando en la noche se me espantaba el sueño, la figura del coronel se me representaba a lo vivo, ni más ni menos que cuando lo vi muerto; y era tanto mi terror, que me arrodillaba y rezaba tres *padrenuestros* y tres *avemarías*, por el descanso del alma del coronel.

—¡Dios haya perdonado a tu marido por tan fea culpa! —dijo con tono sentencioso mi tío el canónigo.

—Sí, creo que lo haya perdonado; primero, porque yo nunca he dejado de mandarle decir, en todos sus aniversarios,

⁴⁹ *Quedo*: con voz baja.

⁵⁰ *A la de Dios es Cristo*: locución coloquial, dicho de obrar un asunto sin consideración.

su misa vigilada, con capa de coro y hasta música, que bastante plata me ha costado; y segundo, porque dicen que el coronel aquel, en su vida de revolucionario, debía algunas muertes; y como yo sé que el mismo Dios ha dicho: «*Quien a hierro mata a hierro morirá*»; creo que la Providencia eligió a mi esposo para que fuera el castigador de ese mal hombre.

Después de una corta pausa, mi tía agregó:

—¡Que Dios lo tenga en su santa paz!...

Y reclinó la cabeza, y vi que movía los labios, con la inconsciencia habitual de las personas rezadoras y sin convicciones⁵¹.

Infiero que agregaba un *padrenuestro* más, a los ya rezados, por el descanso del desventurado coronel.

Aquella noche la conversación terminó, mística y tristemente.



Por aquella época fue necesario por asuntos de familia, que nos trasladáramos todos a Lima, y siguiendo los deseos de mi tía, pasé a ocupar un asiento en las aulas del colegio militar.

Y puedo decir que aquí en Lima fue donde se decidió mi porvenir, puesto que yo me hallaba en esa edad, en que el carácter, el espíritu o lo que se le quiera llamar, a eso que es la fisonomía moral del hombre, toma su forma definitiva.

No es la educación de la familia, ni tampoco la de los colegios, lo único que imprime su sello individual en el hombre público; es más bien, el medio ambiente; esa atmósfera moral en que se amolda su espíritu y se animan sus ideas.

La educación y la familia forman al hombre de corazón y al buen ciudadano; al hombre de Estado, solo lo forman la sociedad y los acontecimientos.

Yo no encontré en Lima más atmósfera moral que, de una parte, el movimiento político con todo su séquito de perfidias e infidencias, de la otra, esa vida ligera, pueril, que lleva todos los gérmenes para el mal y tan pocos para el bien.

⁵¹ La autora ya ha abordado ampliamente este tema de la práctica religiosa sin fe a través, por ejemplo, del rezo automático sobre todo en su novela *Blanca Sol* (Lima, 1888).

Los colegios no hicieron más que llenarme el cerebro de ese fárrago de enseñanzas, sin método, sin orden, sin un solo principio de moral sólida, que pudiera servirme de guía en el curso de mi vida...

Y así, compelido por las corrientes sociales, y bajo la influencia de los acontecimientos, llegué a sentir aversión al trabajo, ya fuera comercial o industrial, a la vez que todas mis aspiraciones se dirigían hacia el vasto campo de la política.

Es que quizá entonces, como hoy, llegaban hasta mí los tristes lamentos lanzados por esa clase que con justicia se titula *productora*, en contraposición a la que puede llamarse *consumidora* o *improductiva*.

Y no me refiero aquí al proletario, sino al agricultor, al industrial y a todos los que consagran sus fuerzas a labores de ese género. Para ellos todos los caminos son escabrosos y difíciles, así como para el político o empleado público son fáciles y cómodos.

Lanzamos angustioso clamor al ver que las industrias decaen, la agricultura perece, siguiéndoles en disminución o amenoramiento, todo aquello que puede representar una labor productiva y progresista. En cambio, vemos ir en aumento el prurito de vivir respaldado en el cómodo sillón del empleado público, o del oficinista especulador. Y todos, cual más cual menos, contribuyen a ese resultado, que no es más que la lógica natural de los acontecimientos.

¿Qué es la autoridad para la industria? Es el fantasma temido que siempre la amenaza y jamás la protege: es el gigantesco pulpo, que se le enrosca, la estruja, la comprime entre sus largas y chupadoras manos, hasta extraerle una parte del producto de su trabajo.

¿Qué es la autoridad para el oficinista o empleado público? Es el padre tolerante y mimoso, que le perdona todas sus faltas, aún las más graves, eximiéndolo de impuestos contribuciones y de cuanto pudiera mortificarlo.

En el Perú no existe, como en Europa, la lucha del capital y el trabajo; pero sí existe, la lucha del trabajo de unos, contra la holganza de otros.

Aunque por entonces no alcancé a darme cuenta cabal de todas estas anomalías, comprendía instintivamente que, el camino cómodo y fácil, es el del político atrevido y emprendedor.

Por aquella época, sucedieronse algunos acontecimientos de poca significación, al parecer, pero que para mí tuvieron la elocuencia, no del momento, sino la que más tarde forma el caudal de la experiencia.

Referire uno solo de esos hechos: sucedió que un hombre de Estado, un presidente, de aquellos, que, siguiendo inveterada costumbre, se parten al Viejo Mundo para disfrutar allá el producto de sus combinaciones, o mejor dicho, especulaciones financieras, quiso después de largo y ameno viaje regresar al seno de sus amigos y al calor de sus partidarios; y a pesar de sus imperdonables faltas, y las acusaciones que sobre él pesaban, encuentro de nuevo amigos y partidarios; y no es esto mucho, sino que hasta arcos triunfales se penso en levantar el día de su entrada a Lima.

Y muy *sotto voce*⁵², decíase que, en vez de ovaciones, debiera en justicia llevarsele a la cárcel pública para ser juzgado por graves culpas, como hombre y como magistrado. Pero esos juicios emitidos en privado, no impidieron que en público se le tributaran los homenajes debidos al político en auge.

Esta atmósfera malsana en que se alimenta el espíritu de la juventud, extravía desde temprana edad su criterio y pervierte el sentimiento del bien, innato en todo hombre civilizado.

Hoy que estudio con ánimo sereno el desenvolvimiento de mi personalidad política, he perdido la esperanza de ver realizarse una regeneración próxima y radical, que lleve a la juventud a elaborar una mejor era política y social.

El mal tiene aquí raíces muy hondas: el tiempo en su larga carrera podrá quizá, inoculándonos la sangre pura y sana de otras razas, remediar los males que nos aquejan⁵³.

⁵² *Sotto voce* (voz italiana): en voz baja, en secreto.

⁵³ En las novelas de Mercedes Cabello ha sido más importante el determinismo social que el hereditario propio de una época influida por una ética y estética naturalistas. La tesis que la autora defendió era que el Perú es una nación joven cuyos vicios aún no son fisiológicamente transmisibles. Por ello, en sus precedentes novelas defendió la educación como principal arma para una regeneración social. Sin embargo, en esta su última novela, quizás para mostrar el grado de corrupción del medio político, nos habla por primera vez de la necesidad de llamar «sangre pura y sana de otras razas».

Quizá también una nueva doctrina sociológica, que cambie los ideales egoístas del mundo moderno, será la que llegue a moralizar estas sociedades.

Nuestro criterio se ha desviado de todos los ideales nobles y generosos, que pudieran elevar nuestra naturaleza moral. Vivimos en la lucha ruin de todos los egoísmos, puestos en juego para llegar a un fin que nos sea beneficioso.

Y de esta suerte seguirá el mal en progresión hasta llegar al último extremo, para que de allí nazca una de esas reacciones violentas, que son verdaderos cataclismos sociales, y que restablecen las leyes de justicia y moralidad, a semejanza de los cataclismos zoológicos, que establecen las leyes del equilibrio y de la pesantez de los cuerpos...

Sin quererlo ni pensarlo heme dejado llevar por estas reflexiones, harto tristes y desconsoladoras, que surgen de mi mente, evocadas por los recuerdos de mis primeras impresiones.

Pongo aquí punto final, y continúo la risueña historia de mi vida estudiantil...

III

Cuando cumplí quince años, era ya un mozancón⁵⁴ muy espigado, y muy dado a hombrearme con mozos mayores que yo, y todo aquel raquitismo que mi tía explicaba con el feo y antipático calificativo de *sietemesino*, había desaparecido casi del todo; y aunque conservaba mi constitución delicada y nerviosa, sentía ya los primeros destellos de la edad viril, que rápidamente se manifestaba en mí. Las atipladas⁵⁵ inflexiones de mi voz, principiaron a desafinarse, como cuerdas que, al engrosar, hubiéranse tornado broncas y sonorás.

Con gran pesar de mi tía, que veía al Jorgecito, objeto de sus mimos, tornarse hombre; pero con gran alborozo para mí, que anhelaba *llegar a hombre*, apareció el vello viril, dibujando el bozo, y sombreando las mejillas.

¡Diecisiete años y de estudiante!... ¡Hay acaso en la vida, situación más deliciosa!... Máxime si tenemos una tía que cuida de proveer de dinero los bolsillos, y mimarnos con frecuentes regalitos.

Dos años había ya trascurrido, desde que llegué al colegio; y como yo era muy aficionado a buscar la compañía de los que en los colegios se llaman los *grandes*, acontecíame con frecuencia sentirme cruelmente humillado, cuando alguno de ellos, con aire confidencial y con detalles y peripecias, relataba sus conquistas amorosas, las que yo escuchaba con secreta envidia.

Y si bien mi carácter era atrevido y aventurero, la vida del Seminario, bajo la estricta disciplina religiosa, que nos obligaba a la humildad y al apocamiento de ánimo, debilitó mi espíritu,

⁵⁴ *Mozancón*: también «mocetón», es decir, «persona joven, alta, corpulenta y fornida» (DRAE).

⁵⁵ *Atiplado*: dicho de la voz o de algún sonido agudo en tono elevado.

tornándome casi tímido y amilanado; lo cual se manifestaba más claramente, así que se trataba de empresas que llevaran mi acción fuera de las aulas estudiantiles.

Un año hacía que llevaba vida de colegial, siempre desempeñando el papel de forastero, encogido y medroso, que no contaba ni con una sola fechoría de las que podían darme autoridad y valimiento, ante mis compañeros; y terminadas las vacaciones del año escolar, debía ingresar nuevamente a mí encierro.

Pero ¡ay! en dos meses de holganza, y completa libertad para mis compañeros, ya me suponía que su catálogo de conquistas y amoríos, había de ser abundantísimo y lleno de lances, deliciosos para ellos, y de humillante realidad para mí, que no podía contar ni con una sola conquista amorosa, de aquellas que tanta importancia daban a mis compañeros y amigos.

Casi, casi estuve a punto de inventar una historieta, que sobrepasara en atrevimiento y felicidades a las de todos mis condiscípulos, pero es el caso que, era necesario decir nombres propios, citar hechos, y señalar lugares; y otros amigos míos, que antes que yo fueron descubiertos en *mentira*, quedaron en el más triste ridículo. ¡Ay!, ¡estaba pues condenado a que estos vencedores echaran piernas⁵⁶ a mi lado, y me abrumaran con su desdén por no poder llegar a la altura de sus envidiables fechorías!

Sentíame humillado, martirizado al no poder, como mis camaradas, presentarme alardeando de amante dichoso y preferido; y la idea de desafiar su desprecio me mortificaba mucho más, que la falta que pudiera hacerme la querida que ambicionaba.

En la calle después de echarnos una copa al coletó⁵⁷, que a mí me quemaba las entrañas, tirábanse el sombrero sobre la oreja y me llevaban a pasearme por bajo de los balcones de alguna dulcinea, que les esperaba; y muchas de ellas eran mujeres casadas: y esto era lo que, a mi concepto, daba mayor importancia a esas inviábiles conquistas.

Yo no sabía qué hacerme; sentía en mi alma toda la idealidad que puede conducir a la pasión pura, arrebatada, senti-

⁵⁶ *Echar piernas*: expresión coloquial que significa presumir de ser valiente o galán.

⁵⁷ *Echarse algo al coletó*: expresión coloquial, comérselo o bebérselo.

mental; pero no me encontraba con valor para ir a solicitar a una mujer desconocida, ni menos hacer una declaración a una mujer de calidad, que me hubiera echado de patitas, con la música a otra parte⁵⁸.

Yo pasaba revista a cuantas mujeres conocía y a todas las hallaba inaccesibles; y no porque fuera muy exigente en mis gustos, ni porque la deseara dechado de perfecciones, ni tampoco una Eloísa⁵⁹ de pasión, ni una Cleopatra de gracia y sensualismo: bastábame con que fuera una mujer *presentable*, y capaz de conquistarme la admiración que yo había prodigado a mis compañeros.

Cejijunto y desazonado, miraba pasar días y más días, sin hallar el tesoro que yo codiciaba: la deseada mujer que con toda propiedad yo llamaba «mi adorado tormento».

Y no era ya solo la vanidad estudiantil, la que me llevaba a soñar y desear el amor de una mujer; era algo más, que hondamente agitaba mi espíritu y estremecía mi cuerpo.

Y lo peor era que hasta la sirvienta de mí tía tenía cincuenta años y no gustaba de bromas, que de no, con sus cincuenta años y todo... ¿quién sabe?...

Consulte a Ernesto, ¿qué debía hacer?...

—Mira —me dijo— yo he oído decir que las mujeres no resisten a la audacia; emprender y... ¡adelante! ¿No dicen que las mujeres son tan débiles?... ¡Y qué, caramba! Los colegiales somos cosa buena y no hay que afligirse por tan poco.

—Pero es el caso que yo me siento con más valor para ponerme delante de la boca de un cañón, que delante de una mujer a quien debo decir que la amo —dije yo bastante compungido.

—Pues, hijo, no hay necesidad de hablar, mejor es escribir. ¡Oh!, ¡una carta amorosa produce efectos admirables! Las mujeres son muy románticas y vanidosas; con decirles: *yo creo* que la naturaleza —o si quieres Dios que para el caso lo mismo da— no ha producido una obra más perfecta que *tú* —el tú es muy

⁵⁸ *Con la música a otra parte*: expresión coloquial utilizada para despedir e increpar a alguien que viene a incomodar.

⁵⁹ Eloísa (Héloïse), nace hacia 1092 y muere en 1164. De origen francés, fue una de las primeras intelectuales de Occidente. Se convirtió en abadesa de Paraclet. Sus amores con Abelardo se han hecho famosos gracias a un conjunto de cartas que han sobrevivido a su época y que transitan entre el amor libre y el amor cortés.

necesario en una carta bien apasionada—. Y luego se le habla de la muerte que nos espera caso de no alcanzar la deseada correspondencia... En fin, escribe una carta a punto de caramelo y sales del paso.

Sonrieme la idea de escribir, y crecí un palmo, pensando que ya había hallado el camino, por donde debía llegar hasta donde una querida.

Resolví, pues, declararle mi pasión a una jamona, rolliza de carnes y que, si bien podía ser mi madre, tenía la condición de ser casada, lo cual realzaba, al concepto de los estudiantes y al mío mismo, las conquistas amorosas.

Siguiendo el consejo de Ernesto, me resolví a escribir, de esta suerte obtendría la contestación y... ¡batalla ganada!, ¡quedándome la prueba del triunfo!

La mujer, a quien yo había resuelto seducir, era la costurera de mi tía; y la buena mujer que en todo podría pensar, menos en que yo pretendiera ser su seductor, tratábamos con indiferencia generalmente o con fingido cariño, cuando se hallaba en presencia de mi tía.

No dejó de asombrarme, cómo era que antes no había caído en la cuenta que tenía a la mano la mujer que yo necesitaba...

¡Una mujer casada y de treinta y cinco años!... ¡Vaya!, ¡si no iba a dejar aturrullados⁶¹ a todos mis compañeros!

Francamente tuve lástima de los que tenían por querida a la criada de la casa, o a la *china* de la vecindad.

Pero es el caso que, si antes no había parado mientes⁶¹ en la persona de doña Panchita, este era su nombre, era porque ella para mí no fue más que *doña Panchita*, algo así como una *cosa* que yo estaba acostumbrado a ver, desde que tuve uso de razón, sin que pudiera asegurar si era bonita o fea, joven o vieja, flaca o gorda, y casi estoy por decir hombre o mujer. Yo había crecido viéndola siempre en mi casa de Arequipa —porque mi Panchita era mi comprovinciana— con el envoltorio de «costuras blancas» que llevaba y traía, con su aire de trabajadora y mujer honrada, que jamás interesó mi gusto, ni movió mi curiosidad; a tal punto que, si me hubieran preguntado por las señales de

⁶⁰ *Aturullar*: confundir a alguien, turbarlo de modo que no sepa qué decir o cómo hacer algo.

⁶¹ *Parar mientes en algo*: considerarlo con atención.

su fisonomía, hubierame puesto indeciso, como si se tratara de persona desconocida.

Desde el punto y hora que la designé, en mi imaginación, para ser mi futura amada, pareciome que se hubiese metamorfoseado, tomando la forma de mujer; y, aunque poco agraciada en los contornos de su rostro, pareciome que tenía expresión bondadosa, y aire simpático, y también buen talante.

Su traje, si bien era algo descuidado, y asaz⁶² modesto, pensé que el día que ella tuviera un amante, había de esmerarse en su atavío, y preocuparse en lo que tal vez, desde que fue casada, no le había ocurrido pensar; esto es; *parecer bien*. Y en último caso, yo la imbuiría esta idea, regalándola elegantes vestidos, comprados con mis economías.

Al presente, lo único que debía preocuparme era de qué medio me valdría para entregarle mi amorosa misiva; amorosa en grado superlativo, puesto que la decía que, caso de desatender ella a la inmensa pasión que me había inspirado, pondría yo fin a mis días; y ella cargaría el remordimiento de haber sido la causa de mi muerte.

Para escribir este billete⁶³ amatorio, hice más de diez borradores, con intercaladoras y llamadas al margen, cambiando palabras y frases enteras; al fin quedé satisfecho de haber escrito una incendiaria carta.

Un día que ella fue llevando las consabidas «costuras blancas», le salí al paso tembloroso y agitado, pero resuelto a entregarla mi billete amoroso, el cual cuidé de perfumar y atar con cinta color de rosa, dejándolo convertido en un paquetito que pudiera interesarla.

—Doña Panchita —díjele, alargando apenas la prueba del delito—, guarde Ud. esto y solo en su casa vea Ud. lo que contiene.

Ella que estaba acostumbrada a recibir frecuentes regalitos de mi tía, sin duda supuso que yo seguía ese ejemplo y contestó:

—Gracias, hijito, así lo haré —y guardó mi regalo o, mejor dicho, mi amorosa declaración en el bolsillo del traje.

El corazón me latió con violencia, y sentí como una llamada que me quemó hasta las orejas. Felizmente ella no fijó en

⁶² *Asaz*: adverbio culto, muy, bastante.

⁶³ *Billete*: carta breve.

mí la atención, y más bien apresuró el paso como si temiera que yo pudiera arrepentirme de mi generosa dádiva.

Las costuras, que doña Panchita traía, eran ropas de mi uso interior; y mi tía fue de opinión que la tijera de la cortadora había sido tan generosa que, en vez de cortar una pieza, como para un niño, resultaba ser esta, como para un hombre. Doña Panchita se defendía y argumentaba y argüía que yo estaba creciendo y engordando que era una maravilla, y que de dos lavadas había de quedarme todo al cuerpo. Luego volviéndose hacia donde yo estaba, díjole a mi tía:

—Pero no ve usted señora que el niño Jorge es ya un jovencito hecho y derecho, ¿qué le falta para ser un hombre?

—Tener una querida —dije yo para mis adentros, e instintivamente lleveme la mano al naciente bozo, y me imaginaba que retorció unos largos mostachos⁶⁴.

Aquella opinión emitida por mi futura amada halagó hondamente mis esperanzas de conquistador.



Pocos días después de haber entregado mi apasionada misiva, paseábame yo, con aire satisfecho, delante de la puerta del tenducho⁶⁵, donde vivía la mujer a quien yo consideraba ya, como víctima de mi primera aventura amorosa. Mas ¡ay! que en el momento menos previsto, sentime vigorosamente asido por el cuello, no de mi cuerpo, sino de mi *chaqué*⁶⁶.

Describir mi terror, cuando me di —¡quién había de esperarlo!— con la mismísima hercúlea figura del marido de mi Panchita, es algo que necesitaría una de esas plumas artísticas, que alcanzan describir, con la corrección del pincel, las impresiones violentas en su mayor grado y perfección. Yo confieso que me considero completamente inhábil para pintar lo que en ese momento sentí.

⁶⁴ *Mostacho*: bigote largo y espeso.

⁶⁵ *Tenducho*: tienda con mal aspecto.

⁶⁶ *Chaqué*: «prenda exterior de hombre a modo de chaqueta, que a partir de la cintura se abre hacia atrás formando dos faldones, y que se usa como traje de etiqueta con pantalón rayado» (*DRAE*).

Sin intentar oponer resistencia alguna cual si me hallara ante superiores y poderosas fuerzas, fui llevado, o mejor diré, arrastrado hacia la tienda, donde él y yo entramos: es decir me entraron.

He olvidado advertir que el marido de mi Panchita era un italianote⁶⁷ de hercúlea figura, cuyas manazas asentáronse sobre mi débil cuello, con la brutal pesadez de sus fuerzas.

Lo más ofensivo del caso es, que el pícaro italiano ni siquiera estaba furioso, sino que muy risueño y con su acento y pronunciación italiana díjome:

Dé *usté gracia* a que pertenece a una familia que yo *rispecto* y que no es *usté* un hombre, sino un muchacho; y yo a los mocosos como *usté* los agarro por la *sentura*, les bajo los calzones y les arrimo unas palmadas en el... (No puedo escribir la palabra). Después, señalándome la puerta con sumo desprecio agregó: —Lárguese *usté* de aquí y si vuelve *usté* a *escribir* cartitas a mi mujer, ya sabrá *usté* quién es Bartolo Fachini.

Las últimas palabras las dijo cuando yo había ya ganado la puerta de salida.

¡Y mis amigos que me aseguraban ser cosa bien fácil conquistar a una mujer casada!...

Así terminó mi primera y desgraciada conquista amorosa, y semipicaresca.

¡Era pues inevitable volver al colegio sin la querida, y mucho más humillado que lo que antes estuve!

¡Ah!, ¡yo sentía en mi alma todo un caudal de ternura de apasionado amor hacia una mujer ideal, que entre mis sueños yo vislumbraba, como angélica visión, como la dulce esperanza de futuras felicidades!... ¿Quién era?... ¿dónde estaba?... yo mismo no hubiera sabido explicarlo; pero me imaginaba que debía hallarla muy luego.

Cuando en la calle fijaba en mí la atención, o casualmente me miraba alguna mujer, aunque no fuera joven si era hermosa, yo sentía la conmoción de sensaciones desconocidas, y como atraído por irresistible imán, seguía diciéndome a mí mismo:

⁶⁷ La migración masculina italiana está muy presente en las novelas decimonónicas peruanas. En el caso de Mercedes Cabello, se puede recordar principalmente al personaje de Enrique Guido (de ascendencia italiana) en las novelas *Eleodora* y *Las consecuencias*; así como a Alcides Lescanti en la novela *Blanca Sol*.

—¡Oh!, ¡si ella quisiera amarme, si ella escuchara estos latidos de mi joven corazón, cuán dichoso podíamos ser y cuánto la amaría yo a ella!

Y seguía sus pasos, anheloso, esperanzado, imaginando haber encontrado a la mujer que yo debía amar, mas siempre estas esperanzas me resultaron fallidas.

Yo era demasiado joven y ninguna mujer hermosa fijaba en mí su atención.

¡Oh!, en esa edad, un joven es como un millonario que llevara un tesoro; buscando a quien ofrecerlo, y sin hallar una hermosa que quiera aceptarlo; y pasa desconocido y olvidado, ¡entre muchas mujeres que van en pos del amor!...

¡Más tarde, cuando ese tesoro se ha derrochado, y no queda de él más que unos cuantos céntimos, entonces vienen, a nosotros, mujeres hermosísimas, vestidas lujosamente a pedirnos aquel caudal de pasión y afectos, que para siempre hemos perdido!... Y entonces, nos convertimos en monederos falsos, y repartimos profusamente un amor falsificado, que tiene menos de verdadero amor, que de plata fina tiene una moneda falsificada⁶⁸.

Más tarde tuve novias y tuve queridas, amé y fui amado; pero el amor no llegó entonces a ser más que un incidente, quizá el más pasajero de mi vida.

¿Será esta la causa de que hoy sea el amor el árbitro de mi destino, el tirano que a mi pesar ha decidido mi suerte?... ¡Quién saber!...

⁶⁸ Sobre este tema, ver también el capítulo XIV de la novela *Blanca Sol* donde se muestra la diferencia de intereses entre hombres y mujeres en relación con la diferencia de edades. La fisiología del amor y del matrimonio que la autora se propone trazar en sus novelas (a la manera de Balzac), quiere poner en evidencia las consecuencias negativas que ciertas costumbres de seducción y enamoramiento generan.

IV

Era víspera de un *28 de julio*, aniversario de la Independencia del Perú. Encontrábase yo en compañía de algunos amigos, de los que yo era el número cuatro; todos íbamos alegres, expansivos, y en la mejor disposición de *tenorear*⁶⁹, aprovechando la ocasión.

Las vísperas de 28, como aquí decimos, son de gran jolgorio y regocijo para estudiantes y gente alegre, de la que vive en pos de diversiones; y no lo es menos para la alta clase, que también participa de la popular alegría.

La *noche buena*, esa tradición semireligiosa, que toma su origen y su nombre de la noche de Navidad, es en Lima bulliciosa, animada y convida a la alegría y al placer.

Y ya que a cuento viene, no dejaré sin mencionar algunos tipos nacionales, que por cierto no han de carecer de novedad, para el extranjero que no haya visitado estas tres veces coronada Ciudad de los Reyes⁷⁰.

Para conocer el tipo criollo limeño, necesario es haber asistido a la Plaza de Armas, en una *noche buena* de 28 de julio, allá por los años en que Lima conservaba todo su sabor criollo y semiandaluz; y este tiempo no es muy lejano; lo conservaba todavía por los años en que yo y mis compañeros de colegio

⁶⁹ *Tenorear*: cantar como tenor.

⁷⁰ El 18 de enero de 1535 se fundó la ciudad de Lima como Ciudad de los Reyes por Francisco Pizarro. De acuerdo con Juan de Arona, «el nombre corrupto de *Lima* [derivado de Rímac] le disputa la primacía al nombre oficial de *Reyes* o *los Reyes*, desde los primeros días de la fundación» (*Diccionario de peruanismos* 263).

hacíamos novillos⁷¹, y nos íbamos a tracamundar⁷² en las noches buenas.

Como el más popular tipo, estaba allá la buñuelera⁷³, la que vende *buñuelos calientes con almíbar*, y que, con todos los trastos y chismes de su oficio, se instala en plena calle, junto con otras muchas de su gremio, y forman su batería de fogones y ollas para freír los buñuelos; este es el tipo menos simpático; pues que, necesitando usar de combustible para sus frituras, que deben estar *calientitas*, atestan de humareda todo el trayecto ocupado por ellas; a tal punto que en algunos sitios es imposible no sentir sofocación, y mal a los ojos; pero los buñuelos con almíbar son tan ricos que... ¡a nadie se le ha ocurrido hasta hoy suprimir a la buñuelera!...

Mucho más simpático que esta es la misturera⁷⁴, la que vendía *pucheritos* de mistura, que consistían en un conjunto de fragantes flores, colocadas en una hoja de chirimoyo.

⁷¹ *Hacer novillos* alguien, especialmente un escolar: «coloquialismo que quiere decir, dejar de asistir a alguna parte contra lo debido o acostumbrado» (DRAE).

⁷² *Tracamundar*: alborotar.

⁷³ La buñuelera: «En las fiestas que llaman de tabla, y también en la noche buena, hacen su agosto las buñueleras. En un asno bien cargado, conducen todos los aprestos de su profesión, consistentes en algunos tercios de cañitas bravas, una banca coja, bracero, sartén, manteca, una batea con la masa ya preparada, una fuente para colocar la fritura, y una botella o frasco de almíbar [...] El humo que levantan las buñueleras contribuye también al jolgorio o celebración de la fiesta, pues no a pocos, los hace llorar [...] ¡de puro placer y regocijo!» (Carlos Prince, *Lima antigua*, tomo 1, 9-10).

⁷⁴ La misturera: «Este tipo, completamente de antaño, no existe ahora. Tenía su campamento en los portales, que, *in illo tempore*, no estaban enlozados como hoy, sino cubiertos de una piedra menuda, que hacía morir de risa a los que padecían de callos; sin embargo, concurría a ese paseo, lo más selecto de la sociedad limeña, y en él se veía, por primera vez, las nuevas modas de hombres y mujeres [...] En antaño, el obsequio de la misturera era indispensable, y el amigo de una familia o el que deseaba serlo, encontraba en ese obsequio, el motivo de ostentar su generosidad. Al pasar un caballero de buen tono delante del puesto de la misturera, cerca del cual se encontrará una amiga, echaba garbosamente una onza de oro diciendo a la vendedora: *páguese usted, sin detenerse a recoger la moneda del vuelto —¡O tempora! ¡O mores!*» (Carlos Prince, *Lima de antaño* 5-6).

Los *piquines*⁷⁵ y los novios debían, a *precisión*, obsequiar uno de esos pucheritos a la hermosa niña de sus amores.

La *gala*, como entonces decíamos, consistía en tirar una moneda (un sol, por ejemplo) en pago de un pucherito que costaba medio real; esto tenía por objeto el aparecer rumboso y rico, y no mezquino y económico, grandes defectos de los que siempre hemos huido los peruanos.

Menos simpática y menos aristocrática también es la *tamalera*⁷⁶; la que no solo en las *noches buenas*, sino que también en los domingos y días feriados, nos aturde con su ininteligible pregón⁷⁷, que se diría pertenecer a cualquier idioma menos al español.

Todos estos tipos son hoy todavía de actualidad; pero el tiempo y las costumbres hanlos degenerado, y casi podríamos decir despoetizado.

Aquella noche, la plaza estaba profusamente iluminada, y siguiendo la costumbre, debían lucirse los espléndidos fuegos artificiales, con los cuales la municipalidad contribuye a la celebración de la «*víspera del 28*».

Mis compañeros y yo nos paseábamos alegremente por el Portal de Botoneros, cuando acertó a pasar cerca de nosotros una linda y seductora chica que, con aire provocativo, mirábanos y sonreía, como diciendo: —Sígueme. Acompañábala una mujer, que frisaba en los cincuenta. Seguimoslas no sin tener que repartir codazos y empujones a cuantos se oponían a nuestro paso. Siguió ella hasta una calle que por aquella época era para estudiantes y jaranistas, promesa de placenteros resultados.

⁷⁵ *Piquín*: de acuerdo con el *Diccionario de peruanismos. El habla castellana del Perú* de Juan Álvarez Vita: «galán, enamorado, novio» (354).

⁷⁶ La *tamalera*: «En canastos enceronados y bien acondicionados sobre un jumento, lleva la *tamalera* sus tamales, tanto criollos como serranos, dando, seguidas, las voces siguientes: —¡*La tamalera!* ¡*La tamalera suave!* ¡*A medio y a real!* ¡*Tamalito serranito calentito!* ¡*Ya se va la tamalera!* ¡*Quién me llama?* Sobre estas voces, hay compuesta una tonadilla titulada: *La Tamalera*, que se canta hasta hoy; como también antiguos cantarcillos populares, dedicados al mismo tema» (Carlos Prince, *Lima antigua*, tomo 1, 22).

⁷⁷ *Pregón*: «canto callejero de los vendedores ambulantes en Lima del siglo XIX» (*DiPerú*).

Cuando llegó a su morada detúvose de pie en la puerta de calle, y nosotros aprovechamos la ocasión para entablar conversación.

Estas cosas se hacen en Lima con la mayor naturalidad, máxime si la dama vive por aquellos barrios, y al llegar a su casa os la ofrece diciendo: *Caray* mi casa, aunque pobre, puede Ud. visitarnos.

No necesitamos que nos repitieran esta invitación, y los cuatro nos apresuramos a aceptarla.

En la casa hallamos a algunas otras jóvenes más, que sin duda esperaban a la que parecía haber salido a *reclutar* jóvenes para divertirse.

Muy pronto se armó una de esas reuniones que ellas pulcramente llamaban *tertulias de confianza*, y que nosotros llamábamos «una jarana Abajo del Puente»; esto como quien dice un jaleo⁷⁸ de *primo carteló*.

Por primera vez iba a encontrarme, entre lo que se llama gente de vida alegre, o de vida airada, cosa hasta entonces para mi desconocida.

Yo sentía las violentas emociones del que prueba algo nuevo y desconocido; veía que, de todos esos calaveras⁷⁹ que se entregaban a la alegría, yo era el más joven; esto me impresionaba y conmovíame, y quizá por lo mismo, deseaba desempeñar bien mi papel, y me decía a mí mismo: —«Una noche de orgía es lo único que da la convicción de ser *hombre* en toda la extensión de la palabra; ánimo, pues, es necesario ser calavera, beber sin tasa y enamorar a roso y belloso⁸⁰».

En algunos momentos de silencio, mortificábame el recuerdo de mi buena tía; veíala, trayéndome la tasa de café puro, para disipar el dolor de cabeza que infaliblemente iba yo a coger, con esa maldita mezcla de bebidas alcohólicas, que tanto daña la salud; y que por experiencia (adquirida en un cumpleaños de mi tío) sabía que debía producirme ese maléfico efecto.

⁷⁸ *Jaleo*: diversión ruidosa.

⁷⁹ *Calavera*: hombre licencioso e irresponsable.

⁸⁰ *A roso y relloso*: puede ser una falta ortográfica voluntaria para establecer un juego de palabras con el apellido del narrador. Significa: «totalmente, sin excepción, sin consideración ninguna» (DRAE).

Se nos obsequió con una suntuosa cena, por supuesto costeada por algunos de los visitantes, que no siempre es el más rico, sino el más enamorado; eso sí a la hora de pagar, ya sería otro cantar, que a rumbosidades⁸¹ sin dinero, no hay quien gane a los estudiantes.

La hora de la cena fue la hora de absoluta libertad. Todos estábamos apareados, y ninguno se ocupaba de lo que hacía su vecino. Yo estaba, más que alegre, aturdido. Apenas si me daba cuenta de si aquello era bueno o malo. A mi alrededor se gritaba se disputaba, muchas veces sobre temas necios e inconducentes. El ruido de las botellas que se descorchaban y de las copas que se rompían era atronador. Muchas otras mujeres llegaron después, pero yo no fijaba la atención sino en la chica a quien seguí desde la plaza.

Por momentos, parecíame que una nube se interponía entre mi persona y las que me rodeaban; algo así como un manto de plomo extendíase, y me separaba de los demás, gravitando pesadamente sobre mi cabeza. Distinguía confusa y vagamente las miradas ardientes y las voces acaloradas de los comensales. Todos se me aparecían como alumbrados por una luz amarillenta y mortecina; hasta los colores, asaz chillones de los vestidos de las mujeres fueron tomando esa opacidad, de los colores oscuros. Era el *pisco* que se me había subido a la cabeza.

De pronto —aquello fue imprevisto— un desconocido llegó por mi espalda, y golpeándome furiosamente dijo:

—Vengo a tomarle a Ud. cuenta, ¿con qué derecho está Ud. enamorando a esa mujer?...

Yo me puse de pie; apenas podía sostenerme. Echando ternos y llenándonos de improperios nos fuimos a las manos, y...

Aquí acaban mis recuerdos.

Al día siguiente me encontré acostado en mi cama y rodeado de mi familia. Sentía el cuerpo magullado, dolorido; la cabeza me pesaba como si la tuviera llena de plomo, un dolor lancinante e insoportable, atravesaba mi frente fijándose en ambas sienas. Cerca de mi cama, colocada sobre una silla, y con las mangas caídas a los costados, estaba mi camisa, cubierta de manchas de sangre, asemejándose a un mudo y elocuente

⁸¹ *Rumboso*: espléndido y pomposo.

testigo, que sin más comentarios habíale referido todo el lance a mi tía. Ella, siempre prudente y buena, miraba la camisa sin decirme una palabra de reconvención.

Ya no quedábame más que el arrepentimiento; pero es el caso que también me quedaba la tunda de trompadas aplicada por el otro borracho.

¡Cuán estúpidos somos los hombres!⁸²...



Yo había abandonado el colegio militar, sin más instrucción que la de un recluta; y sin preocuparme por lo que aún me faltaba aprender, solo ansiaba tomar parte en la política de aquella época, tempestuosa, como la que más, y por lo mismo, apropiada para impulsar al que se entregara a los fuertes vientos revolucionarios, que en el Perú tan propicios suelen ser para los ambiciosos y atrevidos.

Bullía en mi alma la noble aspiración de figurar, de ser hombre público y levantarme sobre muchos ambiciosos e ineptos, que yo consideraba inferiores a mí. También es cierto que entonces antojábaseme todo el monte de orégano y cominillo, y a mi ambición todos los caminos accesibles.

Sentía el amor al yo, ese egoísmo de los jóvenes, tan diverso del egoísmo de los viejos: el uno nace del amor que sentimos a nosotros mismos; amor mezclado de admiración al sentirnos fuertes y capaces de todo lo más grande y noble; el otro, el egoísmo de la vejez es la compasión que nos inspira esa pobre máquina humana, deteriorada y gastada, que nos demanda la consagremos todos nuestros cuidados y atenciones.

El amor propio, que puede ser noble o ruin, según sean los móviles que le dirijan, dominábame entonces a tal punto que, hasta por los amoríos juveniles, sentía la mayor indiferencia.

⁸² Esta frase puede entenderse como una legítima autocrítica, pero también nos acerca, como en otros fragmentos de la novela, a la voz del autor implícito de la novela.

Cuando mis amigos me hablaban de sus conquistas amorosas, y preguntabanme cual era la mujer de mis afecciones, aquella a quien yo le consagraba mi afecto y mi corazón; yo muy ingenuamente contestaba: —¡Eh!, las mujeres quitan mucho tiempo, no quiero ocuparme de ellas.

Y era la verdad.

No hubo reunión política a la que yo no asistiera, ni periodiquillo de oposición que se fundara, en el que yo no me desatara contra ministros y prefectos y demas gente palaciega, a quienes detestaba convirtiendoles en el blanco de mis aversiones, tan solo por considerarlos impedimentos u obstaculos a la realización de mis ambiciones.

Entonces surgieron en mi mente, alumbradas con los vivos destellos de las impresiones de la infancia, las figuras de los revolucionarios de aquella epoca, junto con las historietas que alimentaron mi niñez; cuando mis tíos comentaban, con tanto asombro, la felicidad con que los más oscuros ciudadanos, se improvisaban grandes hombres, sin otro esfuerzo que seguir las corrientes revolucionarias, que «echaban abajos» a los gobiernos, y colocaban en su lugar a los que con arrojo y valor, les dieron el primer impulso y las llevaron a su término.

Yo soñaba, y puedo decir que deliraba, con grandes conspiraciones que debían aparecer de un día a otro; imaginábame vivir sobre encendido volcán, cuya explosión había de iluminar mis futuras glorias.

Muchas veces, tendido indolentemente sobre mi lecho, veía desfilar batallones sublevados que, en completa confusion, y arrebatados de entusiasmo, asaltaban el Palacio de Gobierno; imaginábame sentir el chocar de las armas, acompañados de los *mitas* y *maenas* que alla, en mi infancia, atronaron los aires llenando mi alma de pavora, y que hoy habían de llenarla de contento.

Y calenturienta la frente, palpitante el corazón, me lanzaba fuera e interrogaba a mis amigos, temiendo que aquello pudiera realizarse y quedarme rezagado en aquel tumultuoso movimiento revolucionario.

Mi inquietud solo podía ser comparable a la del viajero que, de pie en la orilla, espera la nave en la cual debe embarcarse y partir para llegar a tierras encantadas, que habían de brindarle eterna dicha.

¡Ser ministro de Estado!... ¡Quia!⁸³ ¡Era bien poca cosa para mi ambición! Y con innumerables ejemplos de hechos sucedidos, deducía yo que una cartera no podía ser cosa muy halagüeña a mi vanidad. Los ministerios —decíame— están en el Perú relegados para los talentos inéditos, para los que han dado pruebas de saber precisamente lo contrario de lo que necesitan, o simplemente no saber nada, que es otro de los caminos que conducen allí.

Yo no pretendía pues tan poca cosa; mis aspiraciones estaban fijadas en punto mucho más alto, y hacia allá quería yo dirigirme, con todas las fuerzas de mi voluntad y toda la energía de mí espíritu.



En los revueltos, campos de la política, dragoneaba⁸⁴ entonces un hombre de talento, el cual mereció ser bautizado con el apodo de *El Conspirador*, y por cierto que muy bien ganado tenía este nombre, pues ya por entonces contaba más de media docena de revoluciones perdidas, y otros tantos motines abortados.

Demás parece decir que, yo era entusiasta partidario del Conspirador, y esperaba la primera ocasión, para ir a plegarme a su partido y engrosar las filas de sus amigos.

Esta ocasión no podía retardarse largo tiempo, dada la situación borrascosa por la cual atravesaba el Perú, a causa de los continuos conatos de motines y asonadas, con que el Conspirador traía revueltas las poblaciones del Sur, y cariacontecidos⁸⁵ a los políticos de aquella época.

Los que esperaban entonces una revolución, como espera el marino el viento amigo que debe impeler su embarcación, no debieron impacientarse largo tiempo, pues que el Conspirador, no cesaba un punto en sus conatos revolucionarios.

⁸³ *Quia*: «interjección coloquial utilizada para denotar incredulidad o negación» (DRAE).

⁸⁴ *Dragonear*: ejercer un cargo público o privado sin tener título.

⁸⁵ *Cariacontecido*: que muestra en el rostro aflicción.

Yo, que era uno de los que aguardaban esas conmociones políticas, escuché con grande regocijo la nueva dada por los periódicos que decían: ¡Revolución en Arequipa! El Conspirador se ha proclamado Jefe Supremo de la República⁸⁶.

Y allá corrí yo de los primeros, a enrollarme en las filas de los que, sin otras probabilidades para el buen éxito, que la de ser revolucionarios, considerábamos ya, colocados en la ruta que debía llevarlos a la tierra de promisión.

Para evitar susceptibilidades personales y comentarios de hechos que pertenecen a la historia, no quiero entrar en detalles ni pormenorizar los sucesos, ocupándome de los principales actores de aquel movimiento revolucionario; referiré, no obstante, a grandes rasgos, lo más notable que con mayor viveza ha quedado impreso en mi memoria. Aquella revolución, como otras muchas promovidas por el Conspirador, tuvo su trágico desenlace en Arequipa, en el mismo lugar de su nacimiento.

Sus campos talados, sus pobladores diezmados por las fuerzas enemigas no fueron los únicos males que Arequipa debió lamentar, quizá arrepintiéndose de sus aficiones revolucionarias y de las expansiones dadas a su belicoso espíritu.

Yo, sin otros méritos que el de revolucionario y amigo del Conspirador, fui favorecido con el grado de coronel y a continuación se me dio el mando de un cuerpo. Este honor, hubiera halagado muy mucho mi vanidad, si no hubiese tenido en perspectiva una batalla muy próxima, pues que el Gobierno había enviado el grueso del ejército para atacar a la ciudad rebelde.

El Conspirador podía ser todo menos militar; era un artista, un poeta, un soñador, por eso fue un Quijote de la política de aquella época.

Y yo con la inexperiencia de la juventud, parecíame que él era el perfecto modelo que yo debía imitar sin desviarme un

⁸⁶ No estamos frente a una novela histórica, sin embargo, podemos verificar que la autora, que comulgó con el realismo de Honoré de Balzac y de Emilia Pardo Bazán, utiliza diferentes elementos históricos para crear una atmósfera más o menos verosímil. Este párrafo, por ejemplo, nos hace pensar en Manuel Ignacio de Vivanco quien se proclamó en 1841, en la ciudad de Arequipa, jefe supremo de la República tras haber conspirado contra Agustín Gamarra. Vivanco será derrotado ese mismo año y tendrá que huir hacia Bolivia.

punto de su ejemplo; y con secreta vanidad, me figuraba que semejanzas admirables existían entre nosotros dos.

Y él, conocedor de mi ciega admiración, correspondíame con toda suerte de deferencias⁸⁷; a tal punto que, después de pocos días, fui su amigo íntimo y preferido; y allá en su alcoba fascinada por la magia de su palabra y el brillo de su talento, pasaba yo las horas muertas escuchándole hablar.

Y cuando él desenvolvía los maravillosos planes políticos, y las portentosas reformas que había de realizar, para convertir al Perú en el más floreciente y hermoso país del mundo, yo me extasiaba y sentía el arrobamiento que solo puede producir el verdadero talento.

¡Cuánto lo envidiaba, y con cuánto empeño trataba de imitarlo!

Llegar a ser un caudillo como él, adulado por los hombres y mimado por las mujeres, era la ambición más vehemente de mi alma. Y luego su aire marcial, su porte caballeroso me encantaban. ¡Oh!, ¡desde aquella época datan todas las grandes ambiciones que fueron móvil de mis acciones y mis constantes anhelos!

Con mi inexperiencia juvenil, no supe darme cuenta que, el Conspirador era el hombre menos apropiado para tomarlo por modelo, ni como militar ni menos como político; y si bien él hubiera sido un buen artista, no fue jamás ni estadista ni político de mérito.

Recuerdo que, mientras el General, enviado por el Gobierno para atacar la ciudad rebelde, se ocupaba en darle a su tropa la disciplina y pericia necesarias para el ataque de la plaza que debía efectuarse de un día a otro; nosotros, él, el jefe de la revolución y director de la guerra, y yo, su amigo íntimo, y también jefe de un cuerpo del ejército, que debía defender la población y librar la batalla, nos ocupábamos con suma consagración en dictar unos *Estatutos* para una *Sociedad de bellas artes*, que nos proponíamos fundar en Lima, cuando él hubiera alcanzado el triunfo de su causa (!!!)... Las noches las pasábamos discutiendo sobre nuestra *Sociedad de bellas artes*, o también combinando

⁸⁷ *Deferencia*: adhesión al comportamiento de alguien por respeto o por excesiva moderación.

planes financieros, cuya magnitud y bastedad dejarían apabulladas y boquiabiertas a todas las naciones de la vieja Europa.

Todos sus partidarios, jóvenes inexpertos unos, y pobres agricultores otros, vivíamos fascinados e hipnotizados bajo su elocuente palabra.

Las horas desocupadas, aquellas que podíamos robar a las disertaciones artísticas, o a los convites de nuestros amigos, yo las consagraba a leer la *Táctica del Marqués del Duero*, con el fin de refrescar los recuerdos de lo poco que en el Colegio Militar aprendí.

Yo era un coronel de manga ancha, no tanto por blandura de carácter, cuanto por conquistar simpatías entre mis subordinados que, por lo mismo de ser ellos, más entendidos que yo, en el arte militar, hubieran podido cubrirme del ridículo propio del jefe ignorante, a no abonarme su buena voluntad.

Cuando el Conspirador no hablaba de sus grandes innovaciones y reformas a la Constitución, hablaba de alta literatura, tocando temas de lingüística de los más delicados; y con esto es suficiente para que se comprenda lo mal que estaría el servicio militar, y todo cuanto con la defensa de la plaza sitiada se relacionara. Aquello estaba en pleno desbarajuste.

Para dar idea de los desaciertos del Conspirador, bastará decir que, estando frente al enemigo, y en espera de una gran batalla, se ocupaba, ¿en qué creerán ustedes?... pues se ocupaba en cambiar los vivos rojos de los vestidos de los oficiales por vivos azules. Y esto cuando faltaba el dinero para forjar balas y vestir a la tropa.

Para premiar a los que ya suponía vencedores, dio decretos churrillerescos⁸⁸ e inconvenientes; y como en el terreno militar no conocía de la misa la media⁸⁹, quiso por inspiraciones pueriles realizar cambios de jefes de uno a otro batallón, sin comprender toda la significación de esos cambios, en vísperas de un combate.

Sin cuidarse de los asuntos de mayor importancia, se preocupaba con nimia perseverancia de cosas superficiales y vanas, y dando vuelo a sus vanidosas ostentaciones, se aprestaba desde

⁸⁸ Por *churriguerescos*: exageradamente adornado.

⁸⁹ No conocer (saber) alguien de la misa la media: locución verbal coloquial que se refiere a ignorar algo.

antes de librada la batalla con los arreos que había de lucir en su entrada a Lima. Por más que parezca inverosímil, he de apuntar aquí un detalle típico en su género: cuando el dinero faltaba y el tiempo urgía, él se ocupaba en hacer fundir un gran casco de oro macizo, con el cual había de llegar en Lima hasta el Palacio de Gobierno.

A semejanza del *gran casco*, eran todos los aprestos bélicos de mi amigo el Conspirador...

V

Si me he detenido en estos, al parecer, insulsos pormenores, es porque allá recibí yo mi bautismo de sangre, y mi primera lección práctica del militar en campaña.

Quizá esta sea la causa de los repetidos fracasos que en mi vida de conspirador político he sufrido.

La necedad se pega, dice un antiguo proverbio chino, y tal vez sí quedé inoculado de esa enfermedad de mi *maestro*.

Qué de trabajos inútiles, qué de planes abortados, para venir a darnos con la realidad de que nos faltaba una cabeza que dirigiera la acción; un hombre a quien pudiéramos investir del título de Jefe político y Director de la revolución. Valor, entusiasmo, adhesión, al jefe, en todo eso abundábamos; pero éramos cuerpos, brazos, corazones que necesitábamos un cerebro que pensase, y una experiencia que dirigiera.

Recuerdo que, con la descabellada dirección dada a la defensa de Arequipa, arrasábamos sembríos, talábamos campiñas, donde se nos decía que debíamos de establecer ya un puesto de avanzada, ya una barricada de defensa; y luego de estar terminado este trabajo, veníamos, a caer en la cuenta, de que todo era completamente inútil, y quedaba aquello asolado como si hubiera pasado por allí furioso huracán.

¡Ah! —decídame yo—, ¿no es bastante que la guerra se harte de carne humana, necesita también devorar el ganado, los sembríos y cuanto vive y florece al calor de la paz y del trabajo del hombre!

Y cuando en mi condición de militar, debía aceptar la guerrera imposición de matar y destruir, sentía romperse las fibras sensibles de mi alma.

Un día yo había salido en compañía de cuatro tiradores; el cielo estaba hermoso y la campiña parecía olvidar, que bajo

sus frondosos árboles, encerrábase la muerte y el exterminio. La temperatura era dulce, y ráfagas de viento, cargadas del ambiente de las flores, llegaban hasta mí. Quise hacer una excursión fuera de trincheras, y nos internamos en un soto, formado por yerbas silvestres y árboles frutales, los que luchaban por resistir la invasión de las *yerbas* oriundas de aquellas zonas.

De súbito sentí el ruido del galope de un caballo, e instintivamente detuve el mío. Me hallaba en la zona ocupada por el ejército sitiador.

Aquel galope debía estar muy próximo a nosotros, pues percibíamos el chocar de las armas del jinete. Mis soldados se acercaron a mí, y me rodearon mirándome, cual si esperaran mis órdenes. Apenas tuvimos tiempo para desviarnos del camino, y ocultarnos tras un grupo de *ranchos* vacíos, formados de malezas y totora. Muy luego apareció un jinete; era un arrogante joven que sin duda por haber percibido el ruido que produjeron nuestras cabalgaduras, detúvose a mirar a uno y otro lado; pero sus investigaciones no le dieron feliz resultado; ocultábanos el follaje de los árboles y la sombra de la *ranchería* que teníamos delante.

Yo le examinaba mirándole inmóvil, y esperando siguiera su camino.

—Es un *maca mama*, es necesario matarlo —dijo uno de mis soldados en voz baja y amenazadora.

Este nombre ofensivo, tomado del quechua y que quiere decir: *pegador de su madre*, era aplicado a los arequipeños que estaban al servicio del Gobierno, y que, en cumplimiento de su deber, habían ido a atacar a la ciudad rebelde.

Evidentemente era un *gobiernista*, es decir, un enemigo nuestro; sus vestidos y sus arreos de militar, decíanlo a las claras.

Era un hombre hermoso y bien formado, y parecía no haber frizado en los veinticinco años.

Quedose inmóvil, erguido, asemejándose a una estatua ecuestre. La vida circulaba vigorosa y joven en aquel cuerpo bien conformado, y diríase capaz de desafiar a la muerte, ganando siempre la partida.

Contemplaba la campiña, y pareciome ver en su semblante esa idealidad, esa emoción propia, más que del soldado, del poeta.

El cielo irradiaba luz clarísima, iluminando el grandioso panorama, en el cual destacábase el Misti, surgiendo imponente y majestuoso de sus amplios velos de vapor, sombrío y ceniciento; y los primeros rayos del sol naciente ensanchaban la llanura alejando el horizonte que iba a confundirse con los lejanos matices de la campiña.

¡Ah! ¡Nada más opuesto a las ideas que a todos nos animaban, que aquella naturaleza ubérrima y llena de vida, impregnada con las auras de ese olorcillo que, sin ser un perfume, tiene el balsámico sabor de todo lo que es forestal y deliciosamente embriagador!

—Es un poeta —decíame yo—, quizá un artista, llevado a servir al Gobierno, en cumplimiento a sagrados deberes.

Y seguía con la mirada aquel hombre, que era mi hermano, mi compatriota, y al que, quizá una bala nuestra, le cortaría bien pronto la vida.

Su fisonomía se entristeció, sus ojos se clavaron allá en el horizonte, donde se alzaba gallarda, con sus altas cúpulas y sus macizas bóvedas, la hermosa ciudad de Arequipa; allí estaba quizá la amada, la mujer a quien rendía culto su corazón... ¿Volvería a verla? Yo sentía lástima por aquel hombre; hubiera querido ir, hacia él, para decirle: —Ven, entrégate, prisionero, seremos amigos, y tú verás la ciudad donde naciste, la ciudad donde sin duda te esperan los tuyos, implorando al Dios de las batallas por tu vida.

Y por un momento, contemplando la naturaleza y a aquel hombre, que tanta simpatía me inspiraba, quedé sumido en tristes reflexiones; y él con una mano apoyada en el robusto muslo de su pierna, y la otra levantada, cual si quisiera detener las vibraciones del aire, miraba presentándonos casi de frente.

De pronto, él hizo un movimiento, como para llevar la mano a sus pistóleras, y casi instantáneamente estalló una detonación, que había partido del grupo que me rodeaba. A través del humo producido por el tiro, vi caer al suelo el cuerpo del hombre, y oí el choque de un sable, y después el galope desenfrenado de su caballo que huía espantado...

Y de aquel hermoso jinete, que se alzaba lleno de vida y poesía mirando el cielo, el campo, y quizá su propio corazón, solo quedó un cadáver, tendido en el polvo, con la cara contra el suelo y los brazos caídos sobre la cabeza.

¿Qué había sucedido?...

Uno de mis soldados encargose de responderme, mostrándome su fusil humeante, y su cara iluminada por la satisfacción de un certero punto.

—Era un *maca mama* y no debía vivir —dijo.

—¡Magnífico tiro! —exclamó entusiasmado otro de mis soldados, tirando al aire su gorra.

Yo, desmontando de mi cabalgadura, corrí mudo de horror hacia aquel desgraciado; le alcé sobre mis rodillas, le llamé... no se movió.

Su cabeza inerte caía de un lado a otro, con la horrible pesadez de la muerte. Coloqué mi mano sobre su corazón, buscando allí los últimos destellos de la vida, y no latía.

La bala había penetrado por el lado izquierdo del pecho, atravesando el corazón y los pulmones.

—¡Está muerto! —exclamé horrorizado.

—¡Viva Arequipa! —gritaron casi a una los soldados que me acompañaban.

Yo no sabía qué decir, ni qué hacer. Por primera vez veía, tan cerca de mí, los estragos de la guerra civil.

Contemplaba el cadáver que con sus ojos fijos parecían mirarme tristemente, cual si me reprocharan aquella muerte de la que era yo involuntariamente cómplice; y sus ojos no manifestaban rencor, ni odio, ni su boca estaba plegada por la menor impresión de dolor, formando horrible contraste con la salvaje alegría de sus matadores.

Aléjeme de allí, no como el guerrero que ha muerto a un enemigo, sino como el criminal que lleva en su conciencia el peso de un asesinato.

Aquella noche, no llegué a conciliar el sueño: veía los ojos del militar muerto y su expresión de bondad, más martirizante para mí, que las contorciones del moribundo: veía humareda de combates; llanuras cubiertas de cadáveres; campos asolados por la mano fratricida de los revolucionarios; ¡y luego imaginábame que más tarde esos campos blanquearían iluminados por la luna, sembrados de huesos de hombres que entonces estaban llenos de vida!...

Y en esos momentos, pensaba que nada había más opuesto a los sentimientos humanos y al progreso de los pueblos, que la guerra civil, ese grito feroz, lanzado siempre por los ambiciosos

y cobardes; ellos vienen —decíame— a despertar los malos instintos de los pueblos, para lanzarlos cual fieras los unos contra los otros, con el fin infame de verlos devorarse, para luego levantarse sobre aquellos montones de cadáveres de hombres, que la insensatez y la ignorancia condujeron a la muerte.

¡Y yo me reprochaba, a mí mismo, mis ambiciones políticas, que lleváronme a formar número, junto con esas turbas que, incapaces de elevarse por la senda por donde deben subir los hombres superiores, con talento y virtudes cívicas, van a las encrucijadas tortuosas, para dar el asalto del forajido, que tala, roba y mata!...

Por dicha mía, aquellas aflictivas ideas no me dominaron, sino en tanto duró la conmoción de las primeras impresiones del militar en campaña; pocos días después, ni compadecía al coronel muerto, ni me indignaba contra los autores de motines y sublevaciones.

¡Cuando a los argumentos del buen sentido oponemos los de la propia conveniencia, es fácil acallar, o cuando menos contentar, la voz de la conciencia!...



La batalla fue reñida y disputada palmo a palmo, tanto del lado de los sitiados, como del de los sitiadores. Y puesto que he hecho confesión de mis culpas, haré también mención de mis hazañas.

Yo merecí especial aplauso por mi extraordinario valor, y heroico comportamiento; baste decir que fui uno de los heridos en la batalla. Y este valor fue, al concepto de mis amigos, tanto más meritorio, cuanto que yo sentía por vez primera el olor de la pólvora, muy distinto ciertamente del que yo conocía en simulacros y fuegos artificiales de *noche buena*. En cuanto al silbido de las balas, fue tan nuevo para mí, que arrostraba el peligro inconscientemente.

En vano buscaba yo, en aquel imponente panorama de esa batalla, algo parecido a lo que yo habíame imaginado; algo semejante a esos cuadros descritos por la pluma del poeta o el pincel del artista; no veía más que la densa humareda que a todos nos envolvía; y allá, a lejana distancia, divisaba algunas

líneas negras, que se movían, al parecer, sin orden ni concierto. Eran los batallones que se batían en el campo de batalla.

Yo no alcancé a ver el resultado de la batalla: en lo más recio de ella, caí herido, y fui llevado, junto con otros muchos, a un hospital de sangre.

No sabría decir de qué lado vino la bala, ni cómo fue que recibí mi herida. Recuerdo solamente que, habiendo querido dar ejemplo de valor a mis soldados, me encaramé en un muro, sin prever que así quedaba de blanco de las balas enemigas.

En los campos de batalla, la muerte llega en el momento menos pensado; muchas veces es una amiga que viene a librarnos de horribles angustias.

Cuando volví en mí, me encontraba en un cuarto de poco más de cinco metros cuadrados, donde yacían diez soldados heridos, cuyas fisonomías eran a cuál más angustiadas; estaban con los vestidos destrozados, las camisas manchadas de sangre, y sus lúgubres ayes⁹⁰, confundíanse en un solo y largo gemido.

La sangre, formando caprichosos dibujos con sus grandes coágulos, corría en el suelo, simulando una carta geográfica en sus largos culebros.

Yo me sentía casi asfixiado, respirando aquella atmósfera saturada del olor acre de la sangre, recargada con las emanaciones de aquellos cuerpos, sudorosos y desaseados como estaban los revolucionarios.

Tan pronto como pude disponer de mi persona, pedí y alcancé el ser transportado a Lima, donde los míos debían prestarme sus importantes servicios.

Qué largas y crueles fueron en Lima mis horas de enfermedad. ¡Las curaciones!... ¡ah!, ¡para qué entrar en esos detalles, que aunque terribles han sido ya olvidados! El dolor físico pasa, deja quizá una cicatriz en el cuerpo; pero el olvido la cubre y no volvemos a pensar en él. Solo el dolor moral deja cicatrices que eternamente sangran y eternamente duelen, como si el tiempo y el olvido fueran remedio inútil para él.

Cuando en Lima, algo repuesto de mis dolencias tuve conocimiento de los detalles de ese hecho de armas, dirigido por el Conspirador, profunda y rabiosa indignación apoderose de mi ánimo. Todo un pueblo decidido y patriota; todo un ejército

⁹⁰ *Ayes*: lamentos.

de valientes y denodados soldados habían sido víctimas de un hombre, que no pensó sino en su engrandecimiento, ni obedeció sino a necias vanidades y ruines emulaciones.

Toda la admiración y afecto que antes le tributé, trocáronse en desprecio y desdén por ese vulgar caudillo.

Con sus pretensiones de militar ducho y valeroso, y sus hipos de Jefe Supremo, se arrogó el mando del ejército, imaginando, sin duda, que dirigir una batalla y ejecutar una maniobra son cosas tan hacederas, como fueron para él, calzarse botas granaderas y llevar insignias de General. Y cuando las balas silbaron en sus oídos, y el humo de la pólvora penetró en sus pulmones, desapareció, no solo el General, sino hasta el hombre, el ser moral, quedando tan solo un ente atontado, estúpido, aplastado, que no obedeció sino al ciego instinto de huir del peligro y salvar la vida.

Los incidentes capitales, que concurrieron al adverso resultado de la batalla, parecen inverosímiles, tanta era la cobardía del Jefe, que en ellos se manifestaba.

Un ala entera del ejército quedose sin tomar parte en la acción, y sin disparar un solo tiro; y sucedió que en lo más encarnizado de la batalla, en el punto decisivo para el General... ¡¡¡el Conspirador tomó soleta⁹¹!!!...



Mi comportamiento, en la batalla de Arequipa, creome gran reputación de *hombre valiente*, y esta reputación en el Perú es la vara mágica que allana todos los caminos, aun los que conducen a los puestos más pacíficos y tranquilos, como son los cargos concejiles, y los de beneficencia; y no digo el de la presidencia de la República, porque de antiguo se ha establecido que aquel sea el premio del vencedor en la última batalla librada contra el Gobierno.

Si he de decir verdad, preciso es declarar que aquella fama de valeroso, que mal de mi grado me dieron, después de la batalla de Arequipa, me provocaba a reírme de mí mismo.

⁹¹ *Tomar soleta*: «andar aprisa, correr, huir» (DRAE).

Mi esforzado valor en aquel hecho de armas, no fue sino resultado de mi falta de conocimientos militares, y quizá también de mi falta de serenidad en aquellos momentos. Pero no soy yo el único hombre político, a quien el público le ha atribuido cualidades y méritos que jamás tuvo, ni aún fingidos.

Malograda y sofocada en su cuna la revolución, quédeme yo, como es de suponer, en el número de los *caídos*. Un militar *caído* es algo así como la rueda de una máquina rota y desarmada; no sirve para cosa alguna. Es que el militar en tiempo de paz, es como llave sin uso; va llenándose de moho hasta quedar completamente inutilizada.

Como felizmente yo no tenía de militar más que el grado de coronel, dado por los revolucionarios, fueme fácil entrar de nuevo a la vida activa que yo buscaba, como un medio de elevarme y manifestar mis aptitudes de hombre de Estado.

En el lapso de tiempo trascurrido, desde la batalla de Arequipa, hasta la época a la que voy a referirme, habíanse sucedido algunos cambios políticos, favorables a mi partido y al círculo de amigos míos.

Yo había alcanzado uno de esos puestos concejiles, que son el primer escalón de los que aspiran subir más arriba. Allí adquirí gran número de amigos, muy adictos a mi persona, y conquistados con favores y concesiones ventajosas para ellos.

Decíase que yo era «muy amigo de mis amigos»; y esta reputación es la más valiosa y eficaz para conquistar fácilmente simpatías y adhesiones.

Mis amigos, sin olvidar aquella reputación de valiente, conquistada por mí en la batalla de Arequipa, alcanzaron que el Congreso, que a la sazón⁹² funcionaba, me acordara la efectividad de mi coronelato.

Un día, Su Excelencia el presidente de la República envió a buscarme con uno de sus edecanes. La presencia de estos galoneados señores nos produce viva impresión, ya sea de susto o de alegría, a los que nos hallamos en *expectativa* de la situación, como me encontraba yo entonces.

Por aquella época, el Jefe del Estado era un hombre honrado y bueno, es decir, resultó honrado y bueno, como pudo haber resultado pícaro y perverso. Los que le dieron su voto

⁹² *A la sazón*: locución adverbial que significa «en aquel tiempo u ocasión».

no tuvieron el merito de una buena eleccion: fue un candidato impuesto, elevado al mando, no debido a sus cualidades, sino a pesar de ellas. Su predecesor en la Jefatura del Estado, le hizo elegir *per unum*; porque quiza en el retorno de servicios, resultaría el colocado en el mismo puesto mas tarde, cuando llegara el turno de ser candidato, para un nuevo periodo constitucional.

Yo fui a Palacio excitado, nervioso, sin saber, sin colegir de una manera cierta, si de aquella llamada, me resultaria una desgracia o una felicidad; una prision o una cartera. El corazon me golpeaba fuertemente en la caja del pecho, y la respiración parecíame insuficiente para calmar la ansiedad que me agitaba.

Despues de los saludos y la vena de estilo, díjome: —Le extrañara que yo le mande llamar, habiendo sido Ud. mi enemigo; pero es que quiero la fusión de todos los partidos, y me propongo formar un ministerio con los hombres más notables del pais: en consecuencia, me he fijado en Ud. para que desempeñe la cartera de Hacienda, y espero de su patriotismo, no dejará Ud. de ayudarme en mis propósitos.

Yo conteste, siguiendo las practicas usuales, con frases de fingida modestia, alegando la escasez de mi inteligencia y mi humilde nombre para tan alto puesto.

Su Excelencia estuvo un tantico candoroso, pues perdió tiempo en convencerme, que yo estaba muy equivocado al pensar de tal suerte, respecto a mi elevada personalidad politica.

Despues de todas las discusiones y vacilaciones del caso, preste yo el juramento de estilo. Mi entrada al ministerio fue, pues una de esas atrevidas combinaciones que, en el campo de la politica, dan por resultado el fabricar un gabinete, con los hombres del bando contrario al del Gobierno, y cuyo fin y objeto es el acallar la censura de los enemigos, dándoles participacion, en aquello que puede ser arma ofensiva, en caso de mal resultado; es lo cierto que debido a una de esas combinaciones muy frecuente en Lima, resulté yo ministro de Hacienda.

Hare constar solamente que, ni mis meritos personales, ni mi lealtad de politico, ni aun aquel supuesto valor de guerrero, fueron tomados en cuenta por los que me honraron, elevándome hasta el ministerio de Hacienda.

Mi nombramiento fue acaloradamente combatido por la prensa oposicionista, es decir, por la que hace oposición sistematica, con el mismo empeño que el que vende objetos falsifi-

cados, por dejarle mejor provecho que los legítimos. La prensa gubernista, que defiende a sus partidarios por idénticos móviles, abogó en mi favor, encontrándome grandes méritos y cualidades especialísimas para tan elevado puesto. Y mientras con más empeño me atacaban como hombre público, mayor fue el calor de mis defensores y partidarios.

Y así, sin gran esfuerzo, y casi de la noche a la mañana, me encontré en condición de tener enemigos y partidarios, que es el mejor principio, y casi la base para llegar a la popularidad de una candidatura.

En el ministerio, me propuse emplear todas las fuerzas de mi voluntad, y todos los resortes de mi posición política, a fin de crearme un partido, que yo pudiera llamar mío propio. Hasta entonces yo no había tenido más que amigos, y yo necesitaba contar partidarios.

A propósito, preciso es que conste lo siguiente:

Creo que ningún ministro puede ser austero y recto en el cumplimiento del deber, si pretende formarse un partido propio adicto a su persona. Y esto que se diría exagerado, fácilmente se explica. Un jefe de partido es algo así como un comerciante; necesita dar para que le den, y antes que la justicia, ve la conveniencia.

¿Qué honradez ni qué integridad puede haber en el candidato, que necesita derramar una gota de miel en los labios de cada uno de los que se le acercan para atraerlo a su partido? ¿Qué honradez es posible, en el que va a conquistarse partidarios, y entra de lleno en la corriente de influencias y favores, que se piden a cambio del voto ofrecido; favores, que no pueden negarse, so pena de perder a un amigo?

Yo de mí sé decir, que cuando un ministro con pretensiones de candidato habla de su honradez y rectitud, me dan ganas de reír.

Sin pensarlo ni quererlo, sin casi poderlo evitar, vine rodeado, estrechado, obligado a ceder y transigir con todas las exigencias e imposiciones de esos que se llaman los áulicos de un Gobierno.

Quisiera, en descargo de mis faltas de hombre público, poder describir aquí, con pluma maestra, la conmoción profunda, el cuasi trastorno moral que se operó en mi espíritu, cuando comprendí y valoricé, con toda exactitud, las causas

por las cuales había sido yo elevado hasta el Ministerio de Hacienda⁹³. ¡Ah!, no eran mis antecedentes honrados, ni mis cualidades de hombre de Estado, sino simple y llanamente el haberseme juzgado bastante apto y apropiado, para realizar algunos negociados, que debían enriquecer a los del círculo gubernista... En una palabra: se me juzgó un pícaro de alto rango y, debido a esa suposición, llegué al Ministerio de Hacienda.

Sería preciso que escribiera muchas páginas, quizá demasiado declamatorias y llenas de candorosidades, que harían reír a más de un político de mi tiempo, si hubiera de proponerme describir, aquel choque violento, aquel cambio radical de principios, que da por resultado el desnudarnos, o mejor, arrancar de nuestra alma todas nuestras bellas ilusiones, todas nuestras honradas convicciones para después, en presencia de la realidad, formar nuestro criterio y nuestra conciencia de hombre público.

Cuando llega ese momento en que, la convicción, resultado de la experiencia, nos manifiesta que eso, que llamamos honradez, lealtad, rectitud, o lo que se le quiera llamar, es un mito al que, en la política, solo los tontos o ilusos le sacrifican su porvenir y bienestar. Y dolorosamente impresionado, rememoraba mis primeras y nobles ambiciones, mis patrióticas y rectas intenciones; cuando yo candorosamente imaginaba que, para elevarme, para conquistar partidarios y merecer el apoyo de mis amigos, necesitaba, andar muy largo camino en el que, mi honradez y mis méritos serían las fuerzas que habían de impulsarme adelante.



Mi historia en el Ministerio de Hacienda puedo resumirla en dos palabras; como que es la historia ya vulgar que, con es-

⁹³ Entre los múltiples subgéneros con los que dialoga la novela, se pone en evidencia aquí el de la novela de aprendizaje. Somos testigos, por lo tanto, de cómo el personaje va formando su «consciencia de hombre público», a través de la pérdida de ingenuidad al haber creído que la política se hacía con principios. Se va dando cuenta poco a poco, primero lo afecta la violencia, luego la cobardía y el egoísmo del conspirador para quien lucha, y también los intereses partidistas de los opositores que lo quieren utilizar.

casas excepciones, se repite todos los días entre nosotros. Firmé más de un contrato ruinoso para el país, sin tener en cuenta más que la utilidad que a mí me reportaba. Esta confesión sería bochornosa para mí, si razones mil no abonaran en mi favor. Yo era joven, ambicioso, calculador; veíame rodeado de hombres acaudalados llenos de prestigio y de buen crédito, y cuya historia era con puntos y comas, la misma que yo me proponía seguir. Y con esa lógica sofisticada y artificiosa, decíame a mí mismo: —¡Por qué en mí ha de ser mancha deshonrosa, lo que en ellos es aureola que les presta grandeza y superioridad!... ¿Cuándo la pobreza honrada se ha elevado debido a sus merecimientos?... Yo no tengo, ni encuentro, más que un camino que me conduzca allá, donde yo ambiciono llegar; y sin dinero, sin mucho dinero, no me será dable adelantar ni un solo paso; y postergado, rezagado veré avanzar a los que han sabido aceptar, venga de donde viniere, lo que en estos casos es poderoso motor. Yo no me encuentro con aptitudes para desempeñar el papel de filósofo, que pretende reformar estas nacientes sociedades, con el sacrificio de su propio bienestar; no soy más que una pequeñísima parte de un todo que se llama *un pueblo*; soy una gota de agua lanzada en medio a las corrientes sociales. ¿Qué puedo yo hacer, sino obedecer y marchar, siguiendo el impulso dado?...

Y así dejando libre curso a mi imaginación, acallaba las voces de mi conciencia, dándome a mí mismo todas las disculpas que pudiera presentar, en descargo de mis faltas.

Era la realidad en lucha con mis propios sentimientos; era el amor al bien, abandonando sus últimos baluartes, para entregarse, vencido por la fuerza brutal del «hecho consumado»; era, en fin, la lógica de los acontecimientos, la realidad de la vida, imponiéndose tiránicamente a la nobleza de un sentimiento que luchaba antes de ser vencido.

Es que la honradez de los políticos ha llegado a quedar en la condición de esas mentiras sociales, a las que, con tono declamatorio, colocamos en las nubes, y en la vida práctica despreciamos soberanamente.

Y de tal suerte nos hemos acostumbrado a esas ficciones, que se llaman «mentiras sociales», que hemos concluido por mentirnos a nosotros mismos. Creemos estimar al hombre honrado y no estimamos sino al hombre rico. Enaltecemos las virtudes cívicas, y desestimamos al que las posee. Pedimos

abnegaciones honradas, y rendimos culto al banquero fraudulento. Teorizamos admirablemente, y luego, en la práctica, desmentimos todas nuestras bellas teorías.

La prensa, la sociedad, todos claman contra los mercaderes políticos, y mientras ese concierto de voces se pierde sin eco ni resonancia, el ministro contratista, el presidente especulador, no ven más que manifestaciones de adulación, y testimonios de adhesión.

Parece que todos hubiéramos convenido en que aquella desaprobación al civismo sea tan solo en nuestro fuero interno; en cuanto a lo exterior y público, allá nos peleamos por ser de los primeros en rendirle el homenaje de nuestros respetos a aquel que, se nos impone con la lógica de una sólida fortuna.

Yo, aunque por natural inclinación, soy dado a teorizar más bien que a las deducciones positivistas, y las obras imaginativas se adaptan mejor a la índole de mi genio, que las del razonamiento; en esa circunstancia, supe deslindar con precisión aquello que tenía valor verdadero, y lo que solo tiene valor convencional, o mejor, nominal.

Cuando los hechos derrotan a las ideas, estas pierden su virtud moralizadora.

Yo, que por genial temperamento y por honrados sentimientos, quizá hubiera preferido mil veces el buen camino, el camino recto, mejor que el malo y tortuoso; yo antes de resolverme y decidirme por aquello que mi conciencia rechazaba, miré hacia atrás, miré a todos lados para estudiar y someter a examen a los hombres que estaban arriba, y a los que estaban abajo. Y entonces, trabose tremenda furiosa lucha entre mi razón que me demostraba la realidad, y mi conciencia moral, que la rechazaba; entre mis grandes y nobles ambiciones, que me impulsaban hacia allá, y mis sentimientos que repelían aquella única senda, que yo debía seguir. Sucedíame que, cuando me resolvía a aceptar los nobles impulsos de mi corazón, me faltaba la resignación para quedarme rezagado entre los hombres honrados, y me sentía fascinado por el brillo de los que estaban arriba. Tal vez si mis buenas inclinaciones no fueron suficientemente fuertes para contrarrestar o resistir a mis grandes ambiciones; quizá, también, la atmósfera social en que yo me eduqué contribuyó a pervertir mi carácter, debilitando mi natural honradez.

No sabría explicar por qué anomalía llegué yo con el corazón lleno de amor a mi patria, y de levantadas aspiraciones, todas dirigidas en bien de ella, a la especulación ruin, propia de los mercaderes de la política.

Y para acallar mi propia conciencia, diariamente necesitaba concluir mis reflexiones con estas palabras: —¡Qué hacer!, esta es la única solución...

Nada subyuga y avasalla tanto las convicciones, como la ambición de mando; y yo me sentía dominado por esa que se convierte en poderosa pasión, a tal punto que llegamos a no reparar en los medios si ellos nos llevan a la meta anhelada.



¡Qué de menguadas combinaciones pusiéronme delante de los ojos, dejándome conocer claramente la utilidad positiva que yo debía recoger! Y no siquiera hablábanme de ello en la intimidad de la amistad, si no con el descaro y la petulancia del que propone algo establecido y ya por la costumbre aceptado. Esas eran las *buscas*⁹⁴ del Ministerio; y no *buscas piltrafosas* como las de hoy, que son una dedada de miel⁹⁵ puesta en los labios, sino que eran un gran bocado, que alguna vez resultó tan grande, que se atragantaba.

Y mientras más ruidosas fueron las tropelías cometidas, y las especulaciones llevadas a término, mayor la adhesión de mis amigos y el empeño con que me rodeaban y aplaudían.

Para dar prueba de esta inexplicable anomalía, referiré lo acaecido en un ruidoso negociado; uno de esos estupendos *Contratos*⁹⁶, que los escribimos con letra mayúscula, porque llegan a

⁹⁴ Uso metafórico de la palabra *busca*: «tropa de cazadores, monteros y perros que corre el monte para hallar o levantar la caza» (DRAE).

⁹⁵ *Dedada de miel*: «lo que se hace en beneficio de alguien para entretenerle en su esperanza o para consolarle de lo que le es adverso» (DRAE).

⁹⁶ Uno de los más famosos contratos de la época se firmó durante el gobierno de José Balta (1868-1872). Balta puso fin al sistema de consignatarios nacionales para la explotación del guano y entregó el monopolio comercial de este recurso al francés Auguste Dreyfus a través de un contrato del mismo nombre. ¿Quién fue el artífice directo de este negocio? El ministro de Hacienda de José Balta: Nicolás de Piérola (ocupó el cargo de ministro de Hacienda entre 1869 y 1871).

ser hechos históricos, que conmueven las bases y las cumbres del Estado, y dan fama y renombre a los que los llevan a término. Siguiendo la costumbre establecida, muy pomposamente se le bautizó con mi nombre, y el de los dos comisionados de las casas inglesas⁹⁷.

Recuerdo que, en este celeberrimo negociado, en el que yo y algunos otros, cuyos nombres no quiero divulgar, teníamos parte como interesados directos en las utilidades; fue necesario arrojar del local de las Cámaras, y casi a bayonetazos⁹⁸ a los diputados de la «minoría» que se oponían a la realización de nuestros planes.

Con un simulacro de elecciones, formamos nuevos diputados, y el contrato fue aprobado por mi orden y dirección.

Este hecho arbitrario y anticonstitucional, lejos de concitarme enemigos, y resfriar a mis partidarios, fue el que consolidó mi partido y me dio gran renombre, presentándome como hombre «enérgico y valiente».

Algunos de los que todavía tienen el candor de ser honrados, en el revuelto campo de la política, protestaron de lo sucedido, sin hallar eco entre los partidos, ni tampoco en la prensa de la República.

Corría entonces como muy válida la especie —y hasta algunos periódicos la repitieron— de estar la prensa de Lima lo mismo que la de toda la República, vendida a la casa contratista; esta afirmación, ni me consta, ni menos la creo cierta. Y no la creo cierta, porque un país, donde el cohecho⁹⁹ y el vil soborno ganan las altas y luminosas esferas en que el talento y

El negocio funcionó hasta 1872 cuando el precio del producto fertilizante cayó en el mercado internacional y Dreyfus dejó de pagar al Estado. Este recurso había proveído de dinero a numerosas familias nacionales entre 1840 y 1872.

⁹⁷ La presencia de capitales ingleses nos hace pensar en otro famoso contrato firmado un poco más tarde, en 1888 (aprobado en 1889). Se trata del contrato Grace (o también conocido como el contrato Aspíllaga-Donoughmore) que entregó la concesión de los ferrocarriles del Perú a la Peruvian Corporation por un periodo de 66 años a cambio del pago de la deuda externa.

⁹⁸ *Bayonetazo*: golpe causado por la bayoneta, arma blanca que se fija a la boca del fusil.

⁹⁹ *Cobhecho*: delito que consiste en sobornar a un juez o un funcionario público.

la ilustración hacen imposibles toda disculpa, o atenuación de ciertas prevaricaciones¹⁰⁰, es un país cancerado hasta la médula de los huesos, y condenado a ser castigado con tremendas convulsiones sociales.

Y conste como protesta mía, que esto lo dice un hombre público, que no tiene reparos en confesarse con toda franqueza, el principal culpable en aquel negociado; lo dice el que está familiarizado con el mercantilismo de los políticos, y ha comprado padres conscriptos (vulgo diputados y senadores) para ese mismo negociado, como quien compra ganado vacuno y lanar, a tanto por cabeza; clasificándolos por secciones de la manera siguiente: — Tanto para los diputados mudos o automáticos; — tanto para los que sabían decir cuatro disparates para fundar su voto; — algo más a los que tenían amigos e influencias en su provincia; — mucho más a los discursiadores, así fueran ensartadores de dislates¹⁰¹ — y la cantidad se doblaba, cuando llegaba a los que sabían manejar la oratoria parlamentaria. Pues bien, yo que he sido el principal actor en ese contrato, y he valorizado a los hombres y los he pagado, comprándoles su conciencia, no creo que la prensa de Lima, al menos en su totalidad, estuviera vendida a los contratistas extranjeros.

En cuanto a aquella minoría encabezada por un hombre de talento que tan audazmente arrojamos del seno de las Cámaras, sin alegar otra razón que la de ser opositora a nuestros intereses, retirese muy callada y tranquilamente a sus casas, sin recibir ni de los partidos, ni del público, la más pequeña manifestación de simpatía, en premio de su honrado proceder.

Yo tenía conocimiento de que válida y aceptada corría, no solo entre mis enemigos, sino también entre mis partidarios, la especie confirmada con mil datos, de ser yo el principal interesado, el mejor favorecido en aquel contrato; pero no por eso me cuidé de protestar ni desautorizar tal aseveración; demasiado conocía yo, que aquello no ennegrece ni siquiera empaña la reputación de un hombre público, sino más bien al contrario la realza. Algunas veces ha sucedido, es cierto, cuando el hecho ha

¹⁰⁰ *Prevaricación*: delito que consiste en que una autoridad, juez u otro funcionario, dicte una resolución injusta con conocimiento y deliberación.

¹⁰¹ *Dislate*: dicho o hecho que no tiene sentido.

sido sumamente escandaloso, que ha producido mala impresión «por el momento» más pronto pasa todo, y la alta sociedad es la que nos da primero el ejemplo, de inclinarse ante el gran político, que tan hábilmente ha sabido enriquecerse.

Aquel contrato sobre el que estudiosamente no quiero dar detalles, que serían tremendas acusaciones contra mis cómplices, no era más que uno de los muchos recursos para poder apropiarnos de algunos miles de libras esterlinas; pero como las discusiones político-financieras gozan de gran boga en estas sociedades de América, el *Contrato* llegó a la mayor celebridad que es dado esperar; y tuvo enemigos tan furiosos que lo presentaban como una calamidad pública que debía hundir al Perú en insondable abismo; en cambio los partidarios presentábanlo como aquel maná bendito que debía remediar todas las miserias públicas y llenar de dicha todos los corazones.

Lo que hay digno de apuntarse es que tan ignorantes eran los enemigos como los partidarios.

¡Cándidos!, en ese gran problema de Estado, y cuyas cláusulas tan acaloradamente discutían, haciendo y rehaciendo combinaciones, no había más que una simple combinación, por medio de la cual, debían pasar algunos milloncejos a nuestra gaveta, los que bien repartidos nos dejarían a todos perfectamente repletos.

Y conste que esta veracidad mía no debe ser considerada como cínico descaro para confesar mis faltas, sino más bien, como noble abnegación, para demostrar mi culpabilidad, que no es más que comprobante de la de los que fueron mis compañeros y cómplices revelando así, graves faltas que aún quedan impunes por estar toleradas por la costumbre política.



No obstante, debo decir que no siempre bogué con favorables vientos y bonancibles mares.

Momentos hubo que temblé proveyendo tremolinas y noches turbias, que bien pudieron traer el total eclipse de mi reputación de político.

Cuántas veces vi acercarse la nube cargada de rayos que debían herirme, y todo quedó conjurado con una medida atre-

vida, con cualquier fraude llevado hábilmente a cabo, como el de forjar actas eleccionarias, y sentarme en las Cámaras para hallarme yo en el banco de los acusadores, en vez de estar en el de los acusados.

Cuántas veces también deseaba salir de esa atmósfera de favores mutuos, de servicios a cargo de devolución, para proceder con la independencia propia de mi carácter, y la lealtad del hombre honrado; pero lo confieso, sentíame débil, incapaz de contrarrestar aquella corriente, más incontenible que la de un torrente, al cual se le pretendiera desviar de su antiguo cauce.

Alguna vez también, vi desatarse tempestades de odios y censuras que, cual tromba marina se arremolinaron, amenazando mi popularidad; pero ya he dicho, esas son ráfagas que pasan fugaces sin consistencia, y pronto se desvanecen como nubes de verano.

Es más posible y hacédero aplacar una de esas tempestades levantadas por el exceso de nuestras arbitrariedades y abusos, que elevarse en el campo de la política, pacífica y honradamente, sin poner en juego los malos elementos sociales.

En el mundo político, no reconocemos otra moral que la que podemos deducir del «éxito»: todo otro principio es erróneo y fracasa en la vida práctica.

Jugar con los hombres y los acontecimientos, como en un tablero de ajedrez, aprovechando todos los descuidos del enemigo, para hacerle una jugada que lo pierda: esta es la táctica que mejores resultados me ha dado, cuando he sabido jugar con tino y osadía.

Después de estas declaraciones es necesario agregar que ellas se refieren, tan solo a ciertos círculos políticos de mi patria.

Como mi vida está relacionada con toda nuestra historia contemporánea, me es forzoso callar muchos sucesos que pudieran servir de punto de partida para inculpaciones de amigos y partidarios míos.

Mi libro no será un proceso criminal de las culpas de los otros, sino la confesión franca y leal de mis faltas o debilidades.

No alcanzo a prever qué trascendencia podrá darle a estas memorias, que sin premeditación ni plan artístico quiero escribir; de lo que sí estoy cierto, es de que han de ser la historia sincera de una vida; flaca y miserable, cuando me dejé arrastrar

de mis pasiones o instintos; noble y levantada, cuando sentimientos y afectos patrióticos guiaron mis acciones.

VI

Por aquel entonces, despertábase ya la censura en contra de los militares ignorantes e ineptos que, sin más títulos que su osadía, asaltaron la presidencia de la República y se adueñaron del poder. La prensa, haciéndose eco de la opinión pública, daba el alerta, previniendo los ánimos contra los mandones de espada y kepí, que impedían el paso a los hombres verdaderamente ilustrados, llamados aquí, como en todo país civilizado, a ser los elegidos para tan altísimos puestos.

Citábase y se comentaban burlescas historietas, referentes a la supina ignorancia, no científica que esto hubiera sido exigir demasiado, sino rudimentaria, de presidentes que sabían apenas leer con dificultad, y escribir sin ortografía.

Entonces me ocurrió que yo, en mi condición de militar improvisado como otros muchos, necesitaba presentar mis credenciales para que se me exceptionara de aquel número, contra el cual habíase declarado la opinión de los hombres ilustrados.

Escribir un libro sobre un tema cualquiera, con tal que llevara mi nombre, me ocurrió que sería de gran efecto para inclinar la opinión en mi favor.

Por muchos días acaricié este proyecto, como el más apropiado a mis pretensiones de candidato a la presidencia de la República. En algunos momentos de reflexión, pensaba que un libro, es decir, una obra de aliento, digna de mi nombre y del público al que yo debía presentarla, no es dable escribirla, así de la noche a la mañana, máxime, si ha de versar sobre un tema como el que yo debía elegir; nada menos que ciencias políticas y administrativas.

Y la verdad sea dicha, yo había leído y estudiado mucho; pero como sucede siempre, estudié sin método, sin discerni

miento, y de todas esas lecturas, mal digeridas y peor asimiladas, quedome tan solo en el espíritu un caos de principios mal fundados, de ideas incompletas, de ciencia difusa, en la cual se embrollaba y confundía mi inteligencia. Deduje pues que, dada mi natural ignorancia, yo corría el peligro de publicar un libro incorrecto, que a todas luces dejara conocer la deficiencia de mi ilustración, y mi escasa versación en las materias que debían servirme de tema; pero tal vez mi libro, como otros muchos, sería juzgado no más que por las referencias de los cronistas y quizá también, por la condición social y los «posibles» pecuniarios del autor, como con frecuencia sucede.

En todo caso, si la obra era mala, allí estaban mis partidarios, gacetilleros¹⁰² y escritores, esos que en todo tiempo son los mismos, y que, excepción hecha de unos cuantos, los demás a la noticia de haber aparecido una obra escrita por un ministro de Estado, se harían lenguas¹⁰³ para ensalzarla.

El título de la obra fue para mí materia de largas meditaciones, pues que no se me ocultaba, que ello es, en ciertos casos, de alta significación. No sin pocas vacilaciones, me resolví a aceptar el título que sería de gran efecto: *El Estado y sus deberes*.

Tres meses tardé en concluir mi libro, y un mes crujieron las prensas del Estado, en lanzar pruebas y más pruebas, y luego pliegos que iban a engrosar las páginas de mi obra.

La prensa de Lima agotó el vocabulario de los aplausos y los encomios para anunciar *El Estado y sus deberes*. Yo por mi parte especulé el espíritu bajo y mezquino de algunos escritores, lagoteadores¹⁰⁴ de ministros; uno de ellos, a quién leí un capítulo de mi libro, salió a escribir un juicio sobre toda la obra, colocándola entre las más notables que en su género se habían escrito en América. Y aunque el escritor aquel era de los de pacotilla, su crítica corrió autorizada, quedando así ejecutoriado el mérito de mi libro.

Sin vanidad confesaré que este me resultó mejor de lo que yo esperé. Verdad que el estilo era torturado y pretencioso, lleno

¹⁰² *Gacetillero*: redactor de gacetillas, sección de noticias cortas en un periódico.

¹⁰³ *Hacerse lenguas*: locución verbal coloquial cuyo significado es «alabarlo demasiado».

¹⁰⁴ *Lagoteador*: adjetivo derivado del verbo «lagotear» que significa «hacer halagos y zalamerías a alguien para conseguir algo» (DRAE).

de esa fraseología que reemplaza a las ideas, y pretende ocultar la ignorancia del autor. Cuando yo leía los pasajes más aplaudidos, aquellos que habían sido trascritos, quizá al acaso por los críticos de mi obra, encontraba una mescolanza de todos los autores que consulté, y que me dieron el contingente de sus luces.

Producir con una obra pequeña un grande efecto, alcanzar reputación de sabio con una obrilla escrita a la minuta, era lo que yo me proponía; y esto, que se diría inverosímil, es sumamente fácil y hacedero: basta el contar con amigos que sepan, lo que en estilo familiar llamamos, *saber manejar el bombo*; o lo que también sucede, que el mismo autor escriba para las crónicas de los periódicos, sendos juicios encomiásticos.

Y como pocos se toman el trabajo de leer la obra, queda consagrada la reputación del escritor. Así yo, con la publicación de *El Estado y sus deberes*, crecí cien codos sobre mi anterior grandeza; y recibí felicitaciones y plácemes de muchos de aquellos de quienes yo estaba segurísimo, que no la conocían ni por el forro¹⁰⁵. Mientras menos lectores tanto más seguro el éxito; lo que yo necesitaba era llamar la atención, y que se me designara como al autor de un libro; en cuanto al mérito de él, esto es cosa secundaria, y de poca monta.

No faltaron algunos hombres ilustrados que, con sobra de argumentos y conocimientos de la materia, atacaron mi obra y la dejaron como ropa nueva; pero como se trataba, más que de ciencias, de partidos, nadie se cuidó de saber si aquellos ataques eran justos o injustos; y lejos de perjudicar al éxito alcanzado, contribuyeron grandemente a él. Por supuesto que mis amigos salieron a la palestra, en defensa de mis profundos conocimientos, y de lo versado que suponían estuviera yo, en tales materias.

Sin saber cómo ni por qué, encontreme rodeado de aduladores y partidarios; en una palabra, me encontré grande hombre. Y no así como quiera, sino grande en la opinión de aquellos a quienes yo consideraba superiores a mí, no solo en inteligencia y carácter, sí que también en cualidades morales, de las que yo carecía.

¹⁰⁵ *Ni por el forro*: locución adverbial coloquial cuyo significado es «ni lo más mínimo».

Mi reputación y popularidad crecieron como espuma batida por mano oculta y cariñosa.

¿Qué voluntad movía esa mano?... La experiencia me ha demostrado, que en el Perú no es el patriotismo, ni las afecciones desinteresadas, ni aún el mérito del favorecido ni sus cualidades de hombre político, lo que contribuye a elevar a los hombres públicos, sino sola y exclusivamente los acontecimientos combinados felizmente, los intereses de acuerdo con las condiciones del individuo, y sobre todo esto la constancia y atrevimiento para imponerse a las masas, y sobreponerse a los caracteres pasivos; a los espíritus modestos que, aunque con plétora de méritos, y relevantes condiciones, esperan impasibles y confiados, que el público les cumpla justicia, y los conduzca allá, donde solo llegan los que saben bogar a toda fuerza de remo. Y así queda explicada la anomalía de tantas *nulidades*, elevadas sin otra fuerza impulsiva, que sus propias y audaces ambiciones.



Yo me hallaba seguido, perseguido y casi asediado por numeroso círculo de los que ya se titulaban partidarios míos. Cada día medía yo, como en un termómetro, cuánto mi reputación y valimiento crecían, en el número de amigos, que desde las primeras horas de la mañana me esperaban llenando las habitaciones contiguas a las mías.

Desde el día en que, tácitamente, y sin más fórmula que la de mandar yo y obedecer ellos, quedé investido del título de jefe del partido, juzgaron cosa impropia a mi lustre y dignidad, el que yo saliera como todo el mundo a la calle, sin llevar un amigo, que me acompañara, y para otros lugares públicos, como teatros o paseos, debían acompañarme dos o tres de los que formaban mi séquito.

No había remedio; para ser hombre de importancia y candidato popular, necesitaba vivir importunado por mis partidarios, y hostigado por mis amigos, que debían, con su presencia, contribuir al lustre de mi alto rango.

Como los hombres que rodean a los candidatos son siempre pobres entidades, sin talento ni dignidad, yo, a pesar de

los buenos servicios que ellos me prestaban, había momentos en que sentía el hastío que produce la sociedad de la gente necia.

En el público, y señaladamente en los banquetes, o en las reuniones del partido, mis amigos me indilgaban largos discursos y peroraciones, manifestándome ser yo el hombre más eminente de cuantos en la política de esa época figuraban, o pretendían figurar, y, por ende, ofrecíanme sus servicios, y si necesario fuera, hasta sus vidas y haciendas.

Yo me dejaba halagar y mimar, por aquellos mis entusiastas partidarios, y considerándoles muy adictos a mi persona, miraba complacido el grandioso porvenir que la suerte me deparaba, sintiéndome dulcemente arrullado, por el hálito embriagador que se llama *aura popular*.



Cuando salí del ministerio, podía decir que tenía mi partido casi ya formado. Hasta entonces, mi popularidad había estado sujeta a las intermitencias de las opiniones que aún no están definitivamente fijadas. Una feliz coincidencia vino a dar impulso y homogeneidad a las agrupaciones que aún fluctuaban, sin adherencias a otros partidos.

El Conspirador, aquel jefe de partido que por tantos años había sido el prestigioso caudillo a cuya voz se levantaban los pueblos y subvertían el orden público, había muerto; y con la muerte de este mi antiguo amigo, quedé yo con el campo libre para seguir, no la malhadada senda por él trazada, sino la que yo esperaba que el destino me brindaría. Desde el punto, y hora, que principié a tener partidarios, el Conspirador debía convertirse en mi rival. La muerte, que algunas veces hace felices supresiones, vino a llevarse este caudillo, que para mí tuvo fatídica sombra, como la tuvo para todos sus partidarios.

Murió como el veterano al pie del cañón; es decir, al pie de su última tentativa de rebelión.

Como un hecho típico, que pone en transparencia las aptitudes del político y las deficiencias del conspirador, que mereció el nombre de tal, referiré aquel suceso que puso fin a su vida.

Una noche, en el momento menos previsto, un grupo de valerosos y decididos partidarios suyos, que sin duda obedec-

cieron a sus sugerencias, asaltaron el cuartel de... mataron al capitán que montaba la guardia, y se precipitaron revólver en mano, vitoreando al Conspirador; este, que esperaba a una prudente distancia el resultado de aquel temerario asalto, y que, de antiguo, ha esperado triunfos y glorias, donde solo habían descalabros y derrotas; supuso que aquel tiroteo, animado al principio y apagado luego, era señal de que sus partidarios habían quedado dueños del campo, proviniendo sin duda tal error, de la gran distancia que lo separaba del peligro; o más bien, de la imprevisión, que en todos sus actos se notaba.

Un coronel, que en esos momentos corría a ocupar su puesto en el cuartel asaltado, fue detenido violentamente por el Conspirador, que con el énfasis del vencedor, díjole:

—La victoria es mía. Soy el Dictador del Perú. Reconózcame Ud.

El coronel por toda contestación, sacó su revólver y le voló la tapa de los sesos.

Así murió mi amigo el Conspirador.

Los asaltantes no encontraron eco en la tropa, y lejos de responder a sus *vivas*, fueron recibidos a balazos. Los que no murieron allí instantáneamente, murieron luego de resultas de las heridas.

Esta relación hecha así, sin pomposas descripciones, ni artificiosas reticencias, quizá le den a estos hechos el tinte de una ficción novelesca; no obstante, yo no hago más que relatar lo que entonces llegó a mi noticia. De lo que sí me quedan grandes dudas es de que verdaderamente murieran los asaltantes víctimas de su denuedo, y no víctimas de las balas de los soldados que los fusilaron; esta fue al menos entonces la opinión pública de la gente imparcial.



Ahora que el Conspirador ya no existe, y no me asalta el temor de que se me pueda culpar de rivalidad, o pequeñez de miras, quiero decir con la franqueza e imparcialidad, propias de mi carácter, lo que pienso y creo de él. Fue un hombre de talento; pero sus desmedidas ambiciones lo llevaron a empresas

en las que siempre faltole valor y entereza, propias de los hombres superiores.

Su vanidad fue colosal, por eso afrontó las grandes situaciones, contando con cualidades de que carecía. Creo que fue patriota, y que sintió germinar en su alma el amor al bien para su patria; pero lejos de dar resultados benéficos, su patriotismo fue germen de inmensos y trascendentales infortunios para el Perú.

Pueril y frívolo en los detalles de la vida, no tuvo en situaciones dadas esos rasgos de grandeza, que son compensación de las pequñeces del hombre. Conspirar, ya fuera contra la autoridad, contra las leyes, o contra los hombres, ha sido la acción capitalísima de su vida y el empleo casi exclusivo de su actividad. Cuando llegó al poder, más que un dictador, parecía un conjurado¹⁰⁶. Hombre nada práctico tomó la vida como una leyenda aventurera, caballeresca, en la cual la reflexión y el raciocinio estuvieron supeditados, por lo maravilloso, inesperado y hasta inverosímil. Sus inclinaciones al bien fueron de continuo avasalladas por la ambición de su propio engrandecimiento; y así que los obstáculos se amontonaban, así que los peligros le circuían¹⁰⁷, así que se encontraba rodeado de dificultades, de abismos, de enemigos suyos y de su patria, que debían de aniquilar a esta y destruirlo a él; entonces esa ambición aflojaba sus resortes; ya no era fuego que produce vapor, sino humo que se escapa y se evapora en los aires.

Gustaba de la adulación sin medir los puntos que calzaba el adulador, olvidando aquel principio de Tácito que dice: los aduladores son el peor género de enemigos.

Si el Conspirador viviera, yo, con la experiencia adquirida, y el derecho de antiguo amigo, había de decirle: —Enderezad vuestros pasos por el camino del bien, sois hombre de talento y de corazón; y aún es tiempo de poner estas bellas cualidades al servicio de la patria, a la que tan positivos males habéis causado.

¹⁰⁶ *Conjurado*: puede entenderse como sinónimo de conspirador, aunque con un elemento esotérico que la autora enfatiza en su párrafo: «unirse dos o más personas con el fin de obrar contra la autoridad o contra otra persona mediante juramento».

¹⁰⁷ *Circuir*: rodear.

Refrenad vuestra ambición, y poned coto¹⁰⁸ a la vanidad; ambas son las únicas enemigas que han de conducirnos a la ruina.

Desgraciadamente, el Conspirador ha muerto ya, y preciso es confesarlo, su muerte fue motivo de albricias¹⁰⁹ y gran contentamiento para mí; fue la supresión de un rival; un fausto acontecimiento, que yo íntimamente celebraba.

Algunos representantes a Congreso, celosos del cumplimiento de la ley, pretendieron hacer esclarecimientos, referente a las víctimas del cuartel asaltado; y yo, que entonces ocupaba una curul en la Cámara de Diputados, tomé pie de esta iniciativa, para ennegrecer la conducta de los ministros y crearle dificultades al Gobierno, y clamé contra la muerte del Conspirador, y pronuncié discursos enalteciendo los méritos de ese gran hombre; y, en compañía de mis amigos, armamos grande batahola¹¹⁰ y alcancé que se diera voto de censura contra los ministros; y estos cayeron, y el Gobierno principió a ver el horizonte político, cubierto de nubes negras, y las cumbres de Estado se bambolearon y... yo me decía con íntima satisfacción —ya que la vida del Conspirador fue para mí como la sombra del manzanillo, preciso es que su muerte me sirva de combustible para encender la hoguera de la revolución.



Dos causas poderosas tenía yo para lanzarme a la revolución: primera, el Gobierno tenía enemigos; y segunda, que yo tenía partidarios. Digan lo que quieran mis enemigos, estos han sido en todo tiempo los móviles principales de las conspiraciones en el Perú.

Largo tiempo había trascurrido desde que los pueblos principaron a señalárame como el único estadista llamado a salvar a la patria del precipicio hacia donde la compelieron, los políticos especuladores, y los ambiciosos corrompidos y corruptores.

¹⁰⁸ *Poner coto*: locución verbal que refiere a impedir que continúe una acción, especialmente, negativa.

¹⁰⁹ *Albricias*: regalo que se otorga a alguien por traer primero una buena noticia.

¹¹⁰ *Batahola*: «bulla, ruido grande» (DRAE).

Mis amigos me rodeaban; casi me asediaban con sus repetidas instancias; y ya fuera en la intimidad de la conversación, o ya en peroraciones y discursos, me señalaban el camino que debía seguir. — *Mesías esperado* — *Regenerador del Perú* — *Estadista enviado por la Providencia para traernos el iris de la redención* — *Estrella polar hacia donde todos debemos dirigir nuestras miradas* — *¡Sol que ha de alumbrar las tinieblas de nuestro porvenir!*¹¹¹!...

Estos y otros, igualmente exagerados y aduladores conceptos, escuchábalos yo a todas horas y en todos los tonos imaginables. ¡Aquello era el servilismo de la impotencia buscando el apoyo que le faltaba!...

Mis amigos y partidarios me prodigaban reverencias y doblaban la espina dorsal, como si el peso de mi superioridad, agobiara su cuerpo. Todos ofrecíanme vidas y haciendas, que en bien de la patria debía yo disponer.

¡Y yo me sentía tan superior a todos esos hombres que, parecíame insensato no aspirar a dominarlos, a mandarlos y conducirlos, como manda y conduce un ser inteligente a una agrupación de irracionales!...

Y entonces me lancé a la vida de conspirador, como que era la única donde podía realizar mis ambiciones de mando, y mis anhelos de gloria.

Una revolución parece a primera vista una mina que estalla, casi espontáneamente, sin que mano alguna lleve a ella el botafuego¹¹² que la incendia; y no obstante, para formarla y cargarla hasta el estado de una explosión, que pueda conmover el edificio social, y derrumbar a los que están arriba; para ponerla en este estado, cuánta actividad gastada, cuánto dinero derrochado, cuántos trabajos de zapa¹¹³ y a la sordina¹¹⁴; cuántas emociones, ¡cuántas zozobras, cuántas esperanzas frustradas,

¹¹¹ El mesianismo se suma a otros vicios denunciados en la novela dentro de la política peruana: la falta de principios, el egoísmo, la corrupción.

¹¹² *Botafuego*: «varilla de madera en cuyo extremo se ponía la mecha encendida para pegar fuego, desde cierta distancia, a las piezas de artillería» (DRAE).

¹¹³ Uso metafórico de la palabra zapa que significa en el medio militar: «excavación de galería subterránea o de zanja al descubierto» (DRAE).

¹¹⁴ *A la sordina*: «silenciosamente, sin estrépito y con disimulo» (DRAE).

cuántas decepciones inesperadas, y en fin, cuánta savia vital, consumida y gastada allí!...

No me es posible entrar en detalles ni pormenorizar los muchos incidentes de mi vida política, que, a no ser así, mi libro sería un proceso de los que junto conmigo conspiraron, y a quienes debo hacer inculpaciones y acusaciones muy serias. Diré solamente que mi vida de conspirador fue agitada, intranquila, llena de continuos sinsabores y decepciones; y ora sublevando un pueblo, para hacerme Jefe Supremo de la República; ora pagando a precio de oro la infidencia y traición de un oficial para que me entregara la tropa de alguna guarnición; o también llevando el grito de sedición y guerra a los más apartados pueblos de la República, siempre procedí cegado por mis ambiciones, impulsado por los especuladores extranjeros, y arrastrado por esas corrientes revolucionarias que, en otros países, han sido como las epidemias infecciosas.

Por aquel entonces, yo había leído y releído la historia de las últimas ruidosas intentonas de conspiración, llevadas a cabo por Luis Napoleón Bonaparte¹¹⁵, con el fin de reivindicar el trono ocupado a la sazón por Luis Felipe. Y yo entusiasmado con esas atrevidas aventuras del conspirador francés, soñaba con ser su imitador, copiándole en mis futuras hazañas.

La atmósfera política del Perú era como de ordinario, adversa al Gobierno, y, por ende, propicia para cobijar las maquinaciones de un conspirador.

Dime prisa para aprovecharme de la ocasión, y llevar a la práctica atrevidos planes que, largamente madurados y combinados con mis amigos, esperábamos que nos dieran felices resultados.

Principié por partirme a Guayaquil, y allá en compañía de mis fieles partidarios aparejamos dos buques; y después de prolijo alistamiento en el que no descuidamos ningún elemento indispensable a nuestra empresa, partimos con rumbo a uno de los puertos del Perú, situado al norte de Lima.

¹¹⁵ Se trata de Napoleón III (1808-1873), emperador de los franceses entre 1858 y 1870.

En esta expedición quise imitar, pie con pie, el desembarco de Napoleón en Boulogne¹¹⁶, y calceme botas granaderas, y caleme sombrero de gran mariscal.

Si de los simples ciudadanos se improvisan coroneles, que mucho que yo me diera el título de gran mariscal.

Verdad que esta distinción solo puede concederla el Congreso; pero un conspirador, que viste los arreos de general o mariscal, fácilmente alcanza dos cosas; imponerse primero al pueblo que lo aclama, y más tarde al Congreso que lo nombra.

Mis amigos y compañeros no me fueron en zaga¹¹⁷ en lo de vestir relumbrones¹¹⁸; todos llevaban galones y charreteras¹¹⁹ de coroneles y generales. En cuanto a la gente de tropa que me acompañaba, toda era buena, entusiasta y resuelta; y si bien escasa en número, contábamos con la adhesión del pueblo, y el prestigio de mi nombre, que debía conquistarnos partidarios. Apenas pisamos tierra, nos entregamos al placer de celebrar tan fausto acontecimiento, con brindis y comidas y felicitaciones, descuidando los asuntos principales, a pesar de estar todos sobrecogidos de miedos cervales¹²⁰.

Como, cual más cual menos, éramos novicios en el arte de guerrear, nos asustábamos temerariamente, de cuánto nos olier a enemigos, o presentara visos de peligro para nuestra atrevida expedición.

Sucedió que el día del desembarque de nuestros elementos bélicos, uno de los nuestros creyó ver un humo en el horizonte (estos humos los veíamos cada y cuando el horizonte se nos presentaba de color ceniciento) y tal fue nuestro susto que... ¡no hubo remedio!, carabinas, rifles, municiones, vestuarios y galones, todo fue en confusa aglomeración a dar a la plaza; y

¹¹⁶ Tras la ruptura de la paz de Amiens por parte de Inglaterra en 1803, Napoleón decide iniciar una larga y minuciosa estrategia para invadir este país desde las costas francesas. Decide preparar la expedición en Boulogne. El norte de Francia se convierte en un gran campo militar al mando de Napoleón I.

¹¹⁷ *No ir en zaga*: locución verbal coloquial que refiere a no ser inferior a otro.

¹¹⁸ *Relumbrón*: cosa vistosa de escaso valor.

¹¹⁹ *Charretera*: «divisa militar de oro, plata, seda u otra materia, en forma de pala, que se sujeta al hombro por una presilla y de la cual pende un fleco de unos diez centímetros de largo» (*DRAE*).

¹²⁰ *Miedo cervical*: miedo muy grande o excesivo.

nosotros huimos llevando a duras penas nuestro armamento, y dejando las embarcaciones, a merced del que quisiera apropiárselas.

El tal humo resultó ser, no de buques enemigos, sino de un vaporcito destinado al comercio de chanchos, y que pertenecía a un comerciante de la plaza.

En tierra no fueron menores nuestras alarmas; nada menos que en viaje al pueblo, tomamos a una caravana de cómicos de la legua¹²¹, por un destacamento de caballería, que vendría a cortarnos el camino.

Confieso que, esta vez, me ocurrió acordarme de los célebres molinos de don Quijote¹²².

El subprefecto del pueblo, que debíamos asaltar, dióse prisa en enviarme un emisario, asegurándome que, en su deseo de evitar un derramamiento de sangre, estaba llano a entregarme la guarnición, con tal que yo llenara las apariencias de asaltarlo y amarrarlo muy ferozmente, para enviarlo luego al puerto, de donde él se fugaría para ir *en cumplimiento de su DEBER*, a presentarse al Gobierno.

Yo respeté mi compromiso, y maniaté a mi subprefecto; y él cumplió con ir a presentarse al Gobierno, como víctima escapada de las manos de sus enemigos.

Los notables del pueblo de... nos acogieron con entusiasmo, y fui vitoreado, y llovieron a mi paso las flores, los convites, los discursos; y todo se convirtió en jolgorio y regocijo para los pobladores; y las guarniciones, muchas de ellas, compuestas de seis hombres, *se pronunciaron*, y todo parecía salir a «pide boca que yo te contentaré».

Mas, apenas principiaba a organizar mi gobierno, para lo cual expedí un decreto, nombrándome, como es de uso, Jefe Supremo de la República; cuando cayó, como llovido de las nubes, un bravo coronel enviado por el Gobierno para batir a los conjurados.

¹²¹ *Cómico de legua*: cómico itinerante que hacía sus representaciones de pueblo en pueblo.

¹²² Es la segunda vez que se comparan sus acciones con las del Quijote, paradigma de soñadores e idealistas. En la literatura decimonónica realista se suele utilizar la imagen del Quijote para criticar a personajes que pecan de románticos.

La batalla se empeñó con entusiasmo y fe, por ambos bandos; pero, lo confieso con ingenuidad, en ese hecho de armas, faltáronme valor y serenidad suficientes para sostenerme hasta el fin.

¡A no ser así, cierto estoy que la victoria hubiera coronado mi expedición!...

Pero ¡qué hacer!, el valor del guerrero no es cualidad que puede adquirirse, ni menos fingirse; y generalmente a los conspiradores nos falta el valor en el momento que más lo habemos menester. ¿Será porque perdida una conspiración, nos queda la esperanza de emprender otra nueva?...

Lo cierto es que, cuando todavía mis soldados y partidarios defendían sus posiciones, yo me dije:

—«Lo principal aquí es salvar el cuerpo» que, en cuanto a batallas, aquí o en otro lugar cualquiera, puedo volver a empeñarla con mejores probabilidades.

Aprovécheme de que el puerto estaría desguarnecido, y me dirigí en fuga hacia allá. En el camino me encontré con un buen sacerdote, que muy cristianamente me proporcionó unos hábitos, con los que me disfracé, embarcándome luego en calidad de padre misionero. Me proponía venir a Lima, donde me sería fácil dar golpe más certero y menos peligroso.

Muchos amigos y partidarios míos murieron en aquella refriega, en la cual las tropas fueron batidas, las campiñas arrasadas, y los pobladores víctimas de exacciones¹²³ y tropelías sin cuento¹²⁴...



El que conozca la historia de las revoluciones del Perú, estoy cierto que no ha de asombrarse ni ha de calificar mis planes de desatinados o insensatos. Sin tantos elementos, ni tan sólido prestigio, realizaron otros caudillos, sublevaciones que derrocaron a muy fuertes gobiernos.

¹²³ *Exacción*: cobro injusto y violento.

¹²⁴ *Sin cuento*: locución adverbial cuyo significado es «sin número, abundante».

Yo estaba convencido de que en punto a conspiraciones, la buena suerte del jefe, mejor que los poderosos cañones, decide del éxito final.

En América, esto se ve todos los días.

Cuando las cartas y los periódicos de aquella localidad, me trajeron las descripciones de ese heroico sacrificio, en el que la muerte había cegado las más preciosas vidas, lloré de rabia y desesperación.

Casi estuve a punto de arrepentirme muy seriamente de mis ambiciones de mando, y de hacer el solemne juramento de jamás volver a pensar en motines ni asonadas, que tan aviesa suerte, debían para mí tener.

Pero, lo confieso: el conspirar es un vicio como otro cualquiera; quizá más dominante que la borrachera o el juego¹²⁵. El conspirador es un vicioso incorregible; lo digo con experiencia propia.

¹²⁵ Para conocer más sobre la teoría de los vicios de las sociedades que la novela realista o novela moderna pretende «extirpar», ver el prólogo de *Blanca Sol* o el ensayo *La novela moderna* (1892).

VII

El Gobierno expidió orden de prisión, contra mí y mis partidarios los más notables. Entonces principié esa vida fugitiva del conspirador perseguido, ora asilado en un convento de frailes, donde me ocultaron; ora en la casa del redactor de un periódico *gobiernista*, o bien, en las antecámaras de un obispo, y hasta metido en esas pocilgas apestosas, criaderos de microbios y habitación de chinos¹²⁶.

Mi primer asilo fue el domicilio de un antiguo amigo mío, a quien daré el nombre de Diego Montalvo, para no descubrir el suyo propio. Este era un empleado de Gobierno, considerado como uno de los buenos amigos, del entonces actual Presidente de la República.

Ya que de estas memorias han de resultar algunos cuadros sociales, sin que sea esta mi intención, he de darme el gusto de describir mis impresiones en los diversos domicilios donde estuve asilado.

El joven Montalvo, mi amigo y partidario, era uno de esos oficinistas duchos, intrigantes y muy conocedores del terreno político, en el cual se desarrollan los acontecimientos, que él especulaba maestramente.

Cuando aceptó el desempeño de ese su oscuro puesto en las oficinas de Palacio, un su amigo habíale dicho: —Pero hombre, ¿cómo es que Ud. teniendo, como dice, a su cargo el sustento

¹²⁶ El chino se representa en las novelas de Cabello como el personaje más relegado de la sociedad limeña. Se juega y se apuestan chinos (en sus novelas anteriores), aquí se indican las deplorables condiciones de higiene en las que viven. No ocurre lo mismo, por ejemplo, con la población afroperuana cuyos roles dentro del servicio doméstico los acercan incluso afectivamente a los personajes principales (ver *Eleodora* y *Las consecuencias*).

de dos familias, que ya sé que son la familia de su madre y la otra que yo le conozco, acepta Ud. ese destinillo, que no le da sino ochenta soles mensuales, cuando Ud. necesita quinientos?...

—Pues hijo —háblele contestado él—, no sabe Ud. que los empleados de Gobierno, somos como los cocineros de Lima: el sueldo es lo accesorio, lo principal son las *buscas*; un nombramiento de estos, no es más que una autorización para dejarnos crecer las uñas; y dizque mi amigo llevaba hábilmente a la práctica esta desvergonzada máxima.

Yo había exigido que, para mi asilo, se eligiera la casa de un amigo adicto al Gobierno, y que estuviera situada en barrio apartado de la ciudad.

El domicilio de Montalvo llenaba todos los requisitos apetecidos para servir de escondedero a un conspirador que, como tal, necesita comunicarse con sus amigos y también contar con una salida desconocida y oculta, para el caso que fuera necesario escapar de las persecuciones del Gobierno.

Para la comunicación con el exterior, mis amigos habían descubierto, que podían llegar a la casa que yo debía ocupar, entrando por una tienda situada a espaldas de aquella. En cuanto a salidas apropiadas para caso de fuga, las había que ni mandadas construir expresamente.

Mi amigo Montalvo cuidó de mostrarme que, oculto bajo el tapiz de mi habitación, hallaría una puerta secreta, que era nada menos que el principio de un largo sótano, cuya salida se encontraba en el convento de...

—En tiempo de la dominación española —díjome Montalvo— esta casa ha formado parte del convento. Estas comunicaciones subterráneas tuvieron fines políticos y religiosos.

Por más que quise inspeccionar aquella salida, no me atreví a penetrar ese antro tenebroso, del que se desprendía húmeda corriente de aire pesado y frío.

Pasado dos o tres días, comprendí que, en mi nuevo domicilio, gozaría de completa paz y tranquilidad. La familia se componía de tres personas, inclusive el empleado del ministerio; las otras dos, eran una viuda que frisaba en los cuarenta y cinco años, y su hija de veinte, poco más o menos.

La señora se ocupaba de los quehaceres de la casa, y era sumamente hacendosa, modesta y amable. La joven pasaba su

tiempo, leyendo libros místicos, tocando el piano o bordando con gran habilidad.

En cuanto a su físico, sin ser hermosa tenía esa belleza simpática de la juventud; su mirar dulce y lánguido, y su voz suave revelaban un alma sentimental y tierna. El pálido color mate, más aún enfermizo la hacían aparecer cual una de esas flores encerradas en su invernadero, que no han recibido jamás los rayos del sol, que las vivifica y colora. Comprendí desde luego, que allí había una vida tan sedentaria del cuerpo como del espíritu, y tan exenta de pasiones como de placeres.

La señora vivía de un pequeño montepío¹²⁷ que al morir le dejara su esposo, quedando ella inscrita en la lista de las viudas de empleados civiles. Su hermano y mi amigo les daban «*casa y mesa*» y era así como las dos mujeres pudieron subvenir a sus gastos personales, con el reducido montepío que, malamente pagado, no les ofrecía seguridad ninguna.

Las salidas fuera de casa, tanto de la madre como de la hija, limitábanse a la misa de ocho de la iglesia vecina.

Inútil sería decir que, las visitas no se conocían en la casa; a no ser que por tales se contaran las de algunas beatitas de «correa a la cintura» y rosario a la mano, que muchas veces, sin tomar asiento, llegaban y volvían a salir para «darle la voz a Lucía», por ser hora de la distribución.

Y aunque debiera contar como visita, la de un señor canónigo, que de vez en cuando iba a pasar largas horas al lado de estas, sus hijas de espíritu, no lo hago ateniéndome al dicho de la buena señora, que muy convencida decía: —El señor Plácido, que es un sacerdote ejemplar, no viene por visitarnos sino por dirigirnos. Como él es nuestro padre espiritual..

La señora Clemencia y su hija Lucía prodigaban toda suerte de homenajes al señor Plácido, y él retornábales su afecto, con buenos consejos y halagos que ellas estimaban en mucho.

Un día que una amiga de Lucía dióle el título de monseñor, queriendo sin duda manifestarle mayor consideración, díjole él: —No, hija, no te apresures tanto; todavía no soy monseñor; pero yo llegará el día que lo sea.

¹²⁷ *Montepío*: depósito de dinero, formado a partir de alguna contribución, para socorrer a las viudas y huérfanos.

Para desviarme de toda mala sospecha, a causa de las frecuentes visitas del futuro monseñor, principié a notar que Lucía me miraba con ternura, y no perdía ocasión de venir a mis habitaciones, ya fuera pretextando traer algún objeto que yo necesitaba, o bien para anunciarme la llegada de algún amigo que muy ocultamente venía a buscarme. Y cuando yo salía de mis habitaciones, lo cual acontecía raras veces, encontraba al regresar, que ella había colocado sobre mi escritorio alguna flor, que de ordinario era un clavel blanco o encarnado. Estas flores, cogidas por su mano de los tiestos¹²⁸ que adornaban los corredores, tuvieron para mí un lenguaje que no podía dejar de comprender. Lucía había principiado a amarme.

Si mi aversión al matrimonio no hubiera sido tan grande, tal vez hubiera pensado en él, después de conocer a esta virtuosa y bella joven; pero yo entonces estaba muy lejos de doblar el cuello a la coyunda¹²⁹ matrimonial; siempre he creído que, para ser conspirador y político atrevido, es necesario ser completamente libre, sin obligaciones ni deberes de padre de familia.

¿Por qué el amor no nació entonces en mi corazón?...

Aquel corazón de niña, aquella alma virginal, inocente y pura, inspirábame interés, ternura, más no pasión; y no pudiendo hacerla mi esposa, parecíame ruin profanación acercarme a ella, con malévolas intenciones; y más aún prevalido del asilo que recibía en su casa.

Siempre fuéronme odiosos esos hombres alardeadores de conquistas amorosas que, con la inconsciencia del idiotismo, profanan lo que en el corazón de la doncella hay de más delicado y hermoso; sus impresiones amorosas. Creo que de todas las cobardías del hombre, ninguna tan reprensible, como la de seducir, o simplemente engañar, a la mujer, cuyo porvenir está vinculado a las impresiones de su corazón.

También es cierto, que yo me encontraba en ese estado de ánimo en que el amor necesita incentivos más poderosos que los que puede ofrecer una pudorosa joven, a la que no es dable hablar de amor, sino con sanas intenciones; y preciso es confesarlo: los hombres llegamos al matrimonio conducidos por

¹²⁸ *Tiesto*: recipiente que se utiliza para cultivar plantas.

¹²⁹ *Coyunda*: «correa fuerte y ancha, o sogas de cáñamo, con que se unen los bueyes» (DRAE).

la pasión ciega, por el interés de una fortuna o por cualquiera otra causa, en la que entra por menos la estimación de las bellas cualidades de la mujer: no había, pues, móvil suficiente que me indujera a casarme con Lucía.

Y yo a cada paso recibía pruebas elocuentes del amor de Lucía; y la veía temblar, palidecer, a la idea de cualquier peligro que me llevara o alejara de su lado.

¿Presentía tal vez lo que debía suceder? No lo sé.



En el reloj de campana del comedor, acababan de sonar las siete de la noche. Lucía, de codos sobre la mesa, parecía sumida en dolorosas reflexiones. Largos suspiros se escapaban de su pecho, y me pareció ver brillar una lágrima en sus ojos.

Yo habíame retirado a mi escritorio para ordenar algunos papeles que pensaba sellar y entregar a Montalvo.

De súbito sorprendiome el ruido de voces semejantes al de varias personas que disputaran acaloradamente; y casi al mismo tiempo, Lucía, entrando desalada a mi habitación, cerró la puerta torciendo la llave, y como si esto no fuera suficiente, corrió un largo cerrojo del que jamás se hacía uso; luego azorada, balbuciente, y con el semblante demudado por el terror que en él se retrataba, díjome: —¡La policía!... ¡Sálvese Ud. por aquí!...

No bien hubo ella pronunciado estas palabras, cuando dejáronse sentir, golpes repetidos y furiosos, dados en la puerta, cual si pretendieran forzarla a culatazos.

Con agilidad y fuerzas extraordinarias, Lucía había retirado una cómoda-escritorio que colocada intencionalmente allí, servía para ocultar la entrada al sótano. La impresión de susto fue tan violenta en mí, que no atiné a prestarle ayuda a Lucía; y ella volviéndose a mí, con enérgico acento, díjome: —¡Huya Ud.!...

Yo me arrojé a aquel antro, y la puerta cayó casi empujando mi cuerpo. Luego sentí rodar muebles y el estrépito de la puerta forzada por los policiales fue seguido del ruido seco, pesado como el de un cuerpo que cae al suelo; era Lucía, que privada de conocimiento, había caído desplomada, como herida por el

rayo. Y yo allí, bajo de sus pies, adivinaba y comprendía cuanto pasaba.

Sin atreverme a dar un solo paso, principié a tantear los objetos o las dimensiones de aquel sótano. Las tinieblas más impenetrables rodeábanme y me imaginaba que al primer paso, que yo diera, podía caer en algún nuevo abismo.

Un temor asaltome luego: sí, como era lógico presumir, la policía había sido traída por algún enemigo mío, o quizá por algunos de los que se decían partidarios míos, ese escondite en que yo me hallaba, no debía serles desconocido.

Momento a momento, esperaba ver levantarse aquella puerta, y venciendo mis temores me propuse alejarme de allí, arrostrando los peligros para buscar salida al convento a donde yo contaba encontrar buena acogida. Pero no bien hube dado algunos pasos, cuando tropecé y hube de dar una caída. Era necesario resignarme a esperar que me viniera algún auxilio de fuera.

Sobre mi cabeza sentía el ruido sordo, producido por el ir y venir de los gendarmes que, a modo de trailla¹³⁰ de sabuesos, me andaban buscando.

En el instante, más angustioso de mi situación, hirió mi vista el lejano punto luminoso de una linterna. Era Montalvo que, en compañía del Prior del convento, venía a prestarme auxilio.

Después de no pocas alarmas y peripecias, llegué a salir al convento de... Allí hallé benévola acogida, pero me fue forzoso vestir el hábito de los padres del convento, y pasar a los ojos de los legos¹³¹ por un hermano recién llegado¹³².

Nuestras precauciones, para guardar el incógnito, fueron tales y tantas, que solo estaban, en el secreto, el Prior y dos o tres de los de mayor confianza para él.

Preocupado con mis angustias y zozobras de conspirador, apenas si tuve tiempo de consagrarle un recuerdo a Lucía; esa candorosa criatura cuyo afecto tal vez me hubiera salvado de

¹³⁰ *Trailla*: cuerda con que se lleva al perro atado para las cacerías.

¹³¹ *Lego*: que no pertenece al clero.

¹³² A través de este travestismo se nos muestra, a lo largo de toda la novela, la complicidad entre los políticos corruptos y los representantes de la Iglesia Católica. Un caudillo conspirador vestido de religioso se siente como si estuviera en su propia piel.

pasiones que debían ser más tarde la causa única de mi completa ruina, y de los irreparables males que han agobiado mi vida...

¡Silencio! No quiero truncar el curso de los acontecimientos, que deben formar la historia de mi vida política. Aún me queda algo que relatar. Continuemos.



A un periódico *gobiernista* le vino en gana dar la *noticia de sensación* de hallarme yo en el convento de... (aquel en que yo me encontraba) y por ende pedía que debía vigilársele (siempre los periódicos han gustado decir secretos en público).

Vime, pues, obligado a colgar mis hábitos —y dicho sea en su honor, encontreme cómoda y holgadamente, cual si hubiera vivido con ellos toda mi vida.

Debido a las influencias del prior del convento, alcancé el especial favor de que me ofreciera alojarme en su casa, un señor obispo de muchas campanillas, a donde muy sigilosamente me trasladé, en horas avanzadas de la noche.

Pero es el caso que el señor obispo, cual si en mi figura hubiera columbrado¹³³ la del mismísimo Lucifer en persona, espantose atrozmente al verme en su propia morada; y arrepentido de su amable ofrecimiento, muy cortésmente y con tono almibarado¹³⁴ díjome: —Ud. sabe, señor Bello, que, en mi condición de pastor evangélico de las almas, no me es permitido ocultar a un conspirador, perseguido por el Gobierno; y lo más que por Ud. puedo hacer es proporcionarle un asilo seguro, muy seguro.

Ganas me dieron de contestarle: —Y entonces ¿por qué me ha hecho Ud. venir a su casa arrojando tantos peligros, y confiado en su generoso ofrecimiento? Pero temí desafiar las iras del señor obispo, que bien sabía yo, eran nada cristianas, y acepté su *bondadoso* ofrecimiento.

Qué de peripecias para trasladarme a aquel asilo *seguro* según opinión del señor obispo, mi antiguo amigo.

¹³³ *Columbrar*: observar algo desde lejos, sin distinguirlo bien

¹³⁴ *Almibarado*: que es meloso en su lenguaje y trato.

Una noche pasé de claro en claro en la alcoba de una hermosa joven, azas conocida en esta sociedad, por su bien conquistada reputación de linda y salerosa. Y no hay que adelantar malos juicios; ella me hizo compañía muy circunspectamente, y yo la entretuve hablándola de sus muchos pretendientes.



También estuve en la morada de un mi amigo y partidario, cuya familia, compuesta de su madre y dos hermanas, vivía pobremente en realidad; pero con apariencias de lujo y comodidades. Ninguna de las tres mujeres tuvieron conocimiento de que yo era su huésped, y que, por la proximidad de mis habitaciones a las suyas, podía observar hasta sus menores acciones.

Como muestra de la forma insegura y falsa, bajo la cual subsiste en ciertas familias en Lima, haré aquí ligera reseña de las condiciones de vida de estas mis buenas vecinas, cerca de las cuales viví, no más que algunos días; y de quienes guardo vivo recuerdo.

Como en estilo vulgar se dice, «la candela no se encendía en la casa». Por la mañana, y haciendo las veces de almuerzo, se comía *cualquier porquería*, según el decir de la señora mamá. Pasadas las horas de almuerzo, tanto esta como las dos jóvenes, se emperejilaban¹³⁵ para ir a pasar el día en casa de alguna amiga, donde lo succulenta de la comida venía a compensar lo flaco del almuerzo. Dicho se está, que estas amigas debían ser, a precisión, gente dadivosa y que gozaba del *confort* de la vida.

Así pasaban estas tres mujeres, ocupadas en las modas, en los noviazgos, en los matrimonios mal avenidos, en las novias enamoradas y *plantadas*¹³⁶ por su amante; y en este batiburrillo¹³⁷ de cosas mundanales, también entraba algún sermón muy «bien predicado» por el señor tal, o cualquier otro comentario místico, ensartado con el mismo calor, en el cuerpo de sus animadas conversaciones.

Un día la señora hablaba muy indignada.

¹³⁵ *Emperejilar*: adornar a alguien con esmero.

¹³⁶ *Plantada*: olvidada o abandonada.

¹³⁷ *Batiburrillo*: mezcla de cosas sin orden.

—¿Qué se habrá imaginado —decía—. ¡Un boticario! ¡Qué lindo fuera que nosotras que estamos en la primera sociedad, resultáramos con que Lola se casaba con un boticario!... ¡Si se habrá creído el vendedor de *ingüentos* que con sus cuatro *riales* puede enrolarse con una familia de la aristocracia!...

—Sí, mamá; pero al paso que vamos, concluiremos por morirnos de hambre —observó la interesada.

—¡Morirnos de hambre!, ¡cuando tenemos tan buenas amistades!... Eso sí que no. Lo que es por mí, yo prefiero *lamber*¹³⁸ la tierra antes que descender de mi clase. El hambre no debe de hacerla a *una* olvidar, que *una* tiene sangre azul en las venas, y que sus abuelos fueron de los más nobles y sus padres tan nobles como ricos. El hambre puede taparse, mientras que la vergüenza de tener en la familia una gentuza mal nacida ¿quién puede tajarla?

—Pero, mamá, si él es un hombre honrado, y todos lo estiman quién sabe más que a nosotras.

—¡Calla, tonta; no hables disparates! La aristocracia es la aristocracia, y nunca habrás visto, en un salón, un vendedor de jeringas.

—Sí, buenos ladrones son tus *aristocracias* —dijo Lola algo emberrenchinada.

—*Quimporta* eso; cuando *una* pertenece a la primera clase, *una* puede hacer todo sin perder nada. ¿Qué tú no sabes eso?

—Sí, mamá —observó la segunda—, lo principal es que no perdamos nuestras amistades; así podemos esperar... ¡quién sabe!...

—Ya lo creo, el que tú y Lola se casen con el mejorcito de Lima.

Y Lola enfurruñada contestó: —Sí, hace diez años que estoy esperando eso que tú me dices, y ya tengo... tú sabes bien cuántos... y ¡qué!

—Bueno... bueno. Lo principal es mantenerse *una* en la *posición*¹³⁹ social en que *una* ha nacido, y no irse a emparentar con gentuzas que le hacen a *una* perder mucho sin ganar nada.

—Claro, yo digo lo mismo —agregó la no interesada.

¹³⁸ *Lamber*: lamer.

Esta ironía se propone ridiculizar a la señora y a la supuesta «aristocracia» que representa.

No dejé de maravillarme al ver estas tres mujeres que, sin contar renta ninguna, se veían precisadas a ir de visita a las horas de comer donde sus amigas; y, no obstante, manifestábanse furiosamente ofendidas de que un boticario, que tenía *cuatro riales*, es decir, un regular capital, pretendiera casarse con Lola, la mayor, la cual, dicho sea de paso, frisaba en los treinta años.

Mas como las necesidades de su vida no estaban concretadas a las que les dejaban sentir sus flacos estómagos, sino que debían llenar otras, igualmente imperiosas, sucedía que para arribarse dinero, hacían rifas de joyas o encajes, o demandaban limosnas pretextando socorrer a los pobres. Su proximidad, con las familias aristocráticas, las pusieron al abrigo de toda sospecha respecto a estas estafas.

Y así, viviendo, puede decirse, merced a los sentimientos caritativos, que en Lima más que en parte alguna, son generosos e infatigables, mis buenas vecinas vivían convencidas de pertenecer a la alta clase, tan solo porque allí, hallaban la complacencia de sus protectoras.

Esto no es nuevo en Lima, y puede comprobarlo todo el que quiera escudriñar de cerca esta sociedad, donde el comunismo¹⁴⁰, tácitamente establecido, es el gran recurso de cierta clase de gentes que, imbuidas en aristocráticas ideas, y persuadidas que el ganar la subsistencia por medio del trabajo, es desdoloroso y denigrante, transigen con toda suerte de humillaciones, a trueque de vivir *aristocráticamente*.

Y lo que hay de curioso, en la vida de estas mujeres, es que, después de haber apurado tan crueles humillaciones y continuadas angustias para sostener su falsa posición social, llegó un día en que, por dicha suya les cayó, como llovida del cielo, una inesperada y regular herencia; y entonces en vez de asegurar bajo de siete llaves esa pequeña fortuna, que las ponía al abrigo de la miseria, colocándolas en esa a la vez feliz y tranquila *medianía*; ellas se dieron a la vida faustosa y derrochadora, y desplegaron el lujoso tren de la gente adinerada, quedando establecida «la mesa de rocambor»; y los convites y tertulias sucedieron hasta que, agotado el último cuarto de la herencia, volvieron

¹⁴⁰ Aquí la palabra «comunismo» alude al uso de redes sociales endogámicas que tienen por finalidad protegerse mutuamente para salvar sus privilegios.

muy presto a sus atrenzos¹⁴¹ pecuniarios y a sus visitas con los estómagos escuálidos.

El tipo de mis vecinas, lo doy como cosa corriente y natural en Lima.

¹⁴¹ *Atrenzo*: dificultad, apuro.

VIII

Acercábanse ya las épocas eleccionarias, y el Congreso, para manifestar su imparcialidad, expidió un decreto de amnistía a favor de todos los enjuiciados y perseguidos por causas políticas.

Con tan favorable cambio de situación, mis amigos y partidarios pusieron todos en movimiento, y alborozados y llenos de esperanzas, principiaron de nuevo sus trabajos para organizar mi partido; y yo, siguiendo tan benéfica iniciativa, lancé mi candidatura como quien lanza una jauría para atrapar una presa.

¡Cuán largo sería preciso que yo escribiese, si hubiera de esbozar, siquiera aquí, mis impresiones de candidato, y jefe de partido! Cuando nos vemos rodeados de esas multitudes entusiastas, cuyo vocerío resuena tan deliciosamente en nuestros oídos, porque es la expresión del entusiasmo —cierto o fingido, que en esos casos lo mismo da— de nuestros partidarios; cuando nos hallamos adulados, admirados, perseguidos por grupos de hombres, todos ansiosos de acercárenos, de hablarnos y estrechar nuestra mano, y solicitar una sonrisa, una mirada, una palabra cualquiera, que le deja satisfecho y feliz, o triste y desesperado, según sea el sentido de ella, a aquel a quien la dirigimos.

La *vanidad*, esa hidrópica¹⁴² que jamás se satisface, nos dice entonces de continuo al oído: —*aún quiero más*, y mientras la satisfacemos, sentimos ese goce, si no superior a todos, cuando menos tan íntimo y delicioso, como el que más.

Entonces, ya no nos parecen nauseabundos los vahos del obrero desaseado y sudoroso, ni el tufo alcoholizado del borracho grosero y petulante; y ni todas las exigencias de los trafi-

¹⁴² *Hidrópico*: «insaciable» (DRAE).

cantes y especuladores, que no son pocos, ni todas las groserías de los patanes que no son menos, agotan nuestra paciencia, con tal que todos esos hombres sean una cifra que podemos agregar para completar el número que necesitamos.

Los candidatos hemos establecido en Lima la costumbre de las «exhibiciones del partido».

Vano, es decir, que esas pomposas exhibiciones no son más que farsas ridículas, que tan solo sirven para pervertir al pueblo, dándole la medida de la pequeñez y miseria de su candidato; pues que es el pueblo el principal actor de esas patrañas, con que se pretende engrandecer a alguna bien pobre figura política.

Días antes del solemne paseo, soltábamos unos cuantos capituleros, o «jefes de sección» para recoger partidarios, tomándolos hasta en los cuchitriles, de los *callejones* de Lima; y el «día de la exhibición» se nos presentan ellos con sus legiones de hombre «medio *chupaditos*¹⁴³», según su gráfica expresión; y para darles toda la apariencia de orden y buena organización, deben estar divididas y numeradas por secciones, correspondiendo cada *club* a una de las parroquias de la ciudad, y llevando a modo de distintivo una banderola, en la que se lee el número de la parroquia a que pertenece.

Estas ruidosas manifestaciones, aseméjense más a una de esas procesiones carnavalescas del *buey gordo parisiense*, que a una ceremonia previa (como debiera ser), para ilustración y enseñanza del ciudadano; y, en cuanto a su objeto, no tienen otro que dar pábulo a la vanidad de los candidatos, que siempre nos pagamos de apariencias mejor que de realidades.

En un punto dado, y a una hora fija, reuniose todo mi partido, para salir de allí atronando¹⁴⁴ las calles principales de la ciudad al son de músicas y cohetes, y dejando tras sí, el eco de los que iban victoreándome con gritos de *¡Viva el Coronel Bello!* *¡Viva el candidato popular!*...

Aunque a esas exhibiciones concurren algunos hombres de «posición social» no siempre son de los que llamamos «independientes» de convicciones y principios ajenos a toda mira interesada y especuladora; por regla general, puede decirse que

¹⁴³ *Chupado*: persona tímida o avergonzada.

¹⁴⁴ *Atronar*: perturbar con ruido semejante al trueno.

sobreabundan los vividores, trapisondistas¹⁴⁵ y jorrones; los que viven medrando con la política de su patria, sin importarles cosa las cualidades ciertas o supuestas del candidato.

Y no se diga que esto solo puede aplicarse al pueblo; también «la gente decente», que decimos en Lima, se afilia solo al partido que lleva mejores probabilidades de triunfo, sin que las ideas, ni los intereses de la patria, entren ni aún por ápices, en esas predilecciones a favor de tal o cual partido; y en prueba de esta afirmación, citaré el que cada uno de los bandos lleva el nombre de su candidato, sin que ninguno proclame una idea que le diera derecho a titularse, ya sea *conservador*, *liberal*, *radical* o cualquier otro título digno de un partido.

No me explico cómo puede suceder que ciudadanos ilustres, de verdaderos méritos y valimientos, se presten para dejarse exhibir, formándole cola a un candidato, que casi siempre es un hombre, levantado como yo, por los vientos de la fortuna, o quizá más bien, por vientos cargados de pestilenciales miasmas sociales.

Y no se dirá que en mi partido no había hombres de calidad, de los que se llaman *ilustres*, o cuando menos, que pertenecían a la alta clase social; esto no impedía para que todos se agruparan allá a mi alrededor, mezclados y confundidos con esas turbas de vividores, cuyo entusiasmo compramos, pagándolo como cualquier otro medio de aviso o propaganda del partido, que, en días tales, más que nunca, debe probar su fuerza y popularidad.

Nadie, ningún otro candidato, hubiera podido entonces decir como yo decía, que tenía verdaderos partidarios; hombres que serían capaces de dar mil veces sus vidas por defender mi persona, y este convencimiento nacía de pruebas palpitanes que entonces me daban mis amigos.

Los hombres de algún mérito que rodeaban a los otros candidatos, mis contendientes y rivales, más que partidarios de ellos eran enemigos míos.

Siguiendo la práctica de candidatos de alto rango y aprendices de ídem, principió para mí la serie de banquetes, que son

¹⁴⁵ *Trapisondista*: persona que hace bulla o riña.

para el candidato, lo que el *reclame* para los inventores de drogas curativas¹⁴⁶.

Y banquetear es un verbo que, sin duda, ha sido aceptado para el uso exclusivo de los candidatos en auge. En Lima, los hombres públicos necesitamos ser como las mujeres públicas; comer tantas veces cuántas sea necesario para conquistar a un amigo¹⁴⁷.

Después de un mes de vida de no interrumpidos banquetes, tuve necesidad de acudir a mi médico por hallarme horriblemente indispuerto del estómago.



No necesito decir, que fue necesario fundar un periódico. Un candidato sin periódico es como santo sin devotos o muchacha sin *piquines*.

Ajustándome a la práctica, fundé yo mi periódico; es decir, lo fundaron mis amigos con mi dinero.

¡Ay!, ¡y cómo especulan los editores, la sanidad de los candidatos! Ellos hacen el caldo gordo, con los que muy púdicamente llaman sus *amigos* o sus *candidatos*, cuando en realidad somos las víctimas de sus marrullerías¹⁴⁸, que nos dejan turulatos y lelos, cada y cuando nos llega la cuenta del amigo *editor*.

Mi papelucho aquel, que con toda propiedad puedo decir, que me costaba un ojo de la cara, fue bautizado con el pomposo

¹⁴⁶ En la prensa decimonónica proliferaban avisos publicitarios (*reclame*) que buscaban vender diversos productos farmacéuticos cuyo respaldo científico era bastante dudoso. En la prensa liberal, la eficacia de un producto se sustentaba en el renombre de una marca, en su origen o en la retórica de su publicidad. La medicina se encontraba poco regulada y esto otorgaba un margen de maniobra más amplio a los publicistas de la salud (sobre todo farmacéuticos) y la belleza.

¹⁴⁷ Explícitamente en este corto párrafo se establece un símil entre Blanca Sol y Jorge Bello, y con esto, entre la coquetería y la política. Esta similitud se desarrollará con mayor exhaustividad en la segunda parte de la novela gracias a la presencia de Ofelia Olivas.

¹⁴⁸ *Marrullería*: astucia de mala intención que consiste en fingir amabilidad para conseguir algo.

título de *El Demócrata*¹⁴⁹; y este demócrata no tuvo otra divisa, que poner de manifiesto, como es de uso entre candidatos, mis grandes aptitudes y méritos; no solo de estadista, diplomático, codificador, político, sino también de guerrero. (Es de advertir que haber bien o mal guerreado es, en el Perú, título de gran valía, para un candidato); pero, sobre todo, debía resaltar notoriamente, mi acrisolada honradez; esto de la honradez es punto sobre el cual precisa recargar la paleta con sumo tacto y discreción, máxime cuando el candidato ha sido, como lo fui yo, acusado de malos manejos de la hacienda pública. Y aunque esta acusación nadie la haya formulado, llega hasta nosotros, cual sordo rumor; y por lo mismo, precisa insistir y repetir en todos los tonos imaginables, que el candidato es crisol de pureza y de inmaculada honradez.

Y la verdad sea dicha: con tal maestría y elocuencia, se portaron mis amigos, y tal maña se dieron para demostrar tan claro como la luz del día mi honorabilidad y la alteza de mi conducta, que concluí por convencerme yo mismo, que aquello era la verdad pura y neta, sin sombra de mentira ni adulación.

Y conste, que con frecuencia acontecía, el ser yo, el más actor colaborador de mi periódico. En los primeros días, cuando aún no estaba familiarizado, con ciertas prácticas usuales, confieso que me era algo durillo, aquello de tomar la pluma para aplaudirme yo mismo, y atribuirme méritos y cualidades de que carecía; pero muy luego, adquirí el desparpajo y la impavidez, de un candidato veterano; y como la cosa más natural del mundo, llenaba cuartillas y más cuartillas, que principiaban con estas o semejantes palabras: «El Coronel Bello, ese estadista notable en el que están hoy fijas las miradas de toda la nación, reunió ayer en su casa a un grupo de sus numerosos amigos, para obsequiarles con un opíparo almuerzo, en retorno de los muchos que se le han dado».

Otro día decía: «El Coronel Bello, ese filántropo amante del pueblo, estuvo ayer a visitar el Hospital de... y ¡quién había de creerlo!, hasta en ese lugar, ajeno a todo partido, quisieron los empleados y hasta las Hermanitas de Caridad, tributarle una elocuente ovación; y fue vitoreado y agasajado por todos los

¹⁴⁹ Puede ser una alusión al Partido Demócrata fundado por Nicolás de Piérola en 1884.

que entusiasmados, le señalaban diciendo: —«Ese es el futuro salvador de la República».

Y diariamente, era necesario llenar las columnas de *El Demócrata*, con artículos editoriales o de crónica que, así no fuera más que, indirectamente, tuvieran relación con mi persona y mi candidatura.

Felizmente, mis enemigos me prestaban importantes servicios en este punto.

¡Qué tontos son los hombres públicos, que se enfadan porque tienen enemigos! Difícil, casi imposible, le sería al candidato sostener periódico si no tuviera enemigos.

¿Quién refutaría nuestros asertos, dándonos lugar a la réplica? ¿Quién nos atacaría, presentándonos ocasión de hacer resaltar las cualidades del candidato?

No son los amigos, sino los enemigos los que con mayor afán leen nuestro periódico, y siguen nuestros pasos.

Y luego en el terreno político, cuánta importancia presta eso de *tener enemigos*.

Cuando un chisgarabís¹⁵⁰, principiante *de candidato* (también los hay en Lima), habla de sus enemigos, todos los que tal escuchan, sienten el cosquilleo de la risa que inspira un alardeado pretencioso; pero cuando se trata de un hombre que con toda propiedad habla de *sus enemigos*, esas dos palabras vienen a ser sinónimo de estas otras dos: *mi grandeza*.

En política son más constantes los enemigos con su odio, que los amigos con su amor; y aquellos cooperan más eficazmente al engrandecimiento del candidato, formándole esas campañas que, bien o mal libradas, son las que dan renombre y lustre al hombre político.



Los candidatos nos hallamos en la ineludible necesidad de explotar las malas pasiones del pueblo; pues que son las más apropiadas para servir de elemento explosivo, en la hora del

¹⁵⁰ *Chisgarabís* o *chiquilicuatre*: «coloquialismo que se refiere a la persona frecuentemente joven, algo arrogante y de escasa formalidad o sensatez» (DRAE).

combate. Mis enemigos me lanzaban emponzoñados dardos, explotando la aversión o inquina que por aquella ocasión manifestaban las clases altas, en contra de militarismo; yo a mi vez, en revancha, torné por arma ofensiva el odio de razas que en el Perú germina latente, pero listo para hacer explosión.

Y, con tal intento, yo azuzaba a las razas inferiores, indios, negros y mestizos¹⁵¹, manifestándoles que eran víctimas de las extorsiones de la raza opresora; de aquella cuyas depredaciones y latrocinios —deciales yo— eran causa única de las desgracias y trabajos que en su vida pasan los *pobres*.

Nada gusta tanto al culpable o desgraciado, como el que le señalen al causante de sus faltas y desdichas, en otra u otras personas, a quién él pueda castigar. Así fue que el pueblo, que es en el Perú indolente, perezoso, derrochador, vicioso e imprevisor, holgose grandemente a encontrarse que se le señalaba a *los blancos*, como los factores únicos de las culpas y desvíos de *los pobres*.

Y al presentarme yo, como el vengador de los agravios sufridos y «los derechos conculcados¹⁵²» no necesitaba más para ser llevado a los cuernos de la luna¹⁵³.

El pueblo es crédulo y fácilmente se le engaña; máxime si se le habla de «*reivindicar los derechos de la justicia*», o mejor, de conquistar *la igualdad, la fraternidad y la perfecta felicidad*, que, muy solemnemente, le prometemos; o de cualquiera otra cirigaña¹⁵⁴ con que los candidatos embaucamos a los inocentes y crédulos.

De mí sé decir, que estas artimañas diéronme magníficos resultados; tanto que, más de una vez, asustado de las proporciones que tomaba aquella chispa, encendida por mi mano, y que amenazaba tomar las proporciones de un incendio, temí por mi propia seguridad.

¹⁵¹ Se muestra aquí muy elocuentemente la estrategia populista de dirigirse a las «razas» dominadas para ganar su favor electoral. También podemos advertir que la población de origen asiático no aparece mencionada quizás por sufrir una marginación aún más violenta como ya se vio en una nota precedente.

¹⁵² *Conculcado*: que quebranta una ley, principio u obligación.

¹⁵³ *Llevar a los cuernos de la luna*: locución verbal coloquial cuyo significado es «alabarle, encarecerle desmedidamente».

¹⁵⁴ *Cirigaña*: adulación, lisonja o zalamería.

De entre la gente del pueblo, llegaban hasta mí diálogos semejantes a este:

—Ya llegará el día de cortar cabezas —decía un hombre del pueblo, refiriéndose a los *blancos*, nombre depresivo e insultante, con el cual, la *gente de color*, como aquí decimos, designa a la clase alta, formada, en su generalidad, por la raza blanca.

—Yo he oído decir —agregó un indígena— que el Perú con todas sus riquezas fue de nosotros, y que ellos nos robaron y nos pusieron a trabajar.

—Sí, matar blancos es matar ladrones —repuso un hijo de la ardiente África; lo cual fue confirmado por otro que agregó:

—Por eso yo me meto en las elecciones; porque así me agarro de la ocasión, y entonces les ajusto la cuerda a todos y puedo hacerles que me *paguen* las hechas y por hacer.

—Quitarles su plata es agarrarnos lo que ellos nos han *roban*.

—Y las elecciones son la ocasión *pa* que nos *hombriemos* con ellos.

—Ya verán esos *blancones* lo que puede el pueblo.

—A bien que tenemos *uno* que nos proteja y nos dirija —observó un tercero.

—Sí; y ese dice que el «pueblo es rey» y que, por supuesto, nadie debe mandarnos.

—Es necesario que no quede un solo *blanco* con vida —dijo enérgicamente el primero que había hablado.

Y, a semejanza de estos diálogos, fueron los que hasta mí llegaron, como expresión de las ideas que predominaban en mi partido.



Es necesario haber visto esa abigarrada mescolanza de hombres de todos colores y razas, desde la que nos trajeron de Mozambique, hasta las que, cruzada con la raza europea, lleva cabellos y pelo de barba rubios; es preciso haber visto aquel enjambre de hombres, ignorantes de la importancia de sus deberes y preocupados, no de las cualidades del candidato, ni de la conveniencia de su elección, sino sola y exclusivamente de aquello que puede servir para la satisfacción de sus propios vicios y

groseras necesidades. Emporcachados y beodos, guapeando¹⁵⁵ antes del peligro, y cobardes así que llega la vez de afrontarlo, por faltarles las convicciones que en tales situaciones vigorizan el ánimo; es necesario haber visto todo eso, para medir hasta qué punto es imperfecta nuestra manera de ser en todo lo que se refiere al voto electivo de los pueblos¹⁵⁶.

No obstante, preciso es confesar que, es allí entre la gente sencilla y sana en sus costumbres, donde suele encontrarse al verdadero patriota; el que, con su despreocupación y desprendimiento natural, abandona su chacra¹⁵⁷ o su taller para ir a cumplir sus deberes de ciudadano; y se presenta allí, abrochado su levita nueva, y brillando su camisa limpia, tieso, circunspecto, considerando el comité como el templo donde debe cumplirse la ley.

Estos son raros y el tiempo concluirá por dar fin con esos buenos ciudadanos.

Hoy sobreabunda la gente resabiosa, calculadora y desconfiada, los que han perdido la fe en la rectitud y honradez de los candidatos, y comprenden que son explotados y que deben a su turno explotar ellos.

Mis amigos, aquellos más diligentes, o mejor dicho más interesados, formaron el Comité Directivo y arreglaron un local con el objeto de reunir allá a mis partidarios. Estas reuniones son indispensables para organizar el partido, y hacer uso de la palabra y del *pisco*, (aguardiente) más elocuente este que la primera, para mover el entusiasmo de los ciudadanos.

Dicho se está, que la casa estaba de bote en bote¹⁵⁸, en los días señalados, amén de otros en que espontáneamente se reunían. En cuanto a peroraciones y discursos de *efecto*, fueron

¹⁵⁵ *Guapear*: desafiar, mostrar valentía en los peligros.

¹⁵⁶ Se pueden verificar algunas de las ideas políticas de Mercedes Cabello en su ensayo *La religión de la humanidad. Carta al señor D. Juan Enrique Lagarrigue* (1893) en el que adapta la doctrina positivista al contexto hispanoamericano. Es innegable en su pensamiento político: una visión elitista de las clases dirigentes, una severa crítica a las capacidades ciudadanas y participativas del pueblo, o de parte de él, un desplazamiento a un segundo plano de la defensa de derechos civiles para las mujeres, etc.

¹⁵⁷ *Chacra*: terreno de poca extensión destinado a la agricultura.

¹⁵⁸ *De bote en bote*: locución adjetiva coloquial que refiere a un sitio que está lleno de gente.

tantos, tan entusiastas y encomiásticos, que más no serían si de conquistar el mundo se tratara.

Y cada vez que el alcohol hacía subir el termómetro de su entusiasmo, juraban derramar su sangre en pro del candidato de sus simpatías.

¡*La toma de mesas!*...

Cuestión de reformas de la Constitución, de las que no quiero hablar aquí.

Solamente los que hemos vivido en estos pueblos, donde sucede que, proclamando la justicia, triunfa la fuerza, y con el nombre de *votaciones* se dan batallas reñidas, podemos conocer hasta qué punto son temerarias e incorrectas las campañas electorales.

Bastará apuntar que entonces, sucedió lo que en estas Repúblicas de América siempre ha sucedido: el Gobierno lanzó su candidato *oficial*, y después de las elecciones yo y todos mis partidarios nos quedamos mirándonos las caras.

¡El candidato oficial obtuvo el triunfo!...

Tan injusta derrota debía sublevar tanto más los ánimos de mis partidarios, cuanto que todas las probabilidades de triunfo estuvieron de parte nuestra; esta fue al menos nuestra convicción; y un partido que ha sido víctima del fraude y la violencia, queda autorizado para tomar el camino de las conspiraciones.

Los candidatos impuestos por la fuerza de las bayonetas son sin duda una de las primordiales causas que entre nosotros han dado vida al conspirador político. Yo de mí sé decir que, a pesar de mis ambiciones, de mis gustos y tendencias, quizá si me hubiera eximido y para siempre alejado de la vida del conspirador; quizá si la experiencia recogida, y las decepciones previstas me hubiesen dado el dominio suficiente para sobreponerme a mis naturales tendencias y poderosos instintos. Haré constar sí, que inicuaamente derrotado me consideré legalmente autorizado para conspirar. Y entonces me dije, como se han dicho otros muchos en el Perú: —Cuando no se puede entrar legalmente por la puerta, se entra violentamente por la ventana.

Los abusos, que vienen de arriba, dan vida a los que nacen abajo. Cada imposición tiránica de un Gobierno, engendra un conspirador.

Comprendí, no obstante, que cuando menos por corto lapso de tiempo, me sería forzoso resignarme con aquella situación antes de llevar a la práctica mis propósitos revolucionarios.

En el Perú, los Gobiernos son como los sirvientes; todos son buenos al principio, y para pensar en derrocarlos, precisa esperar que pase el entusiasmo del primer momento.

IX

Pasadas las luchas eleccionarias, y naufragada mi candidatura, me hallé como el que cae de una inmensa altura a un estrecho sitio que no le deja lugar a movimiento alguno.

Mi fortuna, aquella que pude allegar en el Ministerio de Hacienda, estaba casi arruinada, o más bien diré agotada, puesto que los gastos habían excedido a las entradas.

¿A qué arbitrio recurriría, cuando ya no tuviera dinero para subvenir a mis necesidades más urgentes? Trabajar... ¿en qué?, ¿cómo?, ¿de qué manera?, ¡imposible!... El trabajo me horrorizaba. Recorría todos los caminos que sin rebajar mi dignidad ni herir mi amor propio podía seguir, y todos los hallaba inaccesibles. ¿En qué puede ocuparse el hombre público, que ha sido caudillo revolucionario, y candidato eminente?...

Cuando aún resuena, en nuestros oídos, el clamoreo de nuestros partidarios, y la adulación de nuestros amigos no es posible la serenidad de ánimo que requiere el trabajo, ya sea físico o intelectual.

Y, luego, es casi imposible descender desde las alturas de una candidatura presidencial, o la jefatura de un partido para ir a enrolarse entre el vulgo que vive de su trabajo.

Las Cámaras, que son el refugio de los candidatos *boleados*¹⁵⁹, no pudieron serlo para mí, por estar aún lejana la época eleccionaria.

La verdad es que yo me encontraba como si me hubieran mutilado de pies y manos, tan inhábil me sentía para todo otro trabajo que no fuera conspirar; conspirar, ya fuera como caudillo revolucionario o como candidato para vencer a mis contendientes y rivales.

¹⁵⁹ *Boleados*: arrojados.

Y después de pasar todo un día combinando revoluciones y fraguando conspiraciones, sucedíame que dormía mal, sobrecogido por visiones y sueños que terminaban en angustiosas pesadillas.

Muchas veces me acontecía, dejar el lecho apresurado, vestirme agitado, nervioso, y luego correr a la calle, resuelto a buscar a mis amigos para participarles que me lanzaba a la revolución, que era necesario levantar la bandera que había de poner en pie a todos los pueblos de la República... Sentía en mí un algo inexplicable, que me compelia a conspirar, como si yo llevara, en mi sangre, el fuego inextinguible que puede encender un pueblo con la rapidez de la chispa eléctrica. Y calenturiento, sobreexcitado por mis propias ideas, me lanzaba a la calle, esperando contagiar a cuántos encontrara del entusiasmo que a mí me devoraba.

Y sin haberme atrevido a hablar a un solo amigo, yo regresaba a mi casa, cabizbajo, desalentado, para ir a dejarme caer sobre mi lecho, quedado sumido horas enteras en las más crueles reflexiones.

En este estado de sopor de mis sentidos, permanecía largo tiempo, hasta que una nueva impresión venía a sacarme de aquella dolorosa situación.

Así pasaba los días, sintiendo que el ocio lentamente iba corroyendo mi espíritu, como corroe el moho una fuerte pieza de hierro.

La pereza intelectual, ese marasmo del espíritu habíase apoderado de mi cerebro, produciéndome embotamiento y pesadez en todo mi ser.

Y así indolente, hastiado, crecía cada día más mi aversión hacia todo aquello que me trajera la idea de un trabajo físico o intelectual.

Algunas veces me sucedía, que pasaba largas horas con la imaginación ocupada en hacer desfilar, ante mis ojos, a aquellos individuos, cuyas maquinaciones y fraudes, yo conocía con sus más ocultos detalles; y entonces, arrepentíame de haber perdido tan lastimosamente mi tiempo en subir allá, donde yo debía conceptuar que aquello no era para un hombre honrado un ascenso, sino un desdoloroso descenso.

Ideas sobrias, con deducciones tristes, surgían en mi mente, y como si trabajosamente culebrearán por las circun-

voluciones¹⁶⁰ de mi cerebro, rara vez llegaban a su completo desarrollo.

Y de una pasaba a otra idea, y todas venían a converger en un solo punto; y ese punto lo veía yo, entre las multitudes que me aclamaban, entre el estruendo guerrero de ejércitos vencedores a quienes yo con mi voz apaciguada mandaba, como dizque manda el Omnipotente; las embravecidas aguas del océano.

Otras veces sentía aversión profunda, hastío invencible por todo lo que se relaciona con la política de mi patria; parecíame que respiraba una atmósfera nauseabunda, esa que se desprende del fango social, más pestilente que el que se forma con las aguas detenidas y cenagosas. Y gustaba irme días enteros a la campiña, a la casa de algún amigo hacendado, para ver allá al hombre en su condición más natural y noble, explotando, no las malas pasiones y la perfidia de los hombres, sino la tierra, esa madre agradecida, que siempre retorna ciento por uno. Y después de haber pasado ocho días allá, me sentía con ánimo, con disposición de vestir el traje del agricultor, y entregarme a cultivar la tierra; y mi alma se solazaba sintiéndose como aliviada de la inmensa pesadumbre de mis propias ideas.

¡Ah!, ¡quién me hubiera predicho entonces el cúmulo de decepciones que yo debía apurar! ¡Quién hubiera podido prever la cadena de males que se me esperaban y que entonces aún podía evitar! ¡Sí, pude renunciar a mi vida de político, pude haber contraído matrimonio con Lucía, ese ángel de bondad que hubiera embellecido mi triste vida con sus virtudes!...

¡Pobre Lucía! Poco tiempo después supe, que pálida, ojerosa y consumida por la fiebre de la tisis, se había entregado con mayor fervor a sus prácticas devotas, rehusando el cambio de clima, aconsejado por los médicos.

—Yo no me curo con cambios de clima —decía— se equivocan los médicos, la causa de mi mal, no es el clima; es que... ¡he sido muy desgraciada!...

¡Ah!, ella murió bien pronto, y yo entonces no supe valorizar, que pudo ser el ángel¹⁶¹ que debía salvarme; la madre de

¹⁶⁰ *Circunvolución*: vuelta o rodeo de alguna cosa.

¹⁶¹ Una de las nociones presentes en las novelas de Mercedes Cabello es la de ángel del hogar. Las mujeres domésticas tienen, por lo general,

familia, ¡el centro de un hogar que para el hombre público es cual el fértil terreno que le da su savia y vigoriza el frondoso árbol, que ahonda allí sus raíces para dar más tarde magníficos frutos!...

la misión de salvar moralmente a la familia y a sus maridos de una vida marcada por el vicio. En la mayoría de estas novelas, sin embargo, las mujeres sucumben en este esfuerzo. Esto no ocurre en *Blanca Sol*, ya que el personaje escapa del imperativo del ángel del hogar, pero vuelve a repetirse en Ofelia Olivas, personaje que si bien tiene varias semejanzas con Blanca también se muestra mucho más abnegado y cumplirá finalmente el rol de víctima.

II

LA CAÍDA

I

Precisa hacer aquí largo paréntesis a mi historia de hombre público para dar lugar a otros hechos que, aunque solo atañen a mi vida íntima¹⁶², y a mis afecciones de hombre, debo relatar aquí, ya que se trata de impresiones que han ejercido su influjo en todos los acontecimientos ulteriores.

¡Ah!, ¡yo diría que hasta en el destino del hombre público, siempre es la mano de la mujer la que traza la senda que infaliblemente debe él seguir!...

También es cierto, que la vida desocupada, y cuasi ociosa que me era forzoso llevar, predispuso mi ánimo para cierta clase de impresiones amorosas.

El trabajo, ya sea físico o intelectual, es el mejor preservativo contra todo género de impresiones amorosas.

El amor es una manifestación de la actividad del alma, y es posible neutralizar su ardor con la actividad corporal o la ocupación intelectual. La mujer siente el amor con mayor vehemencia, no tanto a causa de su sensibilidad sentimental, cuanto a causa de su vida inactiva y desocupada¹⁶³.

Un día, conocí a una mujer y la amé; digo mal, la conocía de vista de tiempo atrás, y hasta creo que la amaba sin darme de ello cuenta.

¹⁶² Aunque ya nos había dado algunos detalles de su vida íntima a modo de anécdotas, este breve anuncio nos prepara para una segunda parte en la que el registro se aleja de la política y vuelve al tema sentimental de sus anteriores novelas. Se puede decir también que en esta segunda parte se intenta explicar lo político a partir de lo privado. En los capítulos que siguen, veremos la eficacia de esta apuesta.

¹⁶³ La autora defiende la noción de diferenciación de géneros debido a la práctica y a las costumbres y no como un atributo natural. El amor es un sentimiento cuyas formas y manifestaciones se aprenden y, por lo tanto, se puede actuar cuando genera malestares y desigualdades.

Yo había querido acorazarme contra esas pasiones que esclavizan, ya sea imponiéndonos el matrimonio, como imperiosísima necesidad, ya encadenándonos a los pies de una mujer, a la cual debemos sacrificarle nuestra libertad y hacerla árbitra de nuestra voluntad. Pero ¿quién puede disponer de su destino sin contar con sus propias impresiones?... ¿Quién puede prever el curso que tomarán los acontecimientos?...

Hoy nos encontramos con una mujer; nos parece linda, la miramos un momento y pasamos, creyendo no volver a pensar jamás en ella. ¿Qué nos importa su belleza? Mañana no volveremos a recordarla más.

Pero quizá, mientras la miramos, mientras la contemplamos sin más interés que el que puede inspirarnos una hermosa obra de arte, sucede que, allá en los limbos de lo porvenir, queda desde ese momento trazada la ruta que ha de seguir nuestro destino.

La vez primera que vi a Ofelia fue en casa de Ernesto. Diré antes quién es Ernesto.



¿Os acordáis de aquel compañero de colegio confidente de mis atrenzos¹⁶⁴ estudiantiles y amorosos?... pues él había llegado a ser uno de mis entusiastas partidarios; y yo le retornaba su afecto, llamándole amigo íntimo, de lo cual él vivía envanecido y satisfecho; y con las intermitencias de las amistades interesadas y calculadoras, fuimos *íntimos*, una veces afectuosos y sinceros, otras tibios y desabridos.

Decían de él, que era envidioso (mal crónico de los pequeños) y que no podía soportar el aplauso del ajeno mérito, siempre y cuando en su conciencia sintiera que ese aplauso era justo; no así cuando se trataba de *medianías* escasas de todo merecimiento; entonces desplegaba todas sus cualidades oratorias para ensalzarlo y exagerando su entusiasmo, decía:

—La justicia ante todo; es necesario aplaudir al que tiene méritos reales y verdaderos para darse uno la satisfacción de *fundir* a todos los pícaros y farsantes.

¹⁶⁴ *Atrenzo*: «conflicto, apuro, dificultad» (DRAE).

La lucha por la existencia —esa novísima invención que debiera tener su aplicación tan solo allá en las viejas y gastadas sociedades europeas, y que da pasaporte limpio, cohonestando cuantas perfidias e infidencias sociales puedan cometerse—, él la ejercía en provecho propio, sin limitación ni medida.

En su infancia, diz que probó la pobreza suma, aquella rayana en miseria; pero su familia a costa de ímprobos sacrificios, le sostuvo en colegio, hasta que se graduó de doctor en Leyes.

Más tarde, entró al Congreso en representación de su provincia, y allí parece que hizo el caldo gordo¹⁶⁵; pues nada menos que en un negocito ferrocarrilero, vendió su voto en diez mil soles, y este fue el principio de su hoy regular fortuna.

El domicilio de Ernesto, situado en un barrio central y aristocrático, era una casa perfectamente amueblada, y aunque vivía con su familia, tenía su departamento independiente, donde recibía a sus amigos.

Un día estábamos ambos en lo que él llamaba su estudio —a pesar de no tener de estudio, sino un pequeño escritorio que jamás estaba abierto y un par de estantes, cuyos anaqueles estaban vacíos, y cuyos entrepaños no guardaban ningún libro—, la conversación rodaba, como de ordinario, unas veces sobre asuntos políticos, otras sobre confidencias íntimas que ambos, con la confianza que inspiran las amistades de la infancia, nos hacíamos.

En lo más animado de nuestra conversación, oímos llamar suavemente a la puerta de entrada.

—¿Se puede pasar? —preguntó una hermosa cabeza de mujer, cuyo cuerpo quedaba oculto tras el tupido cortinaje de la puerta.

—Adelante, señora —y Ernesto fue a su encuentro.

—Ya sabe Ud. que mis visitas son siempre interesadas, así que...

Y fijando en mí su vista, detuvo el paso y cortó la frase principiada, como si dijera: —Hay un desconocido.

—Muchos días que no tengo el gusto de ver a Ud. —y diciendo estas palabras, Ernesto ofreció una silla, que ella aceptó sonriéndose con esa, a la vez encantadora y triste sonrisa.

¹⁶⁵ *Hacer a alguien el caldo gordo*: frase coloquial, favorecer a alguien.

Yo la contemplaba, deslumbrado por su belleza y adivinando que tras el velo de su sombrero, color lila con flores silvestres, se ocultaba, no solo un lindo rostro, sino también un gran espíritu y un gran corazón.

Sus ojos claros, de ese azul verdoso y poético, propio de la raza sajona, diríase que la iluminaba todo el rostro, manifestando esa movilidad, signo seguro de vivacidad de carácter, y expresión de infinita ternura.

Vestía sencillamente, sin rebuscados ni pretenciosos adornos; solo si pareciome exhalar demasiado perfume para tan aristocrático porte.

Después que se hubo sentado con el busto algo inclinado, y abriendo y cerrando un rico abanico *color ala de cuervo*, dijo:

—Quizá he llegado a interrumpir...

—No, señora. ¡Ah!, permítame Ud. que le presente a mi íntimo amigo, el Coronel Bello.

Ella, saludándome graciosamente, extendió su mano, que yo estreché conmovido deliciosamente.

Deseando Ernesto darle a mi presentación toda la importancia necesaria, agregó en tono de broma:

—¡Ah!, se me olvidaba: el Coronel Bello es el caudillo que ha de derrocar al Gobierno espurio que tan arbitrariamente se nos ha impuesto; con que así, señora, mucho cuidadito, ya sabe Ud. que está Ud. en presencia del jefe del partido...

La dama sin darse por notificada de las inconvenientes palabras de mi amigo:

—Sí, conozco de vista y de nombre al Coronel Bello — contestó mirándome con interés.

—No vaya Ud. a hacerle creer, que es Ud. su partidaria.

—Puede ser que dijera verdad, si afirmara así.

—Una mujer joven que se entusiasma por un candidato, concluye siempre por enamorarse de él.

—¡Oh!, ¡no, no!, eso no es verdad.

Y ella pronunció esas palabras con tal vehemencia, que se colorearon sus mejillas, y su voz pareciome esparcirse en la sala como los trinos de un ave.

Yo, habíame puesto de pie, en aptitud de retirarme.

—¡Cómo, ¿se va Ud.? —preguntome Ernesto admirado.

Sentíame turbado e intranquilo...

—Señor Coronel —dijo ella dirigiéndose a mí—, si Ud. quisiera quedarse, se lo estimaría mucho; precisamente he venido a rogarle al señor que es tan amigo de Ud., para que pres-táramos un gran servicio a una pobre viuda, que...

—¡Una viuda!... veamos quién es ella y será hermosa —dijo riendo Ernesto.

—Sí, una pobre viuda, que vive en la mayor miseria. ¡Ah!, ¡sí viera Ud. qué historia tan triste es la suya! Su esposo fue un militar valeroso que murió cumpliendo su deber en defensa de un Gobierno; ella es hija de un vencedor de la Independencia, y honrada y buena como pocas. Ya Ud. ve, tiene títulos para...

—¡Cómo! y ¿con tales antecedentes, vive en miseria? —pregunté yo queriendo manifestarme admirado.

—Sí, es que como su familia está entre los *caídos* no hay esperanzas de que empleen a su hijo ni le decreten su montepío¹⁶⁶.

—Esa es la parte difícil —dijo Ernesto, encogiéndose de hombros.

—¡Si el señor quisiera interesarse por mi protegida!

¹⁶⁶ El montepío militar fue una pensión del Estado asignada a los familiares de los hombres que se enrolaban en el ejército. Inició en la época borbónica y continuó durante el siglo XIX. De acuerdo con Natalia Sobrevilla Perca: «Las pensiones eran principalmente de supervivencia y se habían pensado para asegurar que las familias de los militares no quedaran en la indigencia. En los expedientes las viudas usaban el argumento de la necesidad y la falta de recursos en las que se encontraban sin sus esposos pidiendo la protección al Estado. Pero para acceder a una pensión era necesario asegurar que los matrimonios se hubieran hecho entre iguales y debían contar con el beneplácito de un superior en el ejército. Luego era preciso presentar las partidas de bautizo y matrimonio, así como acreditar los servicios prestados por el finado [...] El montepío fue entonces un vehículo para que el incipiente Estado peruano formara una relación directa con los miembros del ejército y sus familias. Se trataba de una relación vertical y paternalista donde el Estado tomaba el rol del padre o esposo ausente» (25). En algunos casos, a los huérfanos se les ofreció formar parte del ejército, puesto que «la idea de dar un montepío era asegurar lealtad a la nación. Para estos hijos de los héroes, servir al ejército se consideró como una suerte de recompensa» (33). No obstante, a mediados del siglo XIX, los pagos de los montepíos fueron revisados por las Juntas Calificadoras, instauradas durante el primer gobierno de Ramón Castilla y «con el tiempo el Estado Peruano se fue haciendo cada vez menos generoso [...] Dos reformas importantes revisaron la mayoría de casos en 1848 y 1865, ambas buscaron modernizar el sistema y reducir el número de pensiones» (33).

—Señora, será para mí alto honor servir a Ud.

—Gracias, gracias —dijo ella con suma expresión y dulzura.

Continuamos hablando de la viuda y de su desgraciada situación; de los méritos del difunto militar; de la honradez del hijo, que por no haberse prestado a una infidencia en su condición de empleado, estaba en el número de los *caídos*; de la resignación y entereza de la viuda y sus hijas para arrostrar la miseria; hablamos, en fin, de todo aquello que forma la urdimbre de esta sociedad en que vivimos, asombrándonos de continuo de lo poco y mal recompensadas que están las virtudes, y lo fácil y llano que es el camino de los pícaros. Nuestra conversación fue animada y amena, como sucede siempre que nos engolfamos en el eterno lamento lanzado por los que, quisiéramos ver al vicio castigado y a la virtud recompensada. ¡Como si el mundo fuera de ángeles y no de hombres!...

Al fin llegó el momento en que la dama púsose de pie dando por terminada su visita.

Después de las frases de estilo de: —*Mucho gusto de conocer a Ud.*, ella agregó: todos los jueves recibo a mis amigos...

Yo no sé lo que la contesté; pero sospecho que no tuve acierto para decir lo que debía, porque en sus labios dibujose burlona sonrisa.

Así que se hubo retirado, despertose en mí, vivísima curiosidad de conocer quién era esta simpática y hermosa dama de la cual apenas sabía yo que era una viuda de alta posición social.

—¿Quién es esta joven? —pregunté a mi amigo.

No me doy cuenta de lo que en todo el tiempo de la visita expresaría mi semblante; lo cierto es que Ernesto fijó en mí su mirada, no sin manifestarse algo asombrado; luego hizo un gesto de disgusto y guardó silencio.

Quise repetir la pregunta, pero retuve la palabra al ver que él se había dirigido a su escritorio y principió a escribir, como para eludir toda respuesta.

En ese momento, me ocurrió pensar que quizá era la querida de Ernesto, y que sería poco prudente despertar sus celos; pero luego reflexioné que su distinguido porte y su aire de gran señora, quitábanme todo derecho a hacer esa ofensiva suposición, abonando en favor de la honradez de la joven.



Mi curiosidad por conocer algo más que la figura de la hermosa que acababa de salir, no era del todo vana. Hay mujeres que se nos hacen interesantes desde el primer momento que las conocemos.

La curiosidad en ciertos casos no es más que una de las formas que torna el amor, para apoderarse del corazón.

Después de haberse alejado aquella mujer, quedome en el alma algo nuevo, pero vago e indeciso, como si tenue vapor hubiérase desprendido de ella para infiltrarse en todo mi ser; como si en mi cerebro hubiera dejado una huella, o impresión profunda, que continuaba presentándome su figura, sus movimientos, su voz, su gracia, y sobre todo esto, sus ojos; dos ojos luminosos, parteros, reveladores de un mundo, para mí quizá hasta entonces desconocido.

Yo miraba el sitio donde estuvo sentada, y la ilusión era tan viva, que hubiera asegurado que estaba allí todavía, con la sola diferencia de haberse hermoñado como iluminada por misteriosa luz.

Ernesto había tomado un periódico, tal vez para eludir toda pregunta referente a la dama que acababa de salir; pero yo estaba ya mordido por la curiosidad, o diré más bien por el amor; y sin poderlo evitar repetí mi anterior pregunta, cuidando solo de tomar el aire indolente y distraído del que habla de personas indiferentes:

—¿Quién es esa mujer? —dije.

—¿Qué mujer?

—Hombre, la que acaba de estar aquí.

—Y ¿por qué le interesa tanto conocerla?

—Por lo que nos interesa todo lo que es hermoso y simpático.

—¡Phist!... Una de tantas... No... no, una de tantas grandes señoronas —y después de haber dicho estas palabras con satírico acento, continuó revisando el periódico.

Yo me puse de pie, y procurando ocultar mi impaciencia, le quité el periódico de las manos diciéndole:

—Es que no le dejaré leer, si no me dice quién es, cómo vive y cómo se llama esta hermosa.

—Vaya una curiosidad muy digna del jefe de un partido y candidato a la presidencia de la República —dijo el queriendo quizá herir mi amor propio.

—Cierto, es mera curiosidad; pero me ha interesado, no lo puedo ocultar.

Y Ernesto revisando indolentemente el periódico que tenía en la mano, contestome con negligencia:

—Pues esa mujer es tan honrada como hermosa esto si Ud. la encuentra hermosa. Se llama Orélia Olivas de Vesale; es decir, que es casada...

—¡Casada! —exclame yo, sin poder ocultar mi asombro.

—Y ¿por que se asombra de que ella sea casada? Tiene la primera cualidad para ello; y luego que no todos los maridos se han de ir a la otra vida.

—Pero, es que yo tenía evidencia de que era viuda.

—¡Hem!, así son las evidencias de los que no se ocupan en conocer la vida de las gentes como yo, que lo conozco aquí... aquí...

Y Ernesto movía los dedos de su mano, como para manifestar que las conocía al dedillo.

Después de una pausa, agregó:

—Y para gobierno de merodeadores en ajeno huerto, debo decir que su conciencia es fortísima que ningún asaltante ha fornicado. Vaya, como que es una virtud que esta fuera de duda.

En ese momento reflexione que debía de hallarme en presencia de alguna reputación incólume para que mi amigo, cuya fama de maldeciente tenía bien ganada, se expresara de esta suerte.

—Maldita la gracia que me hacen a mí: estas mujeres honradas, que alardean su virtud, con mas vanidad que un candidato de sus méritos —dijo Ernesto.

—Pero entonces, ¿por que no la tenía por viuda?, alguien debió habérmelo dicho así.

—No es del todo absurda esa creencia. Es el caso que la señora Olivas contrajo matrimonio con uno de esos aventureros que desde la metá Europa vienen dándose el título de nobles en pos de una dote, y después de llevarse la dote con la mujer, abandonan a esta y se aprovechan de la otra. ¡Bah! ¡Cuando se convencieran que los nobles que aquí vienen son nobles hechizos de cholera y percalin!

—¡Ah!, ¿esta es la mujer del conde francés?...

—Sí, y que resultó ser hijo de cochero; pero que con la dote remendó el entuerto; pues compró el título de conde...

—¡Ah!, ya comprendo; se trata de un matrimonio por interés y de una mujer abandonada de su marido.

—Exactamente; solamente que el interés, estuvo también de parte de la novia. Y a propósito me llama la atención que no conozca Ud. a la familia Olivas, de tantas campanillas en esta sociedad. Esta es la *Condesita del Pescante*.

—Hombre si hubiera Ud. principiado por allí...

—¡Ya! Me hubiera economizado el decirle, que esta es una de esas Condesas cuyos maridos han estado muy alto en Francia, nada menos que en los pescantes de los coches...

—Pero, en fin, hoy parece que se halla en buenas condiciones, a lo que se ve...

—Sí; la familia se ha dado por bien servida con haber comprado el título de Condesa para la joven, algo caro es cierto, pues que a más de los dineros de la dote, es necesario hacer cuenta de algunos mojicones¹⁶⁷ dados por el señor Conde a la señora Condesa.

Yo escuchaba a Ernesto, y él con esa maligna verbosidad que le era propia, cuando se ocupaba de la vida privada del prójimo, continuó:

—Dicen que es mujer virtuosa; pero yo no me confío mucho de estas reputaciones, porque en Lima llaman virtuosas a las beatas, y ya Ud. sabe, yo tengo una idea muy distinta de la virtud.

—¡Hombre!, no en vano le dan a Ud. reputación de maldiciente y pesimista.

—Sí, maldiciente y pesimista porque digo la verdad, sí, la verdad limpia y neta; lo desafío a Ud. a que no me toma jamás en una afirmación que no pueda comprobarla antes de veinticuatro horas.

—Ya lo sé, que se precia Ud. de decirle las verdades al lucero del alba.

—Al lucero del alba y al Sol por salir —dijo Ernesto, envanecido de su maldiciente veracidad.

¹⁶⁷ *Mojicón*: «golpe que se da en la cara con la mano» (DRAE).

—Bueno; pero no nos desviemos del punto principal. ¿Quién es esta joven que ha estado aquí?

—Me avergüenzo de conocer tan escasas noticias, pero le daré algunos apuntes ciertos y seguros.

Y Ernesto arrellanándose en su sillón, dijo:

—Ofelia Olivas, pertenece a una familia rica y noble; rica oliendo a salitre y guano¹⁶⁸, y noble con vahos de cuartucho de Abajo del Puente¹⁶⁹.

—¡Bravo!, la definición es prometedora.

—Sí, como que la madre escandalizó a la sociedad de Lima; pero supo sostenerse a grande altura, debido a su vida rumbosa y derrochadora. Ya sabe Ud. que en esta sociedad no hay vindicta pública¹⁷⁰ siempre que el brillo del oro cubra las manchas del honor. Los amantes de la madre pasaron a ser novios de las hijas, y la sociedad toda iba a casa de la señora Olivas a comer y beber, fingiendo ignorar lo que ella jamás se cuidó de ocultar¹⁷¹.

Después de una pausa, Ernesto continuó:

—Ofelia es la única de entre sus seis hijas que no aceptó a uno de los amantes de su madre para hacerlo su marido; la razón es fácil de explicarse; estaba locamente enamorada de uno que se decía Conde de Vesale, que llegó a Lima en calidad de agregado a la Legación de Francia, su patria. El perillán¹⁷² aquel resultó ser hijo de un cochero, que había heredado algunos realejos de un tío que estuvo en América, y aunque hijo de un plebeyo, es hoy en realidad un legítimo Conde, con título comprado por supuesto.

Ernesto con la expresión del que saborea algo muy de su gusto, continuó:

¹⁶⁸ Ver nota 36.

¹⁶⁹ Abajo del Puente, en Lima, corresponde al actual distrito del Rímac donde se encontraban los barrios populares y algunos cuarteles.

¹⁷⁰ *Vindicta pública*: «satisfacción de los delitos, que se debe dar por la sola razón de justicia, para ejemplo del público» (DRAE).

¹⁷¹ Este tipo de familia matriarcal y de moral reprobable según la ideología que se defiende en la novela, se encuentra también en *Blanca Sol*. Las críticas morales que se le hacen en ella a la madre de la protagonista están directamente relacionadas con un modo ilícito de enriquecerse.

¹⁷² *Perillán* (coloquialismo): «persona pícara, astuta» (DRAE).

—Dicen, a mí no me consta, que el marido a más de hijo de cochero, resultó también un villano de esos que en Francia toman el oficio de acomodadores y que, como un medio de lucrar, buscan mujer bonita para ganar dinero con ella.

—Parece —díjele a mi amigo— que recarga Ud. demasiado de negro y bermellón el cuadro biográfico que está Ud. trazando.

—No; lo que hago es repetirle lo que me consta y a más he oído decirlo; yo solo afirmo lo que puedo probar; en ese punto soy hombre íntegro —dijo Ernesto con la vanidosa satisfacción del que habla de asuntos profesionales. Después de una pausa, continuó:

—Desgraciadamente el Conde se dio con una joven que por tino de esos raros caprichos de la naturaleza, no quería someterse a las leyes de la herencia¹⁷³. ¡La hija de la señora Olivas, resultaba ser mujer honrada!... Ta... ta... ta...

Y Ernesto afianzó su sátira con una estrepitosa carcajada.

—Y la verdad del caso es que la joven va resultando hasta hoy, honrada de todas veras. ¿Qué le parece a Ud. esta anomalía? Nada menos que aquel amante de su madre, que ella desechó en sus pretensiones de noviazgo, está hoy que bebe los vientos por ser el elegido para consolarla de las ingratitudes del Conde; pero ella... ¡ni estol!...

Y en este punto, Ernesto hizo vulgar y significativo ademán, muy usado allá en los tiempos en que ambos éramos estudiantes, y con el cual significábamos que no había ni una miaja de sospecha.

Al escuchar esta afirmación de boca de Ernesto, sentí que inefable, deliciosa satisfacción, inundaba mi corazón. Hubiera querido abrazarlo y manifestarle mi gratitud por sus noticias. Y sin poder ocultar mi entusiasmo, dije:

—¡Qué hermoso!, ¡qué grande debe ser alcanzar el amor de una mujer como esta!...

—Cuidado, cuidado, señor *político*, que hay mujeres que son como una bala de a trescientas atada a los pies de un candi-

¹⁷³ Tanto Ofelia como Blanca Sol resisten, en un primer momento, cormperse, ya sea a través del adulterio o la prostitución. Sin embargo, las circunstancias materiales las empujarán hacia lo que la autora denomina una «caída moral».

dato; lo hunden, ni más ni menos que si se hallara en medio del océano.

—Sí, es cierto; pero también hay mujeres que elevan al hombre que aman y saben identificarse aún con los más grandes.

Después de un corto silencio, Ernesto continuó:

—Con esta mujer hay un gran peligro. Yo creo en las leyes de la herencia y la trasmisión viciosa de padres a hijos. La hija de la prostituta es prostituta, como el hijo del borracho, hereda ese vicio y lo heredan también los hijos de los jugadores viciosos y recalcitrantes. Tenga Ud. muy presente esta que es ley invariable de la naturaleza, y no dude Ud. que un día, veremos a la señora Condesa siguiendo el mismito camino de la señora Olivas, su madre.

—¡Imposible! —exclamé yo, sin poder dominar mi exaltación—. No; la mujer que es honrada sufriendo los desmanes de un marido infame y corruptor, es porque lleva en su alma, algo tan sublime, tan inextinguible, que solo puede ser esa chispa divina que se llama virtud. No, esa mujer, esa alma que se revela en su semblante, no llegará a prostituirse jamás; ¿no le parece a Ud. una gota de rocío límpida y purísima, como esas que salen de entre las aguas cenagosas de un fangal?, ¡ah!, ¡se lo ruego, Ernesto, no insulte Ud. a esa noble señora!...

Yo habíame exaltado hasta sentir que la sangre se me agolpaba al cerebro, coloreándome el rostro y Ernesto mirándome, asombrado con ese acento satírico que le era familiar, díjome:

—¡Hombre!, ha hablado Ud. como si se tratara de una novia romántica; pero no como si se tratara de saber, si esa ley de la trasmisión hereditaria, es o no cierta.

—Puede que sea muy cierta; pero todas las reglas admiten una excepción que Ud. no podrá negar.

—No, ciertamente; y si es que nos hallamos en presencia de una *excepcional*, seré el primero en saludarla quitándome el sombrero.

Quise en este momento cortar la conversación y me despedí de Ernesto, puesto que sabía lo suficiente para estar satisfecho de haber conocido a Ofelia.

II

Una joven hermosa abandonada de su marido, y cuya honradez ha sido puesta a prueba, es algo que bien puede estimular la ambición de poseerla, al más apático enamorado. Y aunque hasta entonces yo había sido poco vehemente en mis pasiones amorosas, parecíame que por esa vez algo nuevo, despertaba en mí, hasta entonces nunca sentido.

Conocer a Ofelia, hablarla en la intimidad de una buena amistad; estudiar su carácter y cerciorarme de sus vicios o defectos, o admirar sus cualidades, si las poseía, era la idea fija y constante que me embargaba desde el momento que la conocí. Habíaseme presentado con todo el misterio y el encanto que atrae y seduce, por lo mismo que allí vemos algo desconocido que se presta a idealizarlo.

¿De qué medio me valdría para llegar a ser su amigo, su íntimo amigo?... y no dije su *amante*, porque siempre gustamos engañarnos a nosotros mismos, cuando pensamos cometer una mala acción.

—Todos los jueves recibo a mis amigos —habíame dicho Ofelia, lo cual puede descomponerse así: solo el día jueves debe Ud. de ir a mi casa. ¡Y me encontraba en lunes!... dos días de espera en los comienzos de un amor vigoroso y vehemente parecen una eternidad interminable.

Y ¿por qué no había de ir a visitarla desde luego o cuando más tarde al día siguiente? Esto ciertamente sería una imprudencia, pero nada gusta tanto a las mujeres, como ser causa de las imprudencias de un enamorado. Un amante prudente es siempre un enamorado tibio: esto lo comprenden ellas por intuición.

Al día siguiente con gran pesar, vi frustrados mis propósitos de ir a visitar a Ofelia. Es que algunos amigos míos llegaron en el momento que yo me preparaba para salir.

Qué cosa tan difícil es conocer el momento en que nuestra visita principia a hacerse pesada.

Mis amigos estuvieron desatinados en este punto, y alargaron sus visitas más de lo que debían, privándome así de salir de casa.

Y en la noche, fastidiado, intranquilo lleno de ansiedad, por no haber cumplido mis deseos de ver a Ofelia, dirigíame a mí mismo esta pregunta: —¿Estaré yo enamorado de esta mujer?

Al siguiente día, después de haber dormido mal, agitado y hasta nervioso ni más ni menos que una doncella, dejé el lecho con la primera campanada de las ocho; y al fijarme en el corte de mi levita, por primera vez notar que no estaba a la «última», y en el nudo de mi corbata, que me pareció poco *chic*, no sin cierta ansiedad decíame a mí mismo: —Indudablemente estoy enamorado de esa mujer; y cuando un hombre hace esta observación, es porqué la imagen de *ella* está ya incrustada en su cerebro, y el amor anidado en su corazón.

—Y ¿si me encontrara con una virtud incorruptible? — preguntábame yo, no sin cierta ansiedad mientras me vestía de prisa, pensando ir a... no sé dónde, creo que tampoco lo sabía en ese momento; pero no sé qué fuerza desconocida impulsábame a salir fuera de la casa. Me imaginaba que había de darme con ella al voltear de una esquina, y que su cariñoso saludo había de solazarme dulcemente.

Recordaba a ese miserable, a ese infame que llevado de su interés, la hizo su esposa, para aprovechar de su fortuna y luego explotar su belleza; y sentía ternura infinita, anhelo vehemente de ser su amigo, su protector. Quizá su virtud estaba a punto de flaquear; quizá después de haberse separado de su mal marido, había venido a dar al lado de su corrompida madre, que la conduciría y la impulsaría por el camino de la perdición.

Y ya me imaginaba ser para Ofelia el escudo de su virtud, el admirador de su belleza, el amante tierno y desinteresado, que había de considerarse feliz, con una palabra cariñosa, con una sonrisa de sus labios, con una mirada de sus ojos.

Siempre al nacer el amor es generoso, tímido y abnegado. Solo cuando se le concede algo, pide mucho, y cuando se le da

mucho, pide más aún, y siempre más, sin adivinar que la hartura le trae la muerte.

Niño obediente y sumiso al nacer, se torna luego atrevido y audaz, para llegar un día a ser pérfido, artero y al fin huir, sin dejarnos más que su recuerdo.

Yo pensaba en Ofelia, no con las intenciones malévolas de un seductor, sino con la sana intención del que ha encontrado una mujer virtuosa y bella, que merece ser amada y admirada.

Y me indignaba contra el marido infame y contra la madre corrompida.

A las ocho me dirigí a las calles principales, pensando que tal vez podía encontrarla, si por acaso acostumbraba salir a esa hora para hacer sus compras.

El aire de la calle, los amigos con quienes me detuve, y con los que me vi obligado a hablar, con unos del actual ministerio, con otros de la próxima reunión de las Cámaras, con esotro¹⁷⁴ de nuestros amigos del interior; todo este cambio de ideas y atenciones disiparon un tanto la impresión que me dominaba al salir de mi casa.

Anduve por los portales; entré donde mi sastre, mandé hacer un terno según el último figurín. Este —el sastre no el figurín— asombrose sobre manera al escuchar mis recomendaciones respecto al corte de la solapa del chaleco, el cuello del levita y el dobléz del pantalón al caer sobre la bota; y picarescamente djome el muy ladino:

—¡Ya se va Ud. convenciendo, señor, de que es necesario vestirse a la moda!

Hasta entonces yo no le había hecho más que esta recomendación: —Tela muy seria y nada de modas exageradas.

Dos horas después, regresaba a mi casa sin haber visto a Ofelia.

Al cruzar hacia el ángulo del Portal de Botoneros¹⁷⁵, recuerdo que distinguí a una mujer con un vestido tan parecido al que llevaba ella el día que la conocí, que llevé la mano al sombrero para saludarla.

¹⁷⁴ Así en todas las ediciones.

¹⁷⁵ El antiguo Portal de Botoneros corresponde en la configuración moderna de la ciudad al jirón Huallaga adyacente a la Plaza Mayor.

No era ella; pero sentí viva emoción. Muchos años habían trascurrido sin haber sentido aquel golpe eléctrico, que acelera las palpitations del corazón, y produce ese ligero desvanecimiento de la vista; esa impresión que cuando está acompañada de una esperanza, nos hace sonreír, y sí de una decepción, nos pone azorados, como si viéramos a la muerte.

Por primera vez, desde que era jefe de partido, fui a comer a un hotel. La idea de comer solo en mi casa, o quizá acompañado de algún amigo, que había de hablarme de política y de partidos, me inspiró aversión. Principié a sentir disgusto por todo lo que antes me había seducido. Por vez primera también, encontré difícil el trazarme el programa de aquel día; es decir, ocuparlo todo en cosas agradables.

Necesitaba escribir algunas cartas para mis amigos y partidarios; pero pensé que no me eran urgentes, y podía aplazarlas para el próximo vapor. También debía hacer algunas visitas, y estas como las cartas fueron dejadas para mejor ocasión.

Mis amigos, aquellos que me rodeaban a todas horas, notaron mi estado de perturbación e intranquilidad y para desorientarlos, protesté cualquier incidente, el primero que me vino en mientes.

Por la noche determiné ir al teatro.

—Allá veré quizá a Ofelia —me dije.

Y vistiéndome con todo esmero pensaba:

—Sería cosa graciosa que yo viniera a enamorarme de una mujer casada, y que para colmo de males, me diera con una virtud incorruptible, que me condenara al papel de enamorado desgraciado... ¡Vaya!, pues el tal suceso sería digno de escribirse; digo, en el supuesto que solo se escribieran las cosas extraordinarias e interesantes, y no como sucede hoy, que se escriben tantas sandeces.

A las ocho y media de la noche, me instalé en mi palco de abono en el Teatro Principal¹⁷⁶.

Sin darme cuenta de mis acciones, no tomé asiento sin haber mirado antes a todas las señoras que ocupaban los palcos.

—A quién busca Ud. —preguntome uno de mis amigos.

—No busco a nadie —dije aparentando aire distraído.

¹⁷⁶ El Teatro Principal se encontraba en el jirón Huancavelica. A partir de 1929, se le conoce como Teatro Manuel Ascencio Segura.

Y cuando la puerta de un palco se abría y llegaba a entrever un vestido de señora, dulce emoción me estremecía deliciosamente. —Es Ofelia decíame, y después de haberme desengañado, volvía la vista a otro lado, esperando siempre verla.

Yo estaba en un palco de amigos «*palco de hombres*» y la charla era animada y la sátira picante.

La pieza era chistosa; pertenecía al repertorio moderno; reí de buena gana, a pesar de encontrar en toda ella ese gusto canallesco, que predomina hoy en las obras de arte; pero en esos momentos decíame: —Mejor es así, al menos de este modo se halla el anestésico del sentimiento y la pasión.

Aproveché el último acto, cuando ya comprendí que Ofelia no vendría, para hacer una pregunta a propósito de la pieza, y dije:

—Me han dicho que en noches pasadas le dio un accidente a la señora Ofelia Olivas.

—¡Ah!, sí, a la *Condesita del Pescante*.

Debo advertir que en Lima, damos el título de Conde y Marqués, no a los de viejos pergaminos que de puro rancios han quedado relegados al olvido, sino solo a los condes flamantes de título comprado. Y dígase lo que se quiera, en esto procedemos con estricta justicia. El que compra una cosa es porque la necesita, y negarle el título sería defraudarle su dinero, casi como robárselo.

Los que con cierta envidiosa inquina se sulfuraban contra tan monárquico título, bautizaron a Ofelia con el satírico nombre de la *Condesita del Pescante*, en alusión sin duda, a la profesión de cochero que había ejercido en Francia el Conde.

—¿Quién es esa Condesita del Pescante? —pregunté yo, fingiendo ignorar a quien se referían.

—¡Pues qué!, ¿no conoce Ud. a la hija del señor Olivas?, la hermosa viuda del Conde de...

—Qué papeles tan mojados tiene Ud., amigo, no sabe Ud. que el Conde está vivo muy vivo, y resuelto a no morir hasta que...

—Pero entonces, cómo es que la joven me ha sido presentada por viuda del Conde de...

—Es que ella se presentó aquí, diciéndose viuda en venganza de las infamias cometidas por su esposo.

—Magnífica venganza, pues que le enterraba a él en vida.

—Y pensará entablar divorcio y quedar en completa libertad.

—No le faltará quien la consuele.

—Por si acaso está Ud. interesado, vive calle de... *catay*¹⁷⁷ que no me acuerdo.

Y todos reímos del inesperado olvido.

Este diálogo fue sostenido por dos de los presentes, pero sin que yo dejara conocer cuán íntimamente me afectaban esos conceptos. Después cada cual emitió en este punto su opinión siempre con falsas y antojadizas interpretaciones, cual acontece, tratándose de una esposa separada de su cónyuge.

Y los comentarios siguieron, y la maledicencia de algunos gomosos, le indilgó algunas sátiras a la *Condesita del Pescante*; por dicha mía, no oí una sola palabra ofensiva al honor de Ofelia.

Cuando me retiré del teatro, me parecía estar mucho más enamorado que antes.

Como la fiebre de una terciana, así el amor embargó todo mi ser, rápida y violentamente.



A los ocho días de haber conocido a Ofelia, tocaba yo la puerta de su casa, no sin sentir esa deliciosa emoción del que va en pos de la felicidad deseada.

Mi visita no la causó novedad; parecía que me esperaba. ¡Quién sabe! Las mujeres poseen el don de la adivinación cuando se trata de pasiones o afectos que ellas inspiran.

Las mujeres solo se engañan, cegadas por la vanidad; en toda otra ocasión ven más claro que nosotros¹⁷⁸.

Desgraciadamente, yo fui allá bajo la fiebre del primer momento; bajo una ilusión forjada con el calor del amor naciente,

¹⁷⁷ *Catay*: «expresión demostrativa, contracción de la antigua frase española *cata abí*. *Catay* no es pues más que un arcaísmo, y no un limeñismo como creen muchos muy equivocadamente» (Juan de Arona, *Diccionario de peruanismos* 125).

¹⁷⁸ Parece mezclarse aquí, una vez más, la voz de Cabello con la de Jorge Bello quien no podría sentenciar con tanta claridad acerca de las mujeres habiendo tenido tan poca experiencia con ellas como ha narrado y repetido en varias ocasiones.

y en ese estado es muy posible la decepción; pues que la imaginación nos lleva siempre más allá de la realidad.

Aunque elegí para ir a casa de Ofelia, un «día de recepción», en que los salones estaban invadidos de visitantes, no me fue difícil hablar largamente con ella; y ora reclinados en un comfortable confidente, cerca del *buffee*, nos juntábamos frecuentemente conducidos quizá mejor que por mi tino, por su artificio.

Ella me habló con insistencia casi con petulancia de su esposo, de las causas por las que él vivía alejado de ella; parecía tener empeño en manifestarse como modelo de fidelidad a la vez que me dejaba comprender que su esposo por el momento, no faltaba un solo vapor de escribirla, siempre anheloso de regresar a su lado.

Hablamos luego de cosas insignificantes; ella con esa animación propia de ciertas mujeres, que ponen mayor entusiasmo mientras más necio y baladí es el tema; yo más preocupado en observarla y estudiarla que en atender a su animada charla. No obstante, noté cierta ceremoniosa frialdad, con la que pretendía eludir, lo que en estilo de enamorados, llamaría yo mi *declaración*.

Cuando me retiré del lado de Ofelia llevaba el convencimiento de que igualmente descontentos habíamos quedado, ella con mi reserva, y mi aire observador, como yo con sus pretensiones de mujer honrada, y su conversación insulsa y bulliciosa.

Confieso también, que sentí algo de despecho, de la vanidad herida, al ver que Ofelia no me hubiera hablado de mi candidatura, ni de mi gran popularidad ni de mis ruidosos triunfos políticos que ella conocía según me manifestó en casa de Ernesto.

Además de una tonta, esa mujer es incapaz de comprenderme —decíame yo con ese puntillo de la vanidad herida.

No obstante, dejando a un lado mi opinión de aquel momento, que quizá no fue resultado sino de despecho que siempre nos produce la frialdad con que una mujer recibe nuestros homenajes, diré la opinión madurada e imparcial que hoy tengo formada de Ofelia.

Su inteligencia sin ser notable era viva, despierta y en algunos momentos chispeante. Su carácter, esencialmente femenino, era de aquellos que fácilmente se adaptan a todas las situaciones, sin llevar más norte que el de sus afecciones o simpatías. Hija de una familia que al presente ocupaba alta posición social, había vivido bajo la presión de sus preocupaciones, sin avenirse con

ellas, y por consiguiente en lucha constante, entre su naturaleza y su educación, entre sus ideas aristocráticas y su condición de condesa humillada y abandonada de su esposo. Todos sus gustos y preocupaciones parecían haberse formado en sentido inverso de su propio interés, divorciándola de las personas de su familia, y de todo lo que podía amenazar su vida. Daba grande importancia al honor de la mujer, y no ignoraba que los amantes de su madre formaban parte del brillante círculo de sus salones. Gustaba ostentar lujo y holgura, y la situación financiera de su familia era cada día más apremiante, disponiendo ella tan solo de la pequeña herencia de un fundo que, por herencia paterna, le fue adjudicado a la muerte de su padre.

La familia había disfrutado de aquellos buenos tiempos, en que el huano y el salitre eran manantiales de riqueza, donde iban a recogerla todos los privilegiados por su posición social o política.

El apellido paterno, de la madre de Ofelia, no me era del todo desconocido; recordaba perfectamente haberle oído hablar a mi tío el canónigo, asombrándose del auge y el *capote* de la familia Olivas, y haciendo memoria de cuando él estuvo en Lima y conoció allá por los años de 30 y 32... al Olivas padre, que era un jornalero de *pata de vaca y poncho al hombre* según el decir de mi tío.

Y como sucede en estas familias de *riqueza oportunista* o improvisada⁷, los hijos que ignoran aquel oscuro pasado, imaginanse descender de la primera costilla derecha de don Quijote. Así Ofelia, hubiera jurgado estupenda impostura aquella que la supusiera nieta de un peón jornalero.

La suerte le prohibió más tarde tan decididamente, que bien pronto llegó a ser el señor Olivas uno de los *consignatarios del guano*⁸. Para los que hemos nacido y vivido en el Perú, estas

⁷ Hay que recordar que el uso del término «nobleza» y quejas mucho más de «aristocracia» se hace en la Lima de la época de una manera abusiva: no se refiere necesariamente a cierto origen (es decir a una condición inamovible), sino a la apariencia de poder social y económico.

⁸ Los consignatarios del guano fueron quienes tuvieron la autorización por parte del Estado (sistema impulsado bajo el gobierno de Ramón Castilla) de explotar y exportar (asociados con empresarios extranjeros, sobre todo ingleses) el guano de las islas. El sistema de consignaciones existió entre 1847 y 1860. Los consignatarios no solo

tres palabras de «consignatario del huano» son suficiente explicación de cómo puede improvisarse una fortuna, pasando el favorecido desde peón a millonario.

Bien hube yo de cuidarme en no dejarle conocer a la *Condesita del Pescante* que a tan lejos iban mis conocimientos respecto a su noble alcurnia.

Bien es verdad, que tan ofensivos recuerdos del lustre de mi amada, solo acudieron a mi mente a causa del súbito e inesperado resfrío, que, sin darme yo cuenta, había hecho descender el termómetro de mi amor a la baja temperatura de un grado bajo cero.

En el amor, nadie es responsable de la depresión o aumento del sentimiento, que es tan independiente de la voluntad, como el calor o el frío que hiere nuestra sensibilidad.

Yo en esos momentos estaba persuadido que Ofelia quedaría en los recuerdos de mi corazón, cual ráfaga de luz que para siempre se había apagado; cuál bella visión de quien había estado yo enamorado, unas cuantas horas, desvaneciéndose luego como fantasma forjado por la imaginación.

recibían un porcentaje del negocio de exportación, sino que se convirtieron en prestamistas del Estado, ya que le cobraban el dinero que este recibía por adelantado con importantes intereses. Con la firma del contrato Dreyfus se pone fin al sistema de consignaciones.

III

Después de haber casi olvidado a Ofelia, y también mi desgraciada visita a su casa, un nuevo e inesperado suceso volvió a colocarme en presencia de ella.

Un día regresaba yo de Chorrillos, y en la parada que hace el tren para tomar pasajeros en las estaciones del Barranco, subió al mismo coche que yo ocupaba una mujer lujosamente ataviada, que al pronto no alcancé a reconocer.

Como nos hallásemos en la época canicular de la estación de baños, los coches del tren estaban todos ocupados por la multitud de paseantes que acuden a esos pueblecillos balnearios. Pero siguiendo la tradicional cortesanía de las costumbres peruanas, que tan caballerosamente rinden culto al bello sexo, varios individuos pusieronse de pie, para cederle el asiento a la dama. Yo fui uno de ellos, y mi ofrecimiento quedó aceptado, exigiéndome tomara yo el costado, que también le fue ofrecido.

Cuando estuve a su lado un gesto de sorpresa, quizá de emoción, contrajo mi fisonomía. La dama a quien yo había cedido mi asiento era Ofelia.

Tupido velo cubría su rostro, y cual brilla tras espesa nube de invierno, el lucero de la tarde, así brillaban sus ojos, expresivos y parteros más que nunca.

—¡Cuánto tiempo que no tengo el gusto de ver a Ud.!

—Sí, cierto, mucho tiempo —contestele yo, sin poder agregar ni una palabra de disculpa y casi resuelto a cortar la conversación.

—Todos los días esperaba verlo llegar. ¿Cuál es la causa de su alejamiento?

—He estado muy ocupado —dije, recurriendo a esta vulgar disculpa.

—Es natural; un hombre como Ud. jefe del partido más popular que ha habido en el Perú, candidato favorecido con

los homenajes de los más eminentes ciudadanos del país, el hombre en fin más...

Yo tosí fuertemente, embarazado con esta avalancha de lisonjas que ella me dirigía. En ese momento ocurriome preguntarme. ¿Si habrá adivinado mi disgusto, a causa de su falta de admiración por mi alta posición social y política? Yo me apresuré a contestar.

—¡Oh!, señora, Ud. me lisonjea demasiado.

Y ella con mucha gracia me respondió.

—Si yo pudiera trabajaría por la candidatura de usted.

—Gracias, señora, si Ud. me protegiera yo contaría seguro mi triunfo.

—¡Ah!, ¡si supiera Ud. cómo me entusiasma la política, cuando se divide en partidos! Yo me muero por esas agitaciones, esas impresiones de los partidos en lucha; y si conspiran contra el Gobierno, mejor; así hay lugar a mayores impresiones, ya sean de angustia o de esperanza, de zozobra o de alegría, que es lo que a mí me gusta. ¡Ah!, que felices son los hombres, que todo lo pueden!, nosotras las mujeres nada podemos, por eso nos morimos de fastidio.

Ofelia habíase exaltado y sus mejillas se colorearon suavemente. Pareciome bellísima.

En el curso de la conversación, díjome algunas galanterías, como esta: —Los candidatos como Ud. gozan de la satisfacción de ver que los demás hombres le sirven de peldaños para subir donde desean; y dicen que Ud. tiene peldaños forrados en oro de dieciocho quilates.

—Se equivoca Ud., señora, esos son partidarios de su interés y no míos.

—Yo creo que los hombres como Ud. conquistan verdaderos partidarios.

—Señora, algo más que partidarios quisiera yo conquistar.

—Sí, quisiera Ud. conquistar el Palacio de Gobierno, ¿no es verdad?

—No, yo quisiera conquistar el corazón de una mujer como Ud.

Ofelia rio con esa risa nerviosa que es síntoma de profunda emoción. Y con toda la coquetería de la mujer aleccionada en el arte de seducir, díjome:

—Esas conquistas las hace mejor el amor que la voluntad, ¿no lo sabe Ud.?

—Sí, sé que solo el amor conquista al amor; pero...

En ese momento llegamos a Miraflores, y el movimiento de nuevos pasajeros vino a interrumpirnos.

Quiso ella darle otro sesgo a la conversación, y me habló del campo, de los paseos veraniegos. Ofelia se asombró al escuchar una opinión mía.

—Pero, ¿cómo es que no le gustan a Ud. estos pueblecitos tan encantadores?

—Es, señora, que a mí me gusta el campo con campiña, con bosques de verdura, y esos cuatro arbolillos, raquíuticos que bordan las calles de Chorrillos, no hacen más que despertarme el deseo de ir a buscar el verdadero campo, donde se respira el aire purificado por las plantas, y se divisa la pradera embellecida por las flores.

La conversación rodó sobre este tema, tornándose al fin, excesivamente vana.

El tren acortando pausadamente su andar, se detuvo al fin. Había llegado a Lima.

Ofelia tomó un carruaje e inclinando el cuerpo por el ventanillo, extendiome su mano para decirme:

—Hasta luego —acentuando estas palabras, como si fueran una cita...

—Adiós, señora —contestele yo sin intención de darla un rechazo.

Desde aquel momento en que me separé de Ofelia, quedé intranquilo, disgustado, parecíame que algo nuevo, desconocido se realizaba en mi espíritu. Y como si sus ojos velados por el tul de su sombrero, hubieran quedado incrustados en el fondo de mi cerebro, y en la retina de mis ojos, no cesaba de verla, con ese aire de abandono y coquetería que con tanto arte sabía adoptar. Hasta aquellos crespecillos, que el aire del camino agitaba en la nuca de Ofelia, estaban tan presentes en mi imaginación, que había momentos que yo movía los labios, como si fuera a besarlos.

Pasados ocho días, de aquel encuentro en el tren, me dirigí a casa de Ofelia. Como si corrientes irresistibles me hubieran llevado, o más bien arrastrado hacia ella, fui contra el deseo, contra mi razón, contra mis convicciones y hasta contra mi co-

razón, que no buscaba el amor tempestuoso reprobado de la mujer casada, sino el amor sereno, tranquilo y feliz de la mujer libre.

Ofelia me recibió con la naturalidad de la amiga íntima, como si fuera la cosa más corriente y por ella esperada, el que yo volviera a buscarla.

La ingrata impresión de la primera visita habíase desvanecido de mi ánimo, y supongo que idéntica cosa acontecía en el suyo.

Pareciome que un cambio radical y sumamente simpático se había realizado en nuestra amistad. Ocurriome entonces pensar, que quizá me encontraba en los comienzos, no de uno de esos amoríos fútiles y perecederos, sino de una de esas grandes pasiones, que resisten al tiempo y a los embates de la vida; pero aquello no pasó de una reflexión a la que no di importancia alguna.

Los primeros días trascurrieron rápidamente, pareciéndome que se hermooseaba, y entonces hubiera dicho que su espíritu tenía resplandores que iluminaban todo su ser. Si debiera de hacer hoy una definición de Ofelia, diría que era una limeña parisiense; los dos tipos que a mi concepto pueden tomarse en el mundo, como modelos de gracia y belleza.



La señora Olivas, madre de Ofelia, acostumbraba en los días jueves de cada semana recibir a sus numerosos amigos: hablando en estilo aristocrático diríamos: «los jueves se quedaba en casa» y allá concurría la *high life* de la sociedad limeña; la que brilla por su posición social y financiera, más brillante esta que la primera en esas reuniones.

La señora Olivas era sumamente dada al juego de rocambor¹⁸¹, o como decían sus íntimos, era una rocamborista de primera fuerza, y muy arriesgada para «hacer entradas».

¹⁸¹ *Rocambor*: juego de naipes muy usual en la España del siglo XIX. También se le conoce como tresillo.

Estas palabras que yo he subrayado en el papel, muchos las subrayaban en la conversación, aludiendo a la equívoca conducta de la *noble* señora¹⁸².

Haré aquí una salvedad importante. Al referirme a la señora Olivas *madre* de Ofelia, lo hago siguiendo mis informes de aquella época; pues que solamente poco tiempo después, llegué a descubrir que Ofelia era sobrina y no hija de la señora Olivas; es decir, *sobrina oculta* por ser hija de una hermana soltera de la señora; y así se explica que por su belleza, lozanía y gracia, aparecieran ambas mujeres, dos jóvenes hermanas más bien que madre e hija.

Estas sobrinas que se dan por hijas, lo mismo que las hijas presentadas por sobrinas, son aquí como en todas partes secretos que corren en boca de toda la gente habladora.

Extrañome y mucho, el que Ernesto, a pesar de sus alardes de estar perfectamente informado, ignorara aquel secreto que luego se hizo público; pero en esta vez aconteció un caso bien raro; los interesados vivían persuadidos de que su secreto bajaría con ellos a la tumba: inocentadas propias de los que miran el mundo a través del prisma de la adulación.

El juego de cartas era, pues, el más poderoso aliciente que atraía a los numerosos visitantes de la casa.

Allá encontrabanse aquellos *respetables veteranos del tapete verde*¹⁸³, que tanta admiración nos causaron, a quienes en casa de la señora Olivas, rendíaseles el homenaje debido a su alto rango; pues que pertenecieron al número de los que jugaron a *chino apunte*. Este apunte merece una explicación; se entiende para los que no estén al tanto de la nobilísima tradición del rocamborista de alto rango.

Es el caso que, cuando se traficaba con colonos asiáticos, enganchados¹⁸⁴ en su patria a muy bajos precios, casi por una

¹⁸² El juego de apuestas es uno de los vicios más recurrentes denunciados por la autora en distintas novelas, sobre todo en *Eleodora* y *Las consecuencias*, sin embargo, se solía relacionar en dichas novelas con prácticas masculinas.

¹⁸³ *Tapete verde*: mesa de juegos de azar.

¹⁸⁴ La inmigración china se autorizó por ley el 17 de noviembre de 1849. Según esta ley se otorgaba 30 pesos al comerciante que introducía un extranjero entre 10 y 40 años. De esta manera, el 10 de octubre de 1849 llegaron los primeros 75 inmigrantes chinos, hombres prove-

bagatela¹⁸⁵, para ser vendidos en Lima, al precio fijo de cuatrocientos soles de plata fuerte cada uno, sucedió aquí, lo que en todas partes sucede, cuando el dinero abunda y la moral decrece: los vicios llegan a su mayor auge y difusión; y como en Lima los entonces comerciantes de tales *mercaderías* no sabían que hacerse con tanto dinero: ocurrióseles jugar su rocambor dándole a cada ficha la representación de un *chino*: ¡de un hombre!... Y así *un solo de oros*, por ejemplo, con *matadores* y *primeras*, costábale a cada uno de los perdidosos veinticinco chinos de a cuatrocientos soles. ¡Un hombre convertido en una ficha!...

Con tales abolengos, bien se colige que en casa de la señora Olivas, debía encontrarse lo más granado de los rocamboristas, entre los que se contaban también a todos los políticos en auge; a todos los oportunistas del éxito; a todos aquellos que viven danzando al rededor del gran polichinela¹⁸⁶ social, que es el dispensador de cuantas recompensas y favores han menester ellos. Sí, allí estaban los hombres que a falta de honor se rodean de honores; los que para ocultar su escaso mérito personal, se revisten y engalanan con méritos de sus antepasados, alcanzados quizá por medio de la abyección del ser moral, que es lo que constituye al hombre de honor.

Allá estaban mezclados, confundidos y barajados todos los partidos políticos, ligados, sostenidos y hermanados por el gran partido del fraude y el peculado. Allá donde todos están de acuerdo tan solo para despreciarse mutuamente, y adularse recíprocamente, allí fui yo a ocupar preferente puesto entre los «hombres públicos de consideración». Y ya que debo confesar con certera franqueza mis impresiones, preciso es decir que, a pesar de las grandes faltas que sobre mi conciencia pesaban, sentíame empequeñecido, casi avergonzado al verme allí, enrolado y formando número con aquellos hombres, cuya negra conducta política y social era para mí bien conocida.

nientes de la región de Macao. En los años siguientes se promulgarán nuevas leyes que facilitarán más viajes y la entrada de un número más importante de asiáticos empleados en diferentes trabajos agrícolas, en la construcción de vías férreas, en la explotación del guano, así como en las tareas domésticas.

¹⁸⁵ *Bagatela*: de poca importancia o valor.

¹⁸⁶ *Polichinela*: «personaje de la farsa italiana y del teatro de marionetas, jorobado, de carácter chocarrero y fanfarrón» (DRAE).

Es que yo entonces tenía todavía todos los pudores del político inexperto y poco aleccionado en lo que llamaría los grandes rasgos característicos del hombre público. Hoy comprendo que inclinarse y protestar, ni aun el hacer ascos y aspavientos, porque el ministro roba, el cajero fiscal especula, el diputado se vende y el secretario pone precio a sus buenos oficios, que son cosas que de puro corrientes rayan en vulgares; pueden bien hacer pasar, por un pobre de espíritu, con todas las cursilerías y chifladuras de un memo provinciano e inocentón.

Allá había un cajero fiscal que, con cínico alarde, hablaba de *algunas finquitas* que actualmente estaba construyendo, y en las cuales llevaba ya gastados algo de doscientos mil soles; amén de otras que tenía ya compradas, y del boato desplegado en su casa. Y en tanto que mi hombre hablaba así de sus riquezas, yo recordaba lo que él fue un año antes; cuando le conocí, acosado por sus acreedores, y en pos de empeños para alcanzar el nombramiento de cajero fiscal, y lamentándose de carencia de dinero, aún para la satisfacción de sus más premiosas necesidades.

La cuantiosa fortuna del señor Cajero no había necesitado para improvisarse otra combinación financiera, ni más medida gubernativa, que el obtener la connivencia de la gente influyente de Palacio para apoderarse de las *papeletas* de pago; es decir, las órdenes del ministro para el pago de las pensiones de viudas e indefinidos; órdenes que, compradas al *dos por ciento*, eran canceladas inmediatamente, dejando una utilidad líquida de un noventa y ocho por ciento!...

Cuando el clamor del hambre arreciaba y el grito desesperado de los interesados llegaba hasta las columnas de algún periódico; entonces la prensa subvencionada se encargaba de aclarar el punto, motivo de queja, probando por $a + b$ que era cosa impracticable, aquella de llenar esa partida del presupuesto que asignaba montepío a las viudas, y sueldos a los indefinidos. Y el tesorero en connivencia con altos personajes, continuaba comprando papeletas al *dos por ciento*; y tal fue la demanda que las hicieron subir al *tres por ciento*.

Y en tanto se cometía ese fraude, la viuda con hijos pequeños, cuyas necesidades no le era dable satisfacer, el *indefinido* anciano enfermo y mostrando su honrosa foja de servicios y sus gloriosos antecedentes, todos inclinaban la cabeza y enjugaban sus lágrimas, sometiéndose resignados a su cruel destino,

y esperando la justicia de Dios, ya que la de los hombres les faltaba.

Y no se diga que presento el señor Cajero fiscal como el tipo más saltante de la fraudulencia de esos caballeros; todos cual más cual menos debieran en vez de la cadena de oro, engarzada al chaleco, arrastrar la del presidiario, condenado por robo con abuso de confianza, y estafa con circunstancias agravantes.

No por esto pretendo demostrar, que en el Perú no haya hombres honrados, entre los que se cuentan estadistas ilustrados y patriotas; no, es que esos no formaban número en ese traqueteo chismográfico-político-bursátil de la corte de la señora Olivas.

Asistían también a esos salones, algunas señoras de mano guanteada y alto copete... Respecto a ellas no me atrevo a emitir mi opinión.

Con la veracidad que acostumbro, diré solo, que *ellas* me parecieron muy superiores a *ellos*. Verdad que por regla general, pareceme que en el Perú, acontece la singular anomalía de ser, no solo en cualidades morales e intelectuales, sino también en condiciones físicas, muy superiores las mujeres a los hombres.

¿Será esta opinión la consecuencia de que en mi condición de político, he debido tratar con mayor conocimiento de causa a los hombres que a las mujeres?

No sabría contestarme, y dejo la cuestión para los que quieran resolverla.



Lentamente sin darme yo cuenta, adquirí la costumbre de ir todos los días a la cinco de la tarde a pasar dos horas al lado de Ofelia.

Esta costumbre tornóseme tan imperiosa, que era como el alimento de mi espíritu: una necesidad moral que no me era dable eludirla.

Ofelia desplegó todo el artificio de la mujer de talento, que valoriza y comprende que, en su sexo, el arte de resistir es una de las formas de la coquetería, y el mayor incentivo para las pasiones amorosas.

Comprendí que Ofelia pertenecía al número de esas mujeres que, una vez que se les ha amado, ya no es posible olvidarlas.

Alcancé, merced a súplicas y protestas de mi amor y respeto, que ella me recibiera en un pequeño saloncito, destinado a recibir a sus amigas íntimas.

Allí, sin testigos ni temores, hablábamos de nuestro amor; con la vehemencia propia de esa edad, en que se ama no solo con el alma, sino también con el cuerpo, con todos los sentidos que parecen creados solamente para el amor.

Allí pasaba yo algunas horas a sus pies, considerándome el hombre más dichoso de la tierra.

Sentíame rejuvenecido, regenerado; ideas nuevas, fuerzas superiores, aspiraciones levantadas, se despertaron en mí, como si por vez primera, sintiera la pasión del amor.

Jamás Ofelia había sido amada de esta suerte; jamás conoció este sentimiento apasionado vehemente, que tiende a confundir dos existencias, para formar una sola, aunque a ello se opongan todas las leyes sociales, y todos los principios, y dogmas que hemos acatado antes.

Por más que parezca inverosímil, diré que Ofelia a pesar de sus veinticinco años, sentía por vez primera, las satisfacciones del amor apasionado y correspondido.

Su esposo no se tomó el trabajo de fingirle que la amaba, apenas si le fingió que la había considerado menos acaudalada de lo que era, cuando contrajo matrimonio, que fue en la época de mayor esplendor para su familia.

Y Ofelia que le había amado con el pudoroso amor de los quince años, no alcanzó adivinar, que tras las fingidas manifestaciones de su novio, no había más que el vil interés de un mercader.

Al fin ella se había resignado a vivir al lado de ese marido que la maltrataba, resuelta a no pedirle más que las consideraciones a que era acreedora por su posición social y sus bienes de fortuna.

Con tales antecedentes, natural era que ella correspondiera mi pasión. Jamás el verdadero amor ha dejado de seducir a una mujer, cuyo corazón se halla ajeno a otra impresión amorosa.

Es que la mujer más que el hombre se rinde al amor; o más bien dicho, antes que el hombre la cautiva el amante; y así se ex-

plica tantos favorecidos por el amor, que no son los favorecidos de la fortuna, ni aún de la belleza física.

Y ya que dejo apuntada esta convicción mía, bien puedo decir, que pocos días después de nuestras diarias entrevistas, Ofelia se entregó a mí, sin reserva ninguna.

¡Desgraciado el hombre que al saborear los primeros trasportes de una pasión, no cree que ella ha de ser eterna e impercedera, su dicha!... Desde aquel momento mi amor y mi estimación por Ofelia, crecieron tanto más, cuanto habían disminuido otros amores míos, después de la posesión.

En el curso de los primeros días, llamó mi atención, el empeñoso afán con que Ofelia se precaucionaba, para que ni en el público, ni aun las personas de su familia, descubrieran nuestras ocultas relaciones. Muchas veces la vi desesperarse y llorar amargamente, suponiendo que alguna persona de las de su amistad, pudiera mirarla como a una «adúltera que se aprovechaba de la ausencia de su esposo, para divertirse con un amante» (palabras textuales). —Sabes —me decía —, si yo creyera que, en el público, son conocidas nuestras relaciones, yo me suicidaría.

Y aunque estas palabras tuvieran su tantico de exageradas, expresaban fielmente las primeras impresiones de la mujer verdaderamente honrada.

Y yo convencido de la veracidad de sus sentimientos, desplegabam toda mi elocuencia para disuadirla, dándole toda suerte de seguridades, respecto a su reputación, por la cual quedaba a cubierto de la maledicencia de los que pudieran agraviarla.

Pero no sabría explicar bajo qué orden de influencias o reflexiones, aquellas pudorosas precauciones de mujer delicada y discreta, principiaron a desaparecer, para dar lugar al más atrevido e impúdico descaro. Cual si en su espíritu hubiérase realizado una violenta reacción, Ofelia no ya trataba de ocultar nuestras relaciones, sino que hacía alardes de desafiar la opinión pública.

¿Cuál era la causa de este inesperado cambio? ¿Qué móviles tan poderosos impulsaban su ánimo, que así trastornaban todos sus principios de moral?

¿Querría vengarse de su esposo, y para ello me colocaba a mí, en el lugar que públicamente debía ocupar él?

¿Eran quizá consejos de su pervertida madre, que hallándose arruinada y casi perdida su antigua fortuna, pretendía

acudir a la bolsa de los amantes de su hija por no poder hacer otro tanto con los suyos?...

No alcanzo a darme cuenta cabal de aquel fenómeno que en el ánimo de mi amada se realizaba; lo que sí quiero que conste, es el empeño con que ella descubría nuestros amores, muchas veces con innecesario escándalo.

Y todos esos incidentes vulgares de la vida de familia, como el recibir cartas y recados, contestando sin reserva alguna, cual si de un esposo se tratara, ella los aceptaba y los practicaba más de una vez, aún contraviniendo prohibiciones más.

Y así amigos partidarios, acostumbráronse a buscarme en casa de Ofelia, seguros de hallarme allá, mejor que en mi propio domicilio.

Sin respetar la presencia de un extraño, solía dar órdenes al criado, diciéndole con tono natural:

—Ve a llamar al *señor*, y dile que han venido a buscarle.

Esta palabra el *señor* quería en esos casos significar, el dueño de casa o lo que es lo mismo, el amante impuesto a la familia, y aceptado por la sociedad.

Y el criado dirigíase para cumplir esas órdenes a las habitaciones de Ofelia, bien conocidas por ocupar el ala derecha del gran patio exterior, y a donde ella solo recibía a sus amigas íntimas. Estas piezas se comunicaban con el salón por medio de una puerta sin molduras ni vidrios, y cubierta con el mismo empapelado de la habitación; de tal suerte que cerrada aparecía como una puerta secreta.

Y yo envanecido con mi título de amante oficial de la Condesa de Vesale, de la hermosa mujer a quien yo veía rodeada de adoradores desgraciados, y amigos con pretensiones de amantes, sentía íntima satisfacción al salir por aquella puerta, lo cual era una pública notificación de mi inapreciable dicha.



Por fin quiso, para tener más libertad de acción, salir a vivir sola, en una casita que arreglaríamos muy elegantemente, según decía ella; y este arreglo de nuestra nueva morada absorvionos, muchos días de atención, y a mí debía costarme muchos miles de soles.

Nada entusiasma tanto a una mujer del gran mundo, como el arreglo de un nuevo domicilio. Horas enteras nos pasábamos, discutiendo sobre el color de los muebles y la calidad de cada uno de ellos.

—La primera salita —decía ella— llevará muebles oscuros, y la de recibo debe estar con colores claros, celeste o crema floreado, con cortinajes de la misma tela. Ya los espejos no están de moda, me sabe a gente de provincia, la que tiene grandes espejos en sus salas; nosotros adornaremos nuestro saloncito de recibo con objetos de arte ¡ay!, ¡cómo me gusta a mí todo lo que es curiosidades y adornos elegantes!...

Y en medio de sus descripciones de las habitaciones, enlazaba sus brazos a mi cuello y entusiasmada decíame:

—¡Oh!, qué felices vamos a ser, en aquel lindo nido para los dos. Tú ocupado de tus trabajos de jefe de partido; y yo ocupada en... ¡ah!, porque es preciso que sepas, que por lo que más deseo que vivamos solos, es por trabajar yo, junto contigo. Lo primero que he de arreglar, es tu despacho, con muebles de marroquín cabritilla, y un escritorio muy elegante y...

—El mío es bastante bueno —interrumpile yo, para manifestarle que me interesaba en sus planes de arreglo de casa.

Siempre en estos casos llega tarde la reflexión; y cuando para mí llegó quedé espantado de aquella publicidad que ella y yo habíamos dado a nuestros amores.

Y queriendo enmendar la falta, le manifestaba a Ofelia el deber que ambos teníamos de guardar miramientos y respetos; yo por mi condición de jefe de un partido político, y ella como mujer casada, cuya alta posición social la imponía deberes y respetos ineludibles.

La primera vez que expuse, estos mis timoratos consejos, Ofelia tomando la expresión satírica de la mujer de mundo exclamó:

—¡Bah! No me hables de moralidad aquí en esta sociedad; eso estaba bueno para cuando yo era una inocentona, que nada comprendía; la prueba es que nunca tuve tantos amigos y aduladores como ahora: y lo que es con respecto a ti, ¿eres acaso el único hombre público que vive escandalosamente con una mujer casada, y recibe cartas y amigos en casa de su querida?...

Después de un momento de reflexión, agregó: —Qué cándida era yo antes, ¿no es cierto? Cólera me da cuando recuerdo

todo lo que yo he llorado, temiendo que se descubrieran nuestros amores. Ahora yo me pregunto: —¿Por qué, por quién vamos a sacrificar nuestros gustos y satisfacciones? ¿Por las amistades?... ¡He!, hace mucho tiempo, desde que te amo a ti, que me fastidia la sociedad de mujeres. Ya sé a lo que vienen a mi casa; si son solteras a mirarte a ti con ojos tiernos, y si casadas a buscar empeños para alcanzar algún destino a favor del marido o de otra persona, que les interesa más. Déjate de reflexiones, estoy resuelta a mirar las cosas por su lado positivo y nada más. ¿Lo sabes?...

Después de muchas vacilaciones y repetidos viajes para «pasear casas» de ir y venir aparentando hacerlo todo muy sigilosamente; pero en realidad de todo lo que se practica bajo la luz del sol; al fin alquilamos «unos altos» bastante espaciosos para nosotros; pero que ella acostumbrada a los anchurosos salones y grandes corredores de la casa de sus padres, continuó llamándola «*casita*». No me explico si este diminutivo, lo aplicaba en razón de la extensión de la casa, o en razón del cariño que la inspiraba esta, que ella llamaba, nuestro nido de amor.

Nos dimos cita donde un *mueblero* de la calle de Plumereros, para escoger juntos el menaje de nuestra futura morada.

Ofelia hubiese querido comprar cuanto veía, pero fue necesario sujetar sus ímpetus derrochadores diciéndola:

—Primero compremos esto y después veremos lo que nos falta.

El tapicero que sin duda me conocía, mirome con cierta extrañeza, que no dejó de perturbarme.

No obstante mis reparos para no hacer gastos excesivos, escogimos lo mejor y más elegante de la tapicería, que por entonces era la más lujosa de Lima.

Después de muchas citas, ora donde el ebanista, o donde el tapicero, o bien en algún almacén de tripes¹⁸⁷ y cortinajes; después de andarnos encontrando como por casualidad, en cada una de esas tiendas; concluimos nuestras compras; y principiamos el arreglo y decoración de la casa.

¹⁸⁷ *Tripe*: «vocablo de origen francés (*tripe*), tejido de lana o esparto parecido al terciopelo, que se usa principalmente en la confección de alfombras» (DRAE).

—Estas cosas es necesario dirigirlas personalmente —decía Ofelia— so pena de que cuesten mucho dinero y resulten muy mal hechas.

Al fin un día, no sin grandes agitaciones, de ir, de venir, de traer muebles de una parte y devolver otros, que después de traídos a la casa, no habían sido del gusto de Ofelia; al fin, un día tomamos posesión de nuestro nuevo domicilio.

Y lo curioso de esta situación es que, solo cuando ya estuvimos definitivamente instalados, y Ofelia llenando sus deberes de señora de casa, principió a dar sus órdenes, y yo como dueño de esta, me di la satisfacción de entrar y salir, ocurriome el preguntarme, no sin honda angustia: si esa instalación al lado de mi querida, no sería una de esas locuras de enamorado, que tan caro pagamos en nuestra vida los hombres a quienes se nos apellida *públicos*, sin duda para manifestarnos, que debemos vivir más para el público que para nosotros mismos.

Tarde era ya para estas reflexiones, y procuré dar de la mano a toda idea que pudiera enturbiar mi felicidad.

¡Mi felicidad! ¡Ah!, ¡porque nunca hemos de poder disfrutarla completa, sin alguna contrariedad que nos atormente!...

Pero esta vez mis contrariedades, eran harto cortas al lado de mis horas de placer.

Yo amaba a Ofelia, amábala con toda la energía de mi alma, con todo el ardor de una pasión robusta, que no necesita para su alimento, más que las satisfacciones que la naturaleza le pide al amor.

Y Ofelia, cada día más afectuosa, correspondía a mi amor, colmándome de caricias y halagos, que me dejaban satisfecho y feliz, tanto cuanto es posible serlo, en aquellos momentos en que olvidaba todo lo que podía contrariarme.

Y yo la miraba pasar, gentil, arrogante, atareada en las faenas de la casa, enviándome cariñosas sonrisas, que no correspondía con palabras de la más efusiva ternura.

Otras veces, yo corría a detenerla, sintiendo deseo de besar sus cabellos, su cuello, y después de estas expansiones, retornaba a mis tareas de político y jefe de un partido, y volvía contento satisfecho, queriendo convencerme a mí mismo que aquella dicha debía ser tan duradera como mi vida, por más que el porvenir se me presentara oscurecido bajo siniestras sombras. Considerábame tan dichoso a su lado, allá en su sa-

loncito de muebles celestes, que ella había arreglado, siguiendo mis consejos, que muchas veces, sin hablar una palabra, yo contemplándola y ella, acariciando los rizos de sus cabellos, sentía que mis ojos se llenaban de lágrimas, y temblaba al pensar que aquella felicidad podía terminar. Y entonces, acercando mi cabeza a su seno decía: abrázame, abrázame, Ofelia, dime que me amas, que me amarás toda la vida.

—¿Nada más que toda la vida? —decíame ella con tono cariñoso, y luego agregaba—: ¡También toda la eternidad!...

Y en esos momentos yo experimentaba en todo mi ser, esa plenitud de sensación, de entorpecimiento delicioso, de la pasión satisfecha.

Y allá a su lado, olvidaba los partidos, olvidaba las conspiraciones, y hubiera renunciado a todos mis sueños y a todas mis aspiraciones, para vivir así, en la extática contemplación de la mujer, amada.

Abstúveme de participar a mis amigos mi cambio de domicilio, y Ofelia aprobando esta resolución decía:

—Sí, que no vengan con sus visitas a interrumpir nuestra felicidad.

Y así pasábamos las horas, los días y las semanas, en esa embriaguez, deliciosa y apetecible para el hombre que satisface todas sus aspiraciones, desempeñando el papel de amante; pero dañosa y soporífera para el hombre público, que ha menester poner en actividad todas sus facultades, en pro de la aspiración que se propone realizar.

Estas reflexiones cruzaban de continuo por mi mente, y aquella vida ociosa, inactiva monótona, sin ninguno de los alicientes que pudieran amenizarla debía dejar inmensos vacíos en un espíritu inquieto, vehemente y ambicioso de gloria y renombre como es el mío.

Y así fue que un día, el menos esperado, sentí algo que al primer momento no me atreví a llamar *aburrimiento*; pero que tenía de él todos sus síntomas.

Y no sin cierta ansiedad, mezclada de asombro, preguntábame yo: —¿Será posible que hasta la felicidad llegue a aburrirnos?

No, no era dable suponer tal aberración; y luego, mi amor, mi inmenso amor, no había disminuido un punto; y entonces cuando tales ideas me asaltaban, yo me acercaba a Ofelia para

estrecharla en mis brazos y decirla con toda la sinceridad de mi corazón:

—Cuán felices somos, querida mía, ¿no te parece que esta dicha ha de ser tan duradera como nuestra vida?

—Ya lo creo; con tal que tú seas siempre el mismo, yo no he de cambiar jamás...

Y yo con la cabeza reclinada sobre el seno de Ofelia, amorosamente acariciado por ella, y sintiéndome bajo la deliciosa embriaguez del amor satisfecho, yo me preguntaba: —¿Y qué va ser de mis sueños de gloria, de mis grandes ambiciones, si todo debo sacrificarlo a esta situación!

Parecíame que el tiempo corría llevándose cada día una parte de mí mismo, una parte de mi energía, de mi reputación, de todo aquello que yo consideraba como la base de mi futuro engrandecimiento.

Huía de mis amigos no ya por temor de que ellos vinieran, como decía Ofelia a interrumpir mi felicidad, sino por temor de que me hablaran de mi conducta, no fuera más que alusivamente a aquello que en mi posición social, no podía dejar de considerarse como grave falta.

Por lo mismo que Ofelia me encarecía a cada momento el inmenso sacrificio de su virtud, hecho en harás de nuestro amor yo no podía pensar sin negra ingratitud, en aminorar que ella generosamente consideraba como la recompensa de su amor.

Y por más que en nuestro programa de vida íntima habíamos pactado que yo trabajaría con mayor actividad que nunca, para organizar mi partido, y seguir el rumbo que la política del país me trazara, yo sentíame sin ánimo, sin entusiasmo para lanzarme en ninguna empresa; con más deseo de huir a un despoblado para esconder allá a mi amada, temeroso de perderla, y más inclinado a ocultar mis faltas y debilidades, más censurables, mientras más expectable fuera mi posición social.

No sabría explicar lo que por mi ánimo pasaba. Decir que sentía vergüenza de vivir públicamente con mi querida, o más bien, amilanamiento para arrostrar la opinión pública, sería decir una falsedad, porque nada semejante a esto sentía yo.

Pero entonces ¿por qué a la vez era Ofelia para mí, el ángel de luz que debía irradiar todas las alegrías de mi vida, y también, la siniestra sombra que había de oscurecer toda mi pasada grandeza?...

¡Ah!, yo sentía en mi alma la tremenda lucha de dos grandes pasiones, que, igualmente dominantes, tan pronto me acercaban a Ofelia, con la misma irresistible fuerza con que atrae el imán al acero, tan pronto me alejaban de ella, y entonces considerábala, ¡cual la traidora roca, escondida en el océano, para hacer escollar todas mis ambiciones de gloria y futura prosperidad!...



A mis horas de reflexión y de lúcido raciocinio, sucedáanse, desfallecimientos sombríos, deducciones tristes, que luego eran seguidas de desahogos de enojo, que alguna vez rayaron en ímpetus coléricos, que érame cruel ocultar.

Ofelia con esa adivinación casi sobrenatural, propia de las mujeres que aman, comprendió que aquel estado de ánimo no era resultado de un carácter violento o irascible, sino de algo extraño, que ella cariñosamente quiso investigar.

—Algo me ocultas tú, ¿dime?, ¿qué te pasa?, ¿qué te ha sucedido? ¿Has tenido acaso malas nuevas en las cartas que recibes? Te noto mal humorado y desabrido, ¿qué hay, qué te pasa?

—No, hijita, no hagas caso de mis rabietas, son desigualdades de mi carácter, pero luego desaparecerá todo.

—Algo hay que tú quieres ocultarme.

Y Ofelia buscaba hechos, donde habían pasiones; pasiones en perpetua lucha, que eran causa de las irregularidades de mi cariño.

Para disipar cualesquier motivo de queja o resentimiento, que Ofelia pudiera tener, yo extremaba mis caricias y me mostraba tanto más afectuoso, cuanto había sido desabrido y hasta frío en los días pasados.

Y me prometía a mí mismo, ser para Ofelia, para esa noble y hermosa mujer, el más decidido y amoroso amante, que jamás hubo existido en el mundo.

¿No había ella sacrificado a mi amor, su posición social, su reputación de mujer virtuosa, y cuánto había de más caro para ella en el mundo?...

¡Ah! —decíame a mí mismo—, yo sería un infame, un miserable, si por cálculos egoístas, por ambiciones locas, sacrificara

un bien positivo, una dicha verdadera, que hoy como el primer día disfruto en toda su intensidad; no, no, esta sería la verdadera locura, sería como arrojar el oro de buena ley que tengo en las manos, para irme a buscar el que quizá no hallaré en esa misma que se llama *la política*, en la cual muchos dan con la veta, pero otros muchos más, dan con estupendos fracasos, que los anulan para toda su vida.

Y después de estas reflexiones, daba de mano a todos mis proyectos, y volvía a ser el amante cariñoso, sin más aspiraciones que cultivar el amor de su amada.

Y cuando me consideraba casi tranquilo, y bien seguro de lo que yo me empeñaba en llamar mi felicidad, volvía con nuevos bríos a reclamar su puesto el *yo* egoísta, abatido y olvidado; volvían mis ambiciones de mando, mis sueños de gloria, a reclamar sus fueros, y a pedirme la consagración y el tiempo, que yo había dedicado a una mujer.

Y, entonces, de nuevo la lucha se entablaba entre mi amor a Ofelia, y mis ambiciones políticas, sacrificadas todas a los pies de una mujer...



Cada día más y más dominado por mi amorosa pasión, eché en completo olvido mis cavilaciones y temores; y ya no me preocupaba el saber si mis relaciones amorosas con una mujer casada, producirían en el público desfavorable impresión.

Y sin dañada intención, sin pretender ser inmoral en mi conducta, casi sin darme cuenta de mis acciones, acostumbreme a tratar a Ofelia, no con los miramientos que guardamos en las relaciones ilícitas, sino con la naturalidad propia de dos amorosos cónyuges.

Ya lo he dicho, Ofelia tuvo la primacía en esta impudencia de nuestras faltas; pero preciso es confesarlo, lo que en ella fue la valentía y entereza de la pasión avasalladora, que se atreve a desafiar las iras sociales, imponiéndose en fuerza de su energía y vehemencia; en mí no fue, sino la debilidad de ánimo del que, sin energía para protestar, se deja conducir por extraviado camino, aún con el convencimiento del mal proceder.

Ofelia indudablemente poseía el don de fascinar y seducir; era de esas mujeres que llegan al completo dominio del hombre, sin que pueda eludirlo ni aún el carácter más enérgico y varonil.

Ella tuvo para mí mil exquisiteces con que halagaba mi vida de hombre público, y mil refinamientos, con que cautivaba mi corazón de amante, y esta sola consideración quizá puede atenuar mis faltas.

Legitimar con indisolubles lazos nuestra pasión, era en ella su dorado sueño, la suprema ambición de toda su vida; pero sin que tras ese anhelo se trasluciera ninguna mira interesada, ni móvil alguno egoísta.

Un día, estando ella amorosamente reclinada en mi hombro, dirigiome esta pregunta.

—Dime, ¿si yo enviudara te casarías tú conmigo?

Y yo esperando descubrir la incógnita contestele:

—No me casaría, porque creo que casado no te amaría tanto como te amo ahora.

Ella sin alterarse, con todo el artificio de la mujer de talento díjome.

—Es que si quiero que nos casemos, es solo para exigirte que me ames más aún.

Mi contestación no la disgustó, por más que ella esperara oírme decir que ser su esposo era mi más constante aspiración.

Cada día con el frecuente trato, descubriría yo semejanzas, tanto en nuestros caracteres como en nuestras ideas y sentimientos, que contribuían a darme la convicción de encontrar en su alma, esa bella mitad que completa nuestro ser, y que cual las cuerdas de un instrumento, vibra unísono al par de nuestro ser en todas las situaciones de la vida.

Yo la veía entusiasmarse, o como decía ella, «morirse de gusto» cuando se imaginaba que yo, ya fuera encabezando un movimiento revolucionario, o por medio del voto electivo de los pueblos, había de llegar a la presidencia de la República.

Entonces ella, estrechándome amorosamente entre sus brazos, acercaba su cabeza a mi oído para decirme: —Jorge, amor mío, yo quiero verte pronto llevando la banda presidencial del Perú.

Y yo al escuchar estas palabras, sentíame con ánimos suficiente para lanzarme como el Gran Napoleón a atacar un puente cerrado de cañones.

Cual si sus amorosas palabras, fueran dulce arrullo de mi amor propio, preguntábala yo: —¿Dime seré yo capaz de ser un gran presidente del Perú?

Y ella entusiasmada y con el tono de la convicción, decíame: —¿Quién puede igualarte, ni menos sobrepasarte?, tú tienes valor, talento, energía; tú puedes ser más grande que Bolívar, o Washington y quizá más grande que los dos juntos.

Y yo envanecido con sus palabras, confirmadas a cada paso por los mil y mil aduladores que me rodeaban, soñaba con glorias y triunfos que el porvenir había de regalarme.

Los pequeños homenajes que, como jefe de partido, yo recibía, Ofelia los agrandaba y comentaba menudamente, y así no fueran de los más insignificantes, ella con maternal delicia los aceptaba, y yo contagiado de su entusiasmo, y seducido por sus palabras, me imaginaba crecer moralmente tanto, que alguna vez antojóseme ser algo así como un semidiós.

Las cartas llegadas de las provincias, escritas muchas en detestable castellano; pero en las que no faltaban los consabidos conceptos de: *Ud. es el único que puede salvar el país*, o *Ud. es el prohombre de la situación*, Ofelia las leía y releía, y muchas veces pretendía contestarlas ella misma. Cuando yo recibía mi comunicación del correo, ella de pie reclinada en mi hombro, seguía con la vista lo que yo en alta voz leía; y acariciando mis cabellos con sus manos, escuchaba atentamente la lectura. Algunas veces al terminar una carta decíame: —No ves, no ves, solo falta que tú te presentes allá y ya verás como todo arde como un castillo. Mira, si yo estuviera en tu lugar, mañana mismo pusiera fuego a la mina, y me proclamaría Presidente de la República. ¡Oh!, ¡qué cobardes son los hombres!

Y poseída de ardoroso fervor revolucionario, se paseaba en la habitación, yo la daba pie, y juntos forjábamos mil proyectos de sublevaciones de cuarteles y pronunciamientos de pueblos, todos a cual más descabellados e insensatos.

Un día, supimos que para asegurar la tranquilidad del Departamento de M. debía enviarse allá una guarnición comandada por un coronel, cuya fama de enamorado y amante del bello sexo, era bien conocida. Ofelia envió a llamarlo y con él tuvo larga conferencia que yo no me cuidé de presenciar. En la noche ella sumamente conmovida me hablaba de las seguridades y promesas dadas por el coronel, por las cuales que-

daba él solemnemente comprometido a adherirse a cualquier movimiento revolucionario, que en mi favor se efectuara en ese Departamento.

Yo entonces no alcanzaba a proveer, ni podía darme cuenta hasta qué extremo mis ambiciones llegarían a influir en la conducta de Ofelia.

Hoy que al fin me doy explicación de todas sus acciones, pregúntome espantado: —¿No seré yo el único causante de los deslices de esa mujer que en un tiempo fue tan honrada?...

Esta idea me tortura y atormenta sin cesar; pues a ser ciertas las noticias que hoy llegan hasta mí, debo temer que Ofelia llegue al último grado de prostitución.



Sin conocer exactamente mi situación financiera, porque nunca me tomé el trabajo de llevar un libro de cuentas, presentía que mi ruina era inevitable, y debía estar bien próxima.

Los especuladores de baja estofa rodeábanme, y siempre con nuevas exigencias, se llevaban mi dinero, muchas veces para no volver a verme más, ni aún darme cuenta de sus comisiones.

El oro caía de mis manos, en continuada corriente, como si fuera el agua inagotable de una fuente.

Y Ofelia, contagiada de mi fiebre derrochadora, seguía mi ejemplo, y a su vez, después de haber gastado toda su pequeña fortuna, seguía gastando la mía.

Los desastres se multiplicaban, y un descalabro sería la ruina de mi posición social y política.

Yo habíame retirado del Ministerio de Hacienda, llevando como *utilidad* de mis negociados, no menos de un millón de pesos contantes y sonantes; los cuales coloqué en una casa comercial de Londres, no solo para facilitar mis giros, si que también para ocultar aquella riqueza, que mis enemigos debían conceptuar mal avenida, como yo también, la conceptuaba. Bien hubiera yo podido, siguiendo ejemplos muy altos, aparentar pobreza un tiempo que nunca es muy largo, y luego, después de corto viaje al extranjero, regresar convertido como por obra de encantamiento, en millonario. Y, entonces, ante el

«hecho consumado» no hay ningún osado que quiera conocer la procedencia de nuestra fortuna.

¡Un millón de soles, que debían desaparecer tan mal gastados, como fueron mal avenidos!

Desde el momento que mis partidarios comprendieron, que yo estaba resuelto a no poner reparos a los gastos de dinero, con tal de llegar a la realización de mis ambiciones; ya yo no tuve amigos verdaderos y desinteresados, sino viles e innobles especuladores, que me vendían su amistad, con mayor descaro y cinismo que una prostituta su amor.

No solo de Lima, sino también del resto de la República, llovíanme cartas con petitorias de dinero que era forzoso satisfacer, a todo evento y sin observación alguna, pues que, en tales casos, tras una negativa aparece un descontento que presto se torna en real enemigo. Yo veía agotarse mis caudales, sin poder evitar la corriente que se los arrastraba, dejándome en cambio desengaños y sinsabores.



Bien pronto nuestro domicilio, aquel que Ofelia bautizara con el cariñoso nombre de *nido de amor*, quedó convertido en punto de reunión de algunos de mis partidarios; de aquellos que medran especulando con los partidos políticos.

A las ocho de la noche de cada *sábado*, el pequeño saloncito azul, estaba atestado de visitantes, asemejándose a colmena de hombres que se movían, hablaban, fumaban, como si se hallasen en un club de partido.

El salón resultó estrecho y escasos los asientos; fue necesario para que los concurrentes no permanecieran de pie toda la noche, acudir a las butacas del dormitorio, y hasta a las sillas del comedor. Aquello se convertía de más en más en verdadera invasión.

Ofelia habituada a sus rumbosidades de gran señora, no escatimaba los refrescos y la cerveza, y solía también invitar a sus visitantes algo más sólido con que refocilar los estómagos; lo cual infiero que fue uno de los atractivos de esas reuniones, donde había mucha gente, de esa que como a los peces, se les apresara solo por la boca.

La Condesita del Pescante quedó, pues, como ella decía, sin saberlo ni pensarlo, directora de mi partido; y se presentaba allá en medio de esa concurrencia, amable risueña y lujosamente ataviada, dispensando frases seductoras, y amistosas con tal tino y discreción, como si toda la vida hubiera desempeñado ese puesto de directora de un partido.

Y ella mareada con la adulación, y yo embobado con los éxitos del momento, no supimos prever, que caminábamos hacia el abismo.

Para dar idea de la manera como mis amigos adulaban a Ofelia, apuntaré aquí algunas frases, tomadas al paso, en ocasiones que me encontraba cerca de ella.

—Señora —decíale un diputado que había entrado a las Cámaras con actas escritas, *confeccionadas* firmadas y falsificadas, en las antecámaras de Palacio—. Señora: la Providencia coloca siempre cerca de los grandes hombres, mujeres extraordinarias que los acompañan y los guían; en Ud. veo a una de esas mujeres predestinadas a grandes cosas.

—Quiera Dios que así sea —dijo Ofelia con naturalidad, como mujer acostumbrada a oír este género de adulaciones.

Otra noche, un hijo de Esculapio¹⁸⁸, que sin más ni más, quería meterse a político y dejar sus *récipes*¹⁸⁹ quizá por poco lucrativos decíale: —*Señorita* Ofelia—. Esta palabra de señorita dirigida a una mujer casada, merece explicación. En Lima la gente aduladora y gomosa, usa todos los nombres de señoras en diminutivo, y no admitiendo el nombre de Ofelia esa disminución, recurrió al de llamarla señorita.

Sigamos adelante con el diálogo de mi amigo, doctor en medicina.

—Señorita: desde que Ud. está a la cabeza de nuestro partido, el *bellísimo* ha crecido que ya es un gigante. ¿Quién no ambicionará pertenecer a este bando para acercarse a la mujer más hermosa y seductora en Lima?...

En otro grupo oía decir: —Aquí no hay más que agarrarse firme a la Coronela Bella; ella es la que hace y deshace de todo el partido.

¹⁸⁸ *Esculapio*: dios de la curación en la mitología romana. En la mitología griega se le conoce como Asclepios. Fue hijo de Apolo.

¹⁸⁹ *Récipes* (coloquialismo): receta médica.

Un hombre de edad, de esos que por lo mismo que llevan conducta reprensible, quieren a todo evento guardar apariencias de moralidad, decía:

—Cosa fuerte es esta, de venir a la misma casa de la querida de un caudillo; ¿pero qué diablos puede hacerse, si ya todos han convenido que ella es el alma de las conspiraciones?

Y haciendo una mueca de disgusto se rascaba la nuca y reflexionaba sobre ese tema.

Algunas veces, ímpetus celosos estremecían mis nervios y turbaban mi tranquilidad, y entonces discurría que muy posible era que muchos de los que se decían partidarios míos, no fueran más que enamorados de Ofelia; y arrebatado por estas ideas, la cólera y el arrepentimiento se apoderaban de mi ánimo; y miraba con disgusto el que ella tomara parte tan activa en nuestros planes de conspiración.

Otras veces ocurríame la idea de arrojar lejos de Ofelia a toda esa gente ruin, cuyo aliento la empeñaba, pero la veía a ella tan entusiasmada, tan empeñosa en sus propósitos de conspiradora, que me arredraba el temor de inferirla una ofensa o cuando menos causarla gran disgusto, alejándola del movimiento revolucionario, que tanto halagaba su vanidad de mujer y de gran señora.

En el público y entre mis amigos, se la daba el nombre de la Coronela Bella, poniendo mi apellido en femenino.

Decíase generalmente: —Esta noche iremos donde la Coronela Bella. —¿Habrá reunión mañana donde la Coronela? Pues iremos donde la Coronela Bella.

Y en estas citas de partidos, figuraba Ofelia antes que yo.

Ernesto nos daba informes del personal de muchos de nuestros visitantes; no ignoraba nada de la vida galante, ni de las intimidades, donde se ocultaban las manchas del honor, o las deslealtades del hombre público.

Con esa pueril curiosidad que domina aún a las mujeres más serias, Ofelia divertíase grandemente con los repugnantes detalles dados por Ernesto; y cuando llegaba un «nuevo», dirígale esta pregunta: —Y ¿qué me dice Ud. de la biografía del señor N? Y Ernesto citando épocas, nombres propios y hasta lugares de lo sucedido, referíanos cosas sumamente divertidas y curiosas.

Cuando la pregunta se refería a alguno de esos veteranos de la política, cuya fama era bien conocida y su foja de servicios contaba tantas páginas como fraudes y latrocinios se habían cometido en aquella época, mi amigo Ernesto decía con natural imposibilidad:

—Este es un hombre que tiene la conciencia en el estómago y las opiniones en el bolsillo. Sus dos manos le sirven de balanza para medir el peso hacia donde debe inclinarse su cabeza. Conoce las evoluciones artísticas de los partidos y sabe buscarle la lógica a los cambios de opiniones. Es un gran talento que se vende por un real y medio. —Otras veces refiriéndose a algún flamante político decía: —Este es uno que pasó la vida sembrando camotes y cultivando viñedos; pero la agricultura en el Perú, es mina que ha dado en agua, y por eso un día mi hombre, abandonó el arado del agricultor y se metió a político, agarrándose de las faldas de su mujer que era muy bonita y tenía muchos enamorados; y uno de ellos, el más favorecido de la mujer, hizo ministro al marido, y le tomó bajo su protección. Hoy la mujer ha muerto; pero él ha quedado en buen predicamento.

Y con su acostumbrada maledicencia me decía de otro: —Este es un *cholito*¹⁹⁰ atrevido bastante hábil pero muy pillo. Hoy juega marionetes¹⁹¹ con todos los hombres de Palacio, y si viene a nuestro partido, es porque sin duda proyecta alguna combinación de la cual espera resultar él la cabeza y Ud. los pies. Cuidado con estos acróbatas políticos; saben dar saltos mortales y caer parados en la cabeza del que los protege.

A este tenor eran las pinceladas biográficas con que mi amigo esfumaba a nuestros hombres políticos; es decir, sola-

¹⁹⁰ *Cholito* (diminutivo de cholo): «una de las muchas castas que infestan el Perú; es el resultado del cruzamiento entre el blanco y el indio. El *cholo* es tan peculiar a la costa, como el *indio* a la sierra; y aunque uno y otro se suelen encontrar en una y otra, no están allí más que de paso, suspirando por alzar el vuelo; el indio por volverse a sus *punas* y a su *llama*, y el cholo por bajar a la costa, a ser diputado, magistrado o presidente de la República; porque, sin duda por exageración democrática, los primeros puestos de nuestro escenario político han estado ocupados con frecuencia por *cholazos* de tomo y lomo» (Juan de Arona, *Diccionario de peruanismos* 170-171).

¹⁹¹ *Marionetes* (galicismo, *marionnettes*): por marionetas, palabra aún no completamente castellanizada en la época.

mente a aquellos que en época pasada fueron a afiliarse a mi bando.

También entre los abogados vino a ofrecerme sus servicios y su voto uno, cuyos datos biográficos dados por Ernesto, no quiero echar en olvido. Era un letrado con estudio abierto aunque pobre clientela; gozaba de reputación de *hombre de talento*, no de aquellas debidas a alguna combinación financiera, que por haber dado resultados contrarios de los que su autor se propuso, fueron beneficiosas al Estado, y así dieron fama de financista al autor; el cual no tuvo otro mérito que, proponerse hacer negro lo que le resultó blanco; el abogado en cuestión tenía verdadero talento. Hablaba con elocuencia y animación, por más que algunas veces exagerara las metáforas, y dislocara las ideas. En tiempo no lejano, había desempeñado con talento la cartera de Hacienda, dejando bien quisto¹⁹² tanto su reputación de honrado como su fama de talentoso; lo cual no es una bicoca, aquí donde la mayor parte de los ministros de Estado, dejan el portafolio, maltrechos y aliquebrados.

En época no lejana había sido jefe del partido liberal rojo; pero algunas partidas de rocambor «ilustrado» de a un sol apunte, abrieron profunda brecha en sus exiguas rentas; y dizque «echando sus cuentas allá entre sós», dedujo que más fácilmente saldaría sus deudas afiliándose al partido ultramontano¹⁹³, que de jefe de un partido poco liberal, en aquello de llenarle a él su bolsillo; y de la noche a la mañana tornose furioso defensor de «curas y conventos»... Y no se equivocó en sus positivistas deducciones. Su estudio antes desierto y nada lucrativo, convirtiose en apiñada multitud de mayordomos de conventos y cofradías, usurpadores de canonjías¹⁹⁴, y de toda esa turba que por horror al trabajo honrado, vive especulando con instituciones iglesias, que con poco andar dejan mucho dinero.

Sus amigos al ver el entrar y salir de los numerosos clientes del flamante ultramontano, decían admirados: —Parece increíble cómo ha crecido la fama del Doctor. ¡Lo que es el ta-

¹⁹² *Quisto*: querido o estimado.

¹⁹³ *Ultramontano*: extremadamente conservador.

¹⁹⁴ *Canonjías*: «prebenda por la que se pertenece al cabildo de iglesia catedral o colegial. Usado coloquialmente como empleo de poco trabajo y mucho provecho» (DRAE).

lento!... Y este talento no consistió en él, sino en oír misa los domingos en San Pedro a la hora de mayor concurrencia, y publicar algunos artículos de controversia y ortodoxia a lo Dupanloup¹⁹⁵, y también algún discurso a lo De Maistre¹⁹⁶, que le valieron aplausos y felicitaciones.

Y tan fructíferas fueron las misas y discursos para el Doctor, que se resolvió a formar un hogar, uniéndose en matrimonio a una arrogante solterona, lo cual antes no había podido realizar, no por otra causa, que por ser insuficientes sus honorarios para subvenir a las necesidades de una familia, por pequeña que ella fuese.

Bajo el punto de vista político, el Doctor en cuestión, no podía ser, en su condición de ultramontano, importante adquisición para mi partido. En el Perú, el ultramontanismo solo es influyente, activo y eficaz, cuando el bello sexo le ha llevado su contingente de súplicas, empeños y mandatos. Y aún así, alguna vez ha sucedido que «partido, partidarias y caudillo», todo ha caído en el más espantoso ridículo. Excusado es decir que, en el terreno político, solo puede contarse con las influencias y servicios del sexo que yo llamaría *fuerte*, cuando se trata de defender tradiciones y derechos de ortodoxia católica. Desgraciadamente, como en general, la mujer es creyente por nobleza de sentimientos y elevación de espíritu, acontece, que con las más nobles intenciones, se convierte en instrumento de los que medran a la sombra de sus falsas creencias.

Yo, aunque educado en el Seminario, bajo la más estricta enseñanza religiosa, he perdido con los años y la experiencia, mi fe y mis ilusiones de creyente: hoy desconfío del hombre que se me presenta con pretensiones de católico ferviente y desinteresado, ni más ni menos que del que se me presentara enmascarado. Muchos de esos farsantes con el antifaz de su fe

¹⁹⁵ Félix Dupanloup (1802-1878): sacerdote católico francés, teólogo, periodista y político (fue diputado entre 1872 y 1876; miembro del Senado entre 1875 y 1878). Llegó a ser obispo de Orléans en 1849 y fue incorporado como miembro de la Academia francesa a partir de 1854.

¹⁹⁶ Joseph De Maistre (1753-1821): político, filósofo, magistrado y escritor francés. Fue uno de los padres de la filosofía contrarrevolucionaria, miembro eminente de la francmasonería y adepto al esoterismo.

religiosa, llegaron hasta mí, esperando conquistar simpatías y protección, y se equivocaron.

Yo creo que, nuestra fe y nuestras creencias deben guardarse, como que son el perfume de nuestra alma; y desde el punto que con ellas se especula, o se les exhibe, alardeando y arrojándolas a los cuatro vientos, se malean o se evaporan. La época de los tartufos¹⁹⁷ ha pasado; la sinceridad y la buena fe son el mejor escudo de toda creencia religiosa.

En Lima no existe el partido liberal, propiamente llamado así; algunos liberales exaltados, luchan dispersos, desunidos y sin organización; y esta es la causa por la cual, no obstante ser numerosos, son débiles y se ven frecuentemente pospuestos por sus enemigos.

De vez en cuando, se coloca en la brecha, uno de esos valientes e inesperados jóvenes, que quizá esperan con su ardimiento desafiar todo un partido; pero luego caen rendidos, y muchas veces pagan caro su temerario entusiasmo.

Yo que en los partidos jamás busqué las ideas, ni los principios, ni cosa alguna semejante; sino pura y simplemente he medido el apoyo que ellos pudieran darme, o el contingente que pudieran prestarme; procuré en todo caso no malquistarme con ninguno de los partidos, cualquiera que fuese su bando o su credo social. Este he juzgado que podía ser el más seguro rumbo para llegar a buen término.

¹⁹⁷ *Tartufo*: hombre hipócrita y falso. Creado a partir de la famosa pieza teatral de Molière.

IV

Nuestro plan de conspiración era sumamente atrevido: se trataba dar un asalto al Palacio de Gobierno, y contando con la guardia que sería comprada, apoderarse del presidente, vivo o muerto, que en tales casos no es dable prever las emergencias que puedan surgir.

Una vez tomado el Palacio y apresado el Jefe del Estado; se dispararían dos cañonazos que debían ser la señal de las sublevaciones de algunos cuerpos del ejército.

Esta combinación fue concertada solo entre los más adictos a mi persona, sin dejar percibir cosa alguna a los que eran de dudosa fidelidad.

Desgraciadamente, se cometieron mil imprudencias, como la de ir algunos amigos míos, a los cuarteles, para hablar con los oficiales y sargentos que debían realizar la sublevación.

En cuanto a los jefes de los batallones, de antiguo sabemos que su acción es poco importante, tratándose de un movimiento en que el número decide del éxito.

Todo estaba ya preparado, y solo nos faltaba dar el asalto decisivo, que debía realizarse, a la noche siguiente.

Pero no sé qué destino ciego y fatal, ha desviado desgraciadamente los sucesos de mi vida, a pesar de hallarse perfectamente combinados, y asegurados contra todos los contrastes, aún los más imprevistos.

Un día, encontrándome yo tranquilamente recostado al lado de Ofelia, mi casa fue asaltada y yo apresado y conducido a la Intendencia de Policía, donde se me condujo a una de las habitaciones destinadas a los presos políticos.

La primera impresión producida en mi ánimo a causa de mi apresamiento, no fue de indignación ni de coraje. ¡Quia! —decíame yo—. ¡Se atreven contra toda una colectividad

unida, fuerte y pagarán bien caro su osadía! Y lleno de bríos y ardimiento, esperaba que mis entusiastas y adictos partidarios, aquellos que en todos los tonos de la gama aduladora, me habían ofrecido sus vidas y haciendas, encontrarían la oportunidad precisa para cumplir sus promesas.

—¡Cómo! —decíame a mí mismo—, ¿mis amigos y partidarios mirarán tranquilos e impasibles mi desgracia?... Ellos para quienes yo más que jefe de partido he sido el ídolo que fervientemente adoran, ¿se resignarán con esta tamaña tropelía?...

Imaginábame verlos aprestándose para caer cual formidable legión, que había de ser cual la irresistible tromba marina, que debía arrollar cuanto se opusiera a su paso. Dudar de la fidelidad de esos nobles adalides, parecíame ruin conjetura que yo no debía aceptar.

No obstante, días y más días pasaron, sin que ellos dieran señales de vida.

¿Qué se hizo su entusiasmo y adhesión?... ¡Hoy me río de mi credulidad!...

En los primeros días de mi prisión, mis guardianes eran sumamente condescendientes, y permitían la entrada a cuantas personas llevaban permiso escrito por el Prefecto de Lima.

Una noche, hallábame yo solo y triste, pensando en la serie de acontecimientos que habíanme conducido hasta allí; cuando sentí dos golpecillos dados muy suavemente a la puerta de entrada.

No sé qué impulso desconocido, púsome de pie, como empujado por desconocida fuerza; y con voz agitaba, dije: —¡jadeante! —siguiendo el uso de los presos.

Un joven de aspecto juvenil y desconocido talante, presentose a mi vista; sus bigotes rubios y su sombrero de fieltro, calado hasta las cejas, y un largo paletó¹⁹⁸ de subido cuello, dábanle aspecto estudiantil, rondador de niñas y perseguidor de amoríos.

Rápidamente, después de mirar a todos lados, tiró el sombrero y arrojó los bigotes que le disfrazaban.

¹⁹⁸ *Paletó*: gabán de paño grueso, largo y entallado, pero sin faldas como el levitón.

¡Cuál no sería mi sorpresa al reconocer a Ofelia que, hermosa y sonriente, presentose a mi vista!

Estos lances novelescos y de súbitas impresiones encantábanla, pues que daban pábulo a su espíritu semiromántico y muy dado a este género de aventuras.

Paréceme estarla viendo, pasados los primeros momentos que para ambos fueron de transporte y alegría; ella con su natural donaire y festivo carácter decíame:

—¡Ah!, ¡si vieras cómo he temblado al pasar junto a la guardia! Mira, dame tu mano —y colocando mi mano sobre su seno, agregaba—: ¿Ya vez?, todavía el corazón me hace *tun... tun... tun...*

Y riéndose del susto hablaba de otra cosa y olvidaba el tema anterior.

Después de quince días de no ver más que las caras avinagradas de los gendarmes, o las ceñudas y antipáticas de jueces, alguaciles y notarios, el semblante de la mujer amada, parécenos un pedazo de cielo alegre y resplandeciente, visto en medio de negra y tempestuosa noche.

Ofelia mejor informada que cuantos amigos míos llegaron a mi prisión, me fue portadora de importantes y desconocidas noticias, referentes a la situación política y a la actitud de mi partido.

La realidad era más horrible de lo que pude yo suponer. Aquellos a quienes llamaba yo amigos, considerándolos adictos prosélitos míos, estaban muy lejos de pensar en el más pequeño sacrificio en bien de mi libertad. —No es de entre esa turba medrosa y especuladora, de donde puede partir ninguna idea generosa y abnegada —decíale yo indignado a Ofelia.

Todos o casi todos, hicieron como Pedro con Cristo: me negaron así que me vieron preso, dándose quizá demasiada prisa en augurar mi próxima ruina. Si debiera datar la época en que mis desgracias y mi espantosa caída tuvieron principio, yo diría que fue en ese momento, en el cual llegó a ser una convicción, lo que antes no pudo ser ni un lejano temor; convicción cruelísima de que no debía contar con mis amigos ni menos con mis partidarios.

Después de la más íntima y amorosa escena, Ofelia separose de mí, no sin prometerme volver muy pronto a pasar a mi lado, largas y deliciosas horas de amorosa intimidad.



Con mi prisión, o más dicho a causa de ella, operose en el público y aún entre mis amigos, una de esas inexplicables y curiosas evoluciones, dignas de anotarse en la vida del hombre público.

Como si mi apresamiento hubiera sido la señal dada para mi caída moral, así se desencadenaron todas las iras políticas para escarnecerme e insultarme; y la infamia de un delator, vino a ser el cuerpo del delito, no para denunciarme como conspirador, sino para condenarme por todas las culpas ciertas y supuestas, de las cuales nadie antes, hubierase atrevido a acusarme.

Los amigos políticos son satélites inseparables del éxito. En política, la prosperidad oculta todas las manchas del honor; así como la desgracia las descubre todas.

Cualquier desviación que aleje al caudillo del sendero de la prosperidad es el principio de su futura ruina. Si mis planes de conspiración hubieran dado felices resultados, esos que con tanta saña escarnecieron mi nombre, hubieran sido los primeros en cantar el *Hosana* al Dios del éxito; y puesto que un delator habíame traicionado, preciso era derivar de aquel suceso mi ruina, por más que yo no tuviese otra culpa, que la que puede tener la víctima de un asesinato.

Y solamente entonces, cuando me consideraron vencido, vinieron a caer en la cuenta, de que yo merecía ser acusado por faltas de honradez en el manejo de los caudales públicos. Hasta entonces, mi prosperidad de hombre político fue la espesa co- raza que resguardó mi reputación de hombre honrado.

Es que en el Perú, la opinión pública habla por interés y calla por cobardía.

¡El éxito aún siendo culpable es acatado; la acusación se guarda solo para el caído!...

¡Y sucedió, que aquel millón de soles producto de mis especulaciones en el Ministerio de Hacienda, lo multiplicaron hasta hacerlo subir a la fabulosa suma de cuarenta millones de soles!

Hasta mis apasionados amores con Ofelia fueron echados a la publicidad, para engrosar el catálogo de mis acusaciones. Yo era un hombre cínico, corrompido, que ni siquiera merecía

ser escuchado en defensa propia, y a quien se le debía ejecutar, como al más vil malhechor.

Con igual entusiasmo al que gastaron para aplaudirme y adularme, me increpan e insultaban, haciéndome el blanco de sus iras.

Mi gran reputación de valiente, sentada desde la batalla de Arequipa, y confirmada y engrandecida por las mil aventuras que me atribuyeron, para hacerme un héroe de leyenda, digno de ser admirado; todo cayó, todo desapareció, para que no quedara más, que un hombre preso y desgraciado.

Se fundó un periódico, sin más fin que el de hacerme acusaciones, «y revelar al mundo mis faltas y debilidades», y así como poco antes hubo periódicos destinados tan solo a ensalzar mis méritos y «*contar mi gloria*», así los hubo, consagrados a lanzarme acusaciones, poniendo de manifiesto «*mi caída*».

En los primeros días, consideré aquella avalancha de mordaces insultos y acriminaciones de todo género, con sereno y tranquilo ánimo; esperaba que presto aquel furor acabaría, pues que las tempestades sociales —decíame yo—, deben ser para el hombre político, como las del Océano para el marino: un incidente natural, que es necesario contemplar sin hacer más que esperar su fin.

Pero lejos de amainar, la tempestad arreció, y mis enemigos se complacieron en hacer llegar a mi prisión, hasta el último papelucho que pudiera llevarme el eco de cuantos insultos y agravios me lanzaron.

Lentamente principio el nivel moral de mi energía a descender, y el desfallecimiento fue apoderándose de mi espíritu. La prisión y el aislamiento contribuyen, en esos casos, al gravamiento del infortunio.

Excepción hecha de tres o cuatro amigos fieles, entre los que se contaban Ernesto y Montalvo, todos, o casi todos, volviéronse de espaldas, buscando quizá el nuevo sol que debía alumbrarlos.

Se me inició el juicio que, según ley, debía ser aclaratorio de mi culpabilidad, como caudillo revolucionario.

Desde el primer interrogatorio, comprendí que el delator era uno de los que mejor informados estaban del complot. En cada una de las preguntas del juez, se me revelaba uno de los secretos que yo juzgaba perfectamente guardados.

Después de mil declaraciones y otros tantos careos; después de un cúmulo de incidentes y sentencias, que complicaban cada día más las tramitaciones del juicio, resultó que la cuestión tomó un sesgo atrozmente adverso para mí.

Los códigos son en el Perú tan elásticos, que nunca falta un artículo en que apoyarse, cuando se quiere salvar a un pícaro o condenar a un inocente. Nada podía pues esperar yo de las leyes; y para agravar mi situación, llegó a mí noticia que en esos días dos de mis amigos y partidarios, apresados como yo, por el delito de conspiración, habían desaparecido de la prisión, sin que se alcanzara a descubrir su paradero, y sin que pudiera comprobarse su fuga. La voz pública susurraba que allí se ocultaban dos envenenamientos muy bien combinados, y se decía que igual suerte se me esperaba a mí.

Algunas esquelas y billetes llegaron a mis manos, traídas unas por los mismos que desempeñaban el cargo de guardianes, otros ocultos entre los objetos que recibía para mi uso. En todas estas cartas, pedíanme mis amigos, el que salvara por medio de la fuga, del eminente peligro que me amenazaba. Todos poco más o menos decíanme: —La muerte se cierne sobre la cabeza de Ud.; es necesario fugar sin pérdida de tiempo, si no quiere Ud. ser víctima de los asesinos del Gobierno —y todas concluían con esta advertencia—. ¡Mucho cuidado con los alimentos!...

Toda la entereza, todo el coraje que en el primer momento sintiera, convirtióseme en caimiento, en postración de ánimo, casi en terror, hacia esa mano oculta que sin saber cómo ni en qué momento, debía herirme.

¡Oh!, ¡en aquellos momentos inmensa inenarrable angustia apoderose de mi alma! No era la muerte con todos los horrores de una intoxicación, lo que mayor espanto me causaba; no, era la satisfacción de mis enemigos, el día que me hubieran *comido* como en estilo de politiqueros se dice.

Preso de mortal congoja, paseábame en mi habitación, asemejándome a una fiera cogida en sus redes.

¿Qué hacer?, ¿cómo evadirme de aquella cruel situación?

Intenté con ofertas ventajosísimas seducir al oficial que diariamente montaba la guardia; pero se había elegido para ocupar este puesto, a un oficial cuyos padres eran de antiguo, enemigos personales míos.

Mis conatos de evasión, fueron pues causa de que se redoblara la guardia, y se aumentara la vigilancia de mi prisión.

No hubo remedio; preciso fue entregarme inerme y maniatado a mis enemigos; fue preciso quedarme allí, ¡convencido de que yo era una presa de la cual ellos podían disponer a su antojo!...

Y luego, en estas circunstancias, el sistema nervioso continuamente excitado, enferma el cuerpo y aumenta la angustia. Yo me sentía morir.

Según costumbre establecida, respecto a los presos políticos de alguna consideración, los alimentos me fueron suministrados por uno de los hoteles mejor montados de Lima; pero ¿quién me aseguraba que allí no vendría el veneno que había de quitarme la vida?...

Suponiendo yo que el pan sería el menos apropiado para suministrar un elemento mortífero, limité mi alimentación a pan y agua.

Cuantas veces, incitado por el olor de los potajes condimentados y provocativos para un estómago hambriento y un cuerpo extenuado por el ayuno, me apoderaba de un plato, resuelto a comerlo, y en el momento de probar el primer bocado, asaltábame la idea de que contenía alguna porción de veneno, destinada a quitarme la vida; y entonces, rechazaba los platos, y corría a tirarme sobre mi lecho, ¡sintiéndome hambriento, furioso y desesperado!...

Cuando aún esta preocupación no se había apoderado de mi ánimo, hasta el punto de ser más poderosa que el hambre, sucedíame que, preocupado con otro linaje de ideas, comía distraídamente, y solo después de haber concluido, ocurríame sentir esa desazón, ese malestar, propio de mi excitada imaginación, y que yo, consideraba como los primeros síntomas de un envenenamiento.

¡Oh!, ¡aquellos fueron días de mortal angustia e interminable padecer!

Poseído de mi terror al veneno que había de matarme, corría furioso y desesperado a estrellarme el cráneo contra los muros de mi prisión. ¡Y faltándome el valor para tanto, me indignaba contra mi cobardía, y maldecía de mi pequeñez!

Más de treinta días habían trascurrido, sin que un solo papel escrito por mis amigos, llegara a traerme una vislumbre de espe-

ranza; lo cual me dejaba comprender, que la vigilancia se había redoblado, y que estaba rodeado de enemigos.

Y esos enemigos, daban pruebas frecuentes de que no les detenía ni aun el crimen, llevado hasta el asesinato, con tal de cumplir sus propósitos de herir mi persona o cuando menos, abatir mi popularidad que antes tanto los anonadara.

Bajo la influencia de estas ideas, sentía aniquilarse mi ánimo y decaer la entereza que en tales situaciones me acompañara. Y en mis horas de abatimiento y desesperación, pensaba que mi larga prisión daría por resultado el resfrío de mis reducidos partidarios y la desunión de mis pocos amigos.

Ocho meses debían ya cumplirse desde el día que yo había entrado a mi prisión; ocho meses y el juicio iniciado llevaba trazas de larga duración.

Con mi pensamiento puesto en Ofelia, llegué a considerarla como a mi único ángel salvador. Un día encontrábame más que nunca impresionado con los acontecimientos, todos adversos que me rodeaban, cuando un billete de Ofelia, oculto entre algunos objetos de mi uso, llegó a mis manos.

No me detendré a describir la intensa emoción sentida al descubrir el papel, y reconocer la letra de Ofelia.

El billete decía así: Jorge, amor mío.

Todo está preparado para tu fuga; el sábado en la noche estaré en tu prisión; tú huirás y yo quedaré en tu lugar. Un peligro inminente amenaza tu vida, y tu Ofelia morirá si tú mueres.

—¡Ofelia!... mi adorada Ofelia, cuánto te amo y cuánto debo estimar tu sacrificio y tu abnegación —exclamé arrebatado por la exaltación que tan expresivas frases produjeron en mí.

En ese momento mi amorosa pasión llegó al grado más alto que puede medir el termómetro del amor.

El juicio que se me había instaurado, tomaba día a día, aspecto más amenazante, y no se me ocultaba que, el intento de mis enemigos era llegar a un resultado por el que, se me condenase, acusado del gran crimen de asesinato frustrado en la persona del presidente de la República.

En el público, se había esparcido la especie de haber yo perdido la razón; tal era el estado de excitación y coraje con que habíame presentado ante jueces y escribanos. Comprendí, cuando tal noticia llegó a mi conocimiento, que Ofelia queriendo darme

algún consuelo, con la esperanza de próxima libertad, había escrito aquella esquila,

Después de meditar larga y maduramente, deduje la cruel consecuencia de que, a ser ciertos los planes combinados para mi fuga, no hubiera cometido la estúpida imprudencia de revelarlos, confiándolos a un billetico, que debía llegar a su destino, con mil peligros de ir a dar antes a manos de mis guardianes.

«El sábado estaré yo en tu prisión», decía el billete, y era miércoles el día que había llegado a mis manos. Dos días solamente, debía aguardar; ¡dos días que habían de parecerme de quinientas horas cada uno!

A fuerza de reflexionar, concluí por convencerme que, aquella promesa, no podía ser más que, una palabra de aliento, enviada a un desesperado.

¡Esperé tranquilo, casi indolente, los dos días que me separaban del sábado; pero así que llegó la hora señalada por Ofelia, apoderose de mí la más violenta e indomable excitación nerviosa.

No podía tenerme en un sitio; ni aun permanecer en silencio; iba de un lado para otro, hablaba aunque fuera de cosas ajenas a la causa que me traía preocupado.

Sonaron las siete en el reloj de la Intendencia. ¡Ah!, ¡es necesario haber esperado algo tan querido como la libertad, que en ciertos momentos es la vida misma, para saber cómo resuena en el alma el timbre de un reloj!

Y la libertad se me presentaba acompañada del amor de Ofelia, de los goces que a su lado me prometía.

Decir que el tiempo parecía haber paralizado su curso, sería decir una de las muchas vulgaridades, que no expresan fielmente las violentas impresiones del ánimo.

Cuando ya tan solo faltaban veinte minutos para que la hora esperada sonara, preguntábame yo angustiadísimo. —¿Llegará Ofelia?... y al dirigirme a mí mismo esta interrogación, sentía pasar por mi cerebro el vértigo producido por la duda de aquello que anhelamos con todas las fuerzas de nuestra voluntad. No quería ni imaginarme que las ocho campanadas del reloj sonarían, sin haber visto llegar a Ofelia, a la mujer amada, que debía traerme con mi libertad, mi completa dicha.

Al fin llegó la hora deseada, y entonces ya no excitación, sino delirio, era lo que yo sentía en esos momentos.

¡Esperar quizá diez, quince, veinte minutos!... quizá media hora más, ¡oh!, ¡esta idea me exasperaba, y acrecía mi angustia! Y entonces, presa de violenta desesperación, corrí a tirarme sobre el lecho, para hundir mi cabeza entre las almohadas y quedar allí, sin conciencia de mí mismo ni de cuanto a mi alrededor pasaba...

—¡Jorge! ¡Jorge! ¿Duermes acaso?, ¡a esta hora! —y Ofelia estremecía mi cuerpo, como si verdaderamente estuviera dormido.

Describir la escena de lágrimas de caricias, de mutuas protestas, que entre ambos se realizó, sería darle a estas memorias, tinte demasiado romántico, cuando mis propósitos son bien ajenos a esta idea.

Después del primer momento, Ofelia dijo: —La guardia está comprada. Treinta mil soles se le ha dado al joven oficial, y cinco mil a los soldados que hoy harán el servicio de centinelas.

Yo me sentía aturdido, confuso, sin saber qué resolución tomar, ni aún me encontraba con ánimo suficiente, para decidirme a una evasión. Apenas si atinaba a besar y acariciar a Ofelia, diciéndola:

—Dispón como mejor te parezca, yo me entrego a tu voluntad; tú tienes la serenidad de ánimo que a mí me falta.

Ofelia muy resueltamente, principió a desnudarse diciendo: —He traído prendas de vestir dobles. Mira este vestido negro te vendrá muy bien; tú eres casi de mi estatura. Tú saldrás acompañado del oficial, que se ha comprometido a favorecer tu salida; él es el que me ha acompañado hasta aquí. El fugará junto contigo, y yo me quedaré aquí en tu prisión. Yo no podría salir, porque al ver dos mujeres, después de haber entrado una sola, se despertarían sospechas que serían nuestra perdición. Hay alguien que puede vernos, y que no es de los nuestros. Con que valor y resolución, y esta noche obtendrás tu libertad.

Ofelia había hablado tan apresuradamente, y con tal acento de convicción y mando, que no me dejó lugar de dirigirla una observación, ni replicarla una palabra...

Cuando vio, que lejos de obedecer sus órdenes, quedé contemplándola, extasiado al ver su garganta y su seno casi desnudos, volviose a mí, y entre colérica y angustiada, dijo:

—¡Cómo!, ¿qué esperas? No tenemos tiempo que perder: a las ocho y media todo habrá cambiado desfavorablemente para nosotros.

Ella había extendido sobre mi lecho el traje de mujer, que me destinaba, y también una manta de vapor bordada, semejante a las que usan las señoras de Lima.

Yo miré aquellas prendas, destinadas a disfrazarme, y comprendí y valoricé, todo el ridículo que debía arrostrar, no solo ante la mujer amada, sino también ante un público, cuyas miradas debían estar fijas sobre los menores detalles de mi fuga.

Conocía lo suficiente la agudeza y sátira limeña, para aprovecharse de esos detalles y ponerme como ropa de pascuas, con todo el ridículo a que se prestaba aquel mujeril disfraz; el menos apropiado para un coronel conspirador. Y luego huir dejando a Ofelia en mi lugar, pensé que a más de una cobardía era una infamia. Todas estas reflexiones, pasaron por mi mente; rápidas como el rayo, en tanto Ofelia hablaba desnudándose para que yo vistiera aquel traje traído oculto bajo el suyo.

Después de un momento, ella como si quisiera unir la acción a su enérgica palabra, asiome violentamente por el brazo diciéndome: —¡Por Dios!, ¡no perdamos tiempo, dentro de un momento será ya tarde!...

—Es que yo no me visto de mujer —díjela acentuando resueltamente mis palabras.

—¿Qué es lo que dices? ¿No te disfrazarás con el vestido que yo te he traído?

—No, con ese vestido... ¡jamás!

—¡Dios mío!, ¡y para esto he arrostrado yo tantos peligros y gastado tanto dinero!... ¡Oh!, yo me muero de cólera... ¡y de pesar!...

Y Ofelia, cubriéndose el rostro con su pañuelo, prorrumpió a llorar, con largos y angustiados sollozos, quizá no del todo verdaderos; pero que en ese momento, eran la expresión de la mujer que había venido a decirme: ¡Sálvate y yo sola arrostraré los peligros y la muerte!...

Ningún lenguaje humano tiene frases más elocuentes que estas, si ellas salen de los labios de la mujer que, como Ofelia, puede presentar sus acciones, como comprobante de sus palabras.

Estaba ya yo a punto de decirla, como en el primer momento: —Haré lo que tú dispongas —y obediente y resignado, tomar mi traje de mujer para disfrazarme muy formalmente con él; cuando por dicha mía, recordé que, en los primeros días de mi prisión, un buen amigo mío, me había traído unas largas patillas negras y una peluca ídem, para el caso que yo quisiera fugar disfrazado.

De esta suerte, podía Ofelia acompañarme, quedando así salvado el inconveniente de salir dos mujeres; lo cual, según su opinión, debía inspirar sospechas, a los que, no perteneciendo a los nuestros pudieran vernos.

Corrí hacia un pequeño maletón de viaje, en el que yo guardaba mis ropas de vestir; y sin hablar palabra, coloqueme mis largas patillas y mi espesa peluca.

Ofelia continuaba sollozando y balbuceando entrecortadas palabras; y yo volviéndome hacia ella la dije:

—Mira, ¿no crees que así saldré bien disfrazado?

—¡Ah, qué bueno! ¡Sí, magnífico... magnífico! —exclamó ella alborozada y riendo de contento, cual una chiquilla, con los ojos húmedos aún de lágrimas.

—Como yo nunca he usado patillas, creo que nadie me conocerá en este talante —dije yo mirándome en un pequeño espejo colgado en la pared.

—Sí, estás perfectamente disfrazado como tú eres rubio... ¡Vamos, vamos!... —y con extraordinaria fuerza, Ofelia llevome tras sí sin poderlo evitar.

Así que nos hallamos en el gran patio de la Intendencia, sentí que la mano de Ofelia temblaba, no obstante, volviéndose ella hacia mí, díjome: —¡Valor y adelante!

El oficial comprometido, y que debía fugar con nosotros, nos condujo por camino seguro hasta la puerta del Palacio de Gobierno. Ningún accidente desgraciado detuvo nuestros pasos.

Los guardias, unos no estuvieron en sus puestos y otros, no fijaron en nosotros la atención.

Cuando nos hallamos en la plaza principal, creí estar soñando.

—¡Estamos salvos! ¡Gracias a Dios! —fueron las exclamaciones que de los labios de ambos se escaparon.

—Sube a ese carruaje. ¡Adiós! —díjome Ofelia, tomando el camino hacia la calle del Arzobispo.

En ese momento, acercose un carruaje y después de una contraseña, convenida, subí y cerré la puerta sin aparentar precipitación ni temor.

Ofelia no tuvo ni tiempo, ni tranquilidad para informarme del plan combinado: apenas si alcanzó a decirme: —Montalvo es uno de los que con mayor actividad ha trabajado para tu fuga. Él te espera disfrazado de cochero; tú déjate guiar.

Cuando el coche que me conducía detuvo su carrera, yo me encontré frente a una de las iglesias de Lima, y Montalvo desempeñando su papel de cochero, metió la cabeza dentro del coche, y muy sigilosamente, díjome.

—Siga Ud. derecho a la sacristía, allá lo espera el capellán; ya tiene instrucciones.

Como en esta ocasión se trataba de cosa tan grave como una fuga, fue preciso tomar todo género de precauciones para que desapareciera cualquier rastro o indicio que pudiera descubrirme; tanto más cuanto que las casas de mis partidarios, estaban todas bajo la vigilancia de la policía.

Montalvo abandonó el coche que supongo fue luego alejado de aquel lugar, y siguiendo mis pasos vino a juntarse a la entrada de la iglesia.

El capellán me esperaba conforme a la advertencia de Montalvo; y una vez dentro de la iglesia este, tomando el tono misterioso que las circunstancias requerían, díjome:

—Aquí será necesario que permanezca Ud. toda esta noche. Es muy posible que tan pronto como el Gobierno descubra la desaparición de Ud. principien a allanar y registrar las casas de todos los amigos de Ud.

—Sí, señor —afirmó el señor capellán—, aquí será preciso que se quede Ud. hasta que haya pasado la primera impresión de su fuga.

Yo me encontraba tan cohibido y desconcertado que, temiendo ponerme en ridículo, prefería guardar silencio, y aparecer meditabundo.

El señor capellán, Montalvo y yo atravesamos toda la iglesia, y en la sacristía, el capellán después de desempolvar un viejo confesonario que estaba allí a semejanza de un inválido en su cuartel, señalome el asiento, diciéndome:

—Aquí; aunque no del todo cómodo estará Ud. tranquilo y muy seguro. En la casa de Dios nadie corre peligro.

Yo me limité a hacer un signo afirmativo en señal de asentimiento.

V

Libre ya de mis carceleros y lejos de la mano homicida de mis enemigos, discutimos largamente sobre la conveniencia de abandonar el país, o mejor quedar oculto con el fin de comunicarme con mis amigos.

Mi opinión fue a favor de la permanencia en Lima; y si he de decir la verdad, más que mis ambiciones y mis planes políticos, influyó en esta decisión mi amor a Ofelia.

Yo había pasado a ocupar una casa, que por ser objeto de un litigio sobre su propiedad, se hallaba vacía hacía doce años, sin que persona alguna la hubiese habitado.

La entrada a esta casa, la establecimos abriendo en el muro colindante una puerta, la cual quedaba oculta en uno de los muchos retretes y cubículos que en el interior de las iglesias se encuentran. Por allí podían entrar y salir mis amigos: y caso de necesidad, también Ofelia, pues que era posible la entrada, sin solicitar la venia del señor capellán.

Para verme libre de asaltos y zozobras, que podían amargar mi nuevo asilo, alcancé por medio de Montalvo, que el señor intendente de policía, mediante un regalito competente (un cheque de seis mil soles nada más) conviniera en ablandarse para dejarme tranquilo sin temor a sus persecuciones.

El señor intendente de policía, antiguo amigo y partidario mío, comprometiose a perseguirme con toda la actividad posible, para aparecer ante el público, cual un sabueso empeñado en atrapar la presa; con la sola diferencia de que él había de buscarme muy lejos de donde yo me hallara. Por ejemplo, si yo me ocultaba por Maravillas, él debía, buscarme por el Camal, o si por Belén, él debía dirigirse Abajo del Puente.

Seis mil soles para comprar mi seguridad y tranquilidad, pareciome bien poca cosa. Y luego yo necesitaba principiar con

mayores bríos la organización de mi partido, para intentar un nuevo movimiento revolucionario.

Pero no bien me propuse dar vida y acción a ese cuerpo, que se llamaba el *bellísimo*, y que en no lejano tiempo, había alcanzado las proposiciones de un coloso, que pudo abarcar toda la República de uno a otro confín; no bien quise volver a ser la cabeza que debía pensar y mandar a aquel cuerpo, cuando me di con la cruelísima decepción de ver, palpar y sentir, que en él habíanse operado cambios radicales todos adversos a mí.

Los sucesos que yo en un principio consideré, cual pasajera tempestad, habían sido la reacción fatal e inevitable de los acontecimientos anteriores.

¡Ah!, ¡yo no era ya el ídolo de esa agrupación política, que tan fácilmente dominé como jefe de partido! ¡Mi autoridad solo halló voluntades flojas, indolentes, que parecían haber perdido todos los resortes que antes las movían!...

Escribí cartas, envié emisarios para comunicarme con mis amigos, y ni las cartas fueron contestadas, ni los emisarios fueron bien recibidos.

Nadie quiso oírme ni aún conocer mis propósitos. ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Cuál es la causa del desquiciamiento de mi partido? ¿Qué faltas he cometido, que así me llevan a un repentino fracaso?...

¿Por qué cuando desempeñaba el Ministerio de Hacienda, y la voz pública me señalaba como el único autor de todos los abusos y especulaciones de aquella época, lejos de disminuirse crecía el entusiasmo de mis partidarios, y la adhesión de mis amigos? ¿Quién puede explicar el insensato y caprichoso criterio con que la opinión pública juzga a los hombres políticos?...

En el primer momento, no alcancé a darme satisfactoria explicación, de estos fenómenos sociales, que en torno mío se realizaban.

Hoy que estudio las opiniones emitidas, y las tendencias manifiestas, comprendo, que yo he cometido graves errores que sin duda son los factores de mi ruina.

Yo había formado un cuerpo sin alma, o lo que es lo mismo una agrupación sin principios, y que por ende debía quedar a merced del primero que se propusiera apoderarse de ella. Seis meses de prisión y alejamiento de mi partido, y la convicción, de mi ruina financiera, han sido suficientes causas para matar

aquella entidad política que tan ruidosamente se llamaba el *bellísimo*.

El entusiasmo de los partidos políticos es como el amor de las coquetas, se evapora el día menos pensado. Los partidos sin principios, son entidades que viven de impresiones nuevas; el último candidato que aparece, es el que se sobrepone a los demás.

Día tras día presencié el desbande de mis amigos, sin que me fuera dable evitar aquella desmembración, semejante a la de un cadáver presa de la putrefacción. Y yo, a mi pesar, me sentía anonadado y arrastrado hacia aquella sumersión, que debía sepultarme a mí y a todos mis prosélitos.

Por entonces, habíase difundido la noticia referente a la ruina total de mis rentas: y unos le dieron asentimiento, otros la rechazaron cual estupenda impostura.

Decíase, que era imposible que yo hubiera derrochado cuarenta millones, que era la suma a que hacían ascender mis utilidades en el Ministerio de Hacienda.

No obstante, acentuábase en el público, cada día con mayor insistencia, la convicción de haber yo perdido toda mi fortuna. Entonces se dijo que era inútil temer mis conspiraciones, y yo comprendí que también los hombres que dirigían la política, participaban de esa opinión.

Un conspirador sin dinero, y sin crédito, como yo me encontraba, es algo así a modo de un cañón sin pólvora o un rifle sin balas: un arma inofensiva. Nunca los golpes del infortunio llegan aislados y solos; y para mí vinieron las desgracias políticas, acompañadas de inesperadas desventuras de mi vida íntima.

¿Llegará un día en que nos expliquemos el porqué de la mala suerte y también de la felicidad? ¡Tal vez!...

Pasados algunos días de estar oculto y cuando principiaba ya a serenarme, llegó Ofelia, y llorosa acongojada y bajo la mayor excitación de ánimo a que la he visto llegar, díjome:

—Jorge, una inmensa desgracia nos amenaza; mi marido ha llegado: yo debo abandonarte, debo huir para ocultarme lejos de él.

—¡Tu marido! Pero que infierno ha vomitado a ese hombre, ¿qué quiere?, ¿qué dice?

—Quiere dinero; me pide una gruesa suma que necesita con urgencia; y caso de no entregársela, me dice que todos los días, cometerá escándalos para dar mayor publicidad a nuestros amores.

Aunque la amenaza era poco temible, dada la conducta nada reservada que Ofelia y yo habíamos llevado; no obstante, se dirigía contra Ofelia, y yo estaba en el deber de defenderla.

Ofelia continuó: —¡Ah!, yo no resistiré esta situación... ¡Dios mío!, yo voy a morirme; yo no puedo vivir cerca de ese hombre. Jorge, sálvame, salva a tu Ofelia...; ¡oh!, ¡yo no sé qué hacer!

Y en el exceso de su excitación, sollozaba y hablaba angustiadísima.

Bien pronto me di cuenta de lo que sucedía; el miserable aquel, pretendía especular con las faltas de su esposa, vendiéndole al amante sus derechos de marido. Las circunstancias no pudieron ser para mí más desfavorables. Faltábame dinero y libertad para arbitrarlo.

¡Pero qué hacer! A tratarse de afectos míos, sería excusable el sacrificio de dejar partir a mi amada; pero yo veía comprometida su felicidad, su tranquilidad, y ella con su acostumbrada vehemencia, acababa de decirme: —¡Jorge, sálvame, ese hombre puede llegar a matarme!...

Y esas palabras decíalas, quien venía de exponer su vida por salvar la mía, aquella noche que fue a mi prisión. Y luego yo le era deudor de algo más que gratitud; le debía dinero. Ella, en sus empresas y reuniones políticas, había malgastado su pequeña fortuna. Mi indolencia en esta ocasión, hubiera sido pues una infamia que yo mismo no me la hubiera perdonado.

Y ya que llega el momento de hablar de dinero, será preciso hacer aquí una confesión; yo me encontraba arruinado; había gastado todos mis caudales y me hallaba atestado de deudas, con fuertes intereses y con cargo de devolución para cuando hubiera llegado a la presidencia de la República.

Como carecía de bienes raíces para hipotecar, los especuladores diéronme su dinero, a la *gruesa ventura* o lo que es lo mismo a pagar quinientos por ciento.

¡Diez mil soles más era necesario buscar en calidad de préstamo, para entregárselos al infame marido de Ofelia!...

No me fue difícil conseguirlo, y de las manos del dueño del dinero, pasaron a las del que me vendía sus derechos sobre la mujer que yo amaba.

Diez mil soles más, sobre todo, lo gastado en comprar a mis carceleros y asegurar mi tranquilidad pagando al intendente de policía... ¡Ah!, ¡aquello no podía llegar sino al más estupendo fracaso!

Un nuevo e imprevisto golpe, una de esas catástrofes financieras, había venido por entonces a agravar mi ya insostenible situación. La casa comercial de Londres, en la cual había yo colocado toda mi fortuna, suspendió sus pagos por haber sufrido fuertes quebrantos en sus negocios. Y aunque ya poco me restaba que gastar de mi propio capital, había obtenido la concesión de poder librar hasta por medio millón más de lo depositado.

A pesar de mis esfuerzos, no fue posible ocultar aquel fracaso: es que desde ese momento principiaron los préstamos de dinero, pedidos a amigos míos, y también me vi precisado eludir todas las dádivas que antes tan liberalmente hacía.

A medida que mis deudas crecieron, fueron a la par decreciendo los partidarios y alejándose los amigos; y cuando se agotaron mis dineros, evaporase el entusiasmo de amigos y partidarios. ¡Esta es en síntesis la historia de mi popularidad, y de mi vida de conspirador; y por cierto que si algo puede consolarme, es su semejanza con otras vidas de políticos peruanos!

VI

Después de dos meses de estar oculto, quiso Ofelia que fuera yo a habitar «unos altitos» que a su opinión me prestarían todas las comodidades de un asilo completamente oculto.

—Ya verás como tu mujercita te proporciona un asilo que será un nido de amor para ambos —díjome ella y yo dominado cada día más, por su amor, perdía mi voluntad, y solo aspiraba complacerla.

La vida inactiva, solitaria, agobiada por el recuerdo de las mil decepciones que me rodeaban, había de tal suerte enardecido mi pasión, que ya yo solo hubiera querido vivir para espiar las acciones de Ofelia, y ser a su lado, el amante que cela y asecha el corazón de su amada, como el único positivo bien que le queda en el mundo.

Excusado, es decir, que yo accedí gustoso en ir a vivir en la nueva morada que Ofelia me ofrecía; y como siempre fue el amor, más que la conveniencia política, consultado por mí, en esa circunstancia.

Yo era un hipnotizado que había perdido toda su fuerza de voluntad para quedar a merced de una voluntad extraña.

Y allá oculto en la calle de N... una pequeña casita, encajonada entre dos altas casas, con una puerta angosta, y cuyos cerrados balcones de forma antigua, no dejaban paso a la luz exterior, vivía yo, indolente, estúpido sin más impresiones que las que me producía el celoso espionaje que yo tenía con Ofelia.

Algunas veces me ocurría pensar, que ella podía abandonarme, hallar otro hombre que la ofreciera la fortuna que a mí me faltaba; y entonces violenta angustia me asaltaba y estrechándola entre mis brazos decíala: —Dime, Ofelia, ¿tú me amarás siempre?, no sé por qué me parece que fuera a perderte, y yo me moriría, sí, me moriría, si así fuera.

Y Ofelia, sonriendo amorosamente de mis infundados temores, hacíame mil protestas, como si se tratara de amores que no hubiesen llegado, como los nuestros, a su último estado de prueba.



Ya lo he dicho: mi fortuna estaba del todo arruinada, y tiempo ha que vivía yo de prestado.

Más que yo, Ofelia se desesperaba, y lamentaba nuestra angustiada situación, no por apego al dinero según decía ella, sí, porque sin él, era fuerza renunciar a toda esperanza de realizar ningún plan de conspiración.

Algunas veces, veíala agitada, dialogando consigo misma, yendo y viniendo, cual si una idea fija la persiguiera de continuo: —¡Ah! —exclamaba a cada paso—, no tener dinero, ¡cuando hoy sería tan fácil hacer una revolución!...

Y después de estas exclamaciones, quedaba pensativa, y en el entrecejo se dibujaba una honda arruga, y sus labios siempre serenos y risueños, se contraían en signo de profunda preocupación.

Día tras día, fueron presentándose más apremiantes nuestras necesidades, hasta que llegó el momento en que, para satisfacer los gastos de nuestra vida ordinaria, Ofelia, recurría a mil arbitrios, a cual más desesperados, sin desechar el ir a las casas de préstamos, donde fue preciso llevar primero los anillos de Ofelia, luego sus pendientes y botones de oreja; y por fin, agotadas todas las joyas de lujo, fue preciso llevar también, mi reloj de bolsillo.

¡Cuán crueles y dolorosas fueron para mí esas impresiones!... Cada uno de esos objetos, salidos de nuestros cofres, para ser llevados a las prenderías, mirábalos yo, cuál si fueran piedras arrancadas por furioso vendaval del edificio de mi gloria bamboleante ya y próximo a derrumbarse.

Y aunque fueron joyas inútiles, que ni yo ni Ofelia usábamos, parecíame que junto con ellas, llevaránse parte de mi honor, parte de mi ser moral.

Los préstamos se sucedían uno tras otro, y mis amigos, aquellos que antes siempre salieron de mi casa, con los bolsillos,

repletos de oro, y que aún conservaban algún resto del prestigio que puede dar el recuerdo de la gloria pasada, decíanme asombrados: —¡Cómo! ¿Ud. pide dinero prestado?... ¡usted!... ¡usted!...

—¡Sí!, pero solo por pocos días; es que me ha faltado uno que debía traerme alguna gruesa suma.

Y aquel dinero pedido a los que fueron mis partidarios, aumentaba mi descrédito y acrecía mis deudas, las que ya habían principiado a considerarlas, en el número de las incobrables.

Un día vino Ernesto a verme:

—Deme Ud. —le dije quinientos soles—; le firmaré un pagaré por tres mil, para cuando...

—¿Para cuándo?... —interrumpiome él con aire asombrado.

—¡Para cuando triunfe mi partido y llegue a la presidencia!...

—Ta... ta... ta... ta.... ¿Todavía está Ud. soñando con la presidencia?

—¡Pues qué!, ¿no tengo ya partidarios y amigos?

—¡Amigos y partidarios!... ¡y pidiendo quinientos soles prestados!... ¡Hombre!, mejor será que no me haga Ud. hablar.

—Quiero una contestación categórica: ¿me da o no me da unos quinientos soles? —preguntele indignado.

—¡Pero hombre!, ¿de dónde diablos quiere Ud. que yo saque quinientos soles?, cuando con haberme metido en su partido, he perdido más de veinte mil soles.

—Pero es que le he de firmar pagaré por tres mil soles. ¿Lo oye Ud.?

—Aunque lo firmara Ud. por veinte mil; es el caso que no tengo ni diez soles disponibles.

Y al fin llegó el día, que yo vivía a expensas del dinero que Ofelia podía conseguir con ventas a cual más descabelladas.

Mi dignidad y mi amor propio, sentíanse cruelmente lastimados: vivir a expensas de una mujer, es la mayor ignominia para un hombre delicado.

Pensé que deber mío era manifestarle a Ofelia mi resolución de abandonarla, puesto que, me hallaba en la imposibilidad de llenar deberes que, en nuestra vida de amantes, eran sagrados para mí.

Antes de hablarla sobre este punto, preparé su ánimo favorablemente, manifestándome, más que nunca afectuoso y extremadamente obediente, a sus más caprichosos deseos.

—Ofelia —díjela un día—, es necesario separarnos; me es forzoso dejarte en libertad; y esto en el momento en que yo quisiera encadenarte para siempre entre mis brazos; pero comprendo que no debo sujetar tu vida joven y feliz, a la mía desgraciada y miserable. Seremos dos buenos amigos; ya comprendes lo que por mí pasa: yo no podré dejar de amarte jamás.

Y al decirla estas palabras, yo estrechaba amorosamente sus manos, dejándola comprender que mi amor no había disminuido un punto.

—Y por qué habías de abandonarme, ¡ah!, ¡ya comprendo, porque no tienes dinero! ¡Calla, ya verás como el dinero no nos falta! Pierde cuidado: ya yo tengo una gran combinación, ya verás... sí, ya verás que tú Ofelia piensa en ti más de lo que tú crees.

Todas las locuras parecíanme aceptables, y a ellas me acogía, con la misma desesperación del que busca una tabla de salvación; y en medio a aquel naufragio, yo conservaba alguna esperanza, sin dejar de conocer que era tan absurda, cual la del condenado, cuya sentencia le ha sido dada por inexorables jueces.

¿Cuáles podían ser las combinaciones que Ofelia proyectaba? ¿Qué insensata esperanza pudo deslizarse en mi corazón para hacerme esperar tranquilo y confiado, imaginando que mi situación podía cambiar favorablemente? No sabría decirlo...



Habíamos acabado de comer, tan mal humorados, como está de continuo, el que come de prestado y sobre su agonizante crédito.

Eran las ocho de la noche, y Ofelia silenciosa y mediatubunda, cambiaba su rica bata de raso crema, por un vestido negro, que ella usaba para las salidas «*de manta*»¹⁹⁹.

¹⁹⁹ *Manta*: forma parte del vestido tradicional de las limeñas junto con la saya. La mujer limeña «tapada» se distinguía hasta mediados del

En el día habíala notado más que nunca inquieta y preocupada; casi podría decir desesperada, a juzgar por ciertos monosílabos, dejados escapar quizá a su pesar.

—Mira, me voy a la calle, voy solo por un momento; tú me esperarás, ¿no es cierto?

—Y ¿qué novedad es esta?, por qué vas a salir de noche y sola a la calle.

Debo advertir que yo más de una vez, había oído a Ofelia, expresarse respecto a las mujeres de cierta condición que salían de noche solas a la calle; las cuales decía ella que debían ir solo a buscar aventuras. En ese momento acudió a mi mente aquel recuerdo, y sentí el estremecimiento del temor y los celos.

—No salgas, Ofelia, yo te lo ruego; no salgas sola de noche.

—¡He!, déjate de exigencias sin objeto; ya verás que yo solo salgo por ocuparme de ti. Muy pronto voy a regresar. ¡Hasta luego... hasta luego!...

Y escurriéndose de entre mis brazos salió precipitadamente.

Procuré disipar mis temores y fui a mi escritorio a revisar algunos papeles y leer los periódicos del día. Un tanto tranquilo y deseando disipar las angustias que me atormentaban díjeme a mí mismo:

—Soy un loco, un tonto, pues que sin motivo seguro, forjo fantasmas para agravar mis celos; hasta pensar que si Ofelia hubiera querido abandonarme, no hubiera rechazado aquella propuesta iniciada por mí, y que le abría camino para una definitiva separación.

Por muchas horas consagré mi tiempo en ocupaciones que absorbieran mi atención, y disiparan mis preocupaciones.

Nuestra angustiada situación financiera, no había mejorado un punto, lejos de esto, cada día, cada hora se nos presentaba

siglo XIX, principalmente, por estos dos atuendos. Carlos Prince dice a propósito: «La limeña con saya y manto era una mujer sumamente interesante, pues lucía su garbo, su torneado brazo, su diminuto pie, su bien formado cuerpo, su salero andaluzado y su ojo picarezco» (*Lima Antigua: tipos de antaño* 8). Sobre el paso de esta moda Atanasio Fuentes indica: «Al fin perdió completamente su imperio la saya; al fin desapareció el cucurucho llamado “manto”; pero la limeña necesita algo que agregue el misterio a su belleza; ha adoptado la “manta chilena”, con la cual se cubre y disfraza, aunque no tan completamente como con el manto» (*Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* 72).

más insostenible y apremiante. Mis amigos... ¡Bah!, ¡para qué hablar de amigos cuando se trata de un político en desgracia! No quise acordarme de ellos por más que me faltara el dinero aún para subvenir a mis gastos más esenciales.

Algunos días después cuando ya había olvidado mis celosos temores, y estaba casi tranquilo, quiso Ofelia como la noche pasada, salir sola y cubierta con su *manta*.

—Pero qué significa este empeño de salir de noche sola a la calle —díjela colérico.

—¡Vaya no vengas con niñerías! —contestome ella desdeñosa y risueña.

Y como la vez pasada, se escapó de mis brazos, para irse precipitadamente a la calle.

Mi resolución fue repentina tomé el sombrero y salí. Aún tenía tiempo para alcanzarla y seguirla. Había tomado un carruaje y yo subí a otro y señalándolo díjele al cochero: —Siga Ud. aquel coche. En ese momento olvidé que yo estaba perseguido; que corría el peligro de ir a dar a manos de la policía; todo lo olvidé, para pensar solo, en que necesitaba saber si Ofelia me era infiel.

Mi cerebro se exaltaba por grados, y en mi corazón sentía mil dardos que cual dentelladas de fieras me torturaban con temores espantosos.

Iba a descubrir una verdad que yo deseaba ignorar, que la realidad debía de producirme tan honda herida, que hubiera dado parte de mi vida por evitarla.

El coche de Ofelia se detiene y el mío también. En ese momento sonaban las nueve de la noche en la campana de San Pedro.

Ofelia desciende del coche, y un hombre la espera en el quicio de una puerta de calle. Tan pronto como la ve él llegar, se escurre cautelosamente, y entornando el postigo, la espera que entre, y cierra violentamente la puerta pequeña, pues la grande estaba del todo cerrada.

Súbitamente se encienden en mi alma deseos de exterminio de horrible matanza; y con la mirada extraviada y el pecho anhelante, corro a la puerta para echarla abajo para incendiarla y destruirla y arrancar de allí a mi amada, ¡oh!, ¡aquel momento fue de tortura y cruel padecer!

Por un momento quedé anonadado, sin fuerzas sin conciencia de mí mismo, con ambos brazos colocados contra aquella puerta que yo quería destruir, y la cabeza apoyada allí, sin discernimiento, sin raciocinio, casi desvanecido. No sabría decir cuánto tiempo permanecí en ese estado. Cuando volví en mí, súbita reacción operose en mi ánimo, y en ese momento recordé a los policías que me perseguían; recordé mi probable prisión, mi vida en peligro, y sobre todo esto, mi dignidad de hombre, arrastrada por el fango, pues que me presentaba persiguiendo a una mujer que no era la mía y que a más era doblemente infiel.

Vuelvo a subir al coche y doy la dirección de mi casa, sin pensar que así podía revelar el lugar de mi escondite. Pero en ese momento, no me dominaba más que un deseo: castigar a Ofelia, y ante él desaparecían mis otros temores o deseos.

¡Voy a matarla, sí, debo matarla que solo así castigaré su perfidia y deslealtad! ¡Ella me engañaba y burlaba mi amor y mi credulidad! ¡Y yo que la amaba tanto!...

¿Qué haré? ¡Qué reproches puede hacer un hombre que no tiene un céntimo, y que hace tres meses que se sienta a la mesa sin dar para los gastos de la casa! ¡Es decir que yo estoy comiendo con la prostitución de la mujer que amo; ¡es decir que he descendido al último escalón, al que un hombre de mi condición puede llegar!...

Y desesperado, furioso corrí a tomar mi revolver, no para matar a Ofelia, sino para matarme yo mismo.

Y cuando el revólver cayó de mis manos, por faltarme el valor para descargarlo. —¡Ah! —exclamé, ¡ni siquiera tengo valor para morir dignamente!...

¡Y, quedé anonadado inmóvil, sumido en espantosas reflexiones!...

Sentía en mi alma que algo como hebras frágiles se iban lentamente rompiendo; y al pensar que debía de encontrarme en presencia de Ofelia, parecíame que había de faltarme la entereza del juez que se presenta ante el culpable, y que, pusilánime y humilde, habíame de acercarme a ella, como el lebrél que lame la mano que tan pronto le acaricia como le castiga.

Dos horas después llegó Ofelia; traía el color encendido, el cabello descompuesto; pasó a mi lado sin mirarme. Yo sentí ímpetus de lanzarme sobre ella, de pegarla, de estrangularla;

pero... no sé lo que pasó por mí. En vez de dar rienda suelta a mi justa indignación, a mi amor ofendido, hice esfuerzo por dominarme, y endulzando la voz, la dije:

—¡Qué largo te has paseado!...

—No he estado paseando sino en otra parte.

Y como para dejarme adivinar lo que podía haber estado haciendo, dirigióse al mayordomo del servicio para decirle:

—Mañana a primera hora, irá Ud. donde el carnicero y donde el pulpero, para decirles que me traigan las cuentas para pagarlas. Esa canalla me amenazó ayer con demandarme judicialmente. Bonita hubiera quedado la querida del Coronel Bello, demandada por el carnicero y los pulperos que abastecen la casa donde vive el jefe de uno de los partidos políticos más influyente de este país... ja... ja... ja.

Y Ofelia prorrumpió en estrepitosa carcajada, que me produjo el mismo efecto que el brusco rozamiento de una acerada lima.

Quise hablar y enmudecí. ¡Qué podía decir qué podía exigir, cuyo resultado no fuera la agravación de todos mis infortunios!

Como Prometeo sentíame atado a una roca; en tanto que el ave de rapiña me devoraba las entrañas; y esa ave, no me era posible alejarla de mí, porque eran mis propios celos; era mi amor a Ofelia, que se exacerbaba a medida que veía la posibilidad de perderla.

Yo quisiera sí, quisiera detenerme aquí, y no continuar este relato. ¡Es tan duro confesarse culpable! La vergüenza cubre mi frente; la noche sombría parece extenderse sobre mi vida.

¡Ah!, yo me pido perdón a mí mismo, y mi conciencia me acusa y me dice: faltas como las tuyas, solo pueden tener una expiación, y esa es, la pública confesión de la culpa.

Y me siento compelido a continuar este relato, y sigo este camino, por más que mi carne se queda en él desgarrada, y mis huesos chocando contra las agudas rocas, parecen próximos a romperse. Presiento que los corazones generosos han de perdonarme, y los jóvenes inexpertos han de tomar el ejemplo que les servirá de enseñanza.

Y preciso es decirlo todo; decir que cuando principié estas memorias, no creí llegar a este punto; me había propuesto no más que escribir mi vida como hombre público, bien como mi-

nistro, o jefe de partido; pero ya que he llegado hasta aquí, diré la verdad, y nada más que la verdad.



Al siguiente día, Ofelia convidó a algunos amigos míos, y quiso que comiéramos alegremente...

Alegremente dijo ella, y yo ¡miserable de mí!, que sabía que iba a convidar y a comer, con el dinero que para mí significaba la prostitución de mi querida, de la mujer a quien el mundo, la sociedad, que es bastante corrompida, para dejar de ser tolerante, consideraban casi como a mi esposa, di mi asentimiento para esa nueva degradación.

La sociedad la había bautizado con mi nombre; se le llamaba la *Coronela Bella*, y después de escuchar los proyectos de Ofelia, yo no tuve una palabra de protesta, una de esas explosiones de ira, de coraje, que son expresión de la virilidad de un espíritu; no, no la tuve y convine en comer con mis amigos, y casi estuve contento. ¡A la debilidad del carácter, vino a juntarse la abyección del sentimiento!...

Y para que no faltara, ninguna ruindad mía, aquella noche, después que se hubieron retirado mis amigos, después que hubimos tomado muchas copas de champaña, con el cerebro embotado, con la conciencia ofuscada, por un pretexto cualquiera, por una disputa pueril, abofetecé pesadamente el rostro de Ofelia.

¡Ah!, ¡es que los celos me devoraban el alma!

—¡Jorge; Jorge!, por Dios que te he hecho, ¡ah!, ¡eres muy cruel!...

Y brutalmente la empujé contra uno de los muebles de la estancia.

Y cuando Ofelia sollozaba, yo sentía la satisfacción del que se venga, aunque no sea más que de su propia cobardía.

Pero luego que hubo pasado aquella ficticia excitación, producida por el exceso del licor, volví a mi estado de esclavitud, de abyección; volví a ser el amante que, antes que perder a su amada, transige con todas las humillaciones, impuestas por la situación.

En el público principió a susurrarse la especie de estar yo oculto en la casa de la Coronela Bella; y como si el Gobierno hubiera querido darme la medida de mi desprestigio, ni aún hizo la menor tentativa para apresarme.

Yo era ya un hombre que no merecía ser perseguido, a pesar de mis intentos revolucionarios; yo estaba en la misma condición de un conspirador vulgar, inofensivo, a quien se le deja en completa libertad, porque no merece darle la importancia de apresarlo. ¡Ah!, ¡entonces no supe comprender ni valorizar, que este podía ser el peor síntoma de mi próximo hundimiento!

No obstante, mis amigos y Ofelia misma, quisieron a todo evento, que yo permaneciera oculto, que de otra suerte aparecería cual si yo desafiara con mi presencia a la policía. Y yo que no me daba prisa en salir, porque no sabía qué hacerme en la calle, convine en quedarme allá, halagado con la idea de que me hallaba perseguido por el Gobierno.

Desde el día que principiaron las salidas nocturnas de Ofelia, el dinero no volvió a faltar en la casa; pero si nos faltaba la armonía y la felicidad. El amor espantado de nuestra degradación parecía haber huido para no volver jamás.

Yo estaba persuadido de que en el público, se había difundido la convicción de hallarme yo oculto en la casa de Ofelia, y comprendía que esta situación había de ser interpretada desfavorablemente a la moralidad de mi conducta, y a la dignidad de mi partido.

Y mientras más claramente veía el daño que mi residencia al lado de mi querida me causaba, con mayor afán me acercaba a ella, rabioso a la idea de perderla.

Bien pronto nuestra vida se convirtió en continua lucha, y perpetua tempestad, y en nuestra intimidad no hallábamos sino motivos de reproches y de amargas quejas.

Los celos derramaron en torno mío, toda su hiel, y la miseria se me presentaba, mirándome, y acercándose a mí, con la risa del que va a tomar una presa, que tuvo ya por perdida.

Así vivía yo, estúpido, inactivo irascible, sin hacer más que enumerar los instantes, que caían gota a gota en la eternidad de mi dolorosa vida.

Y por más que comprendía la infidelidad de Ofelia, por más que valorizaba mi vergüenza y degradación; yo no concebía

cosa alguna sin Ofelia, ni alcanzaba a encontrar la energía suficiente para alejarme de ella.

Mi pensamiento, mis acciones, tenían a Ofelia por punto de partida y a Ofelia por fin y remate de ellos. Y después de una escena ruidosa de increpaciones de injurias groseras, yo me humillaba y venía a pedirla perdón, asegurándole que ni la más leve sospecha atravesaba por mi mente.

—Perdóname, Ofelia, perdóname; yo estoy desesperado, no sé qué hacer; temo perderte y esta idea extravía mi razón; lo he perdido todo, ya lo vez, hasta mis amigos me han abandonado, no me queda más que tu amor.

Y entonces yo lloraba, sí, lloraba como un niño, sin atreverme a confesar lo que ya más que sospecha era una convicción.

Ofelia me engañaba, y yo no tenía el derecho de acusarla, de reclamarle fidelidad; ella iba a buscar en otro amor los recursos necesarios a nuestra existencia, y yo cometía la indignidad de aceptar aquella cruel humillación.

Cada día al dejar el lecho, me prometía a mí mismo abandonar aquella morada, huir de la deshonra que como miasma pestilente, envenenaba mi sangre, y al finalizar ese día, me encolerizaba, contra mí mismo, y nuevamente me prometía no dejar pasar el siguiente, sin tomar una enérgica y decisiva resolución.

Y todos los días trascurrían iguales, negros, pesados, lentos, como el martirio que me torturaba el alma.

Llegué a desear ver terminada aquella situación, aunque fuera a costa de mi libertad; sí, deseaba que me apresaran, proveyendo que la pena había de ser el destierro; y este, que para un hombre en su estado normal, para uno que como yo no se sintiera esclavizado por sus propias pasiones, es cruel castigo; yo le miraba como un medio de curarme, como una puerta de salida, la única que me obligaría a sacudir, esa anómala situación.

Y como sucede frecuentemente, en los caracteres débiles, dominados por una posición, las explosiones de rabia, de ira, eran violentas y frecuentes, agravadas por la falta de estimación que ambos sentíamos el uno para el otro.

Las palabras hirientes salían de nuestros labios como dardos lanzados para desgarrar nuestras carnes; entre nosotros no hubo ya ni esos retornos tranquilos que suceden a la tempestad. En los momentos de mayor afecto, cuando yo sentía

fundirse mi corazón de ternura, me asaltaban deseos de pegarla, de golpear su cráneo contra el suelo, en castigo de su perfidia y su infamia.

Pero luego me decía a mí mismo: —Y yo ¿he cumplido acaso con mis deberes de hombre y de caballero? ¡Ah!, no, seis meses habían trascurrido, día por día, hora por hora, satisfaciendo yo todas las necesidades de mi vida, sin cambiar un ápice de mis antiguas costumbres y de mi regalada vida; y no obstante, yo no había contribuido con un solo real a esos gastos, que debían ser todos pagados por mí.

Después de hacerme estas reflexiones calmábanse todas mis cóleras, y volvíame hacia Ofelia para estrecharla con mayor ternura en mis brazos, diciéndola: —Temo perderte, ¿dime, tú me amarás siempre? Me parece que hubieras cambiado, y yo me moriría si te perdiera.

Y Ofelia correspondiendo a mis caricias me aseguraba que su amor había de ser eterno; y después de trascurridas algunas horas, me horrorizaba al pensar que aquella situación había de alargarse; y la cólera y el disgusto me embargaban hasta ser injusto en todas mis acciones y reproches.



Para agravar mi situación cada día más; sucediéronse con espantosa crueldad las decepciones políticas en lo privado; y en lo público, el silencio; silencio completo, respecto a mi partido. ¡Ah!, bien sabía yo que esto es sintomático de una irremediable muerte política.

La ruina de mi fortuna, mi larga prisión, mi vida de refugiado en casa de Ofelia; en casa de mi querida; mi casi prescindencia de todo lo que se relacionara con mi partido, para pensar solo en mis preocupaciones de amante; amante público de una mujer casada, todo había contribuido a labrar mi caída, que será tal vez definitiva.

Yo sentía en mi conciencia la helada mano de la muerte; de esa que es el anonadamiento del ser moral; ¡la supresión del hombre público, dejando en su lugar, tan solo un hombre, un cadáver político que debe apurar los dolores más acerbos de la vida!...

Ni quiero ni me propongo describir aquella situación, cuyo recuerdo es en mi corazón, como es en el cuerpo la curación de una dolorosa herida.

Continuaré estas memorias, ya que en ellas he hallado todo este tiempo un lenitivo de mi dolor, y algunas horas amenas en mi triste prisión...

VII

Un día; no, era de noche y yo acababa de arrojarme sobre mi lecho, preso de uno de esos accesos de lágrimas, que, aunque no corrían de mis ojos, caían gota a gota, sobre mi corazón.

Las diez de la noche acababan de sonar, cuando se presentaron en mi casa los gendarmes; venían a apresarme y para ello traían una orden escrita que me entregó el oficial que los conducía.

Y yo sin hacer objeción ninguna, me entregué a ellos, como si tuviera prisa de salir de allí, casi gozoso, feliz al verme sacado de aquella casa, donde la vida convirtióseme en doloroso suplicio, tanto más horrible, cuanto que mi voluntad era impotente para salvarme.

¡Oh!, ¡me recuerdo bien de aquella impresión! Acabábamos Ofelia y yo, de ser actores de una de esas escenas ruidosas, de acusaciones e insultos, que deben ser el punto final de las relaciones de dos amantes, si es que no han perdido su delicadeza y dignidad; una de esas escenas en que se sueltan palabras que son como la cuchilla que corta los lazos que unen dos corazones. Yo la di ese nombre hiriente infamante que solo merecen las prostitutas; ella ¡ay!, yo la disculpo, me dijo que era un miserable un... ¡Ah!, ¡sí, yo comía con la prostitución de ella!...



Salí de la casa sin despedirme de Ofelia; los policiales habían traído un coche de alquiler, subí al coche, contento, ri-sueño, con deseo de decir bromas y creo que si me hubiera sido permitido, hubiese prorrumpido en gritos de alegría, diciendo

a cuanto veía: —Voy preso, pero ya estoy libre, libre de mi verdadera prisión.

Sí en verdad; mi cabeza se alzaba más libremente; el aire entraba a mis pulmones en mayor cantidad; los músculos de mi cuerpo tenían mayor elasticidad. Y yo bajo de la mirada investigadora de mis apresadores, repetíame con íntimo regocijo: —¡Ya soy libre!, ya puedo dejar de amarla. En ese momento mismo, estaba íntimamente convencido que yo no amaba ya a Ofelia.

En el tránsito de mi casa a la Intendencia a donde yo era conducido, encontramos a un pobre hombre, que en estado de ebriedad, era víctima de maltratos y golpes de dos policiales; y yo compadecido de él, saqué la cabeza por el ventanillo del coche, para decirles: —¡Eh!, no maltratéis a ese hombre. ¡Cuidado! ¡Sois unos bárbaros!

Y después de hacer un ademán amenazador, continué hablando y riendo de la terquedad del borracho que no quería dar un paso más adelante.

El oficial y los dos sargentos que me acompañaban mirábanme azorados, sin darse cuenta de lo que veían, contrastando notablemente, el aire jovial y el tono natural con que yo hablaba, al lado del casi azorado semblante de mis guardianes.

Llegado a la Intendencia, fui conducido a aquel cuarto que me era ya conocido, por haber sido ocupado en otra época, cuando fugué de allí en compañía de Ofelia. No quiero detenerme a relatar menudamente, los diálogos y los interrogatorios que sostuve con los que dieron la orden de apresamiento. Yo no quise negar mi participación en las conspiraciones de que fui acusado; y como conspirador debían juzgarme.

Cuando quedé solo, en la habitación que se me había destinado, en la cual, dicho sea de paso, encontré todo lo que podía necesitar, principié a pasearme, absorto en mis meditaciones. Ni la más leve sombra de pesar oscurecía mi ánimo; al contrario, sentía bienestar, puedo decir que estaba contento.

Lo que más me alegraba, en ese momento, era pensar que ya yo no amaba a Ofelia; no solamente me parecía que no la amaba, sino que hubiera asegurado que la detestaba, con toda la energía de mi alma.

Para afirmar y vigorizar tan favorable reacción, decíame a mí mismo: —Ofelia es la causa única de mi ruina. Ella ha tenido

sombra fatídica para mí; esto yo debía de haberlo previsto. No es dable quebrantar las reglas sociales, ni los principios morales, sin ser víctima de ese temerario intento. Un hombre público que se presenta al lado de una querida, máxime si ella es casada, lleva todas las probabilidades de un fracaso.

Yo me encontraba en el auge de mi gloria, en el pináculo de mi popularidad, cuando la conocí a ella; y desde ese momento, desde ese punto, ha comenzado la descensión lenta y desapercibida en los comienzos, y luego rápida y violentísima. Ella, ella sola es la causante de mi ruina. No debo amarla no, ni aún acordarme que ella existe.

Aquella primera noche dormí mal, inquieto y desazonado. La impresión de contento y bienestar del primer momento, pasó rápida como pasan las ráfagas de aire fresco y puro, en cálida y pesada atmósfera.

Veía a Ofelia llorosa, acusándome de ser yo el causante de todas sus faltas: —Ingrato, yo sí que te he sacrificado mi posición social, mi pequeña fortuna y lo que valía para mí más que todo, mi honor. Yo era virtuosa, bien lo sabes tú; nadie antes que tú había alcanzado una mirada una sonrisa de amor, porque quería guardar mi corazón, como uno de mis mejores títulos de nobleza. Tú los has hollado, lo has pervertido; tú lo inoculaste de tus locas ambiciones, y yo fui arrastrada como la brizna de yerba caída en el torrente.

Todas estas palabras me las repetía yo, imaginándome que Ofelia llorosa y desesperada me las decía en aquellos momentos.

Y calenturiento excitado, dejé el lecho, con el cerebro pesado y el corazón lleno de la imagen de Ofelia.

He sido injusto, he sido temerario yo debo amarla. ¡Ofelia querida mía, perdón, perdón!...

En este estado pasé tres días más. Al cuarto corrí a la mesa donde había recado de escribir, y la dirigí la más apasionada y amorosa carta, que en mi vida he escrito.

Aquel día no era cólera, indignación contra cada uno de los que se me acercaban manifestaba yo; era algo más que me sublevaba la sangre, sin darme cuenta de lo que por mí pasaba.

Y a cada instante recordando a Ofelia me decía: —¡Yo soy el único culpable! Yo el único ingrato y todas las faltas de ella se ocultaron a mis ojos que no acertaban a ver más que su belleza y sus generosas acciones. Recordaba todos los menores detalles

de nuestros primeros días de amor, y me decía a mí mismo: — Ella era buena y virtuosa, yo la he lanzado por el camino de la perdición.

Y engalanándola con todos los atractivos de sus pasadas virtudes y su actual belleza, la amaba entonces con mayor vehemencia que antes.

Nuevamente principiaron las tramitaciones del juicio que como conspirador debía seguirseme; nuevamente volví a estar bajo la vigilancia de mis carceleros, y sufriendo las visitas de los encargados de juzgarme.

Esta vez mis amigos brillaron por la ausencia; ninguno se cuidó como en otro tiempo, de venir diariamente a informarse de mi salud y a prestarme compañía, pasando largas horas en mi prisión.

¿Qué se hicieron esos fanáticos partidarios míos?

¡Sin más norte que su propia satisfacción, huyeron del mal tiempo, cual huyen del invierno las bandas de golondrinas!

Ni uno solo ha llegado hasta aquí para manifestarme su amistad u ofrecerme su adhesión.

¡Qué triste es la soledad que se sigue al bullicio de la gloria!... ¡Qué solitaria es la prisión del hombre público, cuya grandeza ha principiado a decrecer!... ¡Cuán horrible es descender, cuando se ha pisado los últimos escalones de la gloria!...

VIII

Seis meses ha que principié a escribir estas memorias, y también se cumple hoy un año de mi encierro en esta prisión.

Tres días hace que me fue leída la última sentencia del juicio que, por el delito de conspirador, se me ha seguido. Hoy alcanzaré mi libertad, y debo para cumplir mi condena, salir del país, en el término de veinticuatro horas.

¡Ah!, ¡sí, partiré del Perú, llevando tan solo el recuerdo de mi gloria pasada y de la ingratitud de mis partidarios!

¡He perdido mi fortuna y mi prestigio, no soy más que una víctima de las veleidades de los partidos políticos!

Y para que mis desgracias lleguen a su último extremo, presénteseme Ofelia, como una mujer que ha pisado los primeros escalones del vicio y la prostitución. La voz pública la señala como a la querida de su antiguo novio; del hombre que en un tiempo fue, uno de los amantes de aquella madre supuesta.

Llevado de mis celosas cavilaciones, he llegado a la horrible convicción, de que muchos de los que se decían partidarios míos, no fueron más que amantes de ella.

¡Será posible tanta perfidia y deslealtad! Y Ofelia, prostituida, Ofelia difamada, es, no obstante, el ídolo que mi alma adora postrada; sin que sea parte a minorar esta inmensa pasión, las diversas versiones respecto a su conducta, llegadas hasta mi prisión; versiones todas a cual más ofensivas para ella, y desconsoladoras para mí. No cabe duda; Ofelia se presenta públicamente al lado de un nuevo amante. ¡Ah!, ¡y yo la amo hoy como el primer día que principié a amarla! ¡Y al pensar que voy a separarme quizá para siempre de ella, mi ánimo flaquea y mi corazón destila lágrimas quemantes cual si fueran de fuego!...

¡Cuántas decepciones acumuladas sobre la cabeza de un solo hombre!

¡Mi nombre desprestigiado, mi popularidad perdida, y para colmo de males, la mujer amada en los brazos de otro hombre!

¿Qué me resta que hacer en la vida?... No lo sé. Me parece que al verme en medio de los hombres, en el comercio íntimo de la vida social, seré como un cadáver vuelto a la vida.

Y en vano pretendo hallar en mí mismo, la energía necesaria para luchar contra la adversidad; me siento inhábil para resistirla.

Fui en mi infancia el niño mimado de mis parientes, y más tarde, me vi siempre halagado por las auras populares que rodean al político en auge.

Por vez primera el infortunio llega a acibarar mi vida, y me encuentra desprevenido; me encuentra en el momento que yo esperaba tan solo triunfos y glorias.

¡Bien comprendo que llorar sobre la felicidad pasada, es propio de niños y no de hombres, pero, ¡y cómo olvidar tantos bienes perdidos!... ¡cómo inclinar la frente, sin la protesta por el castigo inmerecido!... Inmerecido sí, puesto que no fui yo solo el culpable, en esas algarradas políticas, en las que cada cual ha tomado su parte...

Pocas horas me quedan para terminar estas páginas; pero donde quiera que me encuentre, continuaré hasta el fin...



Son las doce del día y dentro de dos horas debo salir de aquí para mi destierro.

¿Y Ofelia? Ella se destaca entre las brumas de mis recuerdos, y puedo decir que mi amor es lo único que se ha salvado en este naufragio de mi vida.

¡Ah!, si me fuera dable estudiar y filosofar largamente, sobre las curiosas transiciones que se han sucedido en mi ánimo, movido por mi amorosa pasión, posible sería que escribiese un libro algo más ameno que el que llevo escrito.

¿Quién puede explicarse las evoluciones del sentimiento y la pasión?

Aquel amor que el día de mi entrada a esta prisión, parecía haber tocado a su fin, y al que le faltaban todos los elementos de vida, inclusive la estimación personal, volvió como las plantas

primaverales a tomar nueva vida para ser luego, una pasión vehemente y ardorosa...

¡Estoy en libertad, lejos de mi prisión!...

¡Dios mío!, ¡que impresiones tan dolorosas me esperaban!

He visto a Ofelia, no, no la he visto a ella; ha sido su sombra, su espectro, casi su cadáver.

Apenas salido he mi prisión, supe que Ofelia se encontraba gravemente enferma; y no he podido dominarme. Fui a su casa, sin importarme el temor de encontrar allá a su nuevo amante.

He encontrado no una enferma, sino una moribunda, que quiso hablarme como si fuera la voz de mi propia conciencia.

Quiero antes que sus conceptos se borren de mi memoria, dejarlos aquí grabados, como la más sabia y elevada lección de moral social, que jamás he recibido. Sus palabras han sido todo un proceso a mi vida de conspirador.

Si mi presencia al lado de Ofelia no hubiera sido inesperada e imprevista, yo creería ahora, que ella estuvo aleccionada por algún enemigo mío, que hubiera querido, aprovecharse de los solemnes momentos de una moribunda, para formarme el proceso de mis faltas y desvíos; pero yo llegué cerca de Ofelia, en momentos en que ninguno de los presentes me esperaba.

Desde el primer momento de mi llegada a casa de Ofelia, comprendí que algo muy grave acontecía allá. Los rostros compungidos y el ir y venir de la servidumbre manifestaban que presentían una desgracia. Yo entré hasta el dormitorio de Ofelia, prevalido de mis antiguos derechos de amante. En tales casos, la audacia se impone fácilmente.

Así que ella me vio llegar, incorporose en el lecho, y fijó en mí sus ojos brillantes, azorados, con toda la lúcida fijeza de una moribunda. Yo no pude hablar una sola palabra; un nudo angustioso me comprimía la garganta. De pie, inmóvil con las manos plegadas y el espíritu anonadado, contemplaba a Ofelia.

Súbitamente reanimose su semblante y con un imperioso ademán de su mano, ordenó que se alejaran a las dos mujeres que estaban presentes; y yo trémulo de emoción, y desfallecido de dolor, acérqueme al lecho, dejando escapar el torrente de lágrimas y sollozos que me ahogaban.

Como si las fuerzas fueran a abandonarme, pude llegar apenas a ocupar uno de los sillones colocados cerca del lecho de Ofelia.

No sabría decir cuánto tiempo permanecí allí con la cabeza oculta entre los cobertores, sin conciencia de mí mismo, presa de uno de esos accesos de dolor supremo que anonadan y entontecen. Al fin, quizá con el temor de ver agonizante a Ofelia, dirigí hacia ella mis ojos anublados por las lágrimas; y entonces la vi con la angélica y beatífica expresión de las personas que mueren tranquila y dulcemente.

Con el acento apacible, propio del que habla despidiéndose de una vida que pronto va a dejar. —Jorge —me dijo—, deseo hablarte largo... mucho, muy largo... ¡Tiempo ha que medito sobre tu situación, y en este momento, siento la supervidencia, que preside a la muerte!... ¡Me parece que un velo se hubiera descorrido ante mis ojos, y que mi inteligencia tuviera la lucidez suficiente, para abarcar y darse explicación de todo aquello que antes era oscuro e ininteligible!...

Ofelia calló, y yo con grande esfuerzo pude decirle:

—Yo te lo ruego, no te preocupes por ninguna cuestión, que no sea la de recuperar tu salud.

—No, es que siento necesidad de hablar; me parece que así fuera a aliviarme de un gran peso.

—Pues bien habla; yo te escucho y guardaré en mi alma cuanto quieras decirme.

—Ya sé que dentro de pocas horas debes salir desterrado de este país: es justo que así sea.

—Sí, Ofelia; yo debo partir, y me alejo en los momentos que más quisiera estar a tu lado.

—¡Antes que tú hayas salido de aquí, yo habré muerto!

—No, tú no morirás, y si es posible, yo te llevaré conmigo.

—Mi enfermedad es incurable; siento que la muerte me tiene asida por el cuello, y me lleva muy de prisa.

Y con esa su eterna chispa, y donaire en el decir, llevose la mano al cuello, y sonrió, como si simulara que estaba cogida, sin remedio, por la descarnada mano de la muerte.

Tras corto silencio, Ofelia agitada, y con la mirada lucífera, pasó varias veces su mano por la frente, como si allí sintiera bullir un mundo de ideas, luego dijo:

—Tú en tu vida pública has cometido grandes errores, y yo que hoy veo con claridad el pasado, quiero decirte algunas verdades.

—No olvides que si mis acciones fueron malas mis intenciones fueron siempre buenas —dije agobiado por el peso de la realidad.

Ofelia se encontraba en uno de esos momentos de lúcida visión, de nerviosa elocuencia; una de esas ráfagas o destellos intelectuales, que el cerebro como la luz agonizante lanza con poderosa y extraordinaria fuerza.

Sin mirarme, con la vista fija en los cortinajes del lecho, con el semblante iluminado y la expresión animada, cual si la supervidencia magnética y sobre natural la poseyera, decíame:

—«El amor propio, la vanidad, te han perdido; te consideraste tan grande que imaginaste que tu personalidad sería suficiente para dar vida propia y perdurable a un partido, y te equivocaste. En tus momentos de aberraciones, llegaste a creer que tus enemigos políticos eran hombres no solo de otra raza, sino también de otra especie, y también te equivocaste.

«Pretendiste ser jefe de partido y lo alcanzaste; pero ¿cuál fue el contingente que llevaste a la lucha? En política el que se presenta sin un ideal, sin un principio, es como el que va a una batalla desarmado. Se puede en el primer momento producir grande efecto, y conquistarse partidarios; pero todo pasa y se evapora, como cosa sin consistencia condenada a perecer, por falta de vida.

«Lo que tú fundaste no fue un partido fuerte, sólido y compacto, sino solo una agrupación de especuladores, de hombres viles, que se complacían en adularte con el fin de medrar, si alcanzaban el triunfo definitivo.

«Te asombrarás de que yo te hable este lenguaje impropio en los labios de una mujer; es que hace años, desde que tú me lanzaste en el torbellino de tus partidarios, he observado mucho y he aprendido mucho más. Si antes no te he hablado con esta claridad, es porque entonces, yo también como tú, me sentía mareada y desvanecida con el incienso de la adulación.

«Es necesario los duros golpes de las decepciones, para que la razón vea con claridad, y se coloque en el verdadero punto de partida».

Después de una corta pausa, Ofelia con la entonación profética de la persona que habla con entera convicción, y como si siguiera el hilo de su pensamiento exclamó: —¡La política!... ¿Has aprendido al fin a conocer lo que es la política?... ¿Sabes

acaso que, sin ser más que el arte de gobernar, y dar leyes y decretos, para la seguridad pública, puede ser también, una lucha noble, sublime, si es que defiende un ideal o un principio; así como es ruin e infame, si solo simboliza la ambición de un conspirador? Tu caída es inevitable, tu desprestigio es evidente; ambos son, no un castigo, sino una consecuencia. Tus enemigos políticos, no han sido ni más honrados ni de más talento que tú; pero te han vencido, como los vencerán a ellos otros que lleguen después; ¡porque cuando todos son malos, el último es el mejor!...

—«La justicia no es una quimera, ni la moral una ley desquiciada, ni el bien una aspiración irrealizable, no; son leyes sociales que infringimos fácilmente, pero que pagamos cruelmente.

«Los triunfos del mal los miramos en su apogeo, y quitamos la vista en la hora del castigo; que no es más que la consecuencia lógica de aquel».

Ofelia calló, quedando con la mirada fija, la fisonomía animada, asemejándose al que sigue mentalmente el hilo de largas y profundas meditaciones. Luego continuó: «—Si quieres y aspiras llegar a la verdadera grandeza y prosperidad, sé leal y honrado en la vida pública franco y bondadoso en la vida íntima...».

Yo estaba anonadado, entontecido, parecíame ver la figura y escuchar la voz de una de aquellas pitonisas, que allá en los tiempos antiguos, adivinaban el pasado y predecían el porvenir.

Nada, ni una palabra, ni una frase, podía articular que fuera adecuada a aquel solemne momento. Escuchaba y callaba, como si otro papel no fuera dable desempeñar.

Y súbitamente, como si doloroso recuerdo le hubiera asaltado, cambió de tono y en su frente dibujose aquella siniestra arruga, que yo conocía era signo de profundo dolor, y, —¡Ah! —dijo—, también yo he sido víctima de tus errores; yo que orgullosa con mi título de condesa, esperaba borrar con mis virtudes las faltas y desvíos de mi esposo; y quizá también, algún desliz real o calumnioso, atribuido a alguno de los míos.

Comprendí entonces que Ofelia hacía alusión a su supuesta madre, a quien la opinión pública, señalaba como a una mujer liviana, cuyas faltas y desvíos eran ya del dominio público.

Y con la voz profundamente conmovida, continuó: —He sido muy culpable... Por soberbia, por orgullo, quise ser virtuosa, sin otra mira que darle lustre a mi maltratado título de condesa;

por eso he caído como el ángel despeñado del Empíreo²⁰⁰; he caído en el abismo de la prostitución... ¿Lo ignoras?... ¡Ah!, es preciso que lo sepas: ¡la mayor parte de tus partidarios, no fueron más que amantes míos! ¡Infames ellos!... más infame yo, que no comprendí toda mi abyección... ¡ah!, yo no fui más que una... En este punto Ofelia, convulsa, llevose con nervioso ademán, ambas manos a la boca, cual si pretendiera ahogar aquella oprobiosa palabra, que en un arranque de doloroso arrepentimiento, quiso dejar escapar de sus labios, como el más enérgico reproche que ella misma daba a su conducta.

—¡Ofelia!, ¡calla; calla! Tus palabras me destrozan el alma, yo no quiero saber nada, te amo hoy más que nunca, y te perdono todas tus faltas; ¡sí, yo te perdono!... ¡Ofelia! —y asiendo una de sus manos la cubría de lágrimas y de besos.

Ofelia mirome espantada, y con la expresión del dolor supremo, exclamó: —¡Yo no merezco perdón, no merezco perdón... ah!, sufro mucho... Dios mío... Aquí... y extendiendo los brazos con desesperado ademán, retorciase en el lecho, apelotonándose con dolorosos alaridos. Luego inerte pálida inmóvil con el semblante cubierto de lágrimas, quedó privada de conocimiento.

La nerviosidad casi histérica de ciertos delicados organismos²⁰¹, excita su sensibilidad, hasta llegar al último extremo, en todas las emociones violentas del ánimo; Ofelia pertenecía a este número, y quizá debía ser víctima de su propia sensibilidad.

Yo corrí a la pieza contigua, a pedir socorro, y apareció la madre de Ofelia, y luego varias amigas de esta, que espe-

²⁰⁰ Varias autoras decimonónicas, influidas por el socialismo utópico y el nuevo lugar que se les otorga a las mujeres, desarrollan una teoría mesiánica de la mujer. Esta tiene la misión de salvar al hombre (el utopismo utiliza la metáfora del ángel caído). Por ejemplo, Abbé Alphonse-Louis Constant (filósofo francés, amigo de Flora Tristan) dice: «La mujer es superior al hombre, ya que invita a la libertad y se sacrifica por el amor. Es a ella también que Dios promete la victoria sobre la serpiente infernal que buscará morderle el talón, pero a quien ella le aplastará la cabeza» (*El rosario de mayo o la guirlanda de María*, 1839).

²⁰¹ El histerismo ligado a la fisiología de la mujer en el siglo XIX se ha desarrollado ampliamente tanto en el periodo victoriano (mundo anglosajón) como en la medicina francesa gracias a las propuestas de Charcot y sus prácticas en la Sâlpêtrière (París).

raban sin duda que yo saliera de allí, para acercarse a la enferma. Todas llegaron y volvieron a salir en distintas direcciones; la una a llamar al médico, otra a traer la pócima, que ya debía haber tomado, y que mi presencia había retardado. Yo atiné a aplicarle un frasco de sales que me era conocido, y que tomé sobre el velador de Ofelia.

Un momento después, llegó el doctor. El caso era muy grave. La tisis fulminante estaba en su último grado, de agudeza.

Ofelia, recuperó luego el conocimiento; pero no bien hubo pronunciado las primeras palabras, comprendí que había perdido la lucidez de su inteligencia, y que sombras fatídicas, oscurecían su razón y ofuscaban su vista.

Su mirada, antes brillante y expresiva, principió a tomar esa vaguedad y atonía, que precede a la muerte. En ese momento, hirió mi oído el lejano campanilleo, que para los que hemos vivido en Lima, nos es bien conocido; luego sentí ruido de pasos en la pieza contigua, y el agitado murmullo de personas que hablan quedo y apresuradas: —¿Qué significa ese ruido? —pregunté a la mujer que cuidaba a Ofelia—. Es el Santísimo que llega en este momento.

Una mujer apareció trayendo un crucifijo que colocó sobre una de las cómodas, del dormitorio.

Y precipitadamente, sin tardar apenas el tiempo necesario, colocaron largo mantel al modo de los que se estilan en los altares, y por arte de encantamiento impreviamente se levantó un altar.

Cada una de las amigas de Ofelia, fue trayendo algún objeto, bien ajeno a la escena que debía realizarse; pero, que siguiendo las costumbres, servían para adornar el altar de la enferma.

Una invasión repentina llenó la estancia de gente desconocida, y luego apareció el sacerdote, con el Viático²⁰². Traía la expresión tranquila, indiferente del que va a tomar parte en un acto que no le causa ni pena ni alegría. Colocó el copón, sobre el improvisado altar, y procedió a administrar la Extrema Unción. Todos se prosternaron y las mujeres empezaron a rezar a media voz. También yo, dominado por la solemnidad de aquel acto, que es la última etapa de una vida que se acaba, sentí doblarse mis rodillas y anegarse en lágrimas mi rostro.

²⁰² *Viático*: «sacramento de la eucaristía, que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte» (DRAE).

Y alejado, oculto en lo más oscuro y apartado de la estancia, contemplaba aquella triste escena, y con el alma transida de dolor, y el cuerpo estremecido por mis sollozos, elevé a Dios la más ardiente y sentida plegaria, que puede brotar de labios humanos.

Cuando el sacerdote, se hubo retirado, vi a Ofelia casi agonizante, presa de esa crisis que precede a la muerte. Y yo arrodillado junto al lecho, la miraba, aturdido anonadado, sin darme cuenta de aquella destrucción que tan inesperadamente yo presenciaba.

Súbitamente Ofelia se incorporó, y llevando ambas manos al pecho, exclamó: —¡Aire, aire!... ¡me ahogo!... ¡ah!...

Y cayó pesadamente, sobre las almohadas del lecho. ¡Estaba muerta!...

Miré el reloj; eran las cinco, y a esta misma hora un agente de policía, debía esperarme en la estación del tren del Callao, para acompañarme a bordo y dar fe de mi partida. Para separarme de aquella estancia, necesité de toda la fuerza de mi voluntad, y partí tomando apresuradamente el camino de la estación del tren del Callao.

Y por la calle, con el corazón lleno de lágrimas, con la cabeza aturdida, como el que ha recibido recio golpe, yo pensaba en mi situación y me decía: —Si tuviera el derecho de volver atrás, elegiría otro camino; he equivocado el sendero, que conduce a la verdadera gloria; yo no soy más que el náufrago que a duras penas ha salvado la vida.

Quiero publicar estas memorias. Quizá sean de alguna utilidad para mis contemporáneos; quizá puedan servir de ejemplo a aquellos que, fascinados por las riquezas adquiridas fácilmente, impulsados por los especuladores que rodean a los hombres públicos, y extraviados por sus propias pasiones, crean como yo creía, que el camino seguro, es el de los fraudes y las especulaciones, lleno de encrucijadas y peligros, y no el camino ancho, luminoso, expuesto a todas las miradas, y asegurado contra todas las caídas.

¡Sí, publicaré estas memorias, y la confesión pública de mis faltas, quizá me devuelva la serenidad de ánimo que he perdido!...

Dominado por las lúgubres ideas del momento, miraba a los hombres y me parecían cadáveres ambulantes. Casualmente

me di con muchos de los que danzaban en la política de aquella época, y mientras más encumbrado el personaje con quien me encontraba, mayor el afán mío para alejarme de él, diciendo: ese lleva un corazón muerto; es una alma que ha perdido todos los resortes que obedecen a los nobles impulsos. Y me imaginaba verlos, como se ven las figuras de cera de una sala de anatomía; y hasta me parecía, sentir los miasmas pestilenciales, de aquellos seres putrefactos, que en su empeño de lucrar, y aguijoneados por la fiebre homicida de los políticos ambiciosos de los hombres del poder, sin conciencia ni patriotismo, se disputaban una presa... ¡ah!, ¡y esa presa era la patria enflaquecida, aniquilada, vendida, hecha girones por esos que se llaman políticos, jefes de partido, caudillos revolucionarios!... ¡Y al pensar que yo había pertenecido a ese número, y había llegado a ser jefe de esas agrupaciones, que pomposamente se llaman partidos políticos, sentí honda pena, profundo arrepentimiento!...



Cuánto me felicito de que mis amigos no hayan aparecido por acá; ni en la calle ni en el tren, he hallado a uno solo. Es lógico y natural que yo no tenga ya amigos.

Para el hombre público, los amigos no son más que reflejos de su gloria; cuando esta se eclipsa, aquellos desaparecen.

Bajo estas tristes impresiones, contemplaba la extensa campiña, que desde los convoyes del tren se divisa, y cuyos lejanos confines, iban a perderse, confundándose con el azulado horizonte del mar.

Allí en medio de aquellos campos, fijose mi atención en un hermoso joven que, cabalgado en brioso alazán, iba cantando alegre canción, que admirablemente se armonizaba con la expresión de contento y bienestar que se reflejaba en su semblante, y yo me decía: —¡Qué dichoso es el hombre que se acerca a la naturaleza, y cuán caro pagamos, los que de ella nos hemos alejado!

Contemplaba aquel hombre que debía ser completamente dichoso y mirándole pensaba, que su pecho respiraba el aire oxigenado que reanima el espíritu y alegra el corazón; su vida se deslizaba sin haber probado las decepciones del mundo, ni

los crueles contrastes de la fortuna; el trabajo que es el regularizador de la salud, conforta su cuerpo y vigoriza su espíritu; ni luchas ni zozobras, perturban sus horas de descanso... ¡ah!, ¡feliz el que jamás ha probado los sinsabores del hombre público!

¡Yo sentía envidia por ese hombre, y me asaltaba el deseo de hallarme en la misma condición de él; lejos del bullicio de las ciudades, viviendo del trabajo honrado del agricultor, y eternamente alejado de la adulación de los hombres de partido; de esos que hacen de su bajeza un medio de lucrar, y de sus opiniones un comercio infame!...

La rápida carrera del tren, alejome hasta perder de vista aquel simpático jinete. Y entonces pareciome escuchar misteriosas voces, que llegaban hasta mí y me decían: —Fuistes un loco, un insensato; creíste que la felicidad y la gloria se hallaban en los revueltos campos de la política, y solo has hallado las decepciones del hombre público y el destierro del conspirador. ¡Equívocamente buscaste el amor por los tortuosos y culpables expedientes del seductor de una mujer honrada, y era justo que recogieras la cosecha sembrada; y el conspirador de su patria, como el seductor de una esposa, es lógico que al fin de la jornada, encontré la infidencia de su amada y la reprobación de sus conciudadanos!...

Y en vano pretendía alejar de mi mente aquellas siniestras voces, que a mi pesar me perseguían. ¡Ah!, ¡el recuerdo de Ofelia; muerta y prostituida por mi causa, me torturaba como el más cruel de mis remordimientos!

Y si por un esfuerzo de la voluntad, me alejaba de esta idea, era para darme con otra aún más mortificante.

¿Cuáles serían en adelante los recursos de mi vida? ¿A qué arbitrio acudiría para ganar mi subsistencia? Si, como es posible, puedo realizar mis propósitos de hacer completa prescindencia de cuanto se refiera a la política de mi patria, ¿a qué medios me acogeré para llenar las necesidades de mi vida, que ha de ser en adelante la del proscrito?...

Y después de dirigirme estas interrogaciones, pensaba con honda amargura, con cruel sinsabor, que quizá iba yo a vivir en la mendicidad, buscando la protección de alguna colonia peruana, residente en... ¡ah!, ¡no sé todavía dónde debo dirigir mis pasos!...

He llegado a bordo, y al ver alejarse de la playa al vapor que me conduce al destierro, he exclamado. —¡Adiós patria mía!... ¡he sido un mal ciudadano, y parto lejos de ti, pobre, desterrado y sin amigos!... ¡El arrepentimiento de los réprobos será el compañero de mi triste vida!...

¡Adiós para siempre!...

FIN

El Conspirador. (Autobiografía de un hombre público) de Mercedes Cabello de Carbonera (edición crítica de Mónica Cárdenas Moreno) se imprimió en el mes de julio de 2021 en Tarea Asociación Gráfica Educativa, Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 05, Perú.
Con un tiraje de 1000 ejemplares.

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

Aves sin nido

CLORINDA MATTO DE TURNER

Índole

CLORINDA MATTO DE TURNER

Herencia

CLORINDA MATTO DE TURNER

Julia o Escenas de la vida en Lima

LUIS BENJAMÍN CISNEROS

La evolución de Paulina

MARGARITA PRÁXEDES MUÑOZ

Jorge o El hijo del pueblo

MARÍA NIEVES Y BUSTAMANTE

“[...] un país, donde el cohecho y el vil soborno ganan las altas y luminosas esferas [...] es un país cancerado hasta la médula de los huesos, y condenado a ser castigado con tremendas convulsiones sociales”.

El proyecto de novela realista que emprende Mercedes Cabello de Carbonera, y del que forma parte *El Conspirador*, propone una mirada sociológica sobre las primeras décadas de vida republicana, años marcados por el caudillismo y la conformación de círculos de poder en torno al comercio exportador. Desde esta época, la administración del Estado se alía con intereses económicos personales, y se crean falsos prestigios políticos con ayuda de la letra (el periodismo, la publicación de libros). La novela muestra, de esta manera, al lector del siglo XXI su sorprendente actualidad.

El Conspirador es la autobiografía ficticia de un hombre público que penetra en las pasiones de sus protagonistas, en sus historias familiares, tanto en Lima como en Arequipa y, en este sentido, explora las prácticas políticas en medio del vaivén de la vida privada y doméstica de sus protagonistas.

El Conspirador no es solo una incisiva novela que aborda el tema político, sino que une a este la problemática de género en la que la autora se concentró en sus cinco novelas anteriores. La influencia de la mujer detrás del poder político tiene muchas aristas en la novela. La voz de la autora, articulista e importante positivista de su tiempo, aflora constantemente detrás de la del personaje narrador, Jorge Bello, lo que nos lleva a pensar en que a pesar de que Cabello de Carbonera fue una de las novelistas más importantes de su generación, no siempre su voz fue escuchada y tuvo que crear una serie de estrategias de validación de sus propuestas frente a los ataques y la cesura.

EDICIÓN CRÍTICA

Mónica Cárdenas Moreno
(UNIVERSITÉ DE LA RÉUNION)

RUMBO AL BICENTENARIO
COLECCIÓN LITERARIA EDICIONES CRÍTICAS
COLECCIÓN SIGLO XIX

Proyecto ganador de Estímulos
Económicos para la Cultura 2020

EDICIONES
MYL



PERÚ

Ministerio de Cultura

ISBN: 978-612-5013-07-1



9 786125 013071